

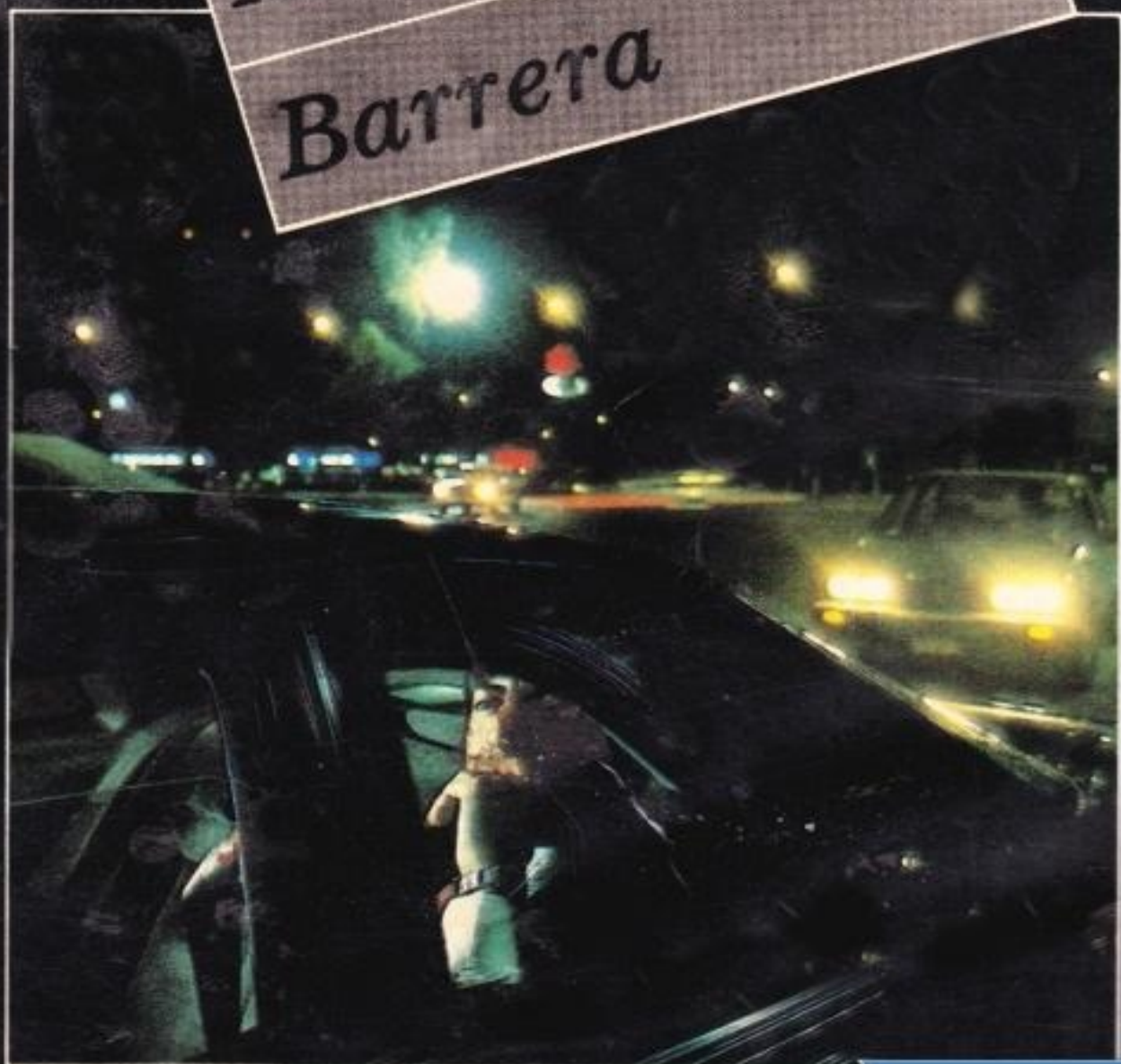
Otra vez

lunes

María de Jesús

Barrera

de



NUEVA NARRATIVA HISPANICA

Lectulandia

La fecha decisiva para la carrera política de Manuel Herrera está muy próxima y, sin embargo, su cuerpo parece querer traicionarlo: no puede dormir y el nerviosismo le impide concentrarse ahora que más lo necesita. Los médicos han sido incapaces de remediar su padecimiento y no hay secretario, escolta o servidumbre que lo saque de este trance. Sabiendo el peso de cada minuto en el futuro inmediato, Manuel Herrera arriesga un paréntesis en su vida para acudir a la terapia que imparte una misteriosa mujer, cerca del pueblo en el que transcurrió su infancia. Comienza así un viaje solitario que se extenderá del espacio al tiempo y al cabo del cual descubrirá la verdadera causa de su desasosiego.

Otra vez lunes es un retrato del poder y sus tortuosas vías de acceso: es también un perfil literario muy fino de la compleja personalidad que puede ocultarse tras el estereotipo del advenedizo, y es, por último, la historia de un hombre en equilibrio en el delgado filo que separa el dominio absoluto del absoluto olvido.

Lectulandia

María de Jesús Barrera Vázquez

Otra vez lunes

ePub r1.0

Titivillus 26.10.16

Título original: *Otra vez lunes*
María de Jesús Barrera Vázquez, 1989

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Otra vez a:
Humberto grande,
Humberto chico,
Roberto, Liliana y
Darita, mi madre.*

Veo lo mejor y lo apruebo y sigo lo peor

OVIDIO

Sábado 6

—Otra vez, Marisela. Otra vez la misma pesadilla. Corro por un pasillo lleno de espejos que reflejan mi imagen distorsionada. Una niebla tenue flota frente a ellos. Yo la aparto del camino sin el propósito de buscarme, pero me encuentro en cada luna plateada. Asustan mi figura de enano imbécil, unas; de gigante grotesco, otras. Y el olor, Marisela. Es un olor penetrante; sopla a mi alrededor produciéndome un eructo; un vómito sin fin de días pasados que caen balanceándose como barcos de papel puestos al mar. Luego saltan acerados y serviles delante de mí. Se burlan, Marisela. ¿Entiendes eso? ¡Se burlan! Siento un cosquilleo de miedo y sigo errante por el pasillo sombrío, maloliente. Llego a una puerta grande de madera negra. La empujo, quedo deslumbrado por la luz que traspasa los vitrales de una ojiva lateral. ¡Es una capilla! En el altar mayor, una figura de reptil-mujer en actitud protectora, pero al centro, Marisela, al centro estoy yo dentro de un féretro. Con la cara dormida por fuera; en el interior me aturden rezos:

Estrella de la Mañana

Ruega por él.

Vaso de la Eterna Sabiduría

Ruega por él.

Causa de Nuestra Alegría

Ruega por él.

Y la voz de mamá Rafaela con: *Señor Dios que nos dejaste las señales santas de tu pasión bendita...* Y las campanas tocan a muerto, no las puedo callar. Martirizan mis oídos de donde salen hilos de sangre formando canales rojos en la almohada blanca. Quiero correr, subir la escalinata del campanario. Lo impiden las cuatro paredes de mi caja fúnebre y crece la angustia de saberme vivo dentro del cuerpo inanimado. Y en eso, el ruido del reloj despertador, rescatándome a tiempo. Si no sonara, Marisela, muero ahogado en el agua interna de mi sueño.

—¿Me oyes, Marisela?

Si bien él sabe la inutilidad de insistir porque nadie lo escucha, formula una, dos, tres veces la misma pregunta. El silencio cae después de sus palabras. El Ministro de Relaciones Exteriores, Manuel Herrera Vizcaíno, trata de percibir a través de la oscuridad los objetos de la habitación. Sólo escucha la respiración de su mujer dormida al lado y gira el cuerpo de modo que sus movimientos no la despierten. En la soledad no entiende si su sueño es de ahora o fue el de ayer: iguales, siempre iguales, y piensa: No es cuestión de perseguir los motivos del problema, todo está en mi contra desde otra época, desde tantas noches de no saber quién es quién en cada figura reflejada en esa galería cubierta de espejos de mi pesadilla. Hace tiempo la hubiera cambiado por otro sueño, si pudiera. Pero no —nota una visión inconsciente—, aun despierto tengo la sensación de oír las campanadas como si gritaran por ahí las cosas de mi mundo secreto, «de mi niño, mi niño, corderito mío», con que mamá

Rafaela me arrullaba hace ya tantos años. El talán me desnuda, descubre mis cosas guardadas en lo profundo, allá donde yo soy yo; donde tengo miedo de encontrar lo inexplicable.

Busca un sitio donde colocar el reloj formado de números que parecen ojos de gato brillando en la noche y sufre. Pasa, una vez más, lo de costumbre: le envía una mirada de agradecimiento por liberarlo a tiempo de la pesadilla, por emitir ese ruido característico, el que cada amanecer lo sienta de golpe sobre la cama rompiéndole el mal sueño a las cuatro treinta; la hora de su máxima desesperación onírica. A tientas encuentra un lugar donde deposita el aparato y, ojalá bastara oprimir un mecanismo para silenciar, en mi sueño, las campanadas de mi propio funeral; también despierto, el sonido me envuelve como presagiando desastres, como lamentándose de mi vida de hombre investido de mucho poder, de mucha autoridad. Sin embargo, prisionero de un sueño maldito y ya con una sola posibilidad de evadirlo.

Manuel Herrera no olvida nada del pasado y aunque ahora carga la desazón, recuerda otros días cuando aprendió a jugarse la vida para sobresalir, cuando se echó a andar por el camino desordenado con una meta propuesta. Al final se salió con la suya. Ese perpetuo anhelar, esa razón principal de su ser le exigió un rigor, un temperamento en constante prueba para aniquilar a sus enemigos. En el presente, gran parte de ese carácter consolidado en tantos años de batallar, de poner el pensamiento lúcido, de descargar puñetazos sobre la mesa de mando, se empieza a deshacer, a desprendérsele como secuelas de una grave enfermedad. La voluntad le tiembla ante la evidencia de haber consultado, en el país y en el extranjero, los mejores especialistas sin encontrar alivio. De nada valieron Houston, Rochester, París, Berna... Nadie ha sido capaz de descubrir el motivo de mi pesadilla y Marisela diciéndome: «Ya verás cómo te alivian cuando sepan que vas a pagar más.» No fue así. La confusión me aturde, me inquieta seguir igual porque no escatimé nada con el fin de restablecerme, de dormir y no tener esta pesadilla de meses y meses acechándome sin reposo, debilitándome hasta el entendimiento y Marisela dale y dale con lo del hechizo. «Es cosa de brujería, de maldad» —dice—. Yo estoy tan desconcertado que no sé ni qué pensar.

No lo deja el caos entre la pesadilla y el sonido del reloj despertador. Trata de organizarse. A poco, su pensamiento se aclara y presiente una caída sin *un vuelvo a levantarme*. Descarta la corazonada, la aleja blandiendo su mano abierta como empujando a la oscuridad. Esa sensación de tropezar le aumenta el sufrimiento, la desesperación de no sentirse vivo; una corriente de aire frío, provocada por un leve movimiento de su esposa, se adentra bajo la sábana. Entre Manuel y el cuerpo dormido de Marisela, hay un paso de distancia. Estoy a un paso de mi túnel —cavila—. A un paso de hundirme en nuestra dependencia de amor-no amor, la misma que hemos llevado siempre. Ella continúa perdida en el extremo opuesto de su orilla. Manuel no tiene necesidad de volver el rostro, más bien la imagina como de costumbre: bonita, poseedora de un cuerpo de adolescente, luchando contra los años

que claman por manifestársele en esa cara de trazos finos, parecidos a las muñecas de plástico y le viene un pensamiento: Sólo conozco su exterior, la parte interna es un laberinto sin salida donde todo lo etiqueta a su beneficio. Dios también le pertenece; lo ve cuando lo reclama y se le esconde cuando no lo necesita.

Se sobresalta al sentir algo. Es la mano de Marisela, acaba de despertar y la recorre sobre su espalda. La caricia lenta, la actitud callada le dicen: «Estarás mejor después de ver a la curandera.» Mecánico afirma con la cabeza lo que no se habla; se sobreentiende. Marisela insiste en: «Te echaron el mal.» Él, cansado, lo confirma apretando la mano que resbala.

—Anoche no te sentí llegar —escucha la voz amodorrada de su mujer—. ¿Dónde andabas?

—Reuní a los subsecretarios: no vayan a cometer errores durante mi ausencia.

—Muchos pendientes habrá; tardaste demasiado.

—Terminé rápido. Después pasé a saludar a mamá; dejó un mensaje en la cinta de mi teléfono privado. Ahí me entretuve.

—¿Le comentaste de tu viaje?

—Sólo le avisé que voy, por cuestiones de la Secretaría, a pasar por Nuevo Progreso. Le dio gusto.

—Bien pudo llamarte aquí, pero en fin, ¿qué más quiere doña Rafaela? —al referirse a ella, jamás dice tu mamá o tu madre.

—En particular, nada. Insistió en José Manuel. Piensa que a nuestro hijo le pasa algo.

—Figuraciones de ella. Cada día chochea más.

—Aun así, a mi regreso hablaré con él.

—¿A qué hora si casi nunca se ven?

—Le haré un hueco a mis actividades; a lo mejor mamá está en lo cierto.

—Ah, vaya, lo que doña Rafaela te dice sí merece la pena de ser considerado; lo mío no. Te aseguro que José Manuel no tiene ningún problema. Si lo sabré yo ¡que soy su madre!

—Su madre y su tapadera. Ésa es la dificultad.

—Ahora me vas a echar toda la responsabilidad a mí, después de que tú para nada has tratado de corregirlo.

—¿Y cómo? En cuanto empiezo a llamarle la atención, sales tú a defenderlo.

—Qué cómodo ¿no? Resulta que yo soy la culpable de lo malo.

—Si tú lo dices...

—¡Bueno, ya! Sería diferente si a doña Rafaela no le hubieras comprado la casa de al lado —eleva el tono de voz y señala con su brazo un extremo de la habitación—. Ella es la causante de nuestras desavenencias.

—No te expreses así, Marisela. Mamá es incapaz de inmiscuirse en nada.

—Claro, como tú siempre estás fuera de casa, ni en cuenta tomas mi sacrificio.

—¿Cuál?

—¡Aguantarla!

—No exageres; llevan más de medio año sin dirigirse la palabra.

—¿Qué culpa tengo yo de tantos compromisos? Ser la esposa de un secretario de gobierno significa muchas cosas. Ella ni idea se da de eso. Mejor debería aprovechar el carro con chofer y guardaespaldas que le mandó el señor Presidente y ayudarme a cubrir los eventos protocolarios. Pero no, es más cómodo quedarse aquí y pasar el tiempo atrás de la ventana. ¿Crees que no la noto cuando salgo? Parece una sombra entre las cortinas. Ha de ser tu sombra tutelar.

—No empieces...

—Si ya empecé, ahora termino —se endereza sobre el lecho y retira el cabello de la cara—. Mira qué bien, de cualquier manera doña Rafaela es olvidadiza. ¿Ya no recuerda otras épocas, por ejemplo, aquella cuando los sacamos, a ti y a ella, de ésas sus vidas tan sin porvenir? Ahora intenta culparme a mí de tu enfermedad y de no sé cuántas cosas más. A mí, tu apoyo, tu trampolín para que estés donde estás.

Manuel retira la sábana de su cuerpo y se sienta sobre la cama mientras Marisela continúa hablando. Se inclina buscando los zapatos de descanso.

—¿A dónde vas? —lo toma Marisela por un brazo.

—Algún lugar habrá donde no te oiga —se mueve intentando liberar su brazo.

—¿Ah, sí? —Marisela lo jalonea rompiéndole la camisa de dormir y las uñas abren caminos sanguinolentos en la piel de Manuel.

—¡Suéltame! —le grita Manuel y le manda un golpe que ella esquivo sin desasirlo.

Los cuerpos ruedan sobre la cama de límites enormes, de temperatura propicia, generadora de uñas, manotazos y «déjame, no me toques», entre la tentativa de acrecentar los golpes dirigidos que Manuel neutraliza maquinal y «no me interesas como mujer», pero se tiende encima de ella, aprisiona los muslos en desorden y ocurre el cambio misterioso como ese suspirar hondo, como ese jadear darwiniano que desciende el nailon del camión y el «a mí me sobran las mujeres» suena débil, arrollado por los movimientos laxos de ella, quien empieza a lamerle las heridas, a succionar lentamente, a deslizar su boca hasta donde sabe provocar un estremecimiento. Las manos impacientes vagan acariciándole el pecho y los labios de Marisela ríen como en los buenos tiempos. El deseo y la fatiga entran al plano mental de Manuel: Cómo decirle a Marisela que la costumbre de sus manos recorriendo mi cuerpo no me devuelve la exaltación perdida. Cómo decirle que ese día, como cualquier otro, hacer el amor es enrollar por la orilla esos instantes y ponerlos juntos, dentro de nuestras bocas, para poder sonreír saciados. Cómo decirle que mientras ella exprime gota a gota mi ánimo, yo escupo cansancio. ¿Cómo decirle lo que ya sabe?, si aquí, a mi lado, ella también trae prendido ese ronroneo falso de placer, ese relax fingido de haber acabado a tiempo, esa señal en la cara de que estuvo bien y nuestros pechos pegajosos, subiendo, bajando, al ritmo de la exaltación final.

Marisela acomoda la almohada, vuelve el rostro en dirección contraria y exhala

un ruidito parecido a un suspiro. Él enciende la luz eléctrica, se tiende a fumar en silencio. Toman forma, color, los muebles de la recámara. Manuel los contempla recordando los otros, los de su adolescencia al lado de mamá Rafaela: desvencijados. Compararlos con estos es una bofetada. La vista se le va a las estatuas de mármol de Carrara, los espejos, los candiles franceses, los relojes suizos y no alcanza a abarcar la habitación porque en ella hay varias salas, estudios y, a un lado, separada por un ventanal, la alberca donde se ejercita por las mañanas. Antes, cuando joven, ni siquiera teníamos regadera; Rafaela y yo nos bañábamos a jicarazos. No desea seguir pensando, su mirada se pierde en el humo del cigarro. Siente deseos de orinar. Se levanta.

Termina. Al dirigirse a la ducha, Marisela lo siente y lo sigue.

—Vas a ir solo, ¿verdad? Sería arriesgado enterar a las personas de tu problema.

No contesta, se mete bajo el agua de la regadera.

—¿Me oíste?

—Sí, mujer —escucha el abrir y cerrar de frascos.

—¿Cómo solucionaste eso? Pensé que el comandante Argüelles no lo iba a permitir, ¿te cuida tanto!

—Anoche vi a Joaquín —se refiere al comandarle Argüelles—. Le dejé los datos del lugar a donde voy por si algo se ofrece. Me aconsejó que me fuera en mi avión, asegura que cerca de Santa Cruz de los Morados hay un campo de aterrizaje. Sólo se medio tranquilizó cuando le dije que tarde, pero hoy mismo regreso. A regañadientes aceptó ordenarles a los muchachos de seguridad que permanezcan aquí todo el día; oficialmente salimos al extranjero en viaje relámpago.

—Argüelles tiene razón, puedes enviar un carro para moverte allá. Eso de irte manejando tú, ya es capricho. ¡Ah!, y no se te olvide proponerle a la curandera que te atienda aquí, en la casa. No entiendo la causa de no querer venir; le ofrecí una buena cantidad.

—¿Hablaste con ella? —Manuel cierra la llave del agua.

—Nunca. Siempre contestó otra persona y me repitió lo mismo: que la señora no acostumbra salir a consulta. ¿Por qué habrá gente tan estúpida?

—Ya ves.

—Ponte la ropa ligera que te compré. No es muy fina, pero se trata de que no te arregles demasiado; alguien podría reconocerte.

—Sí.

—Acuérdate —insiste—, debes tener fe, las curanderas no alivian solas; necesitan la fe del paciente.

—Sí.

—¿Lo ves? Son muchas las personas con tus mismos síntomas a los que ha curado. Ella te va a rescatar del mal justo en el momento más desesperante para ti. Te lo aseguro; tu pesadilla no volverá. Ten fe en mi Dios, ya verás que no nos deja de su mano.

—Bueno.

—Adviérteles a los muchachos que no salgan de las cocheras y ponte listo, fíjate si no les da por seguirte.

—Ajá —contesta anudándose la bata de baño.

—¿Checó Pedro el carro que te prestó? Ten cuidado, hace mucho tiempo que no manejas. No te entretengas por ahí y ten en cuenta que...

—¡Ya cállate!

Marisela vuelve la cara. Está cubierta de una sustancia viscosa que le suprime ese rostro de muñeca y sólo le deja libres los ojos; cuencas negras, relampagueo de una efemérides no olvidada. Por eso se clavan indiferentes en él. Le dice con moderación:

—No me grites. Yo no te envié con la buscona que te echó el mal; fuiste tú solito.

Pasa digna delante de él. Se tiende boca arriba sobre la cama; así es más efectiva la mascarilla recién aplicada.

Manuel se viste en silencio. Antes de salir la escucha.

—Por si lo has olvidado, acuérdate quién eras antes de casarte conmigo y de que mi padre te diera poder.

Tal como la contempla, tan pequeña, tan poquita cosa, logra sacudir su sensibilidad. Imagina un diluimiento de lo real y Marisela se le presenta como una mujer-reptil. De pie junto a la puerta, mueve la cabeza en signo afirmativo al momento de pronunciar:

—No cabe duda, Marisela, eres encantadora cuando te lo propones.

Lo dice sin poder renunciar a un sentimiento que reclama dignidad; se pierde en el hilo podrido de la sospecha: ¿esclavo o tirano?

Sale. Baja la escalera de prisa, casi corriendo atraviesa cuatro estancias con espejos. No repara en ellos, pero están con él.

A causa del frío tan intenso suspendieron las clases en el colegio. Aburrido contemplaba, desde la cama, los trozos de hielo; colgaban a través del vidrio de mi ventana. Pensé en las nubes de los días soleados e imaginé figuras. Petra, quien fue nana de mamá Rafaela y ahora mía, entró al cuarto.

—¿Quieres leche caliente con canela, Manuel?

—Sí. También se me antoja pan con mermelada.

—Bueno —aceptó y deshizo unas arrugas formadas en la sobrecama. Luego se fue a extender sus manos frente al calentador eléctrico. Duró rato frotándose las.

—Te van a salir sabañones —pronuncié las mismas palabras de mamá Rafaela; las usaba cuando yo hacía lo que Petra.

—¿Estás loco? En cuero viejo los sabañones no salen —no me dio la cara, continuó hablando—. En lugar de estar ahí, echado en la cama, deberías practicar las sumas, las restas o leer tus libros. Nomás falta y apruebes. Tu madre sueña con tu certificado de sexto año.

—Lo tendrá.

—¿Y si no pasas?

—¿Quién te crees que soy, Petra? Tengo el primer lugar en el colegio.

—¡Será de flojo! Mejor párate y ve a ayudarle a tu mamá en el negocio. De flojo te van a venir malos pensamientos.

—Cuando llegaste estaba jugando.

—¿Jugando? —había burla en la voz, picardía en la mirada—. ¿Con las manos abajo de las cobijas?

Me puse rojo.

—Jugaba a buscar palabras que empiecen con «c» y sean nombres de cosas que se encuentren aquí dentro, como: cama, cómoda, camisa...

—¡Qué manera de perder el tiempo! —puso las manos en la cintura y resopló fuerte. Yo me reí porque Petra era así, de la nada se enojaba.

—Es divertido, Petra. A ver, juega conmigo y busca lo que empieza con «a». Yo gano, ¿quieres apostar?

Sus ojos abultados, acuosos, se abrillantaron y empezó señalando las cosas.

—Almohada, abrigo, almanaque... este... este... —revisó pedazo a pedazo la habitación—. Me doy; ahora sigues tú.

—Ya gané. Mira, en el retrato de ahí hay tres —señalé una fotografía colgada en la pared—: abuelo, anciano y Alejo —trató de interrumpirme, rápido continué—. Antifaz, el del Llanero Solitario. Agujetas, las de mis zapatos. Ábaco, el que está en mi mochila. Álbum, guardado en el ropero. En mí hay siete: anginas, ano, anillo, alto, aplicado, apuesto y atento. Eso sin contar ahijado; mi padrino no me cae bien; ni alma, porque no la tengo. ¿Quieres que siga?

Se persignó. Los dos reímos a carcajadas. Se fue moviendo la cabeza a los lados y sobándose una trenza canienta a la altura del pecho.

—Tú no tienes compostura —alcancé a oírla cuando ya estaba afuera de mi cuarto.

Quedé solo, pensando: Petra tiene razón, aquí encerrado, el día me parecerá eterno. Abrigándome lo suficiente la seguí a la cocina. La encontré disponiendo mi desayuno.

—Ah qué frío éste; ya me entumió hasta los huesos —se quejó al verme—. No entiendo cómo tu madre se levanta tan de mañana para abrir el negocio. Y tu papá echadote hasta que se le hincha el ombligo.

—¿No se ha ido?

—¿Don Arturo? Vamos, sabes que tu padre se anda levantando por ahí al mediodía. Él sí que sabe vivir.

—No lo quieres, ¿verdad, Petra?

—Bah, ¿y eso qué? Con que lo quiera tu madre es suficiente. Ya no preguntes tanto y siéntate a desayunar; hay mucho quehacer.

—¿Es malo, Petra?

—¿Quién?

—Papá.

—No lo creo —explicó sentándose frente a mí—. Más bien pienso que tu mamá lo está echando a perder con tanta querencia. Ojalá salgas diferente y tú sí la cuides, aunque a lo mejor a ti también te echa a perder. En fin, eso el tiempo lo dirá; yo no debo meterme en líos ajenos.

—Tú eres de la casa.

—Casi. Vi nacer a tu madre y a ti.

—¿Lo ves? Eres mi casiabuela.

—De acuerdo, hijo, pero ya termina y haz algo de provecho.

—No me corras, si ya me voy.

Levanté el cuello del abrigo, atravesé el traspatio y aparecí en el negocio.

—¡Mi niño! —mamá Rafaela me abrazó besándome las mejillas—. No debiste salir; está haciendo mucho frío; te puedes enfermar.

—Vine a ayudarte.

—Éste no es trabajo para ti. Anda —sacó el cuaderno de dibujo y mis lápices de colores—, vete a la mesita del rincón y termíname el retrato del Papa; el que iniciaste ayer.

—Bueno.

Lo único agradable de ese tiempo era la ausencia de moscas; a mí me gustaba el espacio limpio de manchitas volando; quieto, sin el zumbido molesto de su lenguaje y las vitrinas y espejos exentos de los puntos negros del verano. Abrí el cuaderno con la intención de terminar el dibujo de Pío XII y acabé contemplando a Epifanio, el empleado del negocio: iba y venía por la tienda; moviéndose espontáneamente al acercarse a los anaqueles y caminando rápido se dirigía a los costales llenos de semillas y a las cajas con naranjas y cacahuates. Repetía de seguido: «¿Algo más?». Y anotaba en su libreta deshojada lo pedido. Después ponía atrás de la oreja el lápiz y continuaba despachando.

Lo comparé con la fotografía que me servía de modelo: los mismos pómulos cadavéricos, debajo de esos ojos sin brillo. Al repasar el contorno del rostro con color carne, observé la diferencia. Epifanio parecía un fideo gigante, pero un fideo vivo que envolvía en papel de estraza la mercancía. Usaba un delantal azul marino anudado atrás del cuello y alrededor de la cintura; le plegaba la chamarra gruesa, cuadrada, demasiado holgada para su cuerpo.

Mamá Rafaela tejía sentada frente al escritorio a un lado de la puerta que daba a la calle. Movía, sin fijarse en ellos, dos alambres largos y gruesos. Jalando estambre; metiendo y sacando aguja; al revés, al derecho y el chaleco para mí formándose de gritos silenciosos, sólo enmudecidos por la velocidad de unas manos que meten y sacan; al revés, al derecho. Una, dos, mil vueltas para, otra vez, iniciar. Pensaba en Arturo.

—¿Y papá? —dije adivinándole el pensamiento.

—Dormido, mi niño —continuó asida a su único recurso; la paciente puntada que mantiene manos y mente en constante ejercicio.

Los minutos se encimaron considerablemente y fastidiado de combinar los amarillos y anaranjados, dejé de colorear. También me cansé de observar a los demás.

—¿Cuándo se acabará este maldito frío? —pronuncié fuerte; quería que alguien me hablara.

Nadie contestó. Las clientas parecían no sentirlo; una pareja hablaba de Miguel Alemán y de la posible devaluación del peso. Las demás pedían a gritos de todo: jabón, frijol o chocolate. Epifanio despachaba, mamá tejía y yo, aburrido, fui a pararme enfrente de la ventana. Limpié con la manga del abrigo el vaho del vidrio y la calle se me presentó desierta; no encontré árboles, ni viejitos, las heladas los estaban matando. Oí la voz de mamá:

—Mi niño, ven para probarte el chaleco —¿por qué no me dirá Manuel?

No alcanzó a ponerlo sobre mi cuerpo, me dejó parado porque Epifanio avisó:

—Señora, cóbrese tres pesos de doña Paloma, cuatro cincuenta de doña Pepa y tres pesos de Lola.

Yo ahí, a su lado sin saber dónde acomodarme. Ellas conversando de lo mismo y las manecillas del reloj de la pared camine y camine.

—¿Me vuelves a contar lo del lobo? —le pedí a Epifanio.

—Sí, Manuel —volvió su cara flaca y medio sonrió—. El domingo vamos al río.

—¿Qué tanto le platicas al niño del lobo, Epifanio? —mamá dejó de cobrar a las clientas, encarándolo.

—Es una poesía, señora. Se llama *Los motivos del lobo* —continuó despachando—. A Manuel le gusta, ¿verdad? —me clavó la mirada de sus ojos hundidos y tristes.

—Es muy bonita, mamá. Se trata de un lobo muy malo, aunque no tanto como las gentes...

—La sé, mi niño. La sé —su mano abierta me ordenó que me callara y siguió—. ¡Chiloso!, no quiero que le meta en la cabeza a mi niño sus ideas tan raras.

No me gustaba que le hablara así, y aparentando que no sabía, pregunté:

—¿Por qué a Epifanio le dicen El Chiloso, mamá?

—Ya sabes —titubeó y pidió ayuda a las clientas—. Epifanio tiene una idea muy personal del bien y del mal.

—¿No es buena?

—Depende de con quién trate. ¿Lo has visto enojado? No —se contestó ella misma—. Tú eres bueno. Epifanio sólo se enoja con las personas que considera malas: él las llama perversas. Lo grave es que cuando cree toparse con una de ellas, la golpea y le grita barbaridad y media. Yo creo —se dirigió a mi amigo—, que ya te peleaste con todo el pueblo, ¿o no?

Las personas que estaban adentro de la tienda se rieron quedito; a él no le importó. Abrió la puerta del mostrador y avanzó hacia las mujeres.

—Acaso, señoras, ¿ustedes no saben que el hombre hizo el mal, el crimen? El

Omnipotente me ordena luchar contra el pecado y ¡óiganme bien!, si ésa es la voluntad de Dios y mis palabras no corrigen su entendimiento, entonces seguiré luchando de la única manera: gritando, golpeando...

—¡Basta, Epifanio! Me va a correr la clientela.

—No se apure, doña Rafaelita —habló una clienta—. Ya sabemos de qué pata cojea Epifanio. Habla y habla, ¿para qué? A ningún mal hombre del pueblo le ha quitado la maldad.

Epifanio agachó la cabeza, volvió a ser el de antes: dócil, mandable. En un abrir y cerrar de ojos se le pasó lo enchilado, lo corajudo y lo sentí tan derrotado que pateé la silla derribándola al suelo. Grité:

—Nadie sabe las historias que Epifanio me cuenta —reté a las clientas—. Ni tú —señalé a mamá Rafaela—. Las de él son para hombres; las tuyas para niños. Ni cuenta te das de que ya voy para los doce y siempre sales con lo mismo: «Se casaron y vivieron muy felices.» ¡Ay sí!

Mamá Rafaela me vio con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¿Y cómo terminan las que te platica Epifanio, mi niño?

Las recordé todas. No me quedó más que reconocer que las de él también tenían un solo final, el que en ese momento repetí:

—«La vida es una carga insoportable, Manuel.»

Y corrí a la mesita del rincón a tratar de dar vida a mi inexpresivo dibujo.

—¡Al diablo con todo! —grita pateando las macetas de mimbre que están sobre el piso de la terraza y vuelca su contenido—. Marisela no tiene remedio, siempre sale con lo mismo.

Mientras avanza, las alteraciones de su pecho se sosiegan y los temblores desaparecen. Ahora puede ver las sombras de la madrugada; el silencio lo tranquiliza y, Después de una semana de espera, sólo faltan algunas horas para entrevistarme con la curandera de Santa Cruz de los Morados; siete días de llevar un registro diario tachando los números del calendario. Siete días de venir restando pesadillas, hasta la de hoy, que fue la última. Sus manos se ocupan de sacar y encender un cigarro. Dirige sus pasos hacia el zacate húmedo. En los dos o tres minutos siguientes busca un indicio de que la curandera tendrá éxito. Sólo oye el roce de sus piernas al caminar y en cada movimiento va dejando, además de las tensiones del cuerpo, un hueco visible entre pisada y pisada. La marca que señala su andar en el pasto se desvanece. Al terminar el recorrido vuelve la cara y mira hacia atrás: no encuentra ya la huella de su camino.

Enfrente está la vereda de adoquín que conduce a las cocheras. El mecanismo es automático y al momento de oprimir el control remoto la cortina de metal se recorre; la luz eléctrica se enciende. Lo asusta un ave que sale volando. Se posa junto al parabrisas. Es una golondrina medrosa, con su pequeña cola bifurcada y aleteando sin

sentido como si también estuviera cansada. Repasa los catorce automóviles alineados y se da cuenta de que: José Manuel no vino a dormir. No está su Phantom. No, ese carro no está. Mamá Rafaela tiene razón, hay que ponerle un hasta aquí a mi hijo. —Sube a uno de los carros y enciende el motor—. Debo ponerme enérgico a tiempo; si no, este muchacho va a cometer una tarugada de las graves, de las que no pueda resolverle por los medios acostumbrados y entonces sí ¡paf!, adiós a los planes que tengo para él.

—Señor Ministro —frente a Manuel Herrera están su chofer y sus guardaespaldas.

—¿Qué pasa con ustedes? ¡Hoy no los necesito!

—Señor Ministro —dice Pedro, su chofer—. Nos habló el comandante Argüelles, con la orden de no dejarlo solo. Que responderíamos por su vida.

—¡Voy solo!

—No puede irse solo, señor. El comandante Argüelles...

—¡Puedo!

—Señor, sólo buscamos su seguridad.

—Al que deberían cuidar es a José Manuel. ¿Dónde está?

—Siempre trae protección, señor. Pablo Solís es el jefe de su cuerpo de seguridad. El joven no tarda, por lo general regresa a esta hora.

—Dígale a Solís que me resuma un informe completo de las actividades de mi hijo.

—Tengo entendido, señor, que cada semana se la entrega a uno de sus secretarios.

—Éste deberá entregármelo personalmente —el Ministro de Relaciones Exteriores añade—: ¡Si me siguen, pierden el trabajo. Retírense!

—Señor...

—¡Retírense!

Enérgico acciona la reversa. En relación a los informes de su hijo, que Solís entrega a cualquiera de sus secretarios, deduce que se han de traspapelar; se han de revolver con los oficios que no alcanza a revisar y se quedan sobre su escritorio. Da vuelta a una fuente, toma el camino de salida. Es un kilómetro de distancia, de flores y árboles; de olores, fuentes, estatuas ornamentales y, José Manuel cada día está más alejado de mí, ¿por qué? No es que le rehuya a mi mundo interior, como me dijo aquel psicoanalista, sino, ¿quién puede con él? Deja el jardín de su residencia pensando en que el doctor habló y habló durante varias sesiones. Él ya empezaba a admitir su neurosis cuando el psicoanalista se convirtió en una seria dificultad: exigía de su tiempo en los momentos de las grandes decisiones. La última conversación es la que recuerda: «Procúrese satisfacciones sustitutivas, aunque corre el riesgo de que éstas puedan darle más sufrimiento. En usted las manifestaciones de Eros son notables; también el instinto de muerte actúa, pero en silencio, en lo íntimo, persiguiendo su desintegración y no es ningún misterio; usted tiene un sentimiento de culpabilidad que bien puede llamarse remordimiento. ¿Por qué? ¡El psicoanálisis no

atina a explicarlo!» Siente un malestar por el recuerdo de las satisfacciones sustitutivas que le punzan en la piel como una aspiración malograda de felicidad y, ¿Será por eso que me está abandonando el todo más importante de mi razón de ser? Esto es una angustia más húmeda que las lágrimas; más desesperante que la muerte. Retira sus pensamientos para manipular el control remoto que abre el portón de salida. Afuera no hay tránsito. Pone atención al pasar frente a la casa de su madre. De una ojeada percibe el movimiento de la cortina: ¿Pero es que Rafaela no duerme?

El carro se desliza por la avenida principal de la colonia donde vive. Añosos y corpulentos árboles se acercan, se van; son ventanas a la luz del amanecer. Lo encandila el parpadear de la iluminación de los arbotantes: no tardarán en apagarse. Aprecia los estilos arquitectónicos de las mansiones. Emergen de la tierra verde salpicada del granillo multicolor de las flores. Pasan mujeres tempraneras que aroman el alba rosada; caminan con rosario y misal rumbo a la iglesia de su devoción más cercana y, Mamá Rafaela ni a eso sale, ¿para qué? Tiene al alcance de su mano lo que desee.

Más adelante se estrecha la calle. Da vuelta, transita siete cuadras y aparecen cadenas de edificios. Se presentan formidablemente altos; es la avenida Reforma que está somnolienta, apacible. Atraviesa el corazón urbano casi despoblado y lo disfruta tranquilo.

El espejo retrovisor le muestra que nadie lo sigue y la pequeñez de lo que va dejando se pierde al dirigirse a la carretera internacional. Acelera para cruzar el último sinfín de casas derruidas y pobres de la periferia, que en otras épocas habitó y, El pavimento está colmado de negrosos baches, igual que mi pesadilla.

—¿Qué hay de nuevo, Boty? —saludé al llegar al puesto de raspados de La Botijona.

—Lo que tú cuentes, Manuelito.

—¿Tienes de tamarindo? Sírveme uno.

—¿Otra vez esperando a Magdalena? —preguntó maliciosa mientras raspaba el hielo.

—Sí, otra vez. Es una lata que su mamá me la encargue a diario.

—Ya lo creo —opinó al tiempo de darme un cono de papel donde escurría el almíbar.

Se fue meneando sus carnes, depositó su humanidad sobre una silla. El sol de las cinco de la tarde todavía levantaba humito sobre el pavimento de la calle 16 de septiembre. Magdalena tardaba mucho. Me entretuve en saludar a los que iban pasando y en revisar a las muchachas que salían de la escuela de gobierno. Estaba desesperándome cuando apareció. Daba vuelta a la esquina con su andar lento y los libros sobre el pecho, sostenidos por los brazos cruzados. Fui a su encuentro.

—Toma —le di el cono. Mitad yo, mitad ella—. Dame tus libros, te ayudo.

—Gracias —movió hacia atrás el flequillo que volvió a caer sobre su frente.

Caminamos por nuestra calle, la de Santa Rosa de Lima. Yo, iba pateando primero las piedras sueltas, después la pelotita de papel del cono. Ella, con sus manos extendidas, golpeaba las rejas de fierro que protegían la casa. Dos cuadras más adelante la reconvine:

—Tú tienes la culpa de que la madre Directora siempre te entretenga. Si no fueras tan ordenada y tan bien portada, no te fregaría con lo de todos los días: «Magdita, a la salida no te vayas, ayúdame a acomodar las cosas.» Y yo aquí, aguardándote.

—Me gusta ser útil —se defendió.

—Como tú quieras. Pero mañana, ni pienses que te espero.

Ya no hablamos hasta llegar a su casa, ubicada junto a la mía.

—Al rato vengo para enseñarte los títeres —le propuse.

—Está bien —contestó solicitándome sus útiles.

Entrar a casa en las tardes de mayo era siempre lo mismo. Mamá Rafaela no iba al negocio. Las ocupaba en agregar una carpeta nueva al sillón de papá, mover el esquinero de la sala a otro rincón, hornear, junto con Petra, el pan de la cena y ordenarlo todo para la diaria visita de una amiga. Sintió mis pasos.

—Apúrate —me ordenó—. Ya no tarda en aparecer Carolina. Saca las mecedoras al patio.

Caro, nuestra vecina, que era alegre y refranera, llegó con una revista *Vanidades* entre las manos.

—Véngase, Rafaelita, vamos a vivir del amor de los demás —la llamó a gritos—. Mi amor —se dirigió a mí. Sacó de entre los senos unas monedas y me pidió—: Vete a la tienda de las Aldapitas y cómpranos dos cocas; que no se entere tu mamá porque se las manda pedir a Epifanio.

Me fui corriendo, pasé por donde las hermanas Aldape, di vuelta a la cuadra y entré a nuestra tienda por el otro lado.

—Epifanio, mi mamá quiere que le mandes dos cocas.

Guardé el dinero en el bolsillo y entregué jadeante el encargo. Mamá y Caro ya habían ocupado las mecedoras y se hacían aire con abanicos de cartón.

—¿Dónde nos quedamos ayer? —buscó la hoja doblada y comenzó a leer en voz alta la última novela de Corín Tellado.

Modulaba exageradamente y en los momentos más románticos emitía grandes suspiros. Mamá la oía con atención y sonreía cuando Caro dejaba la lectura para dramatizar:

—¡Ay el amor! ¡Ay el amor!

La novela era igual que todas: una mujer «exquisitamente joven y hermosa y un galán rico, madurito y feo, pero con-un-no-sé-qué». Me senté a escuchar los suspiros; Caro pasaba de la risa al llanto y del llanto a la risa de manera asombrosa.

—... «Tomó sus frágiles manos entre las suyas y besó en una interminable caricia, los labios trémulos y húmedos que se le ofrecían...» —leyó Caro apretándose el pecho con una mano.

—¿Sabe, Carito? —la interrumpió mamá—. Usted parece una Dolores del Río.

Tanta melcocha me empalagó. Asomé la cara y eché un vistazo a la calle. No estaba el carro de Polo, hermano de Magda, un poco mayor que nosotros; ni siquiera nos hablaba. Sentí hambre y fui a su casa. Era grande, bien amueblada, siempre tenía las puertas abiertas; me gustaba.

—¿Qué hay de cenar? —Magda venía bajando la escalera.

—Migas con queso.

—¡Mmm, qué rico!

—Entonces quédate.

La seguí hasta la cocina. Simona, su nana, movía el contenido de una vasija frente a la estufa. Me sonrió y comentó:

—¿Ya llegaste, plaguita?

En lugar de contestarle le canté aquello de:

—*A nana Pancha le gusta la guaracha, le da vuelo a la hilacha, la rumba y el danzón. Nana Pancha... Nana Pancha...* Ella era de Guaracha.

—Muchacho malcriado, ¿cómo te soporta Petra? —bromeó.

—¿Otra vez vamos a cenar solos, Magda?

—Papá sigue enfermo; mamá lo está cuidando.

Durante la cena saqué el dinero juntado en el día. Se lo di, extendiéndolo sobre la mesa.

—Yo creo —calculó Magda— que ya podemos comprar otro títere. El lunes, cuando fuimos a la tienda, a mí me gustaron Chema y Juana, los del Cancionero Picot, ¿a ti, no?

—Si quieres el próximo sábado vamos por ellos —le ofrecí.

—Pondremos una obra especial que termine donde Chema y Juana canten *La feria de las flores*; es la que nos sale mejor, ¿no?

—Sí —aprobé—. Se nos oye entonada. ¿Dónde pondremos el foro?

—En tu casa —dijo—. Entre las dos columnas de la terraza de atrás.

—¿Ya pensaste cómo Magda?

—Usaremos sábanas y cortinas viejas —guardó el dinero y agregó—: Cobraremos veinticinco centavos.

—Bueno.

—¿Empezamos mañana, Manuel? Algunas obras nos salen bien.

—No, mañana no. Acuérdate que mañana esperamos a mi tía Gloria. ¿Te he platicado de ella?

—Si se trata de la hermana menor de tu mamá, sí.

—Ésa. Acaba de enviudar y viene a pasar una temporada a casa. Papá no está muy de acuerdo; yo feliz porque voy a conocerla. Mamá dice que es muy hermosa.

—Ya —terminó bostezando—, entonces empezaremos pasado mañana.

Regresé a casa y todavía encontré a Caro. Se quejaba de un hijo mala cabeza.

—Árbol torcido, Rafaelita, ni quien lo enderece.

Me fui a ordenar los útiles escolares. Ahí estaba Petra acomodando mi uniforme limpio sobre la silla.

—Métete a bañar —me ordenó.

—Al rato. Háblame de la tía Gloria.

—¿Qué quieres saber?

—Cómo es. En fin, lo que recuerdes.

—No comas ansias, Manuel. Mañana la conocerás.

—¿Sabes, Petra?, le voy a dibujar algo muy bonito como detalle de bienvenida y lo pegaré en la pared de la sala antes de irme al colegio.

—No hay tiempo, Manuel.

—Claro que sí.

—Entonces, primero báñate.

—Déjame pensar en lo del dibujo, Petra. Quiero algo especial.

—Nomás no te desveles pensando tanto en tu tía, mañana madrugas, ¿eh?

Hay algunas señales a la orilla de la carretera internacional. Manuel Herrera aminora la marcha, las observa: indican una próxima desviación en el camino. Hay piedras grandes entorpeciendo el trayecto; maniobra a paso lento esquivando rocas, eludiendo hoyos y calculando: Los cerros parecen cercanos; la lejanía los presenta más pequeños de lo que son. Lo contrario sucede con los recuerdos; cuando más distantes están, la imaginación los agranda exageradamente.

El camino difícil, y la figura alta, desenvuelta, de la tía Gloria le ocupa el pensamiento: Al principio no entendí mucho, sólo que ella llenó la casa con su presencia tan segura, tan dueña de sí misma y la viveza de su charla amena nos trajo aires como de renovación. ¿Renovación? Me gustó desde el primer instante y acabó por ganarme el día de mi fiesta de fin de curso. Andaba la casa en desorden a causa de los preparativos y ella, así nada más, como de pura casualidad, acomodó las cosas en su sitio. Tenía un modo firme para disponerlo todo. Papá se fue a donde el señor que nos mató el puerco. Ella y mamá Rafaela estarían conmigo en la ceremonia. Petra se quedó arreglando la casa.

Yo estaba en el patio entre las macetas y Gloria se inclinó un poco para acomodarse la raya de las medias. Contemplé sus piernas torneadas, bien hechas.

—¡Vámonos! —nos apremió a mamá Rafaela y a mí—. Es tarde.

Durante el camino me mantuvo a su lado sujetándome por los hombros y el qué guapo te puse lo repitió varias veces.

Magdalena volvió la cara en otra dirección cuando entramos al colegio. Dejé a mamá y a Gloria en las graderías y fui a sentarme junto a mis compañeros.

Magdalena, otra vez, rehuyéndome la mirada. Algo se trae —pensé—. Siempre callada, callada y ahora además de silenciosa no quiere mirarme de frente.

—La ceremonia va a empezar. Creí que no la alcanzabas —me cuchicheó,

dejándome un lugar en la banca—. ¿Qué pasó?

—Papá no llegó, nos venimos solos.

—No te apures, a lo mejor al rato aparece.

—¿Qué traes, Magda? ¿Por qué estás enojada?

—Luego te cuento, las monjas nos miran.

Era un mediodía especial. El aire caliente apenas movía las hojas de los granados del patio del colegio. Todos los alumnos de sexto grado nos comprimíamos sobre las bancas, con los rayos del sol encima, directos; parecíamos palomos simulando su alborozo ante las miradas de orondos familiares y religiosas circunspectas. Al frente, la mesa de honor con la Madre Superiora al centro, muy en su papel de enérgica conductora de la niñez, manteniendo el orden con el puro gesto.

Y el sol, y papá que no llegaba, y Magda enojada, y el sudor escurriéndome por la cara, y la Madre Superiora prolongando la entrega de certificados con su interminable discurso, y después de mucho rato Magdalena picándome las costillas:

—Te están nombrando.

—Manuel Herrera Vizcaíno —oí—. Banda de honor, mención honorífica, medalla de perseverancia, piedad y fidelidad al colegio.

Aplausos, muchos aplausos. Las tres gradas para subir al estrado moviéndose de su sitio; titubeo mío. Manos húmedas y extrañas felicitándome y yo sintiendo un bulto pesado en el pecho que se elevó hasta mi garganta y entorpeció la fluidez de mi agradecimiento.

Me entregaron un documento enrollado con un listón azul. De regreso a mi lugar busqué ansioso: allí estaban en la gradería. Mamá Rafaela sonriéndome, Gloria me mandó besos a señas.

El nerviosismo se manifestó en toda su magnitud: risas, nombres, llanto, besos. Magda y yo platicando.

—Tengo fiesta en la tarde. Papá mandó matar un puerco, ¿vienes?

—Sí —distante.

—¿Me cuentas lo que te pasa, Magda?

—En la tarde, en tu fiesta.

Olvidé el asunto. No le insistí a Magda ningún comentario porque todavía no nos dábamos cuenta de que la espontaneidad de Gloria encerraba una broma gigante — entrecierra los ojos y admite—: No se tentó el corazón para jugarnos aquel mal chiste de proporciones nada risibles. Cómo nos íbamos a imaginar que ella ocasionaría el problema que nos empujó a mamá Rafaela y a mí a huir del pueblo, si en su rostro bailaba la zalamería y su cuerpo aparentaba decencia.

El tramo intransitable le alarga el fastidio y una sospecha: tendrá que cruzar los lugares de su niñez a la vista de sus antiguos conocidos. Revive los sucesos irremediables del pasado, la vergüenza de las murmuraciones morbosas, las miradas

de compasión de los vecinos; lo contraría la modificación de sus planes. Calcula que va a llegar a Nuevo Progreso, la mitad de su destino, una hora después de lo previsto; entonces habrá el barullo al que no quiere enfrentarse.

Piensa: Sólo pararé a desayunar. Es probable que aún preparen el guiso preferido de mamá Rafaela. ¿Habrá alguien que se acuerde de cómo era yo en aquel tiempo? ¿Reconoceré a los amigos? Quién sabe. En treinta y tres años se cambia mucho. Sólo podrán advertir mi presencia como Ministro, por lo de las fotos, claro. Aunque es lo único que no deseo.

Empieza a perfilar en su mente las imágenes de cada calle, cada esquina, cada casa; éstas que durante tanto tiempo ha mantenido aletargadas en lo profundo para que no molesten, como una comida mal digerida. Nostálgico revive los días pasados y experimenta una sensación de vómito al aparecer el recuerdo de Gloria junto a la realidad de entonces... Aquélla —recuerda—, la de mi mundo perfecto; la de mi hogar infantil.

El muelleo del carro lo balancea; a él y al paisaje. Va alternando acelerador y freno, escondiéndose del resplandor que le empaña la mirada. Alcanza a percibir, a lo lejos, la figura de un hombre. Le está pidiendo, a señas, que le dé un lugar en su vehículo. La camisa desfajada del solicitante lo obliga a recordarse sin futuro, si Rafaela no hubiera decidido su porvenir la noche en que determinó:

—Iremos a la Ciudad de México, serás un hombre de estudio; un profesionalista.

Acelera, sigue adelante y lo vuelve a invadir el cansancio.

Tía Gloria y yo inflamamos tantos globos que tenía un escozor en la boca y un dolor en el pecho. Epifanio los iba fijando del mecate que puso entre los árboles de la huerta.

—Quedaron a distinto nivel; parecen gotas panzonas de una lluvia de colores —dijo Epifanio buscando la aprobación general.

—Más lucirá cuando colguemos las serpentinas —opiné.

Tía Gloria rasgó una bolsa. Sacó cintas multicolores de papel y las lanzamos entre los globos.

—Allá, Epifanio —Gloria le señaló al fondo de la mesa principal—. Allá debe quedar más tupidito.

—No —estuve en desacuerdo con ella—. ¡Que sea pareja la cosa!

—Mi amor —pasó su brazo sobre mis hombros—, las personas importantes, como tú, se sentarán ahí, en el mejor panorama.

—Como tú dispongas, tía —y sentí su seno en mi costado.

—¿Algo más, señora?

—Sí, Epifanio. Cubra las mesas con los manteles y ponga los arreglos florales.

Mi amigo se alejó a cumplir el mandato. Gloria, sin soltarme, comentó:

—Todo listo para tu fiesta. —Tomó mi mano y me habló cerca del oído—: ¿Estás contento, mi amor?

—Más gusto me daría si no viniera mi padrino. Las visitas de don Pedro producen alteración general —le contesté al tiempo que caminábamos por la vereda angosta que conducía a la casa. Vereda escoltada por columnas laterales de guayabos.

—¿Don Pedro?

—¿No lo conoces?

—No.

—No te has perdido de gran cosa, tía. Don Pedro, mi padrino, es, según papá, el hombre más importante de Nuevo Progreso.

—Entonces no entiendo por qué te desagrada —me detuvo a mitad del camino y esperó mi respuesta.

—No me gusta su mirada, tía. A veces, cuando papá y él están juntos, ¡se parecen tanto!, como si fueran una sola persona, y en ocasiones nada más falta que don Pedro le ordene que se ponga de tapete y te aseguro que papá obedecería.

—¡Cómo!

—Sí. En esta casa, haz de cuenta que don Pedro tiene un grado mayor que Dios.

—¡Manuel!

—Es verdad —retomamos el camino—. Te darás cuenta por ti misma.

Nos callamos. Yo estaba embobado en la contemplación de mi primer triunfo y con la compañía de mi tía Gloria. Creí que ya nunca podríamos prescindir de ella. El calor me bañaba la espalda y apareció un placer, venido de no sé dónde, al sentirla pegada a mi cuerpo.

Al extremo del camino estaba mamá Rafaela solicitándole a Petra:

—Por favor, ayúdale a Epifanio a cubrir las mesas con los manteles deshilados, los de Aguascalientes, y dile que saque los equipales y se lleve las flores.

Papá, de pie en la terraza, ordenó:

—Rafaela, compón al muchacho, los invitados no tardan.

—Ni que fuera manco —aclaré con un murmullo de indignación.

—¿Qué?

—Tengo doce años y sé arreglarme solo.

—No me retobe —hizo ademán de desabrocharse el cinturón.

—Yo lo preparo —intervino Gloria. Le sostuvo la mirada.

—¿Qué ropa me voy a poner, mamá?

—El pantalón y la camisa que estrenaste el día de tu cumpleaños.

—¡Estás loca! Eso se lo conocen —rugió papá—. Que se ponga otra cosa y, ¡rápido!

—Ven, mi amor —me empujó mi tía Gloria hacia la recámara—. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué, tía?

—Un traje de verano. Es mi regalo, ¿eh? —seguimos caminando—. Estás tan alto y fuerte que te compré una talla de hombre.

El agua mojaba sin refrescarme; estaba caliente. Al salir del baño y mientras me

secaba, pensé que sólo mi tía se había dado cuenta de mi crecimiento. El traje era un coordinado azul cielo. Empecé a vestirme.

—¿Se puede? —tocó a mi puerta.

—Sí, tía.

—¡Ah, qué guapo te ves! Te queda pintadito.

—Gracias, tía. Me gusta mucho.

—¿Ya estás? —mamá Rafaela entró a apresurarme—. Pronto, tu padrino quedó de estar aquí a las tres.

—Son las dos cuarenta y cinco —informó Gloria.

—¿Por qué se ponen así cuando él viene, mamá?

—A tu papá le conviene quedar bien con él. Sabes que es político; una de las personas más importantes de Nuevo Progreso.

—Entonces, ¿mataron el puerco para él?

—Qué cosas tienes, mi niño, lo matamos por ti.

—Bueno, en fin. Estoy listo.

—Vamos —dijo mamá Rafaela.

—Mamá, por favor, dame de comer ahorita, de seguro don Pedro aparece a las cinco. Tengo hambre.

—¡Ni Dios lo permita! En esta casa nadie come antes de que él llegue. Son órdenes de tu papá.

—¿Lo ves? —le guiñé un ojo a mi tía—. ¿Tengo o no tengo razón en lo que te dije?

Salimos. Papá se puso a platicar con mi tía Gloria. Con su veloz mirada recorrió nuestros atuendos y los aprobó asintiendo con la cabeza. Nos sentamos en los equipales a esperar. Mamá no dejaba de abanicarse; papá de consultar su reloj cada minuto. En mí el ansia se tradujo en un ruido tripal que rumiaba mi padecimiento.

La pasiva belleza de mamá Rafaela, hecha de calma y silencio, contrastaba con la de mi tía Gloria. Ahora, conociéndola mejor, tenía que admitirlo; no era tan bonita, sólo diferente. Observé su vestido color verde pálido, con saco hombroso, ceñido a la cintura en pliegues cortos, falda angosta de abertura trasera entre las piernas aprisionadas en medias de seda. Pintura en el pelo, la cara y en las uñas largas, redondeadas en los extremos. Fineza en la palabra, el ademán gracioso para sorber el refresco o espantar las moscas o arreglarse el peinado.

Cuando papá decía algo, se iniciaba una conversación breve, floja, sin importancia. Seguí esperando, de parte de él, una palabra de felicitación que en ese momento no pronunció. Epifanio dormía a la sombra de un guayabo y Petra regaba la huerta; no quería que el viento levantara tierra y empolvvara los manteles. El sol estaba camine y camine a mi derecha: mi hambre había desaparecido.

—Las cinco treinta y ningún invitado —se quejó papá.

—Siempre vienen después de don Pedro —le recordó mamá.

Mi tía Gloria hojeaba una revista *Life* de número atrasado. De pronto nos

comentó:

—Oigan esto: «Gabriela Mistral se ha convertido en la primera poetisa y única figura de las letras latinoamericanas agraciada con el Premio Nobel.»

—Ay, hermana, eso pasó hace años.

—Sí, lo interesante es la fotografía. No pensé que fuera tan pequeña.

—Sólo en lo exterior, su pensamiento es inmenso —aseguró Rafaela.

—¿Te acuerdas, mi niño? —continuó mamá evocadora y tomando la revista del regazo de su hermana—, aquello que te decía de pequeño: *Corderito mío/ suavidad callada/ mi pecho es tu gruta/ de musgo afelpada/*

—Sí —seguí recitando los versos—: *Carnecita blanca/ tajada de luna/ lo he olvidado todo/ por hacerme cuna/.*

—Pues esta señora escribió esos versos —señaló la fotografía de un rostro de mujer.

—¡Bah! —gritó papá y volvió la mirada a su reloj.

Propuse varias veces que jugáramos a las Damas Chinas. Se discutió porque papá no quiso y el juego entre tres no se podía. En eso, y antes de que apareciera don Pedro, entró Magda disculpando a sus papás; el señor seguía enfermo. Rato después apareció Caro, sus hijos y otros invitados, no todos los que esperábamos. Papá claudicó; con la cabeza agachada y los ojos, literalmente, pegados al reloj, le mandó a Epifanio que se fuera a encender el cazo de las carnitas. Petra servía los refrescos y mamá Rafaela acomodaba sobre las mesas una charolas grandes con chicharrones.

A las seis llegaron don Pedro, su esposa y sus hijos.

—¡Compadre! —gritó papá y corrió a recibirlo—. Pensé que no venían.

Se golpearon las espaldas.

—¡Cómo cree! Nos entretuvieron los ejidatarios con sus problemas de siempre.

—Véngase, mi ahijado —me abrazó—. Ah caray, m'ijo, en poquitos días ya está todo un hombrón y hasta con la primaria terminada. ¡Felicidades! Por ahí su madrina le trae nuestro regalo.

Papá también me abrazó y hasta entonces dijo:

—Su madre y yo estamos muy orgullosos de Manuel, compadre. Sacó banda de honor, mención honorífica y no sé cuántos premios más.

Los pasaron a la mesa grande. Pronto, entre mamá y Petra, llevaron cazuelas conteniendo salsa de chile de árbol con tomate verde; el guacamole; la cebolla desflemada y las carnitas. Gloria siguió sentada.

—¿Te sirvo un vino, compadre? —ofreció papá.

—Prepárame una cubita, Arturo.

—Hablando de cubitas —le entregó la bebida—, la situación en Cuba está difícil.

—¿Supieron? —habló mi padrino dirigiéndose a todos—, Batista mueve a su gente para volver a apoderarse de la Presidencia. A lo mejor a Prío Socarrás no le queda mucho tiempo como Presidente de Cuba.

—¿Hace cuánto lo eligieron? —preguntó Gloria.

—Apenas va para los dos años —le informó don Pedro.

—En las noticias por la radio, en la XEW —continuó mi tía—, dijeron que Batista compró una hacienda de ochenta hectáreas.

—Es cierto, señora —reafirmó don Pedro—. Medio mundo lo sabe.

—¿Para qué querrá tanto? —opinó mamá—. Ni modo que se lo lleve cuando muera.

—Y en la Ciudad de México, ¿cómo anda la política? —cambió de tema papá.

—Lo de siempre, Arturo. Ya los impacientes y a los que les encanta hacer futurismo, empiezan a lanzar nombres de los probables sustitutos de don Miguel Alemán. La verdad es que en los círculos oficiales se rumora mucho que el tapado es el Secretario de Gobernación, el licenciado Adolfo Ruiz Cortines.

—¿Y qué tal?

—Lleva una amplia trayectoria política, Arturo.

—Pues a mí —suspiró la señora Carolina—, me tiene muy triste la última película de Pedro Infante.

—Son pláticas de mujeres, véngase compadre, vamos preparándole una nieve a la muchachada, para la calor.

Fui tras ellos. Papá acondicionó la nevera y siguieron conversando. Del pelo güero, lacio de papá, resbaló el sudor que mojó su cara colorada, de labios delgados, sonrientes. Estaba cerca de ellos y alcancé a oír de lo que platicaban. Don Pedro le informaba a mi padre:

—En las próximas elecciones, serás el candidato del partido para nuestra diputación: ya te recomendé. Así que métele güevos, compadre, si no, me das en toda la madre.

—Gracias por ayudarme. Te lo juro; nunca te vas a arrepentir.

Se rieron mucho y entre bromas siguieron golpeándose las espaldas hasta media noche. Las visitas se retiraron. Tía Gloria me dio un beso y Magda no pudo decirme por qué estaba enojada conmigo.

Magdalena me lo dijo tiempo después; justo al mes siguiente de la elección de papá como diputado de nuestro distrito. Ese día habíamos quedado de ir a la loma del Campestre, el parque más grande y bonito de Nuevo Progreso. Allí nos divertíamos mucho. Desde la punta hasta la plaza de armas se hallaba pavimentado. Montados, cada quien en nuestras bicicletas, íbamos al puesto de La Botijona. Le dejábamos la de Magda y ella se pasaba a la mía. Sentada en el cuadro tomaba la dirección, yo los pedales. En la canastilla echábamos nuestros patines. Al llegar a la punta del jardín, don Romualdo, el encargado, nos cuidaba la bicicleta y, excitados por el vértigo de la velocidad, descendíamos patinando. En cada bocacalle nuestros gritos se unían para anunciarnos a los automovilistas y, en lugar de cuidarnos nosotros de ellos, ellos se cuidaban de nosotros.

—Tengan cuidado —nos previno mamá Rafaela que platicaba con doña Edelmira, la mamá de Magda, en la calle—. Ayer regresaron muy tarde. Avisen dónde andan.

—Si nos tardamos nos hablan por teléfono a la casa de Tití —aclaré.

—Sí —nos reprochó doña Edelmira—, para escuchar: «Acaban de irse, que iban con los Matos.» Y hablamos donde los Matos: «Pasaron rumbo con los Guajardo.» ¿No se cansan de recorrer el pueblo?

—Son nuestras vacaciones, ¿no? —se defendió Magda.

No regresamos en todo el día. A la hora de la comida pasamos por la casa de doña Luisa, tía de Magda, y nos invitó a comer. Hablamos por teléfono pidiendo permiso y pasamos la tarde junto con Muñeca, la prima de Magda que me gustaba mucho. Al atardecer decidimos ir a la plaza de armas donde había un puesto cercano en el que vendían nieve de garrafa. Se llamaba «El Polo Norte» y lo atendían unos japoneses. Ahí nos encontramos a Tití, al Pato y a La Chacha Ramos. Nos pusimos de acuerdo para ir a la «Terraza Nuevo Progreso», un cine sin techo. Pasaban una película muy comentada: *Las tres personalidades de Ana*. Volvimos a hablar por teléfono para avisar.

Me senté a un lado de Muñeca y platicábamos de algunas cosas cuando apagaron las luces. No podía concentrarme y lo hice como sin querer: le agarré la mano sudorosa. Ella no la retiró. Nos resbalamos un poco en la banca de madera y apareció la actriz en la pantalla. Representaba el papel de una mujer nerviosa que estaba en el consultorio de un psiquiatra; se quejaba de dolores de cabeza y desmayos. De pronto, la enferma cayó en trance y salió convertida en una persona distinta: coqueta, vulgar. Cuando apareció su tercera personalidad: inteligente, serena, ya había pasado mi brazo sobre los hombros de Muñeca. Mi cuerpo experimentó una metamorfosis y cuando ella se recostó en mi pecho, deseé que sus manos me tocaran. A esas alturas, no puse atención a la película. Tití me sacó de mi éxtasis, se había levantado a comprar palomitas y nos estaba ofreciendo. Prendieron las luces para el intermedio y comimos las palomitas distraídamente, mirando los anuncios de las paredes o las estrellas del cielo.

La Chacha Ramos y Magda comentaban acerca de la película y de si valdría la pena quedarnos a la otra. A mí no se me ocurría hablar de nada, me sentí estúpido y en eso se oyó una voz por el micrófono: «La parejita que está en la fila diecisiete de las bancas centrales, hagan el favor de comportarse o retírense a otro lado donde se puedan manosear». Tragué saliva; me creí culpable. Fui hundiéndome más en la banca cuando caí en cuenta de que estábamos en la fila cinco de una sección lateral. Todos nos levantamos a ver de quién se trataba. Resultó ser Polo; estaba con la CocaCola. Los dos se salieron con la cara roja de vergüenza. Magdalena le mandó un recado con una señal de su mano abierta. Le amenazó: «Vas a ver con mi mamá.»

A la salida del cine, los muchachos propusieron ir con doña Cuca, una señora que vivía a la orilla del pueblo y manejaba la Ouija.

—¡Ay, no! —protestó Muñeca—, yo le tengo miedo. Más si empieza a hablar del

panteón y de las ánimas.

—Es pura mentira —explicó Magda—. Ella mueve la tabla y luego inventa nombres y dice que los espíritus le mandan mensajes, si ustedes quieren ir a regalarle su dinero, yo no.

Como no les entusiasmó la idea, nos regresamos Magda, Muñeca y yo. Íbamos por enmedio de la calle. Eran casi las diez de la noche, pero parecía de día. Las señoras y señores platicaban sentados en sus mecedoras sobre la banquetta; los niños más pequeños jugaban rondas, los grandecitos oían las historias. Nosotros nos deteníamos en casi todos los grupos a saludar o a oír un poco de las conversaciones.

Dejamos a Muñeca. Magda y yo seguimos caminando.

—¿Te acuerdas del último día del colegio? Pensaste que estaba enojada contigo —rompió Magda el silencio.

—Sí.

—Ahora te voy a decir lo que sé. Esto me duele, pero como amiga te lo debo confesar. Unos días antes de tu fiesta, hacía mucho calor y no podía dormir —hablaba demasiado aprisa—. Saqué a media noche un catre a la terraza de atrás y fue cuando los vi. En la huerta de tu casa estaban tu papá y tu tía; se besaban.

—¿Qué? ¿Mi papá y Gloria?

—Sí.

—¡No puede ser! ¡No puede ser!

—Estuve mucho tiempo observándolos.

—¡No es cierto! ¡No es posible!

—No te miento, Manuel.

—¡No puede ser! ¡No puede ser!

—Sí, Manuel. Todo el pueblo lo sabe, menos tu mamá. Lo más grave es lo siguiente: oí a tía Luisa decirle a mamá que tu papá ya vendió el negocio a don Paco Sifuentes y piensa abandonarlos para irse a vivir con tu tía.

—¡No! ¡No! —Le supliqué llorando—. Magdalena, dime por favor que es mentira. Que estás enojada porque le tomé la mano a Muñeca y que por eso lo inventaste todo —la empujé a un rincón oscuro y nos sentamos en el suelo. Los dos llorábamos abrazados.

—Debes ser fuerte —sollozaba—. Tu mamá tan buena, sólo te tiene a ti —secó mis lágrimas con la falda de su vestido.

En la semioscuridad brillaron los ojos de un gato agazapado cerca de nosotros. Era una noche como cualquier otra: cálida, estrellada. Oíamos las rondas de los niños y el sisear de las conversaciones distantes. Yo sólo atinaba a preguntarme: ¿Por qué? Fijé la mirada en una estrella y en ese momento conocí el odio. Aparté a Magdalena y la oí por compadecerme y odié al pueblo y odié a mi padre y me odié a mí mismo. No quise saber más.

Cuando entré a la sala de mi casa, la encontré vacía. Corrí a la recámara de mamá Rafaela. Leía.

—Regresé, mamá.

—Otra vez tarde, mi niño.

—No tanto, apenas son las diez —le besé la mejilla.

—Embustero, pasa —levantó los ojos de la lectura—. Petra preparó un pastel de fresa. Cena antes de acostarte.

—¿Y papá?

—Salió fuera de Nuevo Progreso; una reunión del Partido.

—¿Cuándo viene?

—Mañana, o tal vez pasado.

—¿Y mi tía Gloria?

—Recibió un telegrama urgente del administrador de sus bienes y se fue a la Capital.

—¡Ah! —expresé—. Qué tierna para despedirse.

—No la juzgues mal. Fue imprevista la necesidad de su partida y tú todo el santo día en la calle, ni dónde localizarte. Me pidió que la despidiera. Prometió escribir.

—No la disculpes, si hubiera querido me hubiera buscado. El pueblo es chico; todos nos conocen.

—No te enojés. Gloria sabe cuánto la quieres —cerró el libro sobre su pecho—. Volverá.

—Por mí, ojalá no regrese nunca.

—Eres injusto. Quien te oyera pensaría que le tienes mala voluntad.

—Qué bueno que se fue —susurré.

—¡Mi niño!

—Ya era mucha concha, ¿no? —la volví a besar—. Que duermas bien, mamá.

—Gracias, mi niño. Tú también.

Me tiré en la cama y mi cabeza empezó a afanarse alrededor del problema. ¡No es cierto! ¡No es posible!, seguí repitiendo entre dientes. Una especie de cansancio me fue cubriendo a paletadas asfixiándome, borrándome el sonido de la noche que avanzaba lenta, inacabable. Luché contra la oscuridad agitando mi puño hacia arriba y sentí un ahogo que me impidió moverme. Respiré con dificultad y me perdí en un delirio afiebrado, en un monólogo estúpido. Tía Gloria es sólo un amorío más de papá. Al regresar, se encontrará con que la paloma voló y asunto resuelto. ¿Y la tienda? Bueno, pensándolo mejor, ¿para qué queremos la tienda? Papá continuará ascendiendo en la política; a lo mejor llega a gobernador del estado. En cuanto esté aquí, hablaremos de hombre a hombre. Deberá entender que mamá Rafaela y yo somos parte de su vida y quizá hasta llore arrepentido y me lo agradezca. ¿Y si no me hace caso? ¿Y si me grita que soy un bueno para nada e intenta quitarse el cinturón? ¡No! Acabará viéndome de igual a igual: si grita, yo gritaré más. Si amenaza; yo también amenazaré... Ya, sueño, por favor, ven y duérmeme.

Volví el cuerpo y apoyé la cara sobre la almohada. Mantuve los ojos cerrados, pero en el relleno de mi pensamiento se presentó la duda: ¿Si Gloria regresa? ¿Si

papá la sigue? El dilema horadaba mi cuerpo, lo convulsionaba como si estuviera llorando. Mordí la almohada pidiendo: ¡Que se haga el día!, ¡que se haga el día!, ¡que se haga el día!

No, mamá no lo soportará, se morirá de la pena. ¿Qué voy a hacer solo? Qué absurdo es el pensamiento, está caminando más aprisa que el tiempo. Nadie puede predecir el futuro, tendré que esperar los acontecimientos y, en el último de los casos, si las cosas se ponen color de hormiga, hablaré con mi padrino. A don Pedro, papá lo obedece en todo.

Moví la almohada para acomodarla a mi gusto cuando me di cuenta de que ya había comenzado a aparecer el día. Oí golpes en la puerta.

—¿Se puede? —era la voz de Rafaela.

—Estoy despierto. Pasa, mamá.

Traía el semblante diferente y un papel entre las manos.

—Vengo a comunicarte que tu papá no va a regresar. Nos quedamos solos —me vio y terminó—. Sabes que es de mala educación dormir vestido, ¿por qué no te pusiste la pijama?

Empieza a reconocer su recuerdo. Más allá de donde está el único árbol gordo, desparramado, da vuelta la vereda y se encuentra Nuevo Progreso. Involuntario freno mermador de velocidad, y había tanto silencio que oye sus recuerdos.

Caminar incierto. Mirada perpleja y el sol desinflado delineando las sombras que muerden nuestros pasos. Mamá Rafaela y yo, equipaje en mano, despidiéndonos de los habitantes de la pequeña ciudad. A cada paso el adiós en las manos y la ausencia en la mirada. A cada paso: ¡Que haya suerte!, o, ¡Que les vaya bien!

Y la calle, demasiada calle, bañada de luz, con la gente que platicaba a las puertas de las casas o atrás de las entreabiertas cortinas de colores, adornadoras de ventanas. El rodar angustioso del carrito de paletas a un lado de la acera. El palettero gritando:

¡De piña para la niña!

¡De limón para el señor!

Y en la esquina, el puesto ambulante de frutas con los pepinos desvestidos, exhibiendo, a cuatro partes, el lagrimear transparente de sus semillas. Las ruedas perfectas, apenas separadas sobre el hielo que gotea; ruedas rojas de sandía, amarillas de piña y blancas de jícama. A la mitad de la cuadra, el puesto de libros y revistas con el buzón para las cartas colgado a la pared. Yo, reteniendo en mi cabeza desde la sonrisa de «La Botijona» hasta las palabras de mamá Rafaela:

—En cuanto nos instalemos, Petra, mando por ti.

Se dirigió a la mamá de Magda que fue a dejarnos a la terminal de autobuses.

—Gracias por aceptar a Petra, Edelmira. No será por mucho tiempo.

Petra lloraba a gritos y Epifanio ayudó a mamá a subir al camión de pasajeros. A mí, abrazándome fuerte, me sentenció quedo, muy cerca de la oreja:

—¡La Capital te va a quedar grande, Manuel!

Al principio sí. Sobre todo aquel día que sentí el sabor de la tierra mezclada con el de la sangre, cálida, espesa, que brotaba de mi nariz. El cuerpo mojado de sudor y de furia doliéndome por todas partes. Sólo escuchaba la voz de Ramón Alfaro, el Segundo, mi primer y gran amigo de la Capital. Gritaba:

—¡Suénatelo, Manuel! ¡Suénatelo!

Juan y yo tirados en el suelo, rodando como un ovillo gigante, empolvado, a los pies del círculo que aplaudía frenético. Juan y yo lanzándonos manotazos con el ánimo fulminante invirtiéndose: a ratos golpeaba él, a ratos yo y el jaleo en grande. Los muchachos envolvieron de gritería el patio de la Escuela Secundaria Federal «Arturo Rivas Saíenz».

—¡Tú le das, Manuel!

—¡Chíngatelo, Juan, para que se le quite lo gallito!

Cegado por los rayos del sol y de mi rabia, dominé el pleito. Continué dando puntapiés a mi adversario. Él sólo atinaba a cubrirse la cara con las manos.

—¡Ya párale Manuel! —gritó el Segundo.

No pude detenerme, seguí castigando el pecho y el estómago de mi adversario que pronunciaba quedito:

—Ya... ya... ya...

Los demás nos separaron. Muchos compañeros se abalanzaron sobre mí tratando de aquietarme. La rabia me hacía patearlos hasta que fueron tantos que sólo me dejaron un jadeo profundo.

—¡Ái viene, ái viene el director! —anunció un muchacho. Atravesó corriendo las canchas de volibol.

Todos desaparecieron, menos Ramón. El director, seguido de algunos maestros, daba zancadas rápidas acortando la distancia. Al vernos, a Juan quejándose, tirado en el suelo y a mí ensangrentado, gritó:

—¡Inaudito! ¡Inaudito! —Se agarraba la cabeza y acomodaba sus lentes en un tic intermitente.

—¡Otra vez tú! —me señaló colérico—. Llévense al otro a la enfermería. Contigo, muchachito, debo poner las cosas en claro —me prendió de una oreja.

—Profesor Cadena —intervino El Segundo dirigiéndose al director—. Juan empezó, le dijo joto.

Su mano libre tiró a un lado a mi amigo y con una fuerza inusitada para su físico pequeño, endeble, y su avanzada edad, me arrastró en su marcha. Advertí su exaltación a través de la mano temblorosa; me jaloneaba sin consideración. Sentí el cuerpo adolorido, elevé la mirada retando a quienes observaban de lejos y me dejé llevar.

Llegamos a la dirección del plantel, iracundo me arrojó cerca de un sillón. Cerró

la puerta de un golpe.

—¡Siéntate! —sacó un pañuelo de la bolsa de su saco y me ordenó—: ¡Límpiate!

Sentado frente a mí, retiró nervioso los papeles del escritorio. Su pecho estaba bajando y subiendo, las venas del cuello y las sienes se engrosaban peligrosamente. Yo ocupé una mínima parte del sillón grande, blandito. Mis manos descansaron sobre las rodillas y apretándomelas, me vino una sola preocupación: mi camisa blanca, nueva, se había transformado en jirones que apenas si cubrían mi pecho adolorido. Rafaela al verme —pensé—, va a exclamar: «¡Jesús, María y José! ¿Pero qué te han hecho, mi niño?» Me asaltaron unas ganas tremendas de correr, tirarme sobre mi cama, cerrar los ojos y ya no despertar.

—¿Sabes lo que has hecho, barbaján? —comenzó a gritarme la voz quebrada, de viejo—. Tus escándalos son una vergüenza para la escuela. Nada más piensa en lo que pasaría si a ese muchacho le llega a suceder algo. Esta escuela, jovencito, no es un reformatorio para corregir vándalos pendencieros como tú...

Siguió hablando; no puse atención a sus palabras. Primero observé su cuello hinchado y las manchas rojas de sus mejillas que crecían y crecían, subiendo a la parte alta, calva de su cabeza. El lenguaje doblándosele más: «Eres un barbaján, un granuja, un inconsciente que ensucia el prestigio de esta institución.» El rostro tornándosele negro como una ciruela pasa, como mi primer noche en la ciudad de México, la que mi miedo arrugó desde la ventana del hotel sórdido, barato, cuando el mundo me pareció una pelotita oscura que me miraba con el relampaguear mecánico, acompasado de la luz neón de los anuncios. Apagándose, prendiéndose, al ritmo del llanto suave de Rafaela.

—¡No lo voy a tolerar! —oí al director.

Eso mismo grité en silencio aquella mañana frente a nuestra nueva vivienda. Mamá metía la llave al cerrojo y reparé en la calle polvosa, ni siquiera empedrada, donde unos niños semidesnudos y sucios nos miraban indiferentes. La puerta crujió, algo reflejó mi rostro porque ella me regaló una sonrisa estrictamente convincente y afirmó: «Es chiquita y el barrio pobre, pero no está mal y todavía nos quedo algo para poner un negocito.»

El profesor Cadena me jaló el brazo. Tenía más cansancio que enojo.

—¿Por qué no me contestas?

—Perdón, señor. No lo escuché.

—Acaban de avisarme —suspiró aliviado—, tu compañero sólo tiene golpes y moretones. Nada de cuidado.

Desesperado volvió a sentarse. Después de unos minutos me habló como supuse le hablaban los padres a los hijos.

—Manuel, es difícil ser maestro y más ser un maestro justo. Platícame de ti para ver si logro ayudarte. Un zapatero, hijo, puede equivocarse al elaborar zapatos: después hace otros y, ¡ya! Nosotros, no. No podemos darnos ese lujo. Si en este momento te corro, prácticamente te estoy echando a la calle, a rodar. Sin embargo,

comprende la gravedad de tu falta; en menos de un mes es el segundo pleito. La vez pasada hablé mucho contigo, revisé tus calificaciones y son inmejorables. Incluso pensé en ti como un alumno de mayor edad y apenas cumpliste los trece. ¿Qué te pasa? ¿Por qué peleas?

—Yo no quería, señor Cadena —vi las manos encima de mi regazo—. Juan tenía mucho tiempo diciéndome joto o marica; ya no me aguanté.

—¿Y crees que si alguien te dice joto o marica, como la vez pasada, vas a medio matarlo?

—No, señor, pero si yo no les hago nada, no deben meterse conmigo. Mucho menos inmiscuirse en mi vida.

—Vaya, vaya —dijo sorprendido—. Tu vocabulario no es de por estos rumbos. ¿De dónde eres?

—Vivo en Canta Ranas, aunque soy de Nuevo Progreso; una ciudad pequeña, señor.

—¿Cuánto tiempo tienes radicado aquí?

—Poco. Días antes del inicio del presente año escolar llegamos.

—¿Y dices que los demás se *inmiscuyen* en tu vida?

—Se burlan, señor. Se burlan de que mi madre venga a dejarme a la puerta de la escuela, me dé su bendición y me recoja a la salida. Por eso me dicen joto, marica y me roban mi torta. Usted comprenda; no debo cruzarme de brazos.

—¿No puedes venir e irte solo?

—Sí, pero mamá opina que en la ciudad de México hay muchos peligros y que debe cuidarme.

—Necesito hablar con tu papá.

—No tengo, señor. Se murió.

—Entonces dile a tu mamá que venga a hablar conmigo.

—No tiene tiempo, señor. Puso un tendajoncito y todo el día está en él.

—Recoge tus cosas y vete a atender la venta. Avísale a ella que venga de inmediato. Mañana a la salida me buscas, vamos a seguir hablando tú y yo.

—¡Gracias, señor!

En el pasillo me esperaba el Segundo.

—Qué buena chinga le acomodaste a Juan, mano. ¿Qué pasó? ¿Te chisparon?

—No. Quiere hablar con mamá —me recargué en su hombro que me llegaba un poco arriba de la cintura—. Voy al baño a limpiarme, ¿quieres traerme mis cosas del salón? Allá te espero.

—Al momento, Perro —me dijo cuadrándose.

—¿Cómo?

—Acabamos de bautizarte. De ahora en adelante serás el Perro.

La carretera que conduce al poblado de Santa Cruz de los Morados sigue en pésimas

condiciones. Los virajes pronunciados obligan a Manuel Herrera a asirse del volante. El reloj pulsera le queda al alcance de la vista. Va para las siete —piensa—. Los sábados, como de costumbre, Rafaela se iba al mercado, Petra a los lavaderos públicos y yo atendía la tienda hasta las dos de la tarde. Estando solo se me presentaba, al través de la puerta abierta, la incomparable monotonía del barrio y el aire que producían los ciclistas entraba en tajadas empolvándome. Entonces era cuando empezaba a admitir que el tiempo había trabajado a mi favor; ya no me costaba tanto esfuerzo ordenar mi nuevo mundo; ¡el de la ciudad de México! En efecto, todo me resultaba bastante fácil. Lo único difícil era dejar de pensar en el pasado.

Ese sábado estaba eludiendo el recuerdo cuando el Segundo entró muy temprano al negocio, lo revisó de punta a punta y detuvo la mirada en la manta que cubría el hueco de acceso a la casa.

—¿Estás solo? —indagó.

—Sí.

Misterioso, depositó un envoltorio sobre el mostrador.

—Ya la conseguí —empezó a desenvolver el paquete.

—¿Qué?

—La pistola. La que te prometí —me mostró el arma pequeña y me explicó—: El Manitas se la robó. Quiere cincuenta baros por ella. Es una ganga, Perro; ánimo.

—No puedo, es mucho dinero —se la regresé—. Sabes que sólo cuento con treinta.

—Yo te presto diez —los sacó del bolsillo—. Los otros diez bírlaselos a tu jefa; el cajón es mudo.

—No, ahora sí lo nota. Hay poco dinero.

—Total, con decirle que no hubo venta ya está. Decídetelo rápido, al Manitas le sobran compradores.

—No sé —abrí el cajón y conté el dinero. Las manos ya no me sudaban como las primeras veces—. Hay noventa y ocho.

—Quihubo, ¿entonces qué? Diez más o diez menos, ni en cuenta. Y eso sí, con la pistola en tu poder vas a apantallar a medio mundo.

—Bueno —conté los billetes, los junté con el resto y le entregué el dinero—. Ojalá mamá no se dé cuenta. Está ahorrando para ahora que termino la secundaria.

—No hay tos, Perro. De lo mío ni te preocupes, me vas abonando de a como puedas. Además el Manitas prometió enseñarnos a usarla y nos dará algo de parque. Guárdala bien, que no te la vea tu jefa y ten cuidado con Petra, donde quiera mete la nariz.

—Parece de juguete —comenté al revisarla. Mi corazón brincaba y una emoción desconocida no me permitió desprender las manos del objeto negro. La acaricié largo rato, la acerqué al pecho sobándola con la tela de mi camisa como quitándole el polvo para abrillantar la llave mágica de mi total adaptamiento.

—¿Te gusta, verdad, Perro?

—Sí. Parece de juguete —repetí a lo tonto.

—Pero no lo es. Trae tiro en la recámara. Ten precaución.

Ni eso me hizo soltarla.

—Voy a buscar un lugar seguro para esconderla.

De momento, la circunstancia me obligó a meterla en el cajón de la venta; un cliente apareció pidiendo cigarros, teleras y dos sobres con café.

—Bueno, ya está —comentó el Segundo cuando el cliente se fue—. Voy a entregarle el dinero al Manitas. No se te olvide la cita a las cuatro. Le hablas a tu jefa de un trabajo de la secundaria, que vas a la biblioteca o lo que se te ocurra y nos vemos en el deportivo.

—No sé si pueda.

—Oye, no te vas a echar para atrás a última hora. Habíamos quedado. Contamos contigo.

—No tiene caso salir con las muchachas, Ramón. ¿Qué tal si se les ocurre ir al cine o a la nevería? Ni tú ni yo tenemos dinero. Mejor las dejamos plantadas y ya.

—Ni maíz, Perro. Nada de cine, nada de nieve: dos bancas en el deportivo son suficientes.

—Silvia pensaba...

—¿Qué importa lo que piense tu novia, Perro? No tienes ni un centavo y ella no es ninguna idiota para no entenderlo.

—No me gusta. Silvia se muere por esas cosas y a cada rato me restriega en el oído el nombre de los sitios donde la llevaba el Flaco.

—Así son las viejas, no te quejes. Te sacaste la lotería con que la Silvia te haya dado el sí. Ves, hasta dejó al Flaco que todavía anda cacheteando el pavimento por ella.

—Tú, encaminador de almas —le reproché—. ¿Para qué la encampanaste si ya sabes lo maldito que es el Flaco?

—¿A poco Silvia no está buena?

—No, pues sí pero...

—¿Le tienes miedo al Flaco, ahora que traes pistola?

—Está bien, nos vemos a las cuatro.

Se fue. Quise contemplarla otra vez, gozar a solas el cumplimiento de mi más grande ilusión de las últimas fechas. Entreabrí el cajón y le echaba vistazos a la pistola y a la calle para no ser sorprendido. La sorpresa apareció atrás de mí. La cortina de manta se movió y la figura de Petra llenó el vacío de la puerta.

—¿No te has ido?

—Todavía no, Manuel. Cierra la tienda. Ven.

Algo me impidió moverme de mi lugar. Agarroado empecé a sentir un dolor en el vientre.

—No, Petra. Se aproxima la hora de mayor venta.

—No, ¿dices? —se encaminó a la puerta, la cerró y la atoró con el pasador de fierro—. Lo que se aproxima, Manuel, es la hora de la verdad.

—Petra, por favor...

—Ven.

La seguí.

—Rafaela siempre está metida en el trajín diario y puedes engañarla; a mí, no — Petra me tenía sentado en el centro de la habitación y continuó hablando en tono de reproche—. Desde que los alcancé aquí, me di cuenta de tu cambio, pero no pensé que te atrevieras a tanto.

—Tú no sabes, Petra —la miré a los ojos—. ¿Qué vas a saber de todo lo que he tenido que aguantar a fin de sobrevivir? ¿Y qué con eso? Aquí estoy y aquí sigo contra mi voluntad. Las cosas son como las estás viendo, es lo único cierto. Si lo quieres entender, qué bueno. Si no, no. Cada quién que las entienda como quiera: no me interesa. Basta y sobra que yo las entienda a mi modo. ¡Eso me basta! ¡Mi modo es éste!

—¿Desde cuándo tu modo es robarle a Rafaela?

—Ella me robó lo mío.

—No eres justo, Manuel, no eres justo.

—No me mires así —dije con voz cansada—. No sirve de nada lo que digas. Sé lo que hago y lo que quiero.

—Por ese camino sólo puedes llegar a la perdición. Ese amigo tuyo, ese Segundo, te está destruyendo. Es preciso que salgas de la influencia perjudicial que ese muchacho ejerce sobre ti. Quiero ayudarte, Manuel. ¡Escúchame!

—¡Estás loca!

—Dámela, Manuel. Dame la pistola que guardaste. No tienes edad para comprender todo el mal que te puede acarrear.

—¿A qué edad, Petra, se comprende el bien y el mal? ¿A qué edad? Porque creo que Rafaela y Arturo tenían la suficiente para comprenderlo, ¿o no?

Petra empezó a llorar y poco a poco mi dolor se concentró en el estómago y sólo me sentí capaz de tenderme en la cama y cerrar los ojos. Concluí advirtiéndole:

—No se te ocurra decirle a Rafaela, Petra. No se te ocurra.

Siguió llorando y oí sus pasos. Se arrastraban en la habitación como sin hallar lugar. Hasta después de tiempo se acercó a la puerta sin detenerse y cuando escuché el ruido al cerrarla, el golpe me pareció que venía de muy lejos. Intenté llorar; más por el vacío que por el dolor de estómago.

Deja de recordar, vuelve a ver el reloj: las siete quince. Siente un malestar al ir atravesando un vado. Hay cerros desnudos por todas partes y el constante vaivén de subirlos, de bajarlos, entretiene a Manuel. Acaba de entrar a una brecha de peligroso tránsito que requiere toda su atención. Las piedras sueltas ruedan al paso, precipitándose al fondo de la cuneta. Cayendo, giro a giro, producen ruidos quedos como lamentos.

Había dormido mal a causa de Magdalena. De vez en cuando pensaba en ella, pero como alguien que existía en otro sitio; como alguien diferente al resto de los mortales, como alguien que fingía vivir al otro extremo, justo al lado de Rafaela. El motivo de mi vigilia pensante obedecía a la avalancha de correspondencia escrita que en últimas fechas recibíamos de Magda y sus padres: tres extensas cartas semanales dirigidas a mí y una o dos a Rafaela. En la última, mi amiga me dejaba entrever su propósito de trasladarse a la ciudad de México para proseguir sus estudios. Eso me quitó el sueño.

Mi cuerpo sudoroso se remolineaba entre las sábanas del lecho y mi raciocinio: Mi vida y la de un perro de caza que va tras de su objetivo, son iguales. Nada detendrá mi cacería hasta poseer lo que deseo y si Magda viene, significa, en cierto modo, un obstáculo innecesario. Ojalá no venga, no me gustaría que conociera el barrio, ni mi casa, ni mi nueva vida. No, no me gustaría.

Se me echó encima el tiempo y a media mañana me levanté a buscar un cigarro. La cajetilla estaba vacía y no quise convencerme de la carencia de mi vicio. Abrí cajones, revisé mi escritorio: no encontré ningún cigarro. Tomé un lápiz y me distraje con nada, jugándolo entre los dedos y los labios, hasta que recordé mi cita con el Segundo.

Cuando entré a la cocina, la charla apresurada de Petra y Rafaela se inmovilizó.

—Yo cuido la tienda, Rafaela —se ofreció Petra—. Tú atiende a tu «niño».

Rafaela guardó en la bolsa del delantal un papel y aclaró:

—Para las madres, Petra, los hijos nunca dejan de ser niños.

—Pues «tu niño» ya tiene bigotes —se apoyó en el marco de la puerta—. Bien puede trabajar para mantenerse y estudiar.

—¡Nunca, Petra! Descuidaría sus estudios. A ese respecto, nada puedes alegar. Te consta que el bachillerato lo terminó bien.

—Más mal que bien, pero en fin, allá tú —Petra cerró la puerta.

—No le hagas caso —la disculpó mamá—. Las viejas nos hacemos maniáticas.

—Tú no eres vieja, madre.

—¿No? ¿Dónde estarán mis cuarenta años, hijo? Me siento como de ochenta —puso un mantel individual sobre la mesa y se fue a un lado de la estufa—. Todo está listo, en un momento te sirvo.

—¿Sabes, madre? —le comenté cuando estuvo de regreso—. Hoy iniciaremos, Ramón y yo, nuestros trámites para entrar a la facultad. Acuérdate que ya te había dicho que quiero estudiar leyes. El problema son nuestros promedios un poco bajos, pero hay un muchacho al que le llaman la Changa y está en el comité de estudiantes. Él nos promete meternos si le damos dinero.

—Bien —mamá Rafaela se sentó enfrente de mí—. Si tu camino son las leyes y verdaderamente lo quieres, puedes. Tengo para pagar.

A los dos nos invadían diferentes motivos para estar tristes casi siempre que

hablábamos, aunque de una u otra manera los dos nos dábamos consuelo. A veces ella sabía interpretar el mensaje que le enviaban mis ojos: acúname, dime Corderito mío, suavidad callada... ¡Ámame!, y me acariciaba como antes, como allá en mi infancia. Ese día, al comentarle mi propósito de ingresar a la Facultad de Leyes, la estaba resarcendo de muchos de sus años soledosos, llenos de una esperanza viva, latente, de hacer de mí un hombre preparado. «Apto para que la vida te resulte plenamente disfrutable» —decía—. Como si sólo eso bastara y la felicidad fuera una realidad que se encontrara a la vuelta de la esquina. Como si la infelicidad de ella hubiera sido por falta de preparación.

Para ese entonces, mamá Rafaela había sacado fuerzas del infortunio y nuestra casa, gracias a su trabajo constante, se había ampliado a otras dos habitaciones: una para mí, la otra para los servicios más indispensables del hogar. Yo ya no quería huir, ni tirarme sobre la cama, ni patear las paredes, ni me dolía el estómago. Nos rodeaba una calma subjetiva y la insatisfacción únicamente se nos notaba en el semblante nostálgico.

—¿Tienes para pagar, mamá?

—Sí, mi niño. Precisamente ésa es la noticia que voy a darte —sacó el papel que había doblado en la bolsa del delantal—. Recibimos carta de Nuevo Progreso.

—¿Magdalena?

—No, de su padre. Envía un giro cuya cantidad cubre el pago de tres meses de hospedaje de Magda. La muchacha llega a las siete de la tarde, viene a estudiar a la Facultad de Medicina. Se quedará a vivir con nosotros.

—¡No! —me levanté de la silla y expuse todo lo sereno que pude—: No debiste aceptar; ni la colonia, ni la casa, son lugares adecuados para ella.

—¿Por qué no? En el barrio todos te respetan y tú te encargarás de que lo mismo suceda con Magda, que es como tu hermana. Por favor, mi niño, no me quites esta alegría: deseo la compañía de la muchacha y tenemos necesidad de otra entrada, de menos para tus libros.

—No te ilusiones. En cuanto se dé cuenta de nuestra pobreza, decidirá irse a una casa de asistencia.

—No hijo. Ellos saben nuestra situación desde siempre. Cuando Edelmira me pidió que le aceptáramos a Magda, le expliqué nuestra forma de vida —Rafaela me sostuvo la mirada y prosiguió elevando un poco el tono de voz—. Nunca la he negado. Contestó que lo importante, en caso de albergarla, es la decencia de nuestras costumbres.

—Ay, madre, ¿decencia aquí? Pero bueno, ¿dónde la vas a acomodar? No querrás quitarme mi cuarto para dárselo a ella.

—No, Manuel. Petra se instalará en el cuarto de servicio y Magda se quedará conmigo, en mi habitación.

—Aun así, no me gusta la idea. De menos merecía que me lo hubieras consultado —sentencié—. Creo que a la larga esto va a resultar mal.

—¿Mal?

—En cuanto a perder la privacidad. Y desde ahorita te digo, no cuentes conmigo para llevarla y traerla. No me voy a convertir en pilmamo de una pueblerina.

—Ojalá fueras más cooperativo, hijo.

—Otra vez lo mismo —golpeé la mesa—. Si porque no apporto dinero a la casa crees que Petra y tú tienen derecho a referírmelo, está bien, busco trabajo y dejo de estudiar.

—¡No, eso no! —Suavizó la voz, sacó dinero de entre sus senos y me lo entregó—. Toma, paga lo que sea necesario. Si no es suficiente, al cambiar el giro te lo completo.

—Bueno —guardé el dinero—. Me voy a seguir insistiendo en lo de la entrada a la facultad.

—¿Vas solo?

—No, pasaré por el Segundo. Está esperándome.

Mis pasos se adentraron en el ruido del barrio y un impulso poderoso me obligó a patear las piedras del camino. El sol estaba frente a mí y la fuerza de su luz me obligó a transitar las dos cuadas de distancia entre mi casa y la del Segundo, con la mirada puesta en la tierra que levantaba mis pasos para no mirar la calle en desorden como mis pensamientos: Me hablará de ellos, de Tití, del Pato, de Muñeca... Y sobre todo de ésas sus vidas tan sin esfuerzo, tan placenteras y hasta quizá en un momento, mencione a papá o a Gloria y entonces, más que nunca, se abrirán mis heridas y, ¿cómo es posible que Magda esté aquí, conmigo? En cuanto al secreto de mi vida, lo sabrán allá; el único lugar del mundo donde no quisiera andar de boca en boca.

Me paré en la esquina de la casa del Segundo y silbé: no me gustaba ver a su montón de hermanos, siempre semidesnudos, jugando en el lodo, ni a su madre, toda la vida embarazada. Seguí silbando; los muchachos producían tanto ruido que pensé que no me escuchaba.

Por fin salió.

—Quihubo, ¿qué hay? —me saludó.

—Una mala noticia —dije y nos echamos a andar.

—Explícate.

—Magda se viene a vivir con nosotros.

—¿En calidad de asistida?

—Sí.

—Por la cara que traes, más bien parece que viniera tu padre.

—Sería mejor. A él le acomodo una putiza y ya. Magda es otra cosa. Siento vergüenza de que conozca todo esto.

—¿Qué conmovedor! Le das demasiada importancia a algo que no la tiene. Tómallo como un aliviane económico para tu jefa y para ti; habiendo más material rodante, ya fregaste manito.

Nos detuvimos a esperar el camión de pasajeros. No quise seguir hablando de

Magda. Estaba claro, no entendía mi situación. Por eso le pregunté:

—¿Conseguiste el dinero que pide la Changa?

—Sí. A mi jefe le prestaron de la caja de ahorros en la fábrica. Pinche Changa, nos tiene que hacer una rebaja.

—No quiso —le recordé.

—No importa, un día nos desquitaremos.

El camión pasó lleno a reventar. Lo abordamos. Los pasajeros nos fueron empujando, alejándonos de tal suerte que fue imposible cualquier forma de continuar la conversación y me fui hablando a mí mismo: Es idiota rebelarme contra lo que va a ocurrir. Ni que Magda fuera mi juez, total, si no le parece, ni modo. No voy a cambiar y menos ahora que estoy ganando terreno entre las gentes del barrio —metí la mano a la bolsa del pantalón y sobé la pistola—. ¿Cómo sería mi vida en Nuevo Progreso? Duré varios minutos pensando en eso, pero no pude imaginármela.

—Pide la parada Perro —la petición del Segundo me trajo de vuelta.

Tomamos la avenida que conducía a la Rectoría. Enfrente de la oficina, en un jardín, habíamos quedado de vernos con la Changa.

—¿Traes el dinero? —me preguntó el Segundo.

—Sí.

—¿Completo?

—Sí, ¿y tú?

—También. Le damos la mitad, le decimos que el resto cuando salgamos en las listas. Vamos separándolo.

—Mejor le pago todo. Después lo gasto —empecé a contar.

—No seas pendejo. Música pagada toca mal son. Yo sé lo que te digo.

—Bueno.

—Espérate —me detuvo con su brazo—. Aquí quedamos de vernos.

—No está.

—Pinche Changa. Tiene que darse taco. Ni modo, vamos a sentarnos en aquella banca —señaló un lugar—. Desde ahí vigilamos.

—¿Cómo es? —dijo Ramón cuando nos sentamos. Miraba a nuestro alrededor.

—¿Quién? —Me recorrí un poco en la banca para eludir los rayos del sol. A esa hora, y en ese lugar, me daban de frente.

—La muchacha de quien me estabas platicando.

—¿Magdalena?

—Sí, ésa.

—Ha de estar muy cambiada. La dejé de ver a los doce, ahora anda en los dieciocho.

—¿Y todavía te quejas? Ya quisiera yo tener en la casa una vieja de esa edad a ver si no me la cogía.

—No digas pendejadas —me puse de pie.

—Ya pues, mano. No es para que te enojés. Yo nada más decía.

—¡Decías, madres! —lo levanté en vilo de la banca—. Métete esto en la cabeza: a Magdalena la van a respetar tú y todo el barrio como si fuera mi hermana. ¡Entendiste!

—Está bien —se desprendió de mis manos y volvió a sentarse—. Olvídalo. Si te dije eso fue porque pensé que estabas medio enamorado de la muchacha: ¡hablas tanto de ella!

—Y si lo estuviera, ¿qué? Magda no es como las del barrio que se dejan coger por todos. ¿Está claro?

—Bueno, sí, cálmate. Todos vamos a cuidar a tu *virgencita que riega las flores*.

—Mira, Segundo...

—Ya hombre. Ahí viene la Changa. Vente.

La Changa era un muchacho flaco, chaparro, aunque no tanto como el Segundo.

—¿Qué hay? —nos saludó de mano—. ¿Consiguieron la *feria*?

—*Is barniz* —contestó el Segundo—. Pero dando y dando. Mitad ahorita, el resto hasta solucionado el asunto.

—Eso no fue el trato —objetó la Changa.

—Si quieres bien, si no también —el Segundo se inclinó sobre un costado, flexionó levemente la rodilla e hizo ademán de contar dinero—. Sobra quien nos haga el favor por una corta.

—De acuerdo. Entréguenme las carpetas con sus papeles —entre la documentación escolar introdujimos la cantidad convenida.

—El día veinticinco salen las listas —dijo la Changa—. Aquí nos vemos.

Contestamos que estaba bien y nos despedimos de mano.

—Pinche Changa —repitió por enésima vez el Segundo de regreso al barrio—. Ha de ganar un dineral, pero un día, tú y yo nos lo vamos a chingar.

Retorné más tranquilo, o al menos, el hecho de saber que ya se había resuelto mi problema de entrar a la facultad me animó bastante.

—¿Y mamá, Petra? —pregunté al entrar a la tienda.

—En el centro, surtiendo mercancía.

—Ah.

—¿Ya sabes la nueva, Manuel? —tenía los ojos alegres en su cara marchita.

—No, Petra, ¿qué hay? —Fingí no saber. Le pasé el brazo sobre los hombros y me recargué en ella.

—¿No lo adivinas?

Me sonrió como antes porque después de nuestro pleito, Petra se reconcilió conmigo. Anduvo buscándome de varias maneras, no obstante que continué con la amistad del Segundo. Posiblemente mi amigo ya no le era desagradable; también urdió las paces con él. Petra se las ingeniaba para presentarse siempre que Ramón y yo conversábamos, no nos perdía de vista y nunca nos dejaba del todo tranquilos: usaba pullas verbales en cualquier momento. Sin embargo, nos daba igual. La vigilancia de Petra no se extendía hasta la calle, donde pasábamos la mayor parte del

día vagando, sin hacer nada.

—No, Petra. Dilo ya.

—Magdalena estará aquí al atardecer.

—Ah, era eso —y vi su desilusión.

—¿Te parece poco? Esa muchacha es como tu hermana. Crecieron juntos y su llegada será como respirar aire renovado, puro, después de haber estado aspirando uno parecido al de las alcantarillas —me vio con un mudo reproche. Luego me apretó la mano—. Su presencia nos favorecerá, sobre todo a ti.

¿Se trataba en realidad de una buena noticia? Yo me encontraba demasiado ocupado en mi ingreso a la Facultad de Leyes y en otros asuntos que traíamos entre manos el Segundo y yo, pero estaba claro: empezaron a contagiarme del deseo de verla y sentí una intranquilidad mal disimulada. En momentos así, ocurría lo de siempre: me odié por cambiar de opinión.

—Vas a ir por ella a la Central Camionera. ¿Verdad?

—Sí, iré por ella.

Magdalena me reconoció desde lejos y me hizo señas. A distancia parecía una adolescente alta, de trece o catorce años. Al irse acercando su rostro revelaba más madurez, pero conservaba un aire infantil. De cualquier manera me sentí mucho mayor que ella, aunque éramos de la misma edad. Había cortado su cabello, ahora no le llegaba a cubrir las orejas. Sólo el mechón continuaba largo y rebelde sobre su frente. Se le ondulaba al caminar y ella lo sacudía, como deliberadamente, a cada paso. Observé su figura delgada, las piernas enfundadas en un pantalón holgado, sus senos se delineaban bajo una blusa camisera. Yo había conocido muchas chicas, en la secundaria, en la preparatoria, en el barrio, pero ninguna como Magdalena. Desde que la vi me di cuenta de la diferencia: su espontaneidad era sin artificios. Dejó las maletas sobre el piso y corrió a abrazarme.

—¡Manuel! ¡Manuel! —me besaba las mejillas. Se apretó a mi pecho—. ¡Qué gusto verte! ¿Y Rafaelita? ¿Y Petra?

Empezó a llorar.

—Oye...

Se echó a reír.

—Sí, ya sé —me dijo y se limpió la cara con las manos—. Soy una tonta sentimental.

—Las gentes nos miran —la aparté de mi pecho.

—Que piensen lo que quieran, yo tengo mucho gusto —y volvió a besarme y a abrazarme.

Atardecía. Yo tenía el estómago encogido y no retrocedí, también la aparté y la besé. Cuando nos separamos dijo:

—Tienes los ojos húmedos, Manuel.

No respondí. Nos encaminamos a tomar su equipaje y abrazados salimos a la calle. La noche estaba cayendo.

Lentamente circula por los callejones más apartados de Nuevo Progreso; busca un lugar para estacionarse. Toma un pañuelo de papel, limpia el sudor de la frente, del mentón, del cuello y, Tengo como una ilusión. Algo me dice que con la curandera de Santa Cruz de los Morados será distinto. Es como una voz repitiéndome que ella sí borraré la pesadilla, y quizá hasta esta vida que se me está deshaciendo pueda reconstruirse, como cuando vivía tranquilo aquí y leía poemas junto con mamá Rafaela. Encuentra donde dejar el carro. Al pisar las calles empedradas, por las cuales transitaron sus pies de niño, lo invade una felicidad desconocida. También le agrada sentir el aire: juega con sus cabellos.

Camina sin premura por las calles musgosas, afelpadas de Nuevo Progreso, cubierto por los rayos del sol de las nueve treinta. Manuel Herrera enfila sus pasos hacia la calle 16 de septiembre. Contempla a los transeúntes buscando un rasgo físico que le permita reconocer a alguien; sólo encuentra rostros desconocidos mirándolo curiosos. Pasan algunos automóviles luchando contra la estrechez de la calle. Oye el ruido de las hojas de los arbustos al mecerlas el viento y le vuelve a recorrer un cosquilleo persistente por su cuerpo. Se dibuja una expresión nostálgica en su semblante, decide dar un paseo antes de desayunar. Llega a la calle Santa Rosa de Lima, excitado, registra palmo a palmo cada esquina comparándolas, severo, con el pasado.

Se aproxima a donde estaba, en el ayer, el puesto de raspados de La Botijona: encuentra un galerón pintado con cal. Al frente hay un letrero grande: SUBAGENCIA FERTIMEX. Abajo: EN APOYO AL PROGRAMA NACIONAL DE ALIMENTACIÓN. Se asoma. Adentro los cargadores flacos, robustos, con el torso descubierto, brillando de sudor, y un mecapal alrededor de sus cabezas. Acomodan la carga en un rincón del local. Observa unos minutos los cuerpos encorvados, mentalmente se pregunta: ¿Qué pasaría con La Botijona?

Más adelante, en lugar de la tienda de las Aldapitas, encuentra un moderno edificio de puertas abatibles y grandes ventanales rectangulares. Encima de la puerta, sobre la pared de material transparente, hay un letrero: Banamex. A través de los cristales contempla el piso reluciente del interior y, Seguro que ya se murieron las hermanas Aldape. ¡Estaban tan viejitas! Detiene la mirada en la bandera: los pliegues esconden el águila y apenas dejan ver lo oscuro de la serpiente. Se le asemejan a las arrugas de las dos mujeres que conoció de niño.

Un lentísimo giro de cabeza y a media cuadra encuentra la casa grande, antigua, de Magdalena, con el verdor todavía brillando en las macetas del balcón. Cada paso en las losetas le resuena en el cerebro: son un cúmulo de murmullos que no puede acallar. Se hunde en el eterno retorno y se siente una hebra elástica que de pronto deja de tensarse para volver a su sitio y, Estoy aquí de nuevo, donde nunca deseé regresar y una parte de mí goza los montes recortados bajo el cielo pálido de este día caliente,

tan estático, tan tieso, igual a aquella mañana de sufrimiento por separarme de todo esto. ¿Pero qué me pasa? Tiemblo al ver a los ciclistas y a los niños en patines y al percibir el olor a guayabas y las imágenes vivientes en esta calle atiborrada de gente y de recuerdos, que dejó de pertenecerme hace mucho tiempo. ¿Quién tuvo la razón al final del cuento?: ¿Rafaela o Epifanio? ¿Quién interpretó correctamente la forma de vivir más adecuada?: ¿Magdalena? ¿Petra? ¿Yo? ¡Quién sabe! Con Magdalena es imposible comprobarlo; no sé ni dónde está. Y Petra ya no vive para acudir a ella.

Sigo de pie en esta calle tibia de ruidos, de aromas, de colores. El recuerdo aviva las confesiones que sostengo conmigo; las que yo sólo conozco; las que siempre quedan inconclusas porque no sé cómo terminarlas.

Yo, invadiendo los dominios de Magdalena que, después de todo, regresó, junto con Petra, a Nuevo Progreso, a la costumbre, al orden, a la tranquilidad. Me pregunto si Magda encontraría lo que necesitaba, aunque eran muy reducidas sus aspiraciones, ¡se conformaba con tan poco! Y, sin embargo, ese poco bastó para llenar el vacío de algunos años de mi juventud y otros ya no tan juveniles; bastó para alumbrar aquél mi túnel tan complejo. Estoy moviendo las aguas de mis recuerdos y siento mis pasos por aquel callejón bifurcado igual que la cola de las golondrinas. Entonces, las pesadillas no se producían durante el sueño, eran representaciones conscientes; despierto, lúcido...

—Ahí viene el Pelón Bayano —gritó alguien de nuestra mesa, aquella noche en que fuimos, junto con nuestros seguidores de la Facultad de Leyes, a putear.

Nos volvimos hacia donde señalaba nuestro compañero y en ese momento arribó al *bule* donde bebíamos, el aludido. Era un lidercillo del comité de estudiantes y de la dirección juvenil del partido. Lo seguía su gente.

—El cabrón se cree mucho —dijo Joaquín Argüelles, uno de los nuestros.

—Cállate, pendejo, te va a oír el licenciado —amenazó el Segundo.

—¿Licenciado? Si no terminó la carrera —se defendió Argüelles.

—Mírenlo —dijo otro—. Trae una bola de güeyes y la pinche Changa a su lado.

—Hijo de su puta madre —pronuncié entre dientes.

—Ni tan pinche —dijo el Segundo—. No le han dado bajada los gallones, ya hasta hizo equipo con el Pelón; en ésa nos viéramos a ver si no le agarrábamos el saborcito al caldo.

En silencio observamos el espectacular arribo de la mancuerna que, por aquel entonces, tenía cierto poder político en sus manos. En cuestión de segundos, las miradas arrogantes abarcaron de punta a punta el sitio y detuvieron el lento caminar. Bayano gozaba de apariencia intelectual, quizá por la prematura calvicie que le extendía la frente hasta lo alto de la cabeza, o tal vez por la serenidad con que hablaba al tiempo de manosearse el bigote negro. Los demás arrastraron sillas y les acomodaron mesas. Después que se sentaron, la situación se puso tensa; Joaquín

Argüelles estaba jalado y comenzó a echarles pleito.

—Estos cabrones —señaló a los recién llegados—, son unos camotes apantallapendejos.

Hubo movimiento de parte de la gente de Bayano, pero éste les dijo a señas que se esperaran. Quedaron a la expectativa.

El Segundo tomó a Joaquín del brazo y le previno:

—No te quieras pasar de listo, cabrón; con éstos llevamos la de perder.

—¡Qué perder, ni qué la jodida! —Argüelles se levantó y tambaleante caminó hasta el lugar donde se habían sentado y les gritó—: Ustedes son unos perfectos hijos de la chingada.

La gente del Pelón Bayano se levantó. El Segundo me hizo una seña y rápido seguimos al borracho.

—Vente —le ordené tomándolo por un brazo.

—Pinche Perro culero —se desprendió de un jalón—. Yo no le tengo miedo a esta bola de billar —y sobó la frente de el Pelón Bayano.

Tomé a Joaquín por el cuello de la camisa y le disparé un soberano bofetón que lo hizo caer a varios metros de distancia. Saqué la pistola apuntándolo, pero él se arrastró hasta un rincón del local y se acurrucó a dormir la *mona*.

—No hay *tos*, mi licenciado —se disculpó el Segundo—. Joaquín está borracho.

Al ruido de las sillas que cayeron y del escándalo sofocado salió una mujer, vieja, gorda. El Pelón Bayano con la mirada le ordenó retirarse. Los muchachos volvieron a tomar asiento y al momento de guardar el arma, el licenciado Bayano nos revisó de pies a cabeza por un instante; al Segundo y a mí nos pareció un siglo. Al rato dijo:

—Vénganse a chupar la *boya* con nosotros. Yo invito.

El círculo se amplió y de inmediato nos instalamos entre la gente del licenciado. Yo quedé enfrente de él y a un lado de Ramón.

—Golpeas duro —habló Bayano, dirigiéndose a mí.

No contesté, sólo mostré mis manos, presumiéndolas.

—Depende en qué sentido —aclaró el Segundo. Porque golpear duro también lo utilizaban para nombrar las acciones de los disidentes o de quienes eran sus enemigos políticos y les daban lata—. Si te refieres a que mi amigo tiene fuerza en los puños, sí. Si te refieres a lo otro, no. Estamos con ustedes.

Se acercó la mujer vieja y le habló al Pelón Bayano:

—Queremos darte buen servicio, mi rey. ¿Qué?, ¿te traigo unos buenos culos?

—Al rato, mi madrota —le retiró el brazo que la mujer había descansado sobre su hombro—: yo te aviso cuándo.

La mujer nos dio la espalda. El licenciado nos cerró un ojo sonriéndonos, como anticipándonos: «Buen banquete nos espera», y continuó hablando:

—¿En qué facultad están?

—En Leyes —contestó Ramón—. Junto con la Changa.

—¿En el mismo grupo?

—No —siguió hablando Ramón—. Nosotros en el Cuarto «C», él en el «A».

—Entonces se conocen.

—Poco —expresó el Segundo—. La Changa es como un cometa; sólo de vez en cuando se aparece por la escuela.

—Uno que puede... —interrumpió la Changa.

La mirada fría que le envió su jefe político lo obligó a callarse.

Agarró su jaibol y le dio un trago.

—¡Salud! —levantó su vaso el Pelón Bayano. Todos bebimos y repetimos:

—¡Salud!

—Y bien —continuó el líder—. Veo que traes pistola.

—Nada más para protegerme —respondí.

—Te violentas fácil; ten cuidado.

—El Perro es así, pero nunca ha hecho mal uso de ella —intervino Ramón.

—¿El Perro?

—Me llamo Manuel Herrera; para los amigos soy el Perro —saqué los cigarros y ofrecí.

—Gracias, Perro —me dijo el Pelón y aceptó uno.

—¿Y tú? —se dirigió a mi amigo.

—Yo me llamo Ramón Alfaro, licenciado, y me dicen el Segundo.

—¿Éste es su equipo? —señaló a nuestros seguidores de la facultad.

—Sí —contestó Ramón.

—¿En qué filas militan?

—Sólo en las nuestras.

—¿No tienen partido?

—Ninguno.

—Ái verán si se adhieren al mío —propuso el Pelón Bayano.

Ramón no me dio tiempo a intervenir. Rápido aconsejó:

—¿Qué le parece si lo hablamos en privado, licenciado?

—Bueno.

El Pelón Bayano se levantó y como nada más tomó al Segundo del brazo, yo me quedé a esperar. Los vi de lejos hablando con la mujer vieja y gorda y en seguida desaparecieron de mi vista.

La Changa se fue a sentar a mi lado y removiendo la bebida me dijo:

—Debiste ponerte abusado, Perro. Ya no alargues los ojos; al rato nos llaman.

El tiempo se fue lento, con una parsimonia inquietante que iba en contra de mí mismo. El Segundo, y no yo, sería quien tomara la decisión, debía someterme a ese hecho: las cartas ya se habían echado y ni modo, me comió el mandado. La Changa continuó hablando y yo pensé: De verdad la gente está conmigo. Ellos lo saben; yo soy el que las puede. Ramón es una chingaderita, tan encanijado, tan sin vitalidad física, y noté cierta expectativa entre los nuestros, algo así como una interrogante en la mirada: ¿Qué pasa, Perro? Algunos inconformes mostraron su recelo a base de

actitudes hostiles. Yo levanté los hombros y alzando el vaso los calmé:

—El asunto va bien, muchachos. ¡Salud!

Se disciplinaron de tal modo que pronto volvió el relajo en grande. Para entonces, yo no tenía otra alternativa sino continuar esperando. De pronto me encontré con el despelote: los demás corrían borrachos atrás de las mujeres desnudas. Apenas puse atención. Les dije sin mucho mando: No hagan eso, espérense. Aunque ya algunos se habían tumbado encima de las tilangas de la alfombra húmeda, sucia. Me reí y bromeé con ellos y, ¡Vente a *bulear* Perro!, me gritaban. Y yo: sí, al rato, pero miraba a cada instante el reloj y el Segundo no aparecía, ni mandaban por mí.

—No te desesperes —me dijo la Changa acercándose—. De cualquier forma te pondrán al tanto y si no te conviene dices que no y ya. Tú síguete entrando a la *boya*. ¡Salud!

—Qué fácil, ¿no? A éste lo emborracho y listo —retiré la botella.

—Haz lo que quieras —se sirvió más vino y comentó—: Hace tiempo que no te veo con la vieja flaca que tráis, ¿es tu nalga?

—Putá Changa —de un golpe lo tiré lejos—. Magdalena es decente. ¿Oíste? ¡Decen-te! —y me abalancé sobre él.

De un salto se puso fuera de mi alcance y echó a correr gritando:

—¿Y qué otra cosa le queda si está tan federal; tan sin bolas? —se perdió entre los demás. No pude atraparlo.

Había un calor de infierno y olía a diablos. Regresé a donde estaba y me quedé solo tratando de rellenar el vacío del suspenso; pero una ansiedad me roía por dentro, era un afán casi incontrolable por averiguar lo que se estaba planeando en el cubículo, al extremo opuesto de mi sitio y, Otra como ésta no me haces, Segundo. En lo sucesivo yo tomaré la delantera y a ver de a cómo nos toca, al fin y al cabo que de un putazo te saco de la jugada. No podía esperar más cuando apareció la mujer. Ordenó un toque de atención para avisar:

—Que un tal Perro y un tal Changa, me sigan.

Me puse de pie y con la mirada busqué a la Changa. Alguien me señaló a lo lejos que ahí estaba. Fui hacia él.

—Córrele —moví a la Changa que dormía abajo de una mesa—. Nos hablan.

Al despertar y verme se cubrió el rostro con las manos.

—No, hombre —traté de incorporarlo—. Bayano y el Segundo nos están hablando. Apúrate.

—Espérate —salió de entre las patas de la mesa. No pudo incorporarse—. Nomás me echo un pericazo —con una uña tomó polvo de cocaína, lo acercó a la nariz, aspiró fuerte y se dio el levantón—. Ahora sí, Perro, vamos.

El recinto se hallaba impregnado del olor a tabaco y alcohol. En la semioscuridad apenas se perfilaban las dos siluetas.

—Siéntense, muchachos —ordenó el Pelón Bayano y le hizo una seña al Segundo para que hablara.

—Vamos a meterle zancadillazo a Alejandro, el presidente del comité de estudiantes —el comentario fue directo.

—¿Al jefe? —interrumpió la Changa.

—Cállate —lo detuvo el Pelón Bayano—. Luego te explico. —Le dio luz verde al Segundo para que continuara.

—Tenemos que echarle toda la carne al asador, Perro; vale la pena intentarlo.

—Barájamela más despacio —enronquecí la voz—. No me comprometo a nada si no veo claridad en el punto.

—Las cosas ya están resueltas —suspiró el Segundo y mandó a un lado mi actitud. Añadió—: Aquí Bayano es de la opinión de que para empezar, tú, Perro, te inscribas en el concurso de oratoria; el que convoca la facultad.

—¿Yo? ¿Para qué?

—Necesitamos que cambies de imagen y no sólo te vean como un armacamorra, queremos darte a conocer en otro terreno. Te conviene a ti y a todos.

—Tu voz y presencia se prestan para esto —tomó la palabra Bayano—. Te aseguro que vas a ganar; de eso me encargo yo.

—¿Por qué mejor no concurso yo? —dijo la Changa.

—Tú ya estás quemado, cabrón —le contestó Bayano.

—Está bien —me entusiasmé—. Gano el concurso, ¿y?

—Ése es el primer paso —explicó el Pelón—, después el Segundo determina cuándo y en qué momento nos lanzamos al mitote.

—¿Y yo qué pito toco en este entierro? —volvió a insistir la Changa.

—Tú nos vas a balconear a Alejandro y a su gente; para eso te pintas solo. Así nos mantendrás informados de sus jugadas y, como siempre, síguelos llevando viejas.

—¿A cambio de qué? —se enderezó la Changa sobre la silla.

—Mira Changuita. En este negocio hay para todos. Estos dos —el Pelón nos señaló al Segundo y a mí—, son las personas idóneas para apoderarse del comité; las que andábamos buscando.

—¿Lo decides así nada más, sin consultarlo?

—¿No los estás viendo, güey? Inteligencia y fuerza unidas; eso nos encargó el patrón.

—Momento que soy lento —golpeé la mesa y exigí—. Háblenme al derecho o ái muere, ¿cuál patrón?

—Nuestro jefe político es el licenciado Francisco Jiménez —expuso el Pelón—. Un diputado que posiblemente hayan oído mencionar y al cual conocerán mañana mismo. La línea es ésta: si logramos moverle el tapete al pendejo de Alejandro, que no ha querido disciplinarse, a mí me dan la dirección juvenil del partido con juego para los tres —nos abarcó con la mirada.

Quedamos en silencio masticando las palabras de Bayano. Era mi oportunidad. Pregunté:

—¿Si la hacemos en el comité, quién quedará como presidente?

No contestó al momento. Se manoseó el bigote, cambió de postura y dijo:

—Ésa es su bronca. Esa posición estará sujeta a ver quién tiene mayor número de posibilidades. Uno será el presidente, otro el tesorero, pero les advierto: nunca deben olvidar que el equipo lo formamos los cuatro, si no se los lleva la chingada. Para la Changa y para mí, exijo en el comité, jugadas de las buenas. ¿Está claro?

—No es que desconfíe, Bayano —dijo la Changa—. Pero, ¿ya lo pensaste bien?

—Te aseguro que vamos a quedar adentro, Changa. Ellos en el comité, nosotros en el partido. Así aunamos esfuerzos y a la hora de la hora controlamos aquí y allá y ahí nos la vamos pasando. ¿Qué les parece?

—No pos a toda madre —opiné—. Así platicando, resencillo, pero me da que Alejandro no se va a quedar con los brazos cruzados.

—Usted no se preocupe, mi Perro —me sonrió el Pelón y puso unos billetes encima de la mesa que tomó el Segundo—. Los apoyos vendrán de arriba. ¿Estamos?

—Estamos —y nuestras voces se hicieron una.

—Ahora sí, vieja hija de la chingada —le gritó a la mujer—. Tráinos lo que nos prometiste.

... Y aquella madrugada regresé a casa tan agotado, tan perdido como siempre. Me daban igual las lágrimas de Rafaela y me derribé sobre el lecho con la cabeza bajo la almohada para no presenciar la tragedia de tres mujeres recriminándome sin palabras.

Deseaba ser yo mismo quien escogiera el camino; quería correr mis riesgos y vivir mis aventuras; quería marcar a la vida y al mundo con mi sentimiento de: No hay nada que perder, no vale la pena nada, nada hay hacia adelante. Pero Magda, la mujer respetada, la novia limpia, cohibiéndome, clavándome su mirada aterciopelada, y a la vez, brutal azote, que en cierta forma llegó a convertirse, al lado de Petra, en un estorbo silencioso, envuelto en delantal y como Rafaela tejiendo las tardes con un reproche mudo de: no está bien lo que estás haciendo, hasta que le agoté la paciencia y al fin aceptó su derrota.

Hay un mecanismo interno que me contrae, me dilata y me asalta la tentación de tocar a su puerta y confesarle a Magda, si aún viviera aquí, que el camino que escogí me hace sentir como una tortuga aprehendida en su propio caparazón, sin ligereza, sin libertad, cargando siempre el peso de donde habita y comiendo cucharadas de aburrimiento. ¿Será igual su caso? Quizá no, quizá para ella la vida es buena. O al menos repite la misma curva cíclica con las preocupaciones de mamá Rafaela: poner una carpetita nueva en el sillón de la sala, hornear el pan de la cena o decirle a su hijo: *Corderito mío, suavidad callada...*

Un hijo que pudo ser nuestro pero tuve miedo de concebirlo, de truncar mi carrera de perro de caza y convertirme en un falderillo, de abandonarme, de entregarme a Magda y dejar de pertenecerme. Por eso la alejé, por eso suspiré entre aliviado y triste, cuando me dijo:

—Conseguí lugar en la universidad del estado. Allá voy a terminar la carrera; cerca de Nuevo Progreso. Petra regresa conmigo.

—Ah, bueno —empecé a odiarla porque me estaba arrancando la piel y para provocarle más daño comenté—. Es lo mejor, la cabra siempre tira al monte.

—Eso dilo por ti. Petra y yo somos cabras inofensivas, corrientes, sin más pretensiones que volver a la tierra de uno, al aire limpio, a gozar de las cosas simples de la vida. Pero tú... —no había agresividad en su actitud, sólo una calma más ofensiva que el enojo—. Tú eres otra cosa.

Y fue entonces cuando se produjo aquella despedida que casi le ocasionó la muerte a Rafaela. Quedamos más solos y más extraños que nunca y, al mismo tiempo, aunque parezca paradójico, una de las razones por las cuales continuábamos juntos era nuestra mutua necesidad de compañía. Los días se seguían uno a uno indiferentes, hundiéndonos en una análoga complicidad. Rafaela callada, silenciosa, nunca dejó escapar un ¿por qué? Tal vez siempre supo que las únicas personas capaces de cambiar el curso de mi vida, se vencieron, aceptaron su derrota y qué bueno porque ni yo podía continuar luchando contra mis odios: ¡eran tantos!, que me ahogaban por dentro, bullían incontrolables, destructivos, aniquiladores, por tantas rebeldías sin esperanzas. A los dos, poco a poco, empezó a invadirnos una pereza sentimental y tranquilamente, en absoluta paz exterior, asimilamos nuestras soledades. Se nos fueron olvidando nuestras charlas de sobremesa, los tienes hambre, los a dónde vas, los qué tal tus clases, o las miradas de Corderito mío... Se nos fue olvidando todo con una lentitud pasmosa y a la vuelta de siete u ocho meses, Rafaela dejó de llorar por el recuerdo de las ausentes. La vida se nos tornó insensible y sólo en una ocasión, a modo de comentario intrascendente, dejé asentada mi opinión respecto a Petra y a su actitud de alejarse cuando más la necesitábamos.

—Hasta cierto punto, madre, es mejor así. Lo siento por ti, pero Petra estaba ya inaguantable. Lo de Magda te lo previne: tenía que terminar como terminó.

—Sí —susurró Rafaela. No me dio de frente su rostro—. La enfermedad de Petra era incurable; en algún momento tenía que morir y prefirió no darnos esa pena. No entiendo gran cosa, hijo, pero sé que Petra fue una buena mujer.

—¿Fue?

No contestó a mi pregunta, ni encontré su mirada. Asintió con la cabeza y se perdió en la penumbra de su habitación.

En este instante en que de pie, frente a la casa de Magdalena, contemplo el paisaje, me siento espinado por dentro y comprendo que, justamente, me he convertido, igual que aquel día en que Rafaela me habló de la muerte de Petra, en una partícula insignificante, perdido dentro del todo que me rodea.

La puerta está cerrada. Pasa de largo sin atreverse a tocar. Atora su marcha frente al hogar que fue suyo. Examina la casa a vuelo de pájaro: modernizada, elegante,

tentándolo a indagar quiénes la habitan. Descarta el deseo y con un sentimiento de vergüenza acompañándolo, reanuda su camino.

En sentido opuesto a él viene un viejo alto y flaco; le sonrío. Se acuerda de Epifanio. Al momento de cruzarse, el viejo se quita el sombrero en actitud de silencioso y reverencial saludo. Él también inclina la cabeza y piensa: Si el Chiloso vive, en algún lugar, ha de estar igual que este viejo, de alegría en la boca y tristeza en los ojos.

Va pensando en los años que han pasado sin tener contacto con la quietud y comprueba que el pueblo sigue manteniendo interiormente esa paz, la fe que no indaga, el apego a sus tradiciones y la cotidianeidad de sus habitantes. Le parece mentira el motivo del retorno: una curandera a la cual no conoce. Y, ¿Hasta dónde he llegado?

Cruza la plaza de armas rodeada de portales curvos cubiertos de cantera. Las cantinas se le aparecen por todas partes: jóvenes y viejos están fumando a un lado de sus puertas y los olores se mezclan en la atmósfera y resbalan por la Iglesia Grande; la principal. Coronada por dos cúpulas más negras, más enigmáticas.

En la plaza hay individuos sentados en todas las bancas, sombreadas o no. A lo lejos el campo está esperando ser cultivado. Pero los hombres continúan dormitando en las penumbras y tras las puertas de las tabernas. El reloj de la iglesia también está atrasado: apenas da siete campanadas.

Hace mucho tiempo que no entro a una iglesia, piensa. La contempla de lejos y decide adentrarse a los locales donde venden alimentos.

Los jueves, a las once de la mañana, el aula última del segundo piso de la Facultad de Leyes, se abarrotaba. Sólo el Mago, profesor de Ética y Política, era capaz de congregarnos a todos los alumnos de cuarto grado «C», sin que hubiera un pintero que se perdiera su cátedra. Teníamos un semestre analizando *El contrato social* de Juan Jacobo Rousseau, pero a los pocos minutos de iniciar su clase, el profesor dejaba a un lado su tema y empezaba a discurrir sobre la problemática del país. En esa ocasión exponía: Es vergonzoso que las confederaciones de la República vengán protestando contra lo que a su juicio representan elementos de inseguridad económica y trastorno social que retarda el progreso de industrialización nacional. Ahí están las huelgas de los ferrocarrileros, telefonistas y pilotos, suscitadas recientemente. La Concamín, la Concanaco, la Coparmex y los banqueros, consideraron positivo *reprimir* —recalcó la palabra golpeando el escritorio— los actos cometidos por los dirigentes obreros. Más tarde puntualizaron que la Constitución garantizaba lo que en otros países de extrema izquierda no se respeta: las libertades individuales y el pleno reconocimiento de la propiedad privada. Sin embargo, la reciente compra y manejo, por parte de la Federación, de la última empresa productora de energía eléctrica, ha hecho que la iniciativa privada publique un documento titulado: *¿Por cuál camino,*

señor Presidente?

En él considera que el gobierno actual, a través de un intervencionismo creciente, lleva al país a un socialismo de estado. Claro que protestan porque sus intereses se afectan; temen perder su riqueza, pero bueno fuera que...

Un papel cayó encima de mis piernas y buscando quién lo enviaba encontré la insistente mirada del Segundo. Me señaló con visajes mal disimulados que leyera la nota.

Desdoblé el papel. El recado decía: «Este Mago es un chingón, ¿no crees? Lee la página 385 del libro y subraya el párrafo que dice: Este argumento de Calígula se da la mano con el de Hobbes y con el de Grocio. Aristóteles había dicho, antes de ellos, que los hombres no son naturalmente iguales, sino que unos nacen para la esclavitud y otros para la dominación —lo último estaba escrito con letras mayúsculas—. A la salida te quiero exponer el plan. Ya lo pensé detenidamente y estoy seguro de que el Pelón Bayano lo va a aprobar.»

Guardé el recado en la bolsa del pantalón y miré al Segundo asintiendo con la cabeza. El Mago terminó su clase afirmando:

—¡La solución del país es el socialismo!

Salimos el Segundo y yo, apartándonos de los demás y nos fuimos fumando por el pasillo. Me dijo:

—Nosotros no nacimos para que nos dominen, Perro, por eso desde hace tiempo vengo madurando el plan que nos sacará de jodidos.

—¡Explícate!

—El negocio es fácil, sólo hay que tener decisión. Hemos analizado el asunto y, ¡ya ves!, el Pelón Bayano y la Changa se han dedicado a tachar públicamente la corrupción del comité de Alejandro y a pregonar su aparente separación de ellos. Aunque tú y yo sabemos que se siguen repartiendo el *friego* de *centaviza* que reciben del Rector y del gobierno por mantenernos tranquilos.

—Son unos hijos de puta —lo interrumpí.

—Ellos pueden nadar a media agua, sin arriesgar nada. Si nosotros logramos el objetivo, se vienen para acá; si no, para allá, mientras tanto promesas, puras promesas y no vemos nada de *luz*. Éste es el momento, Perro, o actuamos, o nos lleva la chingada.

—Tienes razón, pero, ¿qué podemos hacer?

—Alejandro y sus muchachos se están echando la soga al cuello con sus continuos desplantes de que manejan la Universidad a su antojo. Los cabrones nada más alardean y no se han preocupado de teparle el *ojo al macho*. No tienen iniciativa para organizar eventos que al menos disimulen su pinche juego. Su prepotencia raya en la locura, se creen intocables.

—De acuerdo, ¿y?

—De sobra sabemos que la inconformidad es general, Perro. Entonces, con los apoyos del Pelón, ya es hora de que tomemos el comité de Leyes. A mí, me respetan.

Ya ves, aunque estudio poco, le hago al ensarapado discutiendo y enfrentándome a los profes; aprovecho cualquier oportunidad de lucimiento. A ti, desde que ganaste el concurso de oratoria, eres otra cosa y te tienen miedo; conocen tu carácter violento. Saben que siempre traes pistola.

—A balazos no lo vamos a lograr —dije.

—¿Y quién te dijo que va a haber bronca? ¡No!, tenemos que convencerlos —tomó aliento. No dejó de accionar sus manos tratando de explicarme—. El plan es éste: el Mago trae jodidos a los compañeros con las doctrinas del socialismo. Las estudian, las discuten y las aprueban. También tenemos a nuestro favor la efervescencia que ha desatado Lombardo Toledano, al lograr que el Partido Popular acepte al socialismo científico como base teórica. Todos repiten su frase: «Las aspiraciones del pueblo sólo podrán realizarse en una sociedad socialista.» Y ahí tienes el caso de David Alfaro; otro que da con la izquierda y cobra con la derecha. Mi tocayo se ha convertido en héroe por denunciar la corrupción sindical, sobre todo la del sindicato de los maestros. Ahora lo apoyan numerosos grupos de intelectuales, artistas, estudiantes —me tomó del brazo y apretó—. Aprovechemos que el socialismo está de moda y vámonos chingando a todos.

—¿Cómo?

—Formando el Comité de Estudiantes Socialistas de Leyes. Tú serás el presidente. Yo me conformo con ser tesorero.

—¡Estás loco!

—Nunca he estado tan cuerdo, Perro. Si actuamos con inteligencia lograremos que desconozcan al comité en funciones. Yo escribo los discursos y tú los dices. También me encargo de la orquestación adecuada, ya tengo en la mira muchos imbéciles entusiasmados.

—¿Y Bayano? El partido no va a aceptar otra corriente política.

—Ni con Bayano, ni con el partido hay *tos*; ellos sólo quieren resultados, vengan de donde vengan.

Estaba preparado. Arrancó de su recopilador unas hojas borroneadas y me ordenó:

—¡Apréndetelo de memoria, mañana debutas!

Al día siguiente me encontré de pie sobre una banca en el gimnasio de la Facultad. Sostenía entre mis manos un micrófono que el Segundo sacó quién sabe de dónde. Él lo manejaba, subiendo y bajando el sonido.

Me rodeaban cuarenta o cincuenta compañeros. Lancé mi arenga con todo el ímpetu del que disponía asombrándome mi propia sonoridad que retumbaba en el recinto, despertando la curiosidad de los demás; poco a poco fueron llegando. Repetí muchas veces: ¡Socialismo!... ¡Socialismo!..., lo grité con énfasis. Mi voz potente y mis ademanes enérgicos fueron premiados, al finalizar, por un prolongado aplauso.

El Segundo, dándose cuenta del éxito y en un arranque de oportuna emoción, me

bajó de la butaca. Subió él y teatralmente suspendió la ovación para gritar:

—¡Compañeros! ¡Quitémonos el yugo de un comité corrupto, vendido! Luchemos de manera abierta por una socialización dentro de nuestra Máxima Casa de Estudios. Es vergonzante que el futuro de nuestra patria se cimiente en pseudo-estudiantes acomodaticios que no luchan por el bien común, sólo persiguen el bien personal. ¡Romparamos las cadenas de la iniquidad! Solidaricémonos con el compañero Manuel Herrera en su limpia y valiente lucha por un estudiantado mejor y, por ende, por un país grande, vigoroso... ¡Socialista!

Adoptó un gesto patético para gritar a todo volumen:

—¡Abajo la corrupción estudiantil! ¡Arriba el socialismo estudiantil!

Eran cientos de estudiantes los que nos ovacionaban. Me invadió una sensación desconocida de grandeza. Enardecidos por los resultados, no quise esperar más por algo que ya paladeaba. Volví a apoderarme de la butaca y propuse de mi iniciativa:

—¡Compañeros! —la gritería no me permitió continuar. Hice un ademán con la mano para calmar los ánimos exaltados. Refresqué la garganta dando un trago de Coca-Cola y expuse:

—¡Compañeros! ¿A qué esperar? Si somos conscientes de la problemática que nos aqueja, ¡adelante! ¡Abajo el comité de charros! Todos tenemos voz y voto, ¿qué nos detiene para poner fin a esta bola de gorilas que ufanamente se pasean del brazo del Rector? Yo les ofrezco no venderme, porque a mí ningún hijo de... —retiré la chaquetilla para sobar la pistola fajada al cinturón—, me hace transgredir de los ideales limpios y justos de la juventud responsable y estudiosa. ¡Basta ya, enderecemos el camino!

El Segundo me jaló el pantalón a la altura de la rodilla, señalándome una de las puertas del gimnasio. Volví hacia allá la vista: estaban Alejandro, el líder de la Sociedad de Alumnos de la Facultad de Leyes y los muchachos del comité en funciones. En su mirada había sorpresa; parecía que iban dispuestos a luchar. El Pelón Bayano y la Changa no venían con ellos. Se encontraban haciendo *labor* por otro lado. Noté que Joaquín Argüelles cambió de lugar, se fue a cuidarme los costados y sin quitar la mano de su pistola echaba vistazos en todas direcciones.

El local se hallaba lleno de estudiantes y yo pensé: No voy a tirar por la borda esta circunstancia. Sopesé las posibilidades y me animó darme cuenta de que la mayoría estaba de nuestro lado. Seguí firme; no me acobardé, los saludé inclinando la cabeza. Con esa actitud los invité a pasar y sin despegar mi mirada de ellos continué:

—Sin ir contra los cánones que rigen nuestros estatutos, me permito señalar, compañero Alejandro, que está de más entrar en explicaciones. Yo, en apariencia, no tengo derecho válido, estatutariamente, pero la asamblea en este momento es extraordinaria, dadas las condiciones de descontento que prevalecen.

Hice una pausa medida para observarlos; pasaban de un color a otro. Aflojé el cuerpo e invadiéndome una calculada lentitud, acerqué la mano a la pistola, descansándola sobre la cadera. Separé un poco las piernas preparándome para

cualquier contingencia; atento a los movimientos del grupo. Ellos se habían plantado a la entrada del gimnasio y de ahí no se movieron. Alejandro fumaba nervioso y su sonrisa era una mueca forzada, insolente.

De súbito el silencio desapareció en el recinto lleno de olores, humo, exaltación. En una actitud audaz, algunos empezaron a mentarle la madre a señas a los muchachos del comité, y a poco se extendió un vocerío que se tornó general.

—¡Ya te torcimos, pinche Caracol! —le gritó la Changa a Alejandro y al momento todos repitieron la frase.

Sin dar tiempo a más escándalo, proseguí:

—Ellos son el máximo órgano de gobierno —señalé a los estudiantes—. En ellos está decidir el futuro.

Miré al auditorio y propuse:

—¿Están de acuerdo en que el comité actual continúe en funciones?

—¡No! —gritaron los estudiantes como si se tratara de un solo hombre.

—Por mero formulismo, hagan el favor de manifestarlo levantando la mano —solicité.

El quorum, casi en su totalidad, enderezó el brazo, enhiesto, con los puños cerrados en señal de repudio.

—¿Están de acuerdo en nombrar, en este momento, un comité *socialista* que los represente?

—Sííí.

—¿Están dispuestos para elegirme su Presidente del Comité de Estudiantes Socialistas de la Facultad de Leyes?

—Sííí.

—¿Respaldan al naciente Comité Socialista, como la única sociedad de alumnos de la Facultad de Leyes?

—Sííí.

La euforia no me permitió calcular el peligro. El Segundo, aprovechando la gritería, me reprochó:

—¿Ya estás contento, cabrón? La facultad se halla rodeada de policías.

Comprendí por qué Alejandro y su gente no hicieron nada: tuvieron miedo.

—Con razón están tranquilos —le dije.

—¡Cómo serás pendejo! —me murmuró al oído—. Esto no venía en el programa; la cosa era de poco a poquito. Ahora a ver de a cómo nos toca; seguro el güey del director le habló a la poli.

—No te preocupes —le dije con suficiencia conciliatoria—. Vamos a triunfar. ¿No ves que todos nos apoyan?

—¡Ah!, ¿ya te fijaste? El viejo carcamán de don Jesús —el Director de la Facultad—. Está junto a aquella puerta.

Lo vi caminar despacio hacia donde estábamos. Venía escoltado por el Mago, el Pelón Bayano y una cauda de uniformados. La multitud se abrió para darles paso; el

silencio volvió a reinar en el gimnasio y Joaquín Argüelles se adelantó para murmurarme entre dientes:

—De aquí palreal yo te protejo, ¿eh?

El director se acercó y me dijo, paternalmente:

—Cuídate, muchacho; los otros también están armados.

Eso me dio la seguridad del triunfo.

—No se preocupe, señor —descendí de la butaca y apreté la mano que me extendió—. De ahora en adelante nos entenderemos a la perfección.

—Eso espero —me dijo.

El Mago y el Pelón Bayano nos tomaron al Segundo y a mí del brazo, nos apartaron de la multitud para informarnos:

—Hay alguien a quien le deben haber ganado —pronunció quedo el Mago— al señor Ministro de Gobernación. Fue él quien envió las fuerzas armadas. Los manda felicitar y les ordena que se lancen a conquistar la Federación de Estudiantes. Les da tres meses para conseguirlo y les brinda todo su apoyo.

—Citen a los estudiantes a una asamblea; mañana legalizamos el asunto. Para mí es la Secretaría de Organización; la Changa se queda en Acción Social. Ya pusimos el huevo, muchachos —Bayano nos cerró un ojo—, ahora hay que cacaraquearlo. Nos vemos a la noche.

Ambos inclinaron la cabeza y desaparecieron.

—¿A cambio de qué nos está ayudando el señor Ministro, Segundo?

—No pienses en eso, Perro. Goza este momento y grábatelo muy bien —suspiró El Segundo—. Estamos iniciando la actividad más lucrativa, la que nos dará una vida a toda madre.

Manuel Herrera ordena el desayuno al mesero, quien tarda demasiado. No le gusta estar solo; la soledad generalmente lo lleva a una introspección personal y las repeticiones lo cansan. Estando sin compañía lo embarga la infelicidad de saberse pequeño en todo. Con una visión tan escasa que, entonces, le da por reclamar otros ojos, otro espíritu, otro mundo que lo rodee. En cambio, los amigos lo aturden; un elogio lo hace sentir superior a cualquiera, con el poder necesario para desvanecer la incógnita de su verdad agazapada no sabe en qué esquina del pasado. Se compara con un barco de papel lanzado a un oleaje de tormenta y las olas de su infancia van y vienen hacia donde les apunta el recuerdo. Lo invade la sensación de no tener cuerpo; de ser una pura nada, una nada que se halla en desacuerdo con el aspecto mediocre del restaurante y, Estos negocios de pueblo son una desgracia. Ojalá hubiera podido desayunar en el Camino Real, pero no. A esta hora lo más probable es que ahí estén el presidente municipal y sus funcionarios de confianza tomando *acuerdos*. Y por supuesto un periodista local anotándolos. Yo, está bien que viajo sin ostentación, sin embargo, ¿mi cara? ¿Qué hago con ella? Mi rostro, diariamente reproducido en los

periódicos es éste, el que no puedo dejar en casa, junto con los otros estorbos, que casi siempre me rehúso a cargar solo y fuera de mi mundo capitalino. Alguien podría reconocerme y además del revuelo que levantaría y de las carreras por halagarme, cómo explicaría el Ministro de Relaciones Exteriores su permanencia en estos lugares. ¿Por qué tarda tanto el mesero?

Internamente, su congoja le provoca un espasmo, un escalofrío secreto que le va recorriendo por dentro y lo sacude el recuerdo: ¡mamá Rafaela!... ¡Petra!... ¡Epifanio!... ¡Magdalena!... Los trata de evadir sin conseguirlo y, No quiero este instante de soledad, esta tregua de silencio. Quiero comer, reír, oír conversaciones. Aquí todo está estático, hasta el tiempo parece que no camina y yo no me siento yo. Soy el corderito de mamá Rafaela y me vistió con el uniforme del colegio y me echo a correr por el jardín a la hora del recreo. El zacate se mueve bajo mis pasos cuando encarrerado venzo la vigilancia de la Madre Clara para llegar a la huerta donde estás tú, Magdalena. Tú confundíendote con el paisaje. Tú sentada, proyectando una sombra que resbala de ti... Las hojas de las hierbas se agitan igual que mi corazón al verte. Corro a tu lado, te toco, te siento parte de mí y aspirando el perfume de los nogales te propongo lo que tú no apruebas.

—Ven —tomo tu mano—. Yo me subo al árbol y te lanzo las nueces al delantal; tú vigilas. Si ves que una monja se acerca, silbas para correr a escondernos.

Estás de acuerdo porque te lo pido yo y de pronto la monja bajándonos enojada.

—¿Por qué no chiflaste? —te reclamo cuando nos llevan castigados.

—Lo intenté —contestas apenada—. Pero por más lucha que hice, no pude; sólo me salió puro aire.

¡No quiero estos recuerdos donde se pudren las horas muertas! Quiero correr. O al menos, seguir sin volver la cara atrás. Qué monótono es Nuevo Progreso, en este pueblo la gente ha de vivir sin vivir. No me gusta esperar, ¿y qué más puedo hacer si tengo hambre?

El mesero no aparece por ningún lado. Empieza a molestarse y, Debí llegar al Camino Real —insiste—. Total, con negar que yo soy yo, hubiera bastado. Dirige una mirada de exploración al interior del establecimiento. Encuentra colgado en la pared, frente a su mesa, un calendario con la fotografía del señor Presidente de la República. Le son familiares los rasgos físicos del señor retratado en el almanaque: ceño adusto, pelo entrecano, ralo y cejas negras, pobladas, parecidas a los muñecos de los ventrílocuos y revive una de las últimas conversaciones sostenidas con él, fuera de protocolo. Una de las tantas veces en que el Primer Mandatario, ajeno a su investidura, lo honró con su siesta alcoholizada, ahíto de sexo y demencia.

Aquel día —recuerda—, después de su despabilamiento producido por la aspiración de la cocaína, entré yo con mi conversación bien intencionada.

—¿Te acuerdas, Panchito? —Le hablaba así cuando estábamos de igual a igual—. Tú ocupabas la Secretaría de Acción Social del Comité Nacional del Partido, cuando yo apenas empezaba con lo de la Sociedad de Alumnos Socialistas, allá en la

facultad.

—Ajá —contestó y entrecerró los ojos.

—Recuerdo la década de los sesentas. Me trajiste en chinga con la Dirección Juvenil del Partido. Fue entonces cuando impuse las brigadas de capacitación política, ideológica y nacionalista. Llevamos a miles de jóvenes el espíritu revolucionario como principio filosófico de nuestro Partido y hay que reconocerlo: esa estrategia es la que nos mantiene en el poder.

—¿Crees?

—Cómo no. Tu plan de acción fue único; yo sólo te serví de instrumento.

—Ah bueno, así la cosa cambia.

Estaba acertando en el blanco y desdoblé la plática de amigos, de camaradas, al pasado donde había mucho de qué echar mano. No caí en el abuso, sólo utilicé la verborrea necesaria para sensibilizarlo, para llevarlo a mi terreno y logré amarrar mi propósito de ser su sucesor en la *Grande* cuando, intempestivamente, el Primer Mandatario cambió de trato para decirme:

—Me gusta su hacienda del norte, licenciado.

—Es suya, señor Presidente.

—Me gusta su colección de pistolas.

—Es suya, señor Presidente.

... Todo lo que quisiste te lo cedí gustoso —contempla el retrato como si estuviera hablando con él—. Ahora no puedes negarme el favorcito, viejo zorro. Me has ido dando largas, pero no importa, el convenio está planteado desde el principio.

La pared color ostión con azulejos blancos a metro y medio del suelo, refleja la claridad de la mañana y momentáneamente encandila a Manuel Herrera.

Cambia de perspectiva. Ve al través de los cristales de la ventana, la calle Juárez. A poca distancia una señorita abre la misma Farmacia Chapa. Hay atrás del mostrador, una sonriente mona de cartón: anuncia el jabón Palmolive y, Está casi igual —reconoce—. La única diferencia es que antes las pintaban vestidas. Recorre con la mirada las calles transversales adoquinadas, el palacio municipal remozado con cantera rosa. En lugar de la nevería «El Polo Norte», hay una estatua de Carranza rodeada por un prado de flores amarillas. A un lado del sendero que conduce al kiosco de la plaza, una mujer enrebozada coloca sobre el piso la mercancía que vende: alcatraces de papel con semillas tostadas.

Vuelve a inspeccionar el local y le parece mentira que todos los clientes se asemejen entre sí: silenciosos, con posturas cómodas, crispándole la lentitud de sus movimientos. A Manuel Herrera no le importa quién es la familia sentada alrededor de la mesa del rincón, a un lado del aparato de música tragamonedas, pero le impresiona la señora. Tiene un semblante muy triste y piensa que tal vez también le fastidie el ruido que hace el matamoscas que manipula el señor que está atrás del mostrador.

Por fin ve al mesero; viene hacia él. Deposita la charola con el desayuno sobre la

mesa y el paladear los alimentos le proporciona a Manuel una sensación conciliatoria con el pasado: No cambio estos frijolitos refritos por las Langostas a la Romanof, el Vol Au Vent de Ostiones, el Soufflé de Jaibas y no sé cuántas pendejadas más.

El Segundo, convertido en mi asesor, llegó a la oficina diciéndome:

—Échate este trompo *aluña* —arrojó un periódico sobre mi escritorio.

Leí el encabezado:

*Manuel Herrera
Presidente de la Sociedad
de Estudiantes Socialistas
de la Facultad de Leyes
en otra manifestación.*

Cada vez que veía mi nombre en los periódicos sentía un gran regocijo. El Segundo se dejó caer en un sillón, hundiéndose de tal forma que las piernas le quedaron colgadas, sin llegar al suelo. Optó por levantarlas, doblándolas atrás de las nalgas. Comentó:

—Quedó muy bien la ampliación de tu oficina —revisó la alfombra nueva color mostaza y las paredes recién tapizadas con duelas de madera.

—En realidad no sé ni cómo le hicimos —le confié—. El señor ministro nos ha abierto todas las puertas y ya ves, en menos de tres meses controlamos a todos los estudiantes.

—No empieces. ¿Qué hay con el licenciado Jiménez? —sacó un cigarro y lo encendió—. Quedó de estar aquí para ponernos de acuerdo en lo de la coordinación de la campaña de los candidatos a diputados.

—No tarda. Anoche me habló por teléfono.

—¿Y?

—Te vas a ir pa'trás, Segundo. Ya también tenemos oficina allá, en el Comité del Partido, y dentro de quince días, en una ceremonia a nivel nacional, se le dará la Dirección Juvenil del Partido a Bayano.

—¿Y yo?

—¿Cómo y yo? Tú métele güevos; te recomendé para la próxima designación. Jiménez me aseguró que el señor ministro está de acuerdo. Qué suerte, ¿no? Te repito que no sé ni cómo...

—¡Qué no sabes ni que la chingada! —recalcó recostándose en el respaldo del sillón—. Estamos aquí por tu capacidad, tus dotes naturales de líder. Como dijo Aristóteles, Perro, nosotros nacimos para dominar.

—Tienes razón. Tú me entiendes, Segundo.

—Pasando a otra cosa mariposa. Tesorería mandó la nómina para pagarles a

nuestras secretarias y a los empleados. Por ahí te traigo unos chequitos —se levantó.

Extrajo del portafolio unos papeles y revisándolos me dijo:

—Mañana, en la manifestación de la Plaza de la República, ten cuidado. Para nada menciones la palabra socialismo. Tú diles que estamos atentos a los problemas de los estudiantes, luchando en torno a nuestras autoridades, analizando, de manera responsable, los programas a fin de mejorarlos. No se te olvide mencionar al Presidente de la República. Destaca el deber de solidarizarnos a su política de progreso para el bien del país. Bueno, para qué te digo lo que tú sabes mejor que yo. Toma —me dio unas hojas escritas a máquina—. Preparé unas palabras para tu discurso de mañana.

Apagó el cigarro y preguntó cambiando de tema:

—¿Llegó la Changa?

—Lo vi temprano. Dice que nos tiene unas nalgas chulísimas para la noche.

—Esa Changa es una cuerda. ¿Qué tal las morritas que nos llevó el otro día?

—De primera. Sin embargo, no le tengo confianza. Con él y con el Pelón me pasa lo mismo que al santo de mi pueblo.

—¿Cuál? —volvió a sentarse como antes.

—Uno que tallaron en el tronco de un árbol y cuando lo pusieron en el altar de la iglesia, una beata se negó a reverenciarlo diciendo: «Yo te conocí ciruelo.»

—Ah que Perro tan ocurrente.

—Acuérdate —adelanté el pecho—. A ti y a mí nos tocó pagarles para entrar a la facultad.

—¿Todavía recuerdas eso? —habló jactancioso—: Quién les iba a decir que ahora, aquí en el comité, estarían bajo nuestras órdenes. El mundo da muchas vueltas, ¿no crees?

—Conque las siga dando a nuestro provecho, todo está bien, pero, ¿qué tal si el asunto cambia y los beneficia a ellos?

—¿Por qué dices eso? —desdobló las piernas, se recorrió a la orilla del sillón para apoyarlas sobre el piso.

—Jiménez también me dijo que a Bayano, dada su amplia militancia en el quehacer político, se le daba a partir de hoy el cargo de asesor para que de común acuerdo contigo, me ayudaran en esta chingadera.

—Ah, caray —se rascó la cabeza—. Esto sí que no me lo esperaba.

—¿Lo ves?

—Nada, nada —mover las manos en el viento—. Lo que te argumenté antes, lo sostengo: gente como ésa nos conviene. Sólo que en lo sucesivo vamos a tener mucho cuidado. Tú y yo primero comentaremos lo que hay que hacer. Al Pelón le pasaremos únicamente lo que nos convenga. ¿Entendido?

—Es preferible moverles el tapete y no dejarlos seguir aquí —dije—. Esa mancuerna me huele a podrido.

—¡Estás loco! —se levantó y caminó en todas direcciones—. Tienen sus buenos apoyos, ni lo intentes; sería cavar nuestra tumba. Que la oportunidad se nos presentó a nosotros, ¡qué bueno!, pero sin la ayuda especial, no lo hubiéramos logrado. Se hizo un compromiso y lo vamos a cumplir. Como dice el Pelón, en esto hay para todos. Primero tú, luego yo, después el Pelón y ahí se va la pelotita. Lo importante es no caernos del alambre. Muéstrate con él agradecido, dale por su lado, pero a la hora de la hora, sé claro: primero yo.

—Sabes que sí, Ramón.

A continuación mencionó mi debilidad.

—¿Qué marca es la pistola que te regalaron entre los dos?

—Una colt 45, con cachas labradas en oro y plata.

—Han de haber empeñado hasta los calzones para comprártela. Reconoce que los cabrones saben lo que están haciendo. Rastreros y putos, pero ahí la llevan. Yo te aguanto más a la Changa, como bufón se las pinta solo; además nos acarrea las mejores viejas de la ciudad sin que nos cueste un quinto. El que me tiene hasta la madre es Bayano, siempre hablando de Juárez, con ese cabrón sí debes tener cuidado. La Changa es centavero pero inofensivo... Entonces, ¿qué? —se levantó para irse. Cerró el portafolios dejando encima del escritorio tres cheques de Tesorería—. Si viene Jiménez, estoy en mi oficina, si no, ¿dónde nos vemos en la noche?

—En el Fénix. A las diez pasa Argüelles por mí; ahí la Changa nos dice dónde.

—¿Invitaste a Joaquín?

—Lo metí en la nómina; su trabajo consistirá en cuidarme.

—Buena decisión. Joaquín es un elemento fiel y dócil, te conviene.

—Sí —recogí los cheques y sumé, mentalmente, el total de la cantidad.

—No está nada mal —pronunció el Segundo desde la puerta. Yo negué con la cabeza y repetí.

—No, no está nada mal.

Manuel Herrera, solitario, pensativo, reconstruye parte del pasado remoto. Bebe de la taza el café amargo, al vaivén del movimiento de campana; lento balanceo pendular rompedor de viento y silencio. Sonido de bronce golpeado que gime campanadas al mismo ritmo del andar del tiempo. Humo de cigarro deshaciéndose en nada y el recuento de remembranzas registrándosele involuntariamente.

—¿Algo más, señor? —interrumpe el mesero.

Niega con la cabeza, da un trago de agua y deposita sobre la mesa un billete. Dice:

—Cóbrate la cuenta; lo que sobre es tuyo.

Mira otra vez la calle, los portales con pilares curvos de cantera. Pasa de nuevo por la iglesia; ésa que el lustre de los años ha ennegrecido. Al cruzar frente a ella, le llegan las voces: recitan el Padre Nuestro. Van en aquello de: «No nos dejes caer en la

tentación.»

—Es tentador, Segundo, pero...

—Haz lo que te digo, Perro —insistió Ramón que estaba sentado en la orilla del sillón, frente a mí, con los codos apoyados en las rodillas y la cara descansando sobre sus manos empuñadas—; son una bola de güeyes, sígueles dando viejas y tomada y te siguen al fin del mundo.

—Sí, tú, ¿de a cómo no? —hice el signo de dinero con la mano—. No sé qué se traerá el ministro. Primero nos dio a manos llenas y ahora nos reduce la partida.

—Tampoco me explico lo que se trae, Perro, y precisamente por eso debemos continuar organizando bailes que terminen en el puro desmadre, lo que les gusta. Pero ahora sí les vamos a cobrar, es la única manera de nivelarnos con el dinero; andamos en la calle.

—No es mala idea —opiné indiferente. Ya no me gustaba que se creyera más inteligente que yo. Le ordené—: Hazlo.

—¿Otra cosa? —notó mi seriedad y estaba a punto de retirarse.

—Sí. Al grito de ¡ya! ponte a inventar cuotas. A ver qué pendejada se te ocurre. Para acabarla de amolar, desde que gobernación nos levantó la canasta, los guaruras me están pidiendo más untada.

—Yo creo que no debes dejarte condicionar —dijo bajando la mirada.

—¡A mí ningún hijito me pone condiciones!; el que se atreva a hacerlo, cualquier día se muere de *plomonía*.

—Bien dicho, así me gusta, Perro. Tú eres audaz, poderoso. Ellos son los que tienen que acatar tus órdenes. Total, ese problema mándalo a la chingada. Yo te encuentro muchachos dóciles, manejables, que en Dios crean y en ti confíen. Los otros, son unos cabrones mañosos que se las saben de todas, todas. ¿O acaso les tienes miedo?

—¿Yo? Fíjate bien lo que te digo, puto Segundo: ¡No habrá en el mundo poder humano capaz de detenerme! Vas a reclutar gente nuestra y armaremos ejércitos de estudiantes. El ministro se va arrepentir de habernos dado bajada con la feria. Y el rector, que está tan intransigente, nos va a pedir permiso hasta para respirar. ¡Te lo juro!

—No, si miedo ya nos tiene —se rió—. El otro día me lo encontré en el aula magna de la escuela de Humanidades; parecía un ratón calvo y con anteojos. Me sobó la espalda y me dijo que nos la lleváramos con calma.

La carcajada final fue estridente, molesta.

—No cambies de tema. Te vas, junto con la Changa, a organizar el baile, a inventar cuotas y a reclutar gente, ¿entendiste?

—Perfectamente, Perro —se cuadró—; sembraremos el pánico en macetas de socialismo.

—¿Vas a ir a comer con tu *jefa*? —varió la conversación.

—Sí, anoche no dormí en casa.

—¿Y eso?

—Empezó con lo de diario: que Magdalena, que la extraña, que se siente sola. Me salí para no escucharla y me fui con Joaquín a ver un Volkswagen que me venden. De ahí, agarramos la calle.

—Supongo que no compraste una pinche pulga.

—Y si la hubiera comprado, ¿qué?

—Que no debes conformarte con chingaderas. Espérate a comprarte uno del año, uno lujoso. ¡No seas poquitero! Vete a lo grande. Dentro de poco vamos a tener más de lo que tú te imaginas.

No contesté a eso. Agarré una revista *Siempre* que estaba en el sillón y le dije:

—Voy a dormir, nos vemos a la noche.

Al llegar a casa, mamá me entregó un sobre con el escudo nacional. Me informó:

—Te lo trajo un señor muy correcto y bien vestido, que te lo envían de gobernación.

El año empezó cansado. Enero, el frío, la fatiga. Todo se me borró mientras leía. Mamá Rafaela cercana, atenta, observando mis reacciones en espera de un comentario.

Cerré el sobre. Abrazándola, le participé la nueva.

—El señor Ministro de Gobernación, expresa su deseo de tener una entrevista conmigo —la apreté más—. ¿Te imaginas, madre? Tienes un hijo de veinte años a quien un ministro solicita una entrevista. El oficio dice que para tratar asuntos inherentes a mi puesto representativo. ¿Te imaginas cuando tenga cuarenta? Entonces serás la madre del primer hombre del país —pronuncié orgulloso—. A lo mejor antes...

—Me asusta lo que haces, mi niño —reprochó triste—. Si el señor ministro sabe el domicilio de la Sociedad, ¿por qué enviártela aquí?

—Mamá, por favor. No importa a dónde la mande. Este papel es muy importante.

—¿Lo esperabas?

—Sí —mentí.

—Al rato regreso —le comuniqué, volviéndome a abrigar para enfrentarme a enero.

—Seguro hasta mañana —criticó quedo.

Salí corriendo en busca del Segundo. Para desgracia mía, el ministro también solicitaba su presencia. Entré a mi oficina. Después de un rato lo mandé llamar. Al tenerlo frente a mí, le solté la noticia.

—El señor Ministro de Gobernación nos cita lo más pronto posible —le extendí la misiva y gocé viendo su transformación. Tranquilo, dejé que la leyera. Cuando terminó dijo a la expectativa:

—¿Y?

—Ya dicté la respuesta a mi secretaria. Estaremos ahí el viernes de la semana que entra a las diez y media de la mañana.

—No la friegues, Manuel. La carta dice que lo antes posible...

—Nadie, ni tú, me va a quitar el goce de ver aceptadas mis condiciones.

¡Qué día por Dios santo! Hasta el Palacio de Gobierno llegamos el Segundo y yo con nuestras mejores ropas. No hicimos antesala; nos pasaron inmediatamente.

El Ministro de Gobernación nos recibió desde atrás de un monumental escritorio. Me sentí importante. Él habló.

—Pasen, pasen. Están en confianza.

—Gracias, señor Ministro. Acudimos a su llamado. Aquí estamos para servirle.

—¿Qué formalidad es ésa, licenciado Herrera? En mí tienen a un amigo, a alguien que se preocupa por la vida de los estudiantes. Siéntense, por favor.

Ocupamos los sillones y vimos encima de su escritorio un ejemplar del periódico *Novedades*. Tenía en la primera plana el artículo sobre nosotros que había salido algunos días atrás. El Segundo y yo intercambiamos miradas. El ministro, sosegado, lo tomó y nos propuso:

—¿Quieren escuchar esto?

No esperó respuesta. Leyó.

—«Indignación por los desmanes de los estudiantes socialistas de la Facultad de Leyes. La sociedad capitalina ha perdido su tranquilidad al ser atacada por turbas de estudiantes con los más nefastos propósitos. Ni las autoridades de Educación Superior, ni Gobernación, ni las autoridades policiacas, han podido poner coto a tantos desmanes de vándalos y bribones estudiantes capitaneados por Manuel Herrera, alias el Perro y Ramón Alfaro, alias el Segundo...»

—¿Continúo? —levantó la mirada.

Me sudaban las manos, pero la ecuanimidad no me abandonó. Le expuse:

—Señor Ministro, nosotros le aseguramos que nuestros enemigos políticos han inventado esa calumnia. El ejercicio de nuestras funciones se ha desarrollado con la fiel y celosa observancia de los estatutos que rigen nuestra Máxima Casa de Estudios. Silencio.

—Señor Ministro, como nosotros no nos vendemos, nos inventan...

Como respuesta una mirada fría, penetrante.

—Nosotros —retomé la disculpa— luchamos por los beneficios de nuestros representados y no toleraremos maestros ineptos. Queremos profesionistas responsables, trabajadores, para el bien del país.

Ahora me escuchaba con una sonrisa burlona. No sé cuántas cosas inventé. Al final, el señor, sentado como un gran ídolo azteca, atrás de su monumental escritorio, dijo:

—Se ve que has aprendido. Pero miren muchachitos, no los mandé llamar para oír

tantas pendejadas. Ustedes me deben un favor, ¿o qué? ¿Piensan que los puse en el comité nada más porque sí? ¿Creen que todo lo que les di era a cambio de nada? No, señores. He invertido mucho dinero en ustedes y ahora deberán responderme como Bayano y la Changa me aseguraron —el Ministro continuaba sin alterarse, pero su mirada era temible.

—¿De qué se trata, señor? —dije yo.

—Van a distribuir la *goma*, junto con Bayano y la Changa, dentro de las universidades.

Me levanté de un salto y pensé en Rafaela.

—¿Y si nos negamos, señor?

—¡Se los carga la chingada! —golpeó el escritorio.

El Segundo y yo volvimos a intercambiar miradas; al momento él contestó:

—Lo que usted ordene, señor Ministro.

—Bien, bien, muchachos. Sabía que su respuesta iba a ser positiva, se ve luego que son inteligentes —se puso de pie y empezó a caminar alrededor de nosotros—. Les prometo mucho dinero y la total seguridad de su persona. Además, por supuesto, su título de Licenciado en Derecho y una interesante carrera política en ascenso, siempre en ascenso si la cooperación de ustedes es vertical, incondicional, fiel.

—Cuenta con ello, señor Ministro —contestó Ramón.

El Ministro nos palmeó las espaldas y en seguida regresó a su asiento. Sacó un papel y estuvo haciendo anotaciones. Después levantó la vista y nos previno:

—No está de más la única recomendación —su voz sonó como eco de pozo—. Esto no lo debe saber ni su sombra. A los boquiflojos se los cargó la chingada. Algunas indicaciones van aquí —nos extendió un papel—. Otras se les harán llegar por correo; busquen el apartado treinta y dos. Todo debe cumplirse al pie de la letra.

Contestamos los dos:

—Lo que usted ordene, señor Ministro.

... *No nos dejes caer en la tentación.* Escucha Manuel Herrera. El rezo que sale de la iglesia frente a la cual se encuentra, lo confunde. Ese grito colectivo que percibe, cobra sentido e interiormente se imagina escuchar. *No me dejes ver lo que soy.*

La avenida estaba repleta de ruidos y de automóviles. Íbamos el Segundo y yo en el carro último modelo que acababa de comprarme. Anochecía. Nos dirigíamos al estacionamiento donde él había dejado el suyo. Platicábamos.

—Está a todo dar la casa que le compraste a tu *jefa*; la colonia es de lo mejor. ¿Le gustó?

—No sé. Creí que se iba a poner contenta, pero sigue igual de triste y encerrada en sí misma. ¿Sabes?, mamá y yo seguimos sin entendernos, ¡me sale con cada

mamada! El otro día me salió con que yo era su niño y me dijo que pobrecito de mí por ser tan ambicioso y a la vez tan débil, ¿tú crees? Y luego, dijo que mejor nunca hubiéramos salido de Nuevo Progreso. Me encabroné y le grité que si se quería ir, pues que se fuera y sólo me contestó que ya para qué. ¿Te imaginas el infiernito? Llego y no me habla. Eso sí, muda, muda, pero me atiende de maravilla.

—Oye, ¿no se habrá enterado...?

—¡No, hombre! Soy muy cuidadoso.

—A lo mejor sospecha algo. Estás gastando mucho dinero.

—No es por ahí —moví la cabeza negando—. Ella piensa que sigo asistiendo a la facultad y desde que empezamos en esto, cree que estoy trabajando por las tardes en un despacho donde me pagan muy bien; además de lo que saco por lo de la sociedad. Tampoco sabe que compré la casa al contado, y no en mensualidades.

—Por más bien que te fuera, no es para tanto. Por otro lado, con eso de que ya no la dejaste trabajar en lo de su tienda, se ha de sentir muy sola, ¿no crees?

—Lo entiendo, Segundo. Cuando recibe carta de Magdalena es otra; más dinámica, más alegre.

—No creas, Perro, la soledad ha de ser cabrona.

—¿Y cómo quieres que le haga compañía si todo el día andamos en chinga? A propósito, ¿fuiste a las prepas?

—Sí.

—¿Cómo te fue!

—De colores. Todo marcha bien: hay un friego de pinches drogadictos lorenzos. De un chingadazo se me acabó la mercancía. Aquí traigo la feria —golpeó el portafolios que estaba en su regazo—. Me salió un culero, hijo de su chingada madre, que me propuso puterías a cambio de la alumbradora. Lo pateó mi seguridad y lo mandamos al carajo. A ése ya no le vendo ni aunque se me hinque.

—No seas cabrón, véndele. Desesperado nos puede armar mitote.

—¿Con la chinga que le pusieron? ¡Ni pensarlo!

—A veces, Segundo, me siento mal por dedicarme a esto.

—Ya vas a empezar... No seas pendejo, Perro, si no se las vendemos nosotros se las venden otros. Lo bueno es que ni a ti ni a mí nos da por eso.

—Bueno, hay que ver los pendientes. Mañana nos tocan algunas facultades, tú tienes la lista. También es día de ir a correos a dejar la lana en el apartado. No se te olvide checar todo.

—¿No has recibido más droga? —indagó.

—Sí. Ahora me llegó a la casa dentro de la papelería que recibimos, la del comité.

—Son una *fregonería*. A mí me llegó en unos paquetes que parecen libros enviados por una editorial de provincia.

—¿Cuántas personas estarán metidas en esto, Segundo?

—Ni idea tengo, ya ves, nosotros sólo somos *burros*. Nos concretamos a recibirla, distribuirla, dejar el dinero en correos y recoger el nuestro.

Llegamos al céntrico estacionamiento. Ramón se bajó del carro y me informó por el hueco de la ventanilla.

—No te vayas. En la mañana había un oficio sobre tu escritorio, yo lo guardé. Es de los de ingeniería. Están organizando unas mesas redondas, con no sé qué pinche tema. Te piden que asistas al acto de inauguración. Espérame, ahorita te la traigo.

Me estacioné en doble fila; los agentes de tránsito ya no me molestaban. Prendí un cigarro y vi pasar a las muchachas con minifalda; una güera, nalgona, me estaba coqueteando. No alcancé a ligar, Ramón se subió al carro y me entregó un papel.

—Lo hallé sobre el asiento, lo ha de haber dejado el Pelón. Tiene clave.

Leí el mensaje: En cuanto lean esto, inmediatamente vengan a verme. No importa la hora.

—Tiene la clave del ministro, así que pícale a gobernación —me apresuré Ramón.

—¿Lo encontraremos?

—Quién sabe, pero seguro ahí nos dicen qué color.

Llegamos. Esperamos más de una hora.

En su despacho, tan grande e impersonal, el Ministro nos felicitó.

—Su lealtad y eficiencia han sido consideradas y, a partir de este momento, suben de puesto. Contáctense con don Fernando Leyva, él será su proveedor directo y desde ahora su jefe inmediato.

Cortó una hoja de su agenda, anotó el domicilio y nos ordenó:

—Vayan ahora mismo; don Fernando los está esperando.

Antes de retirarnos nos anunció paternalmente:

—También llevan anotado el número de un apartado postal. Hay dos paquetes con sus nombres; van a encontrar más de lo que un día soñaron tener. Lo merecen. Si siguen como hasta ahora, van a llegar muy lejos —y, estrechando nuestras manos, terminó—: El señor Leyva les va a dar la llave.

—Conque Fernando Leyva —le comenté al Segundo en el trayecto—. ¡Jamás lo hubiera pensado! Es uno de los hombres más ricos de la capital, ¿no?

—Sí, Perro, nos faltan muchas cosas por aprender. La semana pasada la delegación Madero, le hizo un homenaje: donó no sé cuántas hectáreas para la construcción de un zoológico. Salió su fotografía en todos los diarios acompañado de su hija, ¿la viste?

—Sí. Se ve que está buenona la vieja.

—Es fácil encontrar el domicilio —Ramón revisó el papel—. Está entre Avenida Sinaloa y Yucatán; andamos cerca. Toma el paso a desnivel y salimos directamente a Yucatán.

Estacioné el carro. Toda una cuadra grandísima bardeada por altos muros. Quedé sorprendido.

—¡Pa su mecha! ¡Ve nomás, Segundo! Esto no es una casa, ¡es una chingonería!

—Está de película, Perro. Un día vamos a tener una igual o mejor. Te lo aseguro.

—Dios te oiga, hermano.

Nos dirigimos al portón de aluminio dorado y el Segundo accionó el mecanismo del interfón.

—¿Diga? —se escuchó una voz de hombre.

—Buscamos a don Fernando Leyva —dije—. Nos envía el señor Ministro de Gobernación.

—¿Sus nombres por favor?

—Manuel Herrera y Ramón Alfaro.

Se cortó la comunicación y durante un rato no escuchamos ni vimos nada. El Segundo se sobó las manos y yo aún no me reponía de la sorpresa cuando la puerta se abrió, estrictamente lo necesario, para darnos cabida. Había muchos hombres armados rodeando la casa y el que parecía mandarlos, nos dijo:

—Don Fernando los espera —y con la mirada les ordenó a dos que nos mostraran el camino. Los seguimos sin hablar.

Adentro de la residencia, un sirviente nos condujo. Había candiles, cuadros, espejos, columnas. Todo al por mayor. Nos sentaron en un recibidor espacioso, con muebles Luis XV. El criado nos preguntó si deseábamos tomar algo. Los dos agradecemos la atención, pero dijimos que no, que gracias. La estancia nos imponía silencio. Deposité las manos en el regazo y hasta entonces observé las pinturas colgadas en la pared; no había una más. Había de Rivera, Picasso, Orozco, Tamayo, Siqueiros, Cuevas...

La puerta se abrió y como otra sorpresa más nos encontramos al Mago acompañado del licenciado Francisco Jiménez. Se despedían del señor Leyva y nos sonrieron e hicieron una leve inclinación de su cuerpo antes de salir.

Don Fernando nos recibió. Hombre de pocas palabras, abordó lo referente al negocio.

—A partir de este día, sus actividades serán otras, no visitarán ya ninguna escuela. Su trabajo, ahora, es recoger aquí la mercancía y enviarla según las indicaciones que les daré. A mí me van a entregar el dinero; lo de correos. Por lo pronto, viajarán al interior de la República, después al extranjero. Así que vamos terminando con su tinglado ése de los estudiantes. Está resuelto, en su lugar se quedarán Bayano y otro muchacho apodado la Changa. Ustedes se van a la Dirección Juvenil del Partido, el medio más eficaz para recorrer el país. Abarcarán dos objetivos: adoctrinar jóvenes con la ideología del Partido y relacionarse en el medio. Hay mucha gente que nos atiende plantíos y deberán supervisarlos. Para ustedes no existirá nada que no sea esto. Para no despertar sospechas aquí, frecuentarán mi círculo social como parte del cuerpo de abogados que manejan mis bienes. Los quiero aquí pasado mañana temprano —me dio la llave de la cual nos había hablado el Ministro—. A las ocho habrá junta especial para que conozcan a los demás y sepan exactamente cuál será su actividad. Eso es todo. ¿Tienen algo que preguntar?

—No, señor. Todo está muy claro —extendí mi mano para despedirme.

—Esperen —nos devolvió de la puerta—. Si no tienen smoking, cómprense uno. Mañana es la fiesta de cumpleaños de mi hija en el «Club México», ahí los espero. Esto —nos entregó unas invitaciones—, les servirá para entrar.

—Sí, señor —pronuncié yo.

—Gracias, señor —dijo Ramón.

Íbamos hacia el carro, el Segundo abrió su invitación.

—Se llama Marisela —me comentó y la volvió a cerrar.

El rezo del Padre Nuestro continúa y a Manuel Herrera se le comienza a quemar el recuerdo, se le hace polvo como las cenizas que no arden, como los rescoldos de su propia vida que, después de ser incinerada, se reduce a un puñito de polvo; sin volumen, sin peso y sin percepción, como aquel día en que:

—¿No lo ves, Segundo?

—¿Cómo quieres que lo reconozca entre este chingo de pingüinos?

—Fíjate bien —insistí.

—¡Al carajo contigo! —pronuncié molesto—. Ahora hasta me resultaste ciego.

—No jodas, Segundo. Ya no aguanto este pinche cuello almidonado. Tanta gente y luces me marean. Siento que me falta el aire, el calor es insoportable.

—Tómate tu vino y aguanta vara. No nos podemos ir sin que don Fernando nos vea.

Las lámparas recargadas en las columnas se apagaron. Las figuras de don Fernando y su hija se deslizaron por la pista central: bailaban un vals. La luz de un reflector seguía sus giros. Todos aplaudimos.

—Cuántas puterías juntas —le murmuré a Ramón.

La pareja pasó cerca de nosotros. Don Fernando inclinó la cabeza al reconocernos. Los dos le sonreímos.

—Aguanta un piano la vieja —alabó Ramón.

—Sí. Tiene buenas nalgas.

El baile terminó. Volvieron a encenderse las luces. La pista se llenó de tipos elegantes y señoras vestidas de largo: hombros, espaldas y nacimiento de senos, al descubierto.

—Don Fernando ya nos vio, Segundo. ¿Nos vamos?

—No, primero hay que saludarlo.

—¿Estás loco? Ni manera de abordarlo; lo rodean un chingo de lambiscones.

—La lambisconeada deja, Perro. Vente —lo seguí.

A codazos y empujones logramos abordarlo.

—Señores —suspendió don Fernando los comentarios. Se dirigió al círculo que lo rodeaba y nos presentó—. El licenciado Herrera, el licenciado Alfaro; eficientes

abogados que forman parte de mi *staff*.

Estábamos apretando manos al por mayor cuando vi a la festejada. Venía del brazo de una mujer de vestido verde; ceñido, escotado, barroco. Cargaba muchas alhajas y una estola en un hombro.

—Papito lindo, ¿vienes para la foto del periódico?

Mientras los demás corrieron a saludar a la señora de la estola y le decían que qué bien está y que seguía tan guapa como siempre, yo me puse a observar a la joven: bien formada. Cintura pequeña y amplio trasero; como siempre me han gustado. Desenvuelta me revisó de pies a cabeza. Le mandó una interrogante mirada a su padre, él en seguida nos presentó.

—Mi esposa —nos señaló a la señora de la estola.

Ella dijo que se llamaba Julieta y nosotros le presentamos nuestros respetos.

—Mi hija —continuó don Fernando.

—Felicidades, señorita —le di la mano—. Es una fiesta muy bonita.

Se colgó del brazo de don Fernando y del de su madre. De nuevo me revisó, tomó una actitud infantil y me ordenó:

—No te vayas, ¿eh? Quiero bailar contigo.

Bailamos. La apreté contra mi pecho; se las sentí firmes, de buen tamaño. Empezó el interrogatorio.

—No te había visto, ¿tienes mucho tiempo trabajando con papá?

—Alrededor de unos quince días, señorita.

—Me llamo Marisela y si no me tuteas me voy a enfadar contigo —desde mi altura, no me expliqué cómo era posible que moviera las pestañas largas, tupiditas, de esa manera insinuante—. ¿De acuerdo?

—Sí, Marisela.

—Ya que vamos a ser buenos amigos, Manuel. Háblame de ti.

—Bueno, pues soy soltero, abogado, ambicioso, con un importante futuro...

—Ay, qué interesante. Me encanta que trabajes para papá. Con esas cualidades sí que te espera un futuro importante.

—¿Tú crees?

—Uy, sí. Papá sabe recompensar muy bien a sus empleados; sobre todo a los que no lo contradicen —me guiñó un ojo—. Ni a él, ni a su hija.

—A él, no te lo aseguro. Su hija que me pida lo que quiera. Estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por ti.

—Por el momento, nada del otro mundo, sólo sigue platicándome de tu vida. Me interesa.

—Soy Piscis; apasionado, violento. Mi horóscopo que leí por la mañana se está cumpliendo al pie de la letra. Decía que para hoy el destino me deparaba la más grata sorpresa de mi vida: tú. Como ves, soy una página en blanco dispuesta a que la llenes con lo que tú desees —suspíré fuerte a un lado de su oreja.

—Ay, cómo eres —exclamó, pero siguió repegada a mi cuerpo.

La llevaba en volandas. En cada vuelta observé que don Fernando, de reojo, nos miraba con obstinación.

Mi brazo derecho la empujó por la espalda y, giro a giro, la fui llevando hacia otro extremo del casino. Va bien el asunto —pensé—. Y mi mano cerca de sus hombros, empezó a bajar hasta la cintura. Mi cuerpo se acostumbró al suyo. No se opuso, muy juntos bailamos *Despeinada*, entre una multitud que brincaba gesticulando sin consideración.

La pieza concluyó. De pie en medio de la pista (ella no hizo intento para que la llevara a sentar), examinamos el salón y sostuvimos un retazo de conversación acorde a las circunstancias.

—Bonita fiesta —repetí—. Hay mucha gente.

—Muchísima —las pupilas le bailaron dentro de los ojos en todas direcciones.

—Ninguna mujer es más bonita que tú —clavé mi mirada en su rostro.

—Embustero —formó una trompita graciosa en sus labios.

La orquesta cambió de ritmo y las notas de una melodía de Ray Conniff inundaron el recinto. Con más confianza volvimos a repegarnos.

—Fíjate, Manuel, que yo me eduqué con las monjas Mercedarias: ¡vieras cuánto me querían!, por eso mi papá es muy generoso con ellas. Llevó a cabo una campaña de reforestación y, gracias a él, la huerta del colegio se convirtió en un paraíso terrenal. También les construyó muchos salones.

—Qué bien —aproveché la pausa para apretarla más.

—Papá es muy bueno conmigo, nunca me niega nada. Cuando estaba en el colegio, me llevaron a visitar unos hospitales y asilos y entonces yo le pedí que les ayudara. Aún lo sigue haciendo.

Esperó a que contestara algo. Sólo se me ocurrió decir:

—¿Cuántos años tenías?

—Once o doce.

—Ah —dije, pero pensé en que empezó a contarme su vida con demasiada minuciosidad.

—Después seguí yendo a esos sitios, tenía oportunidad de platicarles, a los asilados, de mis viajes a nuestra casa de descanso de la playa.

—¿No te deprimían esos lugares?

—No, qué va. Los distraía comentándoles cómo había ganado en los torneos de tenis. Les encantaba escucharme. Fue una buena época, la recuerdo como si fuera ayer.

—¿Has tenido épocas malas?

—Ay no. Con este papá que tengo, siempre he sido la mar de dichosa. Fíjate que...

Una, dos, tres, cuatro piezas bailadas y ella me propuso salir a tomar aire. El salón daba a un jardín interior lleno de flores, luz y bancas antiguas pintadas de blanco. ¡Íbamos en los catorce!, en aquello de que su papá le compró un Cadillac con todo y

chofer, cuando sentí que alguien me tocaba mi hombro. Era don Fernando. Respetuoso y rápido me puse de pie.

—Señor —pronuncié torpe.

—Licenciado —molesto pero sonriéndome—. ¿No le parece pecado mortal acaparar así a la festejada?

—Perdón, señor.

—No te enfades, papito lindo. La culpa es mía, pero ¡ay!, vieras qué interesante plática la de Manuel.

—¿Manuel? —don Fernando puso expresión de azoro.

—Ya sabes, papi, entre los jóvenes no debe haber formulismos.

—Su padre tiene razón, señorita —hablé serio, firme—. Estoy privando a sus amistades del placer de su compañía.

—Está bien, si no hay otro remedio, vamos —Marisela se levantó colocándose entre los dos.

Don Fernando dio el brazo a su hija. Yo, nervioso encendí un cigarro. Regresamos al salón. Ellos dirigían frases breves o se inclinaban ante las parejas sentadas en las bancas. Al entrar acapararon a don Fernando y antes de entregarse a las adulaciones me ordenó:

—Acompañe a mi hija a la mesa. Después quiero hablar con usted.

Tomé a Marisela del codo. En el trayecto me ordenó:

—Mañana te espero en casa a las ocho de la noche. Me vas a invitar un refresco.

—Será un verdadero honor —seguí con el pie el ritmo de la música que tocaban—. ¡Hasta mañana!

Nos despedimos de mano.

Busqué a don Fernando. En cuanto se percató de mi cercanía, pretextó cualquier cosa ante sus amistades y colocándose a un costado mío, me señaló con la vista que lo siguiera. Me condujo a un sitio aparte.

De momento nada dijo, se concretó a alzar los hombros, sus espaldas parecieron más grandes; él más temible. Tenía un gesto de aquí el que manda soy yo, o ¿no te has dado cuenta de quién es quién? Viví minutos de incertidumbre mientras él me exhibía los privilegios de su autoridad. Carraspeó algunas veces antes de empezar.

—Nada desconozco de ti, muchacho. Quizá te sorprenderías al saber los datos precisos que tengo anotados de tu persona junto con los de mis colaboradores. Sin exagerar, sé hasta los cambios mínimos de tu carácter. Llevo alrededor de tres años recabando toda la información necesaria. Desde mucho antes esperé tu hora. Tu hora de apropiarte de la sociedad de alumnos. Tu hora de llegar a esto. Tu hora de introducirte a la política. Lo que nunca previne es que le fueras a gustar a mi hija —puso un gesto fúnebre, desconcertante.

—Sólo simpatizamos, señor —y vi que mis uñas no estaban perfectamente arregladas.

—No está de más descartar la posibilidad de lo otro —acomodó el fistol prendido

a la pechera—. Te veo patas de jinete; tienes carisma para el negocio, pero te falta mucho para estar a su altura.

—Lo sé, señor. La verdad, me encuentro en un aprieto. Su hija me citó para mañana por la noche. No quiero ocasionarle un disgusto, ni a usted ni a la señorita. Me encantaría complacerla, sin embargo, es evidente, no asistiré.

—Irás. Las puertas de mi casa estarán abiertas para ti, siempre y cuando me obedezcas en todo.

—Usted dirá, señor.

—Por lo pronto, no quiero adelantarme a los acontecimientos. Las cosas se darán por sí solas. Complace a mi hija y ya veremos. Si ella te elige, será la mejor oportunidad de tu vida.

—Gracias, señor.

Y volvimos a la fiesta.

Encontré al Segundo en la misma mesa, solo, malhumorado. Estaba sentado con las piernas extendidas y la cabeza apoyada en el respaldo de su silla. Los pies cruzados en el suelo.

—Mira, tú —me recibió viendo el reloj—. Si no hubieras querido irte pronto, estaríamos yéndonos al amanecer. ¿Nos vamos? —impaciente, guardó la caja de cigarros, el encendedor y dio, de un jalón, el último trago de vino que quedaba en su vaso.

—Bueno —convine sin mucho ánimo—. Pero antes déjame fumar otro cigarro y terminarme el jaibol. Sirve que vemos dónde anda nuestro anfitrión para despedirnos.

—¡Qué jaibol ni qué la chingada! —pronunció entre dientes muy cerca de mí—. Don Fernando está donde lo dejaste: a un lado de la puerta. Así que pícale, a mí no me tienes de tu pendejo.

—Está bien —accedí al momento de ponerme de pie. Allá lejos, Marisela me dijo adiós a señas—. ¡Vámonos!

—Señor. —El Segundo le extendió la mano a don Fernando—. Muchas gracias por invitarnos. Estuvo muy bonita su fiesta.

—Pasado mañana los espero en mi oficina —nos recordó don Fernando al tiempo de estrechar la mano del Segundo.

—Será mañana porque hoy, ya es otro día —comenté y don Fernando, a mí, no me despidió de mano. Tuvo la deferencia de abrazarme.

Salimos por el pasillo escalonado y casi a brincos bajamos las gradas. Al llegar a la hierba húmeda del estacionamiento, el Segundo empezó a reír, dejó a un lado su mal genio y cantó quedito: *Me importa madre que tú ya no me quieras...*

—¡Cállate! —le advertí—. Atrás viene gente.

—¡Bah! Con el apapache que te dio el viejo, podemos hacer esto y más. Ya fregamos. ¡Qué suerte, manito!, la vieja está mucho más buena que tu amorcito de Nuevo Progreso —y comenzó a sobarme el brazo y a tocarse el pecho alternadamente—. Que se me pegue... Que se me pegue...

—Quítate, payaso —lo empujé a un costado y pensé—. Suerte hubiera sido si Marisela no hablara tanto.

De nuevo le llegan los rezos, siguen repitiéndolos. Son palabras temblorosas, frágiles, semejantes a los trozos de papel de china, blancos y azules, que adornan el atrio de la iglesia, los que el viento mueve de continuo. Tiene los labios apretados, las mejillas están sudorosas. Sabe que ya es hora de irse, sólo quiere echarle un vistazo al Campestre. Se encamina hacia la loma. Paladea la visión de algunos rincones sorprendentemente intactos y otros transformados: árboles, casas, centros comerciales. Los automóviles suben y bajan con el ruido de la radio o el estéreo encendidos. Gritos, risas, niños, mujeres, hombres, transitando por la avenida empinada como la giba de un dromedario gigante. Se siente ajeno a las personas, mas reconoce que le gusta esa estampa pueblerina, ese desfile, no exactamente igual al que recuerda, pero pacífico, vivo y, Ahora que entre mi sexenio, voy a hacer que este pueblo progrese. Lo voy a escoger como punto principal del programa de la descentralización. Enviaré para acá algunas industrias, le inyectaré dinero, dinamismo. Mandaré colocar una gran estatua mía en la plaza. O no, mejor ordenaré que quiten a Carranza; me veré mejor yo montado en un caballo.

Mira a su alrededor, encuentra rostros sonrientes y las voces pronuncian un lenguaje que ya no es el suyo y, ¿Valdrá la pena seguir sólo para recordar? No lo cree, sin embargo, esa curiosidad es como cuando le llega el ansia de comer y no descansa hasta satisfacerla. Ve el Rolex, siente el tiempo acortándosele y, Esto no me lo pierdo por nada, aunque llegue tarde a mi cita con la curandera. No le preocupa ser reconocido por alguien; ningún transeúnte sería capaz de identificarlo (eso cree a juzgar por sus aspectos). Desatiende el paisaje, levanta el rostro y se topa con una procesión desordenada. Las gentes pasan delante de él y piensa que ellos son la mediocridad, la medianía, que él es diferente.

—Ahora tu situación es diferente, Manuel —me dijo mi suegro cuando a puerta cerrada le traté el asunto—. Debiste confiarme la verdad.

Las palabras de don Fernando me sonaron a reproche, a desilusión. Me llamó absurdo, infantil, estúpido... Me sentí avergonzado: nunca pensé que falsificar el acta de defunción de Arturo; mi padre, pudiera desatar la catástrofe que mi suegro vaticinaba y:

—Estas cosas —don Fernando golpeó el escritorio—, se manejan con cuidado, con seriedad.

En ese instante en que retiró el sillón y caminó hacia la derecha para salir del otro lado del escritorio, me pareció un toro dándole vueltas al ruedo. Empezó a ir y venir por todos los límites de su amplio despacho. Tenía la vista puesta en la alfombra y las

manos entrelazadas atrás de la cintura. Yo asentí con la cabeza y observé a través del ventanal la alberca techada que era parte del jardín lateral de su casa.

—Yo no sabía, señor —traté de disculparme.

—¿Acaso eres tarado? —se paró delante de mí. Sus pupilas se achicaron amenazantes—. No te hagas pendejo, Manuel. ¿O qué, pensaste que el acta falsificada iba a ser suficiente para matar a tu padre?

—Jamás había vuelto a saber de él —le sostuve la mirada—: creí, en verdad, que había muerto, señor.

—¡Me lleva la chingada! —don Fernando se golpeó la frente—. Precisamente ahora, cuando ya es un hecho que te vas a la presidencia del partido, me sales con que el recabrón de tu padre vive y no sólo eso, ¡también reclama posiciones! Quieres que te sobe la espalda y que te diga que no hay dificultad, que mañana le decimos a la Comisión Electoral que en los papeles de tu curriculum hay un pequeño error y fíjense que mi papá siempre no se murió —se detuvo y colocó una mano en la cintura. Estaba desesperado—. ¡Esto puede significar el fin de tu carrera política! Arturo Herrera, tu padre, posee una arma poderosa para chingarte. ¿Oíste? ¡Pa-ra-chin-gar-te! —se inclinó y lo repitió cerca de mi oreja.

Quise reflexionar, acercarme al problema lo más posible, y caí en cuenta de que mi extrema juventud de cuando lo hice, mi exceso de ambición, o qué sé yo, me enturbió el razonamiento. Por eso, sin consultarlo con don Fernando, decidí matar a Arturo sólo en un papel que me costó mucho dinero conseguir y, Ojalá no sea tarde para remediar mi estupidez, rogaba. Lo malo era que no únicamente a mí me perjudicaba, sino también a los del equipo para quienes en aquel entonces yo representaba su mejor carta. Cuando Arturo apareció los cuatro andábamos desperdigados, pero cosechando lo mismo. El Segundo, en la Popular; el Pelón Bayano, en la Cámara de Diputados; la Changa, en la Obrera. Yo ya había pasado por todo eso. Don Fernando, después de mi matrimonio con Marisela, se empecinó en mi rápida acreditación política y social, y a fin de reorganizarme la siguiente posición (La presidencia del partido), me mandaron a la campaña del licenciado Francisco Jiménez: nuestro partido lo había postulado como candidato a la Gubernatura de mi estado. Yo iba como coordinador de la Campesina. ¡Quién iba a decirme que ahí te encontraría! No cara a cara, pero sí a través de una tercera persona.

—¿Cuántas personas están enteradas de esto? —don Fernando me exigió la respuesta golpeándome un hombro.

—Nada más el licenciado Jiménez, señor —lo vi mover la cabeza y se puso a cavilar.

En ese momento, me sentí formado por dos personas; una, detuvo la vista, humildemente, en la pata labrada del escritorio. El otro estaba rabioso, colérico porque había sido mi culpa no prever, no analizar. Supe que a nuestra jugada tan bien hecha, le podía suceder un imprevisto y sólo por mi pendejez (¿o deseo?). Sin embargo, el resultado era un problemón de la chingada y nada más porque no me

atreví a desmentirme. Si a las personas del medio les había hablado de la muerte de mi padre, a la hora de la hora, no pude retractarme (¿o no quise?). ¡Bah!, lo que haya sido, pero en el fondo, para mí, Arturo Herrera había muerto y mentalmente lo amputaba, poco a poco, cada vez que recordaba su imagen. Ni siquiera me pasó por la imaginación que te atrevieras a sacar las uñas, ¡maldito puto del carajo!

—A ver, repítame cómo te lo comentó Jiménez —don Fernando se sentó en el sillón.

—No me hice cargo del mitin que hubo en Nuevo Progreso, señor —le volví a explicar—, le ordené a Joaquín Argüelles que él lo organizara...

—¿Por qué no fuiste tú? —me interrumpió.

—Había mucho trabajo, señor. Preferí hacerme cargo del evento en la Resolana, fue al día siguiente.

—Ah, ¿y? —me escuchaba con atención.

—Pues eso, al otro día me encontré con ellos en la Resolana y después de saludarnos, Jiménez me dijo en tono despreocupado que si no sabía que en Nuevo Progreso me había salido un papá. Como se rió tanto, pensé que andaba crudo o que todavía traía la borrachera de la parranda anterior. Pero no. Siguió luego platicándome que la recepción, por la noche, la ofreció Arturo Herrera, que se veía que era hombre importante en el lugar y que, de buenas y a primera oportunidad sólo se le acercó para decirle que era mi papá y que le pidió posiciones para él y su gente. Lástima que no haya ido porque...

—¿Estaban solos? —vi a don Fernando inclinar su cuerpo hacia atrás del sillón.

—No, señor —bajé la cabeza y ante su insistencia me resigné a confesarle los puntos y comas que había omitido—. También estaba Joaquín.

—¡Qué! —resopló fuerte—. ¿Argüelles lo sabe?

—Siempre lo supo, señor. A través de él conseguí el acta falsa.

Los rasgos de la cara de don Fernando se dilataron y me invadió un temor vergonzante ante su repentino silencio. Se meneó en el asiento, empezó a levantarse despacio y gritó:

—¿Por qué antes me aseguraste que nada más lo sabía Jiménez? —y temblaba de coraje.

—No lo engañé, señor. Joaquín es mi hombre de confianza. Me es fiel, obediente; haga de cuenta que no sabe nada.

Vino hacia mí, me levantó de un tirón.

—Mira muchacho —la humedad de sus palabras chocó en mi cara—. De todo, absolutamente todo lo que hagas o pienses hacer, debo estar enterado. Mientras viva, Manuel, ¡aquí mando yo! Otra pendejada que cometas y te mando a la chingada, así seas muy mi yerno dejo de protegerte. ¿Está claro? —me empujó con fuerza. Al caer sobre el sofá, éste se recorrió un poco.

—Joaquín, señor —traté de suavizar mi falta—, trabaja con un verdadero sentido de responsabilidad. Sólo se concretó a prepararnos los tragos como si no estuviera

oyendo nada.

—¿Qué le diste a cambio? —se refería a Argüelles.

—Nada, señor, pero me dijo que lo que más deseaba era ser jefe de Policía y Tránsito —pasé saliva—, pues le prometí que si yo llegaba, eso sería —tosí de puros nervios.

Después me hizo que le narrara la última parte de mi conversación con Jiménez y le expliqué que me dio mucho coraje y ante el licenciado adopté una actitud firme, amenazante y que le contesté con ¡mire, usted, lo que a algunos se les ocurre inventar con tal de subir! Don Fernando más calmado repitió:

—Bien, bien, ¿y?

—Nada, nos reímos y luego Jiménez me comentó que la próxima vez que se encontrara con Arturo se lo iba a chingar por mamón y entonces yo le dije que no, que ese asunto era mío y que me lo dejara.

Los dos callamos. Don Fernando reanudó su caminata alrededor del escritorio y yo recordé a la marejada de campesinos que nos abrió camino en la Resolana. Recordé que al descender del vehículo me halagó escuchar a la gente: nos aplaudía, nos vitoreaba. Gocé las presentaciones, saludé a la multitud con los brazos en alto y tomé el micrófono. Hablé de la verticalidad del candidato; de su afán por resolver los problemas del país, aunque estaba pensando en que qué a toda madre, el cabrón de Arturo ahora sí me reconocía como su hijo.

—Ni modo —habló por fin don Fernando—, no hay otra alternativa, sólo una, Manuel.

—¿Cuál, señor?

—Matarlo.

—¡Qué! —de un brinco me puse de pie.

—¿Se te ocurre otra? —me miró a los ojos.

—No es para tanto, señor —tartamudeé—. Podemos pagar su silencio o quizá una buena putiza y la clara advertencia de que se vaya de Nuevo Progreso y decirle que si, en algún momento, se dice mi padre, entonces sí lo mataré.

—No sueñes, hijo —su semblante era apacible y a la vez firme—. Te dirá que sí, que lo que tú digas y cuando te vea en el poder, y tú vas a llegar muy lejos, no resistirá la tentación de querer compartirlo contigo. Debemos tener la seguridad de que no nos dará problemas.

—No, señor, eso no —dije.

—Total —contestó indiferente— que te invaliden tu candidatura, al fin que hay muchos tiradores. Pero ahorita mismo sales de aquí —señaló la puerta—. Y te olvidas del camino andado.

—Señor —empecé a defenderme—, sé de muchos que presentan papeles falsos; de estudios universitarios que jamás han hecho; de actas que señalan su nacimiento en lugares que nunca han visto; de mujeres que sacan de burdeles y presentan como esposas y no les ha pasado nada...

—Sin embargo —se acercó a mi lado—, nadie ha presentado un acta de defunción del padre cuando el muertito anda vivito y coleando. Hazte cargo del peligro; es delito, Manuel, y está penado. Más adelante se van a disparar uno tras otro, los puestos de importancia: presidente del partido, o Gobernador de tu estado o ¡Presidente de la República! Por eso debemos poner remedio de inmediato. Ese señor no ignora nada al respecto, pues se han publicado varios reportajes acerca de ti, de tu vida familiar y fuiste tú el que te fabricaste un papá extraordinario, pero muerto. Así lo iniciaste y así debe seguir por el bien de todos. O bien, vete al Partido y trata de explicarles el engaño a ver si te lo pasan —me palmeó la espalda.

Y en ese momento pensé que para dónde me hacía. No estaba dispuesto a perder lo ganado.

—Tiene razón, señor —me senté—. Al fin y al cabo que ya lo daba por muerto.

—Así me gusta, muchacho. Sigue así y ¡pum!, en un rato más estarás arriba, en el sitio donde quiero colocarte —don Fernando suspiró—. Mándame a Argüelles, él lo hará. Yo me encargo de su nombramiento.

Y volví a toser.

La procesión va caminando, levanta la tierra suelta que le provoca a Manuel una carraspera y un malestar porque ya no tiene tiempo. Ve de nueva cuenta el Rolex, da una última mirada al parque Campestre, gira el cuerpo y, ¿Para esto subí? ¡Bah! Estaba más bonito antes.

La cena fue en el comedor principal de la casa de mi suegro. Celebrábamos que Rafaela, por fin, aceptó la invitación de los papás de Marisela. Don Fernando, sentado frente a una cabecera de la mesa, se jaloneaba el chaleco. Preguntó a mamá:

—¿Qué le parece la cena, señora?

—Exquisita —mamá levantó la servilleta de tela depositada en su regazo y limpió las comisuras de su boca.

—Estás muy seria, hija —habló doña Julieta desde la cabecera opuesta a su lado—. ¿Qué te pasa?

—En la tarde fui al doctor y a recoger unos análisis —parecía más nerviosa que de costumbre—. Voy a tener un hijo.

Vivimos un segundo desconcertante. Doña Julieta echó la espalda hacia atrás y juntó sus manos en el pecho. En la cara los párpados hinchados apenas si dejaron ver el blanco de sus ojos.

—¡Válgame María Santísima! —gritó—. Te imaginas, Fernando, ¡un nieto!

Mamá se puso de pie, fue a besar la frente de Marisela y expresó:

—Los hijos son siempre una bendición.

—Te atenderá el mejor ginecólogo de la ciudad —dijo mi suegro.

Introdujo los pulgares en la bocamanga del chaleco y con el resto de las manos se tecleó el pecho.

La noticia me tomó por sorpresa. No estaba dentro de mis planes convertirme en padre tan pronto; o a lo mejor fue miedo. Ella lo notó y empezó a jugar con sus cabellos.

—No te agrada la idea de ser padre, ¿verdad? —y se quedó quieta un instante.

Sentí las miradas de los demás puestas en mi persona. Reaccioné de inmediato.

—Tontita de mi alma. Es la emoción, ¿me entiendes? —la levanté de la silla y la abracé—. ¡Me haces el hombre más feliz del mundo!

—Cuidado... Cuidado —previno don Fernando—. Debes controlar esos ímpetus. En este estado, mi hija necesita tranquilidad; nada de emociones fuertes, ni contratiempos, ni brusquedades, ni...

Nada me importó; la estreché más fuerte.

—¡Que tengas cuidado! —gritó don Fernando.

—Sí, señor.

Volví a mi lugar. Trabé las mandíbulas y me encontré imposibilitado para cualquier explosión verbal o de sentimiento.

—Esto hay que celebrarlo —don Fernando suavizó la voz—. Propongo un brindis por el niño que viene.

Dejó el asiento, dio media vuelta, bajó tres escalones para llegar a otro nivel y le ordenó al criado una botella de vino de las grandes ocasiones. El hombre delgado, vestido de riguroso dominó, nos llevó una botella de Chartreuse.

Parados alrededor de la mesa y asumiendo una actitud de solemnidad, estábamos atentos. Don Fernando irguió la cabeza, humedeció los ojos y empezó:

—Brindo por mi nieto, por el gran porvenir que le espera a ese hombrecito, que sin dudarlo, será hermoso, inteligente, digno nieto de Fernando Leyva. ¡Salud!

Desenvuelto, mi suegro volvió a sentarse; nos hizo una seña para que, de nueva cuenta, ocupáramos nuestros respectivos lugares. Miré a Rafaela. Seguía inmóvil como una estatua infortunada. Supuse que pensaba en cuando yo iba a nacer: la expresión de su rostro, cuando evocaba a Arturo, todavía era la misma: entre ausente y trágica. Yo la conocía desde niño.

—Marisela —la llamó don Fernando. De pronto pareció más joven, más fuerte—. Ven, hija, siéntate a mi lado. Delante de Manuel quiero preguntarte una cosa: ¿eres feliz?

—Mucho, papito lindo —tomó una mano de su padre entre las suyas y apoyando los codos sobre la mesa la elevó a la altura de su rostro—. Sólo me da horror pensar en que me va a doler.

—Nada, nada —ordenó divertido mi suegro—. Desde mañana, tu madre te acompañará a consultar al especialista.

La señora de párpados semicerrados asintió moviendo la cabeza.

Se supone —pensé—, que estas atribuciones me corresponden a mí. Sin embargo, no hablé.

—Toma nota, mi nena —aconsejó doña Julieta—. Habrá que decirle al doctor tus

malestares y que te recete reposo total. Primero está tu salud —se dirigió a mí y aseguró—: Todos vamos a cuidarte.

—Ay mami, ¿sabes? Me horroriza pensar que me voy a poner como troca.

—No, nena —la tranquilizó su madre—. Los doctores de hoy en día les controlan muy bien el peso.

—Y si así fuera —don Fernando le hizo un mimo en la barbilla—. Serás una troca muy linda. ¿No crees, Manuel?

—Claro, señor.

—No le den tiempo al tiempo —continuó mi suegro—. Vayan viendo *suites* en los sanatorios. Mi primer regalo será una cuenta abierta en «El Palacio de Hierro». Escojan lo que quieran para el niño.

Era evidente, no pude tomar ninguna determinación sobre el destino de mi hijo. Por lo tanto, Rafaela y yo quedamos excluidos de la extensa conversación que entre ellos sostuvieron. De vez en cuando, don Fernando me enviaba una mirada de superioridad y me halagaba con el estribillo de siempre:

—Muchacho, tienes carisma para el negocio.

A medianoche se escuchó por tercera vez la voz de Rafaela:

—Es hora de retirarme.

—¿Tan pronto? —dijo doña Julieta.

—Al momento, señora, ordeno que la lleven —manifestó autoritario mi suegro.

—Prefiero que me lleve mi hijo —respondió mamá.

Durante el trayecto, Rafaela iba seria, viendo por la ventanilla el pavimento reluciente, las residencias multicolores y protegiéndose las vías respiratorias con un pañuelo blanco. Antes de bajarse del carro me exteriorizó su opinión respecto a las horas pasadas:

—La familia de tu esposa será muy rica, pero no tiene educación.

José Manuel vino al mundo un mes de marzo. No estuve el día de su nacimiento, mas dejé instrucciones, a mis empleados, para que llenaran de flores la habitación de mi mujer. Me encontraba en San Francisco, California, cerrando una operación importante con quienes nos procesaban la *goma*. El viaje se prolongó por dos razones: una, llevaba órdenes del Jefe Máximo de comprar un avión de dos motores y ocho plazas. La otra era un asunto personal: una rubia alta, hermosa, complaciente.

Conocí a José Manuel a los cinco días de nacido. Era un niño grande, de rasgos bien definidos y lloraba bastante fuerte. Sentí una emoción desconocida cuando lo cargué un momento; me pareció muy blandito y temí que se fuera a deshacer entre mis brazos. Le dije a Marisela:

—Gracias, mi vida —la quise besar y ella se retiró. Estaba molesta por mi tardanza—. Este niño me hace dichoso.

—Nada más él, ¿verdad? —su mirada era fría.

—Vidita, acuérdate que trabajo para tu papá y...

—Con él también estoy enojada —fue tajante.

—Bueno —pretendí dar otro sesgo a la conversación—. Hay que pedirle a Ramón que sea su padrino de bautizo.

—¿Ramón? Nos conviene más el licenciado Jiménez. Eso dijo papá y papá manda.

—Será Ramón —determiné—. Al menos tengo derecho de escogerle padrino. Soy su padre, ¿no?

Marisela no ahondó en el tema, fijó una mirada burlona en mis ojos, tomó una revista del montón que había sobre una cómoda y me pidió:

—Vete, ¿sí? Quiero dormir.

Cuando salí me sentí orgulloso. También cansado.

Esa noche por primera vez en mi vida, tuve la pesadilla que no volvió a repetirse hasta a últimas fechas. Ahora es constante; ésa en la que me sueño en un pasillo oscuro lleno de espejos.

No me dejes ver lo que soy... No me dejes ver lo que soy... ¿Por qué se me ocurre pensar eso?

Y la calle por la cual transita Manuel Herrera se le presenta luminosa, vestida de cadenas multicolores con balcones floridos y los guayabos y los limoneros y los rebozos: todo le habla a gritos del pasado y va caminando hacia donde dejó el carro, al tiempo de acomodar sus antiguas vivencias aquí y allá, como si fuera ordenando camisas en un ropero sin fin. Como si la calle fuera un espejo desdoblado y ahí encontrarán lugar sus alegrías pasadas y, Es que no hay nadie cuerdo, sobre la tierra, que no tengamos una cosa en común: el placer de recordar y recuerdo que éste era mi mundo, el que yo quería, el que otros lo están viviendo y el que yo sólo contemplo. Nuevo Progreso ha ido variando, también yo; pero el pueblo no ha perdido su equilibrio. Descansa la pisada recia, deposita las suelas de sus zapatos sobre la calle espejada para que aparezcan sus recuerdos, los que están atrás de sus pasos.

Introduce las manos en los bolsillos del pantalón y va jugando a tirar las piedras sueltas. Las lanza lejos, cerca y al ritmo de su andar llega a la esquina, a un lado del edificio Banamex. Se detiene a deshilvanar la bobina de su máquina interna.

En este momento pienso que soy el medio novio de Muñeca y, como de costumbre, aparezco antes de la hora a la cita establecida de antemano. Espero aquí, en el mismo lugar; el que le pertenecía a don Chucho, el señor del cinito. Hago cola para disimular y los muchachos le piden: «¡La del Conejo Bugs!» «¡La de Alicia en el País de las Maravillas!» Y al rato empieza el juego. Tití ya sabe: debe encantar a Muñeca a la vuelta y olvidarse de desencantarla. Yo aprovecho para acercármele y platicar. La

estrategia iba bien hasta que Magdalena se dio cuenta y me reclamó:

—Eres un chapucero, un tramposo; no es justo.

No es justo ¿qué? ¿O qué lo es y qué no lo es? Magdalena siempre tuvo una idea muy personal de la justicia, muy apegada a las normas de la razón. Eso lo discutimos algunos años después de que abandonó Canta Ranas y se llevó a Petra. Cuando la noche estaba cayendo y yo jamás imaginé un reencuentro. Mucho menos la unión afectiva tan íntima, tan recíproca, que estableceríamos. Lo juro, aquel volver a encontrarnos fue algo casual, de ninguna manera premeditado por mí, aunque ella opinara que no, que en la vida no hay elementos de azar; que todo tiene una causa: la razón suficiente.

—Yo no sabía que iba a volver a encontrarte —le refuté en una ocasión.

—Tú, no. Quien te imagina, sí.

—¿Y quién me imagina?

—Dios.

—Vamos, déjate de tonterías.

—Además —prosiguió—, la nostalgia nos volvió a unir.

—¿La nostalgia?

—Sí, porque en un principio, tú y yo, éramos uno. Las circunstancias nos separaron e inexplicablemente volvimos a unirnos para complementarnos.

—Tú lo has dicho: inexplicablemente.

—La causa de lo causado siempre es inexplicable, pero justa.

Y era un círculo sin fin cuando nos metíamos en ese tipo de conversación que sólo podía sostener con ella: mi compañera, mi amante. Fue una relación amorosa que me colmó por completo. Magdalena se convirtió en mi fortaleza y en nuestro feudo personal, yo fui yo. Mi poder, mi otra cara, quedaron lejos, muy lejos de mis dominios como la tarde aquella en que la volví a encontrar.

—Pasa, hijo —me recibió Rafaela en una de mis esporádicas visitas—. No te esperaba. Te tengo una sorpresa.

¡Y vaya que fue sorpresa! Ya casi no me acordaba de Magdalena; estaba inmerso en mi actividad narco-política, y hasta a Rafaela la tenía marginada de mi vida.

De pronto, una casi imperceptible sacudida al momento de contemplarla. Era ella, más mujer, desprendiendo emanaciones que trastocaron mi agitación haciéndola descender hasta la boca del estómago. Encontré una verdad indiscutible: sentí que pisaba tierra firme.

El instante se abrió y se cerró de modo intermitente y su risa espontánea, segura, fue mi mejor recibimiento. No tenía vestigios de rencores escondidos, de reclamos fuera de tiempo y ambos manifestamos nuestro mutuo asombro, con no toda la efusividad de nuestros años juveniles. Más bien nos envolvió la continuidad de un conocimiento truncado quién sabe por qué. Y volví a renacer.

—Magda, Magdalena —repetí.

¡Pero cómo!, ¿Magdalena? —pensé—. Y la figura moldeada por la madurez, vino

hacia mí, ondulando el mismo mechón del frente. Con más decisión le seguía el gesto característico de su personalidad.

—¡Hola, Manuel! ¡Qué alegría verte!

Y yo sintiendo su cuerpo habitable, cálido. Repitiéndome por dentro: No todos los manjares están comidos; me falta éste.

—¿Lo ves? —me dijo Rafaela con la mirada de un prestidigitador extrañado de su propia proeza.

—Ha sido un buen día, mamá. Maravillas como ésta no se dan a diario.

—Exagerado —Magda me soltó y se fue a sentar.

—Qué bueno que viniste —habló Rafaela—. Estábamos hablando de ti.

—Tu mamá, que se le llena la boca de orgullo al hablar de ti. Ya sé —me vio a los ojos—. Eres un hombre importante, presidente del partido, te has casado y tienes un hijo de ocho años, sano, inteligente. Te felicito.

—José Manuel es mi mayor éxito, Magda. Lo demás es transitorio, banal.

No fueron poses de apantallamiento, con Magda podía hablar sin retoques. Continué.

—¿Y tú? ¿Estás radicada en México?

—Por ahora, sí. Vine a realizar un posgrado en la rama médica, pero pienso regresar a Nuevo Progreso.

—¿Cuál especialidad llevas?

—Psicoterapia.

—Qué bien. ¿Y tus papás, Magda?

—Papá como de costumbre, delicado; mamá cuidándolo.

—¿Cómo está tu hermano Polo?

—Casó y se independizó por completo de nosotros. Creía que primero me preguntaría por Petra —me incomodó su mirada reprobatoria—. Ella quedó en Nuevo Progreso; allá la enterramos. Murió lúcida, recordándolos; especialmente a ti.

—Al fin tengo la oportunidad de agradecerte que vieras por ella hasta el último momento. Magda, en aquella época...

—Olvídalo, Manuel. Sólo quise decírtelo para que no pase lo mismo con Rafaelita; la tienes tan abandonada.

—Nada le hace falta, Magda.

—Le haces falta tú. Llévatela a vivir cerca de ti, donde de menos te vea más seguido, o sepa que tiene al lado tu persona para cualquier emergencia.

—Aquí estoy bien, Magdalena —intervino Rafaela—. La esposa de Manuel es cosa seria.

—Magda tiene razón, madre. Te voy a comprar la casa de al lado de la nuestra. La venden.

—Qué bien —Magda me sonrió—. Hágase el ánimo, Rafaelita. Allá estará mejor.

—Bueno —aceptó mamá.

—¿Y tú, Magda? —estiré los brazos, relajé el cuerpo—. ¿Tienes esposo, hijos?

—El matrimonio no se hizo para mí, Manuel. O a lo mejor dejé pasar mi oportunidad.

—¡Eres una mujer joven! —dijo mamá.

—En nuestra sociedad, las mujeres después de los treinta nos devaluamos, Rafaelita.

—Estás muy bien conservada. Has de ser como el vino, los años lo mejoran.

—Qué comparaciones haces, hijo —mi comentario no le pareció a Rafaela, pero Magda aceptó mi cumplido y manifestó:

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti; te encuentro envejecido.

—Empezó a canear muy pronto. Es por esa vida tan agitada que lleva —Rafaela vino a sentarse a mi lado a acariciarme. Me ensortijó el pelo con sus manos—. ¿Cenas con nosotras, hijo?

—Discúlpeme, Rafaelita; hoy no puedo quedarme —dijo Magda.

—¿Pero por qué si siempre me acompañas?

—¿Quiere decir que no es la primera vez que se ven, a partir del tiempo que vivimos juntos, madre?

—Desde que llegué, semanalmente vengo a saludar a tu mamá. Pensé que lo sabías.

—Nada me habías comentado, madre.

—Vienes tan de tarde en tarde y tan de carrera, que se me pasó platicártelo.

—Bueno —Magda se puso de pie, me extendió su mano y comentó—: Ha sido un placer inmenso saludarte, Manuel. Lástima que tenga un compromiso de trabajo.

—Te llevo, Magda.

—Gracias. Traigo en qué moverme.

—Me gustaría invitarte un día a casa para que conozcas a Marisela y a José Manuel. ¿Dónde puedo encontrarte?

Abrió su bolsa y extrajo un papelito color lila.

—Toma —me lo alargó—. Es mi tarjeta personal.

Muchos días saqué y volví a guardar la dirección de Magdalena. Era algo tentador, inquietante. Sin embargo, el deseo de sumergirme en su noche me daba miedo. Miedo de las sensaciones espontáneas y de los anhelos y de las nostalgias que cada día me costaba más trabajo ignorar. Hasta que llegó el momento en que quise ser devorado, consumido y ya no me importó dejar de ser poder. Fui a buscarla.

—Pasa —me dijo Magdalena cuando abrió la puerta—. Te estaba esperando.

Lo traen al presente las voces de: ¡Ái voy!, que gritan los niños. Van y vienen desafiando la circulación de los carros, más abundante que en su tiempo. Reanuda el camino y encuentra un edificio nuevo: Super Nuevo Progreso. Está en la calle Morelos, a tres cuadras de la plaza.

Manuel envía una última mirada en todas direcciones antes de subirse al carro.

Quiere fijar en sus pupilas ese paisaje triste, musgoso, que tal vez no volverá a ver. Se va con la ansiedad de indagar acerca de Magdalena y si no lo hace es porque sabe que en Nuevo Progreso no está, lo comprobó desde que terminaron su relación amorosa. También le gustaría saber de Tití, El Pato, Muñeca... Prefiere llevarse el recuerdo de cómo eran y no comprobar que los años los han convertido en adultos anodinos, incoloros. Recuerda a Magda cuando volvían a casa, con los libros abrazados contra el pecho, sonrientes, diciéndole ella que adivinara qué había para la cena. Evoca la luz que bañaba su calle, demasiada calle de domingos y vacaciones. Acogedora calle entibiada por luz y risas.

Se va por la brecha, a un lado de la hilera de cerros que circundan el pueblo para tomar nuevamente la carretera internacional. Aparece, delante de él, un camino negro, una raya zigzagueante, a la que escudriña hasta perderse en el horizonte. Mejora su posición, deja caer el peso de su pie derecho sobre el acelerador y, Ya no tengo la misma pericia para conducir. Mis reflejos son medio torpes; es una lástima que empiece a envejecer. Qué cosas pienso. A los cuarenta y seis años, los hombres estamos en plenitud. Claro, después del cenit, viene el descenso, el declive. ¿Estaré bajando? No, aún me quedan fuerzas para darle muchas patadas al mundo. Si no yo, allí está José Manuel. Él puede dárselas por mí.

Manuel Herrera contempla el panorama y reconoce que había olvidado los detalles pequeños del paisaje, sin embargo, recuerda el conjunto: los mismos cerros cubiertos de hierba amarillenta que le vienen a confirmar su teoría de que ahí el tiempo no transcurre: Nada nuevo se da por estos rumbos. La mañana se desliza por atrás del vidrio polarizado del automóvil. Desprende la mirada de la campiña y fatigado revive la pesadilla: Tengo miedo de quedar atrapado, viendo cómo mis horas pasadas saltan, se burlan de mí. En ocasiones me llega el impulso de rebelarme al fraude de mi vida; a lo mejor, así las alucinaciones no regresan. A nadie le he confesado este propósito, pero quizá un día lo realice.

La temperatura le produce un sudor continuo como baño de regadera. Conforme avanza observa a los lados. Los lugares le son conocidos y, Saliendo de esta curva, hay una cripta levantada en memoria de alguien; un hombre que murió accidentado en el camino. Estaba yo pequeño cuando sucedió la tragedia, aunque la recuerdo bien. La desgracia fue muy comentada, y a poco le inventaron al difunto imaginarias dotes sobrenaturales: lo elevaron al honroso oficio de santo y bautizaron la cripta con el nombre de La Capilla del Ánima Bendita; le atribuían poderes milagrosos. Lo mismo sucedió con don Fernando cuando lo mataron.

Aparta la vista del camino y vuelve el rostro buscando el recuerdo.

Me despertó el repiquetear del teléfono privado. Alcé la bocina y escuché.

—Manuel, habla Francisco, voy para tu casa.

—Oiga.

—Voy para allá, Manuel —y colgó.

Encendí la luz de la lámpara. Las cuatro de la madrugada. ¿Qué pasaría? Sólo una grave dificultad haría levantar al licenciado Francisco Jiménez. Me eché en los hombros una bata y oprimí el interfón para llamar a la servidumbre.

—A sus órdenes, señor.

—Prepare café y estése al pendiente, dentro de un rato voy a recibir una persona en mi despacho.

El licenciado Jiménez entró a la oficina. El paso recio y su rostro desencajado me confirmó que se trataba de algo muy grave. Mas nunca supuse la desagradable noticia que iba a darme:

—¡A don Fernando se lo cargó la chingada! —me comunicó preocupado.

—¿Cómo?

—Se lo echaron, Manuel. La mafia lo acribilló en la frontera.

—Debe haber un error. Mi suegro salió, efectivamente, a un lugar fronterizo. Iba por un cargamento y se fue bien protegido.

—Ahí estuvo lo malo —me dijo—. El viejo no midió sus fuerzas, no respetó los acuerdos. Sabía que el envío pertenecía a Villarruel Gómez, y aun así quiso apropiárselo con lujo de violencia —movió la cabeza—. Jamás debió siquiera pensarlo. ¿Concibes tal estupidez?

—En don Fernando, sí —y comencé a aceptar la realidad—. Siempre dijo que sólo él tenía el poder atrás del poder.

—Era cierto, pero por ley se respetan los territorios y ése no le pertenecía — Jiménez se sentó alrededor de la mesa y al acercarse a la luz de la lámpara, pude apreciarle un leve temblor en las mandíbulas—. Esta vez, fue más allá de lo convenido.

—¿Quién le dio la noticia, señor?

—El mismo Villarruel Gómez me habló por teléfono a medianoche. No te avisé de inmediato porque, ¡qué carajos!, tuvimos que impedir que se supiera la verdad. Ya está —suspiró y aflojó el cuerpo—; el cadáver viene en camino y los medios de difusión están controlados. En cuanto amanezca, pasarán por la radio y la televisión una semblanza de la vida y obra de este insigne hombre, gloria nacional, benefactor de la ciudadanía —dibujó una mueca parecida a una sonrisa.

—¿Quién tomará su lugar, señor Gobernador?

—Eso ni se discute, te toca a ti. El Presidente ya avisó que viene al funeral. Preséntate a él con la categoría de tu nuevo rango. Vas a tener problemas por lo que hizo tu suegro, de eso hablaremos más tarde. Ahorita le informas a la familia. Todos vamos a estar en el aeropuerto. Sus restos llegan entre siete y siete y media. Mientras tanto, voy a echarme una pestañita, me siento molido.

Se regresó de la puerta para decirme:

—¡Ah!, también se chingaron al profesor Álvaro; el que daba clases en la facultad.

—¿El Mago?

—Ése —se fue bostezando.

Marisela gritó con tanto infantilismo cuando le di la noticia, que me conmovió; y ahora qué, Manuel, ahora qué, exclamaba sin consuelo. Y yo, pues nada, recibir el cuerpo, ¿qué más podemos hacer? Y empezó a estremecerse y a destrozar cuanto podía de la habitación. Rompió los adornos de cristal y cuando ya no quedaba más, golpeó mi pecho y se lastimó a sí misma. Se le acabaron las fuerzas y quedó desfallecida entre un reguero de basura.

La lucidez le vino luego y arrastró su tremendo sufrimiento como pudo. Sin convencimiento exhibió su pena y, al llegar la hora, cerró la aldaba de la realidad y se entretuvo comentándoles a las personas extensos pormenores del linaje de su familia, y sobre todo, de las virtudes de su padre muerto.

Desde el aeropuerto, me dijo:

—¿Te fijas, Manuel? Le han hecho un recibimiento multitudinario: papá merecía esto y más.

Allí está, frente a él, La Cripta del Ánima Bendita y sigue cubierta de flores y de retablos. También de peregrinos, igual que el mausoleo de don Fernando. Reduce la velocidad del carro, en una fracción de segundo sonrío para sí mismo y de nuevo apresura la marcha. La mañana continúa deslavándose encima de los montes soleados.

Aprieta el volante, recarga el cuerpo a un costado y termina pensando en Marisela: Para ella, el mundo está formado de dos esferas. Ella habita la buena y bonita; el resto de la humanidad nos compendiamos en la otra: ordinaria, imperfecta. Algunas veces le digo:

—Ya estuvo bueno de todo para mí. Déjanos algo a los demás.

Siempre contesta lo mismo:

—Yo no tengo la culpa de tener tanto, ¿qué quieres? Me enseñaron a recibir, no a prodigar —y las palabras le salen con una soltura impresionante.

Eso todavía es pasable. Lo que más me fastidiaba —limpia el sudor de la cara—, eran las muchas cualidades que le inventaba a don Fernando.

—Pobre papito lindo —murmuraba cada que tenía auditorio—. Quién le iba a decir que el paro cardíaco le daría tan lejos de su familia. La oía y me preguntaba el objeto de su mentira. Estaba tan inmersa en su otro mundo, que no reconocía que yo sabía la verdad. Además de este tema, aludía a otros más o menos parecidos. Desde el principio de nuestro matrimonio me viene recalcando:

—Yo ya lo tenía todo, cuando tú no tenías nada.

Quiere mi agradecimiento por el privilegio, entrecomillado, de ser su esposo.

¿Cómo he podido aguantarla tanto tiempo? Siempre disfrazada de pavorreal y sólo es una guacamaya. Así de ingrata me resultó la sorpresa.

Marisela olfateaba los conflictos y, desde entonces, ensayaba medidas espectaculares para llamar la atención. Muy al principio de la muerte de mi suegro, me lanzaba tiritos de mala leche:

—¡La estás haciendo gracias a la muerte de papá!

Sí, es cierto, no había razón para dudarlo, porque muerto el viejo, el negocio pasó a mis manos y aunque seguía escupiéndome lo mismo, la hubiera querido ver a ella en esta guerra de sapo: a salto y salto para que no lo aplasten a uno. No, ella no quería entenderlo, era su problema, insignificante, comparado con las dificultades que le dio en armar... Por ejemplo cuando empezó a emborracharse.

En los años alcoholizados de Marisela, yo tenía el nombramiento de Asesor Cultural del País, en la embajada de Suecia. El cargo me lo habían dado por convenir a los intereses del negocio y por intervención de don Fernando. Según esto, iba a investigar sistemas de educación y a elegir los aplicables acá. Fue un excelente paseo de año y medio vacacionando por Europa y consiguiendo buenos contratos que nos enriquecieron a muchos. Con frecuencia regresaba al país y en mis visitas me encontraba a Marisela borracha, tendida sobre la alfombra de la recámara y gritando incoherencias. No importa —convenía conmigo mismo ante los desfiguros de mi mujer—. Tengo a mi alcance montones de verdaderas hembras dispuestas a complacerme. A José Manuel tampoco le hacía falta Marisela; la servidumbre lo atendía bien. Total, no quise meterme demasiado en el problema. Don Fernando todavía vivía y ni él pudo con su *nena*.

Manuel gira la cara para colmar con la mirada del paisaje alteño, su soledad.

¡Qué bárbaro!, aquel día sí que tuve deseos de patearla. Llegué y nada, que me encontré a José Manuel llorando, asustado de ver a su madre perdida, hundida en el alcohol. Ignoro cómo me aguanté.

En cuanto se le pasó la borrachera, la senté frente a mí y le dije:

—Ya estuvo bueno, necesitas un tratamiento desintoxicador.

Estiró el cuello y entró en un acceso de llanto y pucheritos aniñados. Abrió mucho los ojos, se dejó caer en mi regazo, abrazándome por el cuello y pronunció con voz entrecortada:

—Está bien, lo tomaré. Pero le voy a decir a papá que me tienes muy abandonada. Se disipó el enojo; percibí el peligro.

—No es necesario. Algunas veces —la consolé—, debemos decir lo que queremos. El próximo viaje lo haremos juntos.

Me dijo que estaba bien, que la perdonara y volvimos a hacer el amor como cuando creíamos amarnos y seguimos juntos. Ella, ofreciendo facetas oscilantes, según su estado de ánimo. Yo, de plano, di mi brazo a torcer: Sí, Marisela. Lo que tú digas, si de todas maneras tengo que vivir contigo.

Ve el marcador de la gasolina, la flecha señala menos de un cuarto de tanque. Se

propone llenarlo en la siguiente gasolinera que encuentre en su camino.

A últimas fechas las personalidades de Marisela y la pura rutina son lo mismo, aunque sería falso negarlo: si viviera mil años, a lo mejor no alcanzaría a conocerla. A raíz de que tomé el lugar de su padre, Marisela sufrió una sorpresiva transformación. Primero fue algo así como irse convirtiendo en un maniquí. Empezó a tomar mis poses y a repetir, una a una, mis palabras más usuales hasta ser una copia de mí mismo. De pronto, en aquella amazón observé más viveza, más vitalidad y, a poco, me hizo notar la conveniencia de introducirme a otro reciente grupo de amistades. Siempre reciente: en el vocabulario de Marisela nunca ha existido el adjetivo vieja, calificando a amiga.

—Las que tengo me bastan —protesté cuando me lo propuso—. Medio mundo se me acerca a pedirme favores.

—Hazlo por mí —rogó—. Quiero acrecentar los negocios. Para empezar, seleccionaré, entre las señoras que frecuentamos los mismos sitios, las casadas con hombres importantes, de negocios; obtendré ventajosas asociaciones.

—Marisela —le recordé—, pero si no tengo tiempo libre.

—Será cuestión de minutos. Te lo aseguro.

Este asunto —calculé—, tiene su lado bueno; ocupada, causa menos problemas. Y entonces, conocí una Marisela dinámica, activa, ingeniosa. Organizaba constantes fiestas en casa y proporcionaba a los invitados un ambiente fastuoso; un aparato de refinada elegancia. Estudiaba cada caso con especial cuidado y, después de sacar juicios, solicitaba mi presencia en la escena. Nació un juego entre nosotros y establecimos un código: una sonrisa, una seña, una mirada, un gesto, equivalía a: ¡Éste sí! ¡No, todavía no! Déjalo para después... Logró asociaciones con constructoras, empacadoras, fábricas, minas, emporios comerciales, armadoras, agencias de autos y de viajes, líneas de transportes locales y foráneas, flotillas de taxis, cadenas de restaurantes... Rápido y seguro, el dinero se fue limpiando. Después de entregar las partidas a los de arriba, nos quedaban ganancias fabulosas. Mi mujer exigió su parte.

Ve un letrero de Pemex. Se delinea la construcción de una gasolinera. Manuel baja la velocidad del carro y entra en una explanada del establecimiento comercial.

Ahora a Marisela le ha nacido una fe inquebrantable. Se ha adherido a un sinnúmero de asociaciones católicas y ¡milagro!, encontró a los hombres más ricos del país: sobre todo los del Opus Dei. Ya les quitó mucha agua para nuestro río a más de tres Hijos de María o de la Vela Perpetua y muchos de esos que comulgan a diario pertenecen al mismo negocio. Jamás podré calcular el número de personas diferentes que han pasado por mi casa, pero ninguna tan singular como los del presente. Es común encontrarme, por las mañanas, en los baños de visitas, finas y perfumadas toallas de seda, señal de que algún importante ministro de la iglesia está desayunando con mi mujer.

Se estaciona frente al surtidor de gasolina.

Marisela ha adquirido mucho poder; no puedo separarme de ella. Antes lo deseé, nunca tanto como cuando Magdalena era mi amante. No pude, Marisela siempre está esforzándose por retenerme, pero... ¿Para qué? ¿Cuando regrese la encontraré igual? ¡Quién sabe!, a lo mejor ya es comunista o musulmana o metamorfosca.

Un viejo desgredado y sucio llena el tanque de la gasolina.

—¿Le reviso el agua, el aceite, el aire de las llantas, señor?

—Sí —responde Manuel. Añade—: ¿Dónde se encuentra el sanitario?

—¿El baño? —dice el empleado tardo en movimientos.

—Sí.

—Allá, al fondo —señala con la mano engrasada y llena de caminos un cubículo descarapelado.

El baño es un cuartucho apestoso, de metro y medio cuadrado. En el suelo hay grandes goterones negros y en la junta del piso y las paredes, se ven agujeros como cuevas de ratones. El cubil carece de luz eléctrica y ventana: no cierra la puerta, apenas se ve en el pequeño espejo amapado de tan antiguo y siguiendo las líneas quebradas, empieza a repasar otras imágenes del pasado...

La puerta entre el baño y la recámara de Magdalena, también estaba abierta. Yo, con las piernas separadas y frente al espejo de pared a pared del servicio, me arreglaba la corbata. Mi vista alcanzó a percibir, a través de la luna, la figura de Magda tendida sobre la cama. Las sábanas delineándole el cuerpo cálido, a punto. Volví a desear el coito prolongado junto a la turbación misteriosa, el arrobó de mi amante; su goce asombroso en cada entrega unido a mi temblor oculto y una hebra helada recorriéndome la espalda, erizándome la piel. No estoy soñando —me repetía—. Esto es verdadero, único, invaluable. Anhelé de nuevo que recostara su cabeza en mi pecho y callada, con un ritmo lánguido de manos me desordenara, como sólo ella sabía, el huracán de sentimientos más placentero de mi vida. Volví a apetecer ese amor hecho sin palabras, sin paga; ese acoplamiento deseado desde tiempo imperecedero y enraizado en lo más profundo. Vi el reloj; no había tiempo.

—¿No te vas a vestir? —le grité desde el baño.

—Después, cuando salgas.

Se enderezó sobre el lecho. Los cabellos castaños, cortos y abundantes, le caían en la frente. La mirada sombreada de pestañas y de secretos, estaba tranquila, fija a la altura de sus ojos.

Dejé la corbata azulmarino en su lugar, bien alisada sobre la camisa blanca. Vertí lavanda en mi mano y froté la cara, el cuello y Magda atrás, simulando mirarme, sin mirar nada. La calma de sus movimientos, su hablar estrictamente necesario, acostumbándome a esa manera de observarme, a esas manos de las cuatro de la

tarde, de las once de la noche, de las dos de la madrugada; a Magda, dame el periódico, Magda, ven, siéntate aquí, a mi lado, vamos conversando... Y los días pasando por afuera, del otro lado de mi puerta, acumulándose sólo en mi agenda personal y sumando ya casi un año de la misma sonrisa de trazo fino que cada día me engolosinaba más en su amor. Magdalena era la eficiente doctora de mañanas, mi amante sudorosa de medio tiempo, sin jaquecas ni indigestiones mentales. De opinión breve, rigurosa, reflexiva. Eché una última mirada, revisé mi rostro pulcro, el atuendo impecable, apropiado para el compromiso que media hora más tarde tendría con Marisela y sus amistades.

Entré a la recámara. Magdalena, hundida en el lecho revuelto, simulaba dormir. Me acerqué al buró buscando mi anillo y las mancuernillas. También encontré un libro de Jorge Luis Borges. Lo abrí donde estaba un separador anaranjado y me di cuenta de que Magda iba en el cuento de Emma Zunz.

—Has escogido un autor demasiado cerebral, frío —le dije revisando el libro.

—¿A qué te refieres?

—A este libro —se lo mostré.

—Ah, Borges. Me gusta. ¿No me digas que tú lo lees?

—Aunque quisiera, no tengo tiempo. Hay una persona encargada de extractarme las obras literarias para cuando tengo necesidad de presentarme en eventos culturales. De Borges tengo esa impresión.

—Cuesta trabajo entender a Borges —lo abrió al azar—. Algunos de sus cuentos he tenido que leerlos dos o tres veces. El de Emma Zunz no; lo releo por placer.

—¿De qué se trata? —me acomodé las mancuernillas.

—Es un tema de la justicia, la venganza y el otro yo —Magda puso las manos entre la almohada y su mejilla—. El padre de Emma se suicida, al verse arruinado por su socio. Ella elabora un plan perfecto para vengarse: juega a prostituta, hace el amor con un marinero desconocido, acusa al hombre que arruinó a su padre de que abusó de ella y lo mata.

—Vaya forma de vengarse —comenté—. ¿Y le creen?

—Todo lo tenía bien calculado y existía la prueba de su violación. Así toma venganza y hace justicia —me explicó—. La venganza es placer de los dioses. Borges, en este cuento, redime a todas las mujeres obligadas a aceptar el predominio masculino. Me parece justa la actitud de Emma Zunz.

Magdalena cambió de postura y no quise continuar con el tema; calculé no llegar a un acuerdo.

—Me gustaría quedarme a cenar contigo —me senté a su lado en un borde de la cama. Aparté la sábana que la cubría y empecé a acariciar su piel. Se acurrucó sobre mis piernas y la pasión que me habitaba en algún rincón interior, volvió a propagarse por todo mi cuerpo. Su perfume, la forma lenta, sensual de entrelazar sus manos a mi nuca acercándome la cara, murmurando mi nombre con los ojos entrecerrados y el placer ascendiéndome en segregaciones de saliva; avanzando quemante en una

sacudida diferente a la otra parte de mi vida, donde todo se podía sintetizar en días, bares, compromisos no deseados, Marisela: parodia irritante de tantas y tantas cosas.

—Me gustaría quedarme a cenar contigo —repetí.

—No tengo un menú atrayente —se separó de mi cuerpo—: café, pan tostado con mantequilla y mermelada. Cualquier cena es mejor que esto.

—Nada mejor que tu compañía. —Era sincero. Nunca había tenido una experiencia semejante. Con Magdalena calzaba zapatos cómodos, suavécitos, a cualquier hora.

—Lástima —continuó—. No puedo ofrecerte otra cosa. He tenido mucho trabajo, y me ha faltado tiempo para surtir la despensa.

—¿Por qué no quieres aceptar mi ayuda? —le reproché levantándome—. No quiero que trabajes, conmigo podrías tenerlo todo si tú quisieras: sirvientes, lujo, comodidades.

—Vivo a gusto.

—Magdalena...

—Hemos hablado sobre ese tema —me interrumpió calmada—. Nada tengo que agregar al asunto. Hasta ahora, estoy conforme así.

—¿Hasta ahora?

—Nadie sabe el mañana, podemos cambiar de opinión, Manuel.

—Yo no, Magda. Te ofrezco lo que tengo y lo que soy.

—Siempre y cuando sea en lo escondido. No gracias. No me interesa tu poder, sólo tu amor, y sospecho que no es tan grande como lo afirmas.

—Nunca me habías hablado así, Magda.

—¿Te sorprende? —se envolvió en una bata, la cruzó sobre el pecho, abarcó con los brazos las piernas dobladas a la altura de sus rodillas y volvió a tomar el libro que estaba a su lado—. A veces, Manuel, las mujeres nos cansamos de esperar.

—¿Esperas algo especial de mí, Magda?

—Antes sí, ya no —había un dejo de tristeza en su voz.

—Vamos haciendo un viaje al extranjero —le sugerí—. Adonde quieras y el tiempo que tú digas.

—No es eso lo que me ilusiona, es otra cosa.

—¿Qué?

—Jamás saldrá de mí, tendrás que proponerlo tú.

Permanecí de pie al borde de la cama. El temor obliga siempre a guardar silencio. Qué podía decirle para disipar su desaliento: nada. Ante ella mi poder no servía de nada y dejar a Marisela era imposible. Por eso me defendí:

—Me siento lleno de calma a tu lado.

—Qué bueno —y continuó—. Vete, es tarde.

—Al rato. Los demás pueden esperar, esto no. Magda, nuestro cariño ha sido de siempre —repuse y caminé de extremo a extremo de la habitación—. Tengo necesidad de ti, de conservarte, de venir y platicar, de tu entrega, de tu calor. Vas a

dejar de trabajar y aceptarás lo que quiero darte.

—Las cosas están hechas —me dijo abriendo distraídamente el libro que tenía entre sus manos—. Podrás comprar lo que quieras; a mí, no.

—¡No puedes inventar cosas nuevas! —le arrebaté el libro y lo arrojé lejos de su alcance—. Conmigo tienes el futuro resuelto.

—Apúrate —insistió—. Van a dar las diez.

Tomé el saco del traje y convine:

—Terminando el compromiso, regreso.

No contestó, sólo levantó los hombros.

—¡Hasta el rato! —y salí.

Manuel nunca había visto un lavabo como el del baño de la gasolinera: entre verdoso y amarillento. Abre el grifo y acuna el agua entre sus manos. Se moja violentamente el rostro, luego mete la cabeza bajo el chorro de agua.

Al salir, el líquido le escurre por todo el cuerpo. Paga la cuenta al hombre que le previene:

—Va a mojar el asiento.

—No importa —contesta—. Si de veras hay infierno ha de ser igualito a esto.

Acomoda el espejo retrovisor, peina el cabello lacio, rebelde, cano. Observa su rostro y, ¿Ese soy yo?

—Que tenga buen viaje, señor.

—Gracias.

Enciende un cigarro, el humo que exhala se va formando un reguero de volutas atrás de él. Disfruta el sabor amargo en cada fumada.

Estábamos desayunando cuando exploté de puro coraje.

—¿José Manuel? ¿A París? —me atragantó la sorpresa. Marisela se plantó frente a la mesa del comedor y empezó a rodearla para colocarse atrás de nuestro hijo. El muchacho ladeó el rostro salpicado de algunas espinillas y se dejó acariciar por su madre.

¡Otro mal rato! —pensé—. ¿De dónde saca Marisela tanta extravagancia? Sabe que José Manuel cada día está más distante. Cierto, al principio la culpa fue mía. Yo no disponía de mucho tiempo para estar en casa y sólo veía a mi hijito de tarde en tarde. En cada ocasión me parecía diferente: más alto, más delgado o gordo, aunque siempre oportuno y divertido como aquel día en que llegué a casa y salió a recibirme gritando: «Papi, papi, cómprame un caballo color vaca.» Tendría tres o cuatro años; su petición me causó hilaridad. Después llegó a la edad escolar y lo vi menos a causa de tantas clases adicionales que recibía. No estaba de acuerdo y le decía a Marisela que yo, sin haber estudiado tantas cosas, era un hombre de éxito. Mi reclamo fue

débil porque hallándose el niño ocupado, su madre se ponía menos histérica.

—¿Cómo que a París? —mi vista iba de mi mujer a mi hijo—. No tiene ni tres meses que llegó de Los Ángeles. Deja que se acostumbre a nosotros y nosotros a él.

—Es terrible —refunfuñó mi mujer y se sentó—. Es criminal que no pienses en la educación de mi hijo. Sólo en París puede perfeccionar el francés y sus estudios de piano.

—El inglés es suficiente. Mándale traer un maestro de música de donde quieras. Lo pago. Pero déjame al menos conocer a mi hijo.

—No, no —sollozó y tomó una servilleta de la mesa—. La moda es que los chicos bien vayan a estudiar a París: les da categoría.

—¡No! —golpeé la mesa—. Yo empecé de cero y sólo con el ánimo de sobresalir me encuentro en la cumbre. Él —lo señalé—, parte de la cumbre y con la varita mágica del poder que tengo, va a superar mi trayectoria, pero aquí, donde lo vea, donde pueda dirigirlo.

—¿Dirigirlo? ¿Tú?, no me hagas reír...

José Manuel se levantó, metió las manos en los bolsillos, se encaminó a la puerta y dijo:

—Cuando se pongan de acuerdo me llaman, voy a mi cuarto.

—Espera —le ordenó su madre—. ¿Lo ves? Ni siquiera acabó de desayunar. Ven m'hijito, siéntate. ¿Verdad que tú quieres ir?

—Yes —dijo. Y los labios delgados parecidos a los de Arturo, mi padre, sonrieron.

—José Manuel —cambié de tema—, en el futuro serás el dueño de todo esto —abarqué con la mirada la estancia.

—¡Of course! —afirmó—. Pero falta mucho tiempo para eso, papá. Quiero vivir en París, me interesa estudiar en el conservatorio de allá. La música me llena por completo.

—Lo que necesitas es meterte a estudiar administración de empresas o...

Se escucharon pasos por el pasillo; era el Segundo. Llegó a casa con la familiaridad de siempre.

—¡Qué caras! —dijo como saludo—. Si están de pleito mejor me voy.

—Papá amaneció insoportable, padrino.

—¡Vaya novedad!

—Gustas —ofreció Marisela.

—Gracias, comadre. Sólo vengo por José Manuel. Le prometí llevarlo a Ixtapa.

—¿Otra vez? —dije.

—Tú tienes la culpa —bromeó el Segundo—. ¿Para qué le conseguiste un padrino tan consentidor? Ahora te aguantas. Y bueno, ¿cuál es el problema?

—Nada, que le avisé a Manuel que tu ahijado se va a París a estudiar y se ha puesto como energúmeno —empezó Marisela apretando la servilleta que ya se había convertido en una pelota húmeda.

¡Le avisé! —me repetí—. Justo la palabra adecuada porque al final, ¿quién puede con la terquedad de Marisela? Aun con eso, pretendí hacer valer mi autoridad.

—A José Manuel le tengo un porvenir hecho, seremos socios; necesita interiorizarse de los negocios y no pensar en tarugadas.

—¿Tarugadas, dices? —el muchacho levantó su elevada estatura y encaró a su madre—. ¿Lo ves, mamá? ¿Ves cómo le llama a lo que yo hago?

—Eso no lo voy a permitir —vociferó Marisela—. Basta de escándalo. José Manuel se va. ¿Oíste? ¡Se va!

—Manuel —intervino Ramón—. No pretendas darle al muchacho todo hecho. Deja que se foguee, que se forme...

—Mira quién habla. ¿Y tú dónde te quedas? Yate, velero, motocicleta... ¿Qué más le has regalado?

—José Manuel es como el hijo que no tengo, Manuel.

—Pues tenlo y en paz, ¿no?

—Qué más quisiera. De mi cuenta, no fuera uno, sino varios; sin embargo... —el Segundo puso otra cara. Acababa de divorciarse de su tercera esposa: con ninguna tuvo familia.

—Está bien. ¡Que se vaya! —autorice cansado.

La gasolinera queda atrás, el cigarro consumiéndose y Manuel Herrera abarca con la mirada el camino sinuoso, difícil, en condiciones desastrosas. Sus movimientos son mecánicos, autómatas. Va conduciendo el vehículo y los promontorios del paisaje le parecen un puñado de recuerdos.

José Manuel regresó de París más alto, más hombre. Desde el aeropuerto lo reconocí por encima de las demás cabezas y orgulloso contemplé desenvoltura. Saqué mis propias conclusiones: bien parecido. Por fuera se parece a Marisela; con excepción de la boca, que es la de Arturo. En el carácter, a mí: audaz, inteligente, seguro. Ahora ya no se irá. Juntos aprenderemos a amarnos, a entendernos. Le enseñaré el teje y maneje de los negocios; nunca ha sabido cómo me hice rico, algún día se lo diré. Lo comprenderá: le gusta vivir bien. Y entonces se inició una etapa nueva. Hubo aires de reciprocidad, de compenetración. Pusimos a manejar un mecanismo interno y fue fácil advertir que, en ese tiempo, ambos buscábamos la casa como un refugio y ¡Hola, father! ¿Qué dice el próspero mundo de los elegidos? ¿Cómo anda la política, gordo? ¿Todo bajo control? ¿Y los negocios? Seguro sin problemas con los empresarios —y me golpeaba el pecho—, porque acá, en el arte, si viviera de eso, me muero de hambre. Y nos reíamos a carcajadas. Teníamos mucho tiempo por delante para compartirlo y renació en mí la esperanza, el deseo de volver a ser otro: ése que todavía estaba un poco en mí y, ¡fíjate bien, viejo, esto lo saqué para ti! Se sentaba al

piano y sus manos largas, huesudas, arrancaban melodías que nunca antes había gozado y El cambio va en crescendo ¿eh gordo?, y yo ¿Qué traes, no te entiendo?, y él Nada, me da que antes tú y yo no traíamos la misma tonada. Ahora creo que no desafinamos tanto, y yo Qué bueno, me gusta, y él Si no tuvieras tantos compromisos con tu cochina política, sería el allegro completo. Marisela, alejada, incómoda por la repentina identificación con mi hijo. Yo seguía interrumpiendo hacia adentro de mí, buscando una decisión: ¿Se lo diré? No, ¿para qué?, mejor que nunca lo sepa, y Marisela ganándosele, comprándole carro nuevo a José Manuel si ya tenía tres, pero dijo que a ése le traía ganas. Yo preguntándome: ¿Cuál será el momento? Nunca me respondí. No pude y el conflicto interno se me empezó a notar en la cara. ¿Qué te pasa, father? —sentí un leve apretón en el estómago—. ¿No te agrada la carrera que escogí?, y yo ¿El piano?, y él No, la otra; la de sociólogo. Yo rehusándome a aceptar, diciéndole que no, que para nada se ocupa un sociólogo en mis negocios. Sus labios delgados sonrieron y ¿Ah, no? ya verás qué útil voy a ser en tus empresas: los más agradecidos van a ser tus trabajadores. Y seguimos en ese mundo en el que yo podía ser su padre y, a la vez, su amigo, pero no por mucho tiempo. A la vuelta de algunos años vinieron los reveses y José Manuel cambió. Pienso, sobre todo, que heredó de su madre ese afán de irse a los extremos, a los límites, e inició una pérdida de tiempo en cafés, bares, clubes, hasta que nuestras relaciones se hicieron poco cordiales. Abandonó el piano y ahí anda, dando tumbos, cambiando de carrera cada semestre y exigiendo más dinero como si fuera príncipe. Casi no lo veo, pero al principio de su transformación le decía: ¿Por qué estás así? Dime, y él Bueno, es que... —y dirigía la mirada a su alrededor—. En las pocas ocasiones en que coincidimos en casa lo veo desaseado, distraído y Marisela alcahueteándole, justificándolo con que hubo fiesta aquí o allá y que son cosas de la edad. Lo regañé: No, José Manuel, yo a tu edad, como haya sido, ya había amasado una pequeña fortuna, y él Ah, sí. Impávido, sin dejar entrever sus aspiraciones y yo insistiendo ¿por qué? Y él un día me mandó al carajo: Ni modo, viejo, sírvete otra copita y espera a que cambie porque va pa'largo; no me interesa ser otro. Así estoy a toda madre, y yo ¿Quién diablos te crees que eres para hablarme así?, y él Bueno, ¿y qué? Yo hago lo que me dé la gana, ¿oyes? —y se balanceó con la barbilla hundida en el pecho. Estaba borracho y todavía recalcó—: ¡Cállate, si no por éstas que me esfumo!, y yo No jodas, José Manuel, no me colmes la paciencia; es muy poca, y él Te tengo menos miedo que el que tú le tienes a mamá. Me abalancé y lo quise golpear, pero me detuvieron sus palabras: Ándale. Quiero ver si acaso tienes agallas para pegarme. Se fue ileso, tambaleándose sobre sus piernas. A últimas fechas todo mundo está sospechoso: Marisela disculpando la apatía de mi hijo; él rehuyéndome. Para colmo el director de la universidad particular donde por fin se decidió a estudiar Leyes, me citó. El recado decía algo así como la importancia que tiene ponemos de acuerdo en una acción conjunta y enérgica para evitar que José Manuel continúe vagando alrededor del mal camino. Lo que para el director es el mal camino, para Marisela son travesuras. No he desistido, lo juro, si en algún momento

pude establecer una comunicación tan perfecta con mi muchacho, ¿por qué no volverla a tener? Fue él quien se puso intratable. Sólo inclina la balanza de su afecto a mi favor cuando le compro un objeto más valioso que los regalos de su madre. Es exigente y caprichoso como Marisela. No encuentro forma de hacerlo reaccionar, nada más piensa en irse con sus amigos a nuestra casa de Ixtapa. Ramón me aconseja que le tenga paciencia, que va a cambiar, que está en la edad más difícil; la de transición. Y yo: ¿Transición a los veintitantos años? Sin embargo, acepto: Sí, bueno. Porque sé que José Manuel busca mucho al Segundo, mil veces más que a mí, yo casi lo siento perdido. ¿Por qué no será como antes? La amistad de mi hijo con su padrino me ha ayudado; a él sí le hace caso, lo escucha con atención y, a veces, le obedece. Yo, en cambio, busco en vano reconciliarme con él, comprenderlo. No obstante, sus actos se me escapan del entendimiento y no puedo disculpar su apatía, esa constante indolencia hacia todo lo que no sea diversión y, a veces, hasta para eso es perezoso, y no sé por qué ahora su alegría me parece triste. Antes de este viaje percibí un vislumbre de esperanza cuando de él salió: Esta carrera sí la termino, ya verás. Ojalá. Marisela piensa que José Manuel se va a enmendar. ¡Y cómo!, si de noche sabrá Dios dónde ande y de día puro dormir. Rafaela tiene razón; hoy lo comprobé. A mi regreso pondré las cosas en su lugar, así reviente medio mundo.

Se distrae viendo a las personas que ofrecen su mercancía a los automovilistas.

El Segundo, jalándome del brazo, me dijo:

—Ahí está —señaló a Marisela.

La vi venir con medio cuerpo inclinado, saludando a los invitados. A unos sólo les sonreía. Con otros, se detenía a intercambiar frases breves, de costumbre.

—Ahí está. Anda, acompaña la —me repitió Ramón dándome un codazo en el estómago.

—Deja de dar lata, Segundo. ¿Qué no ves que está entretenida? Espérate, todo se ensayó debidamente. En cuanto se escuche la música, voy por ella, la tomo del brazo y bailamos la misma melodía de cuando nos casamos.

—Muy original su fiesta de aniversario —alabó Ramón.

—Idea de Marisela, quiso que fuera igual a la de nuestra boda. La misma iglesia, casino, orquesta... ¿La ves? —volví la vista para señalarla—, hizo una dieta de hambre; era indispensable lucir las medidas de entonces. Lo logró.

Los dos la vimos separarse de un círculo de amigos y llegar a otro. Vestía rosa pálido, mostraba a sus amistades la felicidad de su vida conyugal.

Me había llevado a Ramón a un lugar aparte. Estábamos un poco escondidos, separados por una columna gruesa, de la gente que llenaba el casino.

—Te aparté para preguntarte si sabes algo de Magdalena —le murmuré.

—¿Magdalena? ¿Qué pasa con Magda? —contestó sorprendido.

—Eso es lo que quisiera saber.

—¿Te dejó?

—Sí.

—Vamos, no pongas esa cara —me palmeó el hombro—. El que la paloma haya volado no tiene importancia. Las viejas son así; unas se van y otras llegan.

—Da la casualidad de que a todas las dejo cuando me cansan y Magda me satisfacía, me llenaba. Magdalena nunca me hubiera aburrido.

—Oye, Perro, jamás te había visto tan madreado.

—No pienso en otra cosa. Mis muchachos la andan buscando y nada; desapareció sin dejar rastro.

—Regresaría a Nuevo Progreso.

—Ya fueron allá; nadie sabe nada.

—¿Y en el hospital?

—Renunció sin dar explicaciones.

—¿Hace mucho que...?

—Antier.

—Hombre, no exageres, se habrá molestado por lo de esta fiesta. Me extraña, Perro —se alisó el cabello con los dedos—. Te estás comportando como un adolescente, armando un lío por nada; al rato vuelve Magdalena y siguen dándole al amor.

—Si Magda tomó una determinación no regresará, te lo juro. La echaré de menos.

—¿Por cuántos días? —y se rió.

Del otro lado de la columna apareció la mamá de Marisela. Nos envió una mirada explosiva, arrogante.

—La vieja buitre nos oyó —aseguró Ramón.

—Ni modo —contesté—. Vente, vamos a tomar algo.

Fuimos de grupo en grupo, brindando, saludando. Que si los intereses de la Bolsa, que si el petróleo, que si el dólar, y la orquesta empezó a afinar los instrumentos. Busqué con la mirada a Marisela, la encontré en el extremo opuesto a mí. Dijimos con permiso y llevándome a Ramón le solicité:

—Hazme un favor —le señalé a Rafaela sentada, seria, escuchando a un grupo de personas desconocidas para ella—. Acompaña a mamá, luego estoy con ustedes.

Las notas de *Fascinación* se escucharon nítidas, fuertes. Tomé a Marisela por el talle y empezamos a girar sobre la pista. Aplausos, sonrisas y Marisela diciéndome entre dientes:

—Con que Magdalena, ¿eh?

—¡Ah! —contesté.

—Eres un depravado, cínico, miserable —rugió sonriendo a los demás—. ¡Esto lo vamos a arreglar!

—Cálmate —le ordené.

—A mí no me vienes con chingaderas, ¿oíste? —tenía el rostro encarnado y la mirada fulminante—. Infeliz, muerto de hambre.

—¡Cállate! Si sigues te armo un puto escándalo de la chingada. Aunque se vaya al carajo mi imagen pública. En este momento no me importa, Marisela; tanto pierdo yo como tú —le dije quedo apretando las mandíbulas.

No pronunció palabra.

La melodía terminó y la gente, de pie, aplaudía. Marisela se quedó en la pista bailando con algunos invitados. Me dirigí a la mesa donde Ramón se había llevado a Rafaela. En el camino paré a un mesero. Le ordené:

—Llévame a aquella mesa una botella de coñac —la señalé—. Pero ¡ya!

Rafaela se veía radiante sin afeites, sin ocultar los años, llena de distinción. Peinaba el cabello blanco de manera sencilla. Un poco de color en las mejillas y en los labios, unos pendientes de brillantes; obsequio mío, gusto de ella. Un vestir sobrio: traje oscuro de dos piezas. Me miraba arrobada, con esa mirada que no cambió jamás, porque aun en nuestros años de desacuerdo, gocé de ella. Entonces, más me pareció la de Magdalena.

—¡Felicidades, hijo!

Me incliné a besar la frente de Rafaela. La toqué frágil, sin embargo, era la mujer más digna de cuantas me rodeaban.

—Mi niño —dijo cuando me senté a su lado—. Has de haber gastado una fortuna.

—Valió la pena, ¿no? —empezó a descender mi agitación.

—Hay mucho lujo, mucho derroche —insistió Rafaela.

—Lo importante es que estés contenta —le contesté tomando sus manos. Rafaela siempre se sorprendía de la forma en que yo gastaba el dinero.

—La vida, señora —intervino Ramón—, hay que vivirla.

—Sí —opinó mamá—, pero no tan de prisa. Vete en un espejo. Apenas tienes treinta y tantos años y pareces un viejo cincuentón —se dirigió a mí.

—Viejo, pero no de todas —bromeó el Segundo.

Conocía bien a Rafaela y supe que el comentario de Ramón le pareció fuera de orden: vulgar. Giré la conversación hacia donde me interesaba.

—¿Y Magdalena, mamá? ¿No la has visto?

—La semana pasada fue a visitarme. Me comentó que había la posibilidad de que le dieran la dirección de un hospital de provincia. No la vi muy entusiasmada, pero hará cosa de tres días me habló por teléfono para despedirse. Aceptó.

—Ah, sí, ¿adónde se fue?

—No habló mucho, tenía prisa. Sólo me dijo que pasaría a recoger a sus papás y que después me escribiría.

—Cuando lo haga, avísame. Quiero mandarle unas líneas disculpándome. No la atendí como debía.

—Con gusto, mi niño. Esa muchacha merece lo mejor. ¡Vieras cómo me hubiera gustado que tú y ella...! En fin son malas las comparaciones, pero...

—Llegó Bayano —me avisó el Segundo.

—Licenciado, permíteme felicitarte —me abrazó el Pelón.

—Madre, te presento al licenciado Bayano, Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

—A los pies de usted, señora.

Mamá inclinó la cabeza.

—Siéntate, nos honras con tu presencia —retiré una silla.

—¿Y tu esposa? —dije cuando él saludaba a Ramón.

—Se quedó conversando con Mariselita; ahí vienen —nos pusimos de pie. Caminaban riéndose, entrelazados los brazos por los codos.

—¿Cómo le hace, licenciado? —Habló la esposa de Bayano abrazándome—. Mariselita cada día está más guapa.

—La estoy podando, señora —le pasé el brazo por los hombros a Marisela. La apreté a mi costado.

—¿Y su hijo, señora? —le preguntó Bayano a Marisela.

—En el extranjero, licenciado. Estudiando.

En eso arribó la Changa, acompañado de su esposa. El instante se nos fue en dirigirnos palabras de alabanza. Qué bien estás, los años no pasan por ti, te conservas bien, y cosas por el estilo.

—El licenciado, Madre —le dije a Rafaela cuando la presenté a la Changa—, es presidente del Consejo Empresarial.

—Mucho gusto —saludó mamá.

Nos arrastraron sillas y acomodaron otra mesa para agrandar el círculo. También doña Julieta se nos adhirió. El mesero iba y venía trayendo los mejores vinos. Brindamos por nuestro aniversario, por mamá, por la mamá de Marisela...

—¿Cómo anda la reorganización política del país, licenciado? —le preguntó Bayano a la Changa.

—Muy mal, Bayano, muy mal.

—Yo te veo muy boyante.

—Bueno, me preguntaste por la del país, no por la mía.

Soltamos la carcajada.

—Oye, Manuel —me habló la Changa—. ¿Cuántas casas hay en el complejo habitacional que está construyendo tu empresa?

—Dos mil, ¿por qué?

—Te las compra Obras Públicas. Siempre y cuando sueltes setenta y cinco mil por cada una.

—Ciento cincuenta millones son muchos —contesté.

—Bien sabes; los reparten.

—¿Cuántos te tocan a ti?

—Nada más te digo por si te interesa el contacto —se molestó.

—Lo voy a pensar y luego te aviso. —No le dije que ya las había vendido y sólo

desembolsado la partida del mero jefe. No me convenía.

—Parece que ya llegó el gobernador —me informó Bayano—. Están haciendo la señal desde la puerta.

Marisela y yo salimos a recibirlo. Venía acompañado de su secretario, el líder de los electricistas, el dirigente máximo de los obreros y sus respectivas esposas.

—Señor Gobernador, señoras, señores —dijo Marisela abrazando, besando, derritiéndose como dulce y haciendo caravanas—. Qué alegría compartir con ustedes estos momentos inolvidables. Qué honor tan grande tenerlos a nuestro lado participando de nuestra felicidad.

—El honor es nuestro, señora —respondió el gobernador tomándome del brazo y adelantándose.

—¿Hay suficiente seguridad, Manuel? —me murmuró.

—Despreocúpese, señor. El comandante Argüelles en persona los anda supervisando. Los muchachos andan de smoking, entremezclados con los invitados. Dijo Joaquín que son muchos y los mejores, él al rato nos alcanza.

—Bueno —continuó—. Tu petición se resolvió; Alfaro se nos va de Senador. El Partido lo postulará de un momento a otro. No entiendo por qué pediste el puesto para él y tú nada.

—Usted me va a dejar la gubernatura, señor.

—Espero que nos pongamos de acuerdo. Nada me agradaría más que eso.

—Ya está —le confié—. Me puse de acuerdo con el de arriba. Dijo que sí.

—¿No cambiará de parecer?

—No puede; lo estoy *cultivando*.

—¡Ah, vaya! —se rió.

El gobernador quiso pasar a saludar a sus conocidos. Lo acompañamos Marisela y yo a algunas mesas y los flashes de las cámaras fotográficas nos encandilaron. Saludó al último y ordenó:

—Ponme una mesa retirada y sólo un grupito pequeño, de confianza.

—Nos acondicionaron un lugar especial para nosotros. Sígame.

El saloncito se encontraba aislado. Era un reservado de lujo. Nos esperaban la Changa, el Pelón, nuestras esposas, mamá, doña Julieta y las personas que llegaron con el gobernador. A poco, el alboroto que armó su presencia se fue perdiendo. Se nos sumó Joaquín Argüelles y mientras saludaba yo le dije al Segundo:

—¿Me permites un momento? —y lo aparté de la mesa.

—El partido te postulará, de un momento a otro, como candidato a Senador. Métele güevos, si no me das en toda la madre.

—Qué bien, gracias, Perro —se me quedó mirando.

—Parece que no te alegró la noticia.

—Cómo crees, Perro. Me preguntaba por qué siempre dices lo mismo.

—¿Qué?

—Eso, de los güevos y de la madre.

—¡Bah!, Mira en lo que te fijas, ni lo había notado —le previne—. En lo que se hace oficial la cosa yo no te he dicho nada, ¿eh?

Regresamos a la mesa y al rato el gobernador levantó su copa y ofreció un brindis:

—Señoras, señores. Me congratulo de poder expresar, ante tan selecto grupo de amigos, que albergo hacia el licenciado Herrera y su distinguida familia, una profunda amistad cultivada desde hace muchos años. Brindo por que este feliz matrimonio de Mariselita y mi amigo, qué digo mi amigo, ¡mi hermano!, siempre esté como en estos momentos: pleno de dicha, saturado de amor, uniéndonos, con ese don de gentes, en esta hermandad indisoluble: ¡Salud!

—¡Ay, si estuviera Fernando! —suspiró doña Julieta.

Aplaudimos y el gobernador continuó:

—Señoras, señores. Ahora quiero brindar por la amplia trayectoria política de ustedes, amigos —nos vio a todos—. Decirles que han sabido inyectar a nuestro partido sangre joven, dinámica, progresista: ¡Salud!

Los brindis siguieron y al séptimo u octavo, mamá Rafaela inclinó el pecho hacia adelante y me susurró:

—Ya no tomes, te vas a emborrachar.

—Señor gobernador —se paró doña Julieta. Tenía el rímel corrido abajo de los ojos. Se detuvo atrás de la silla del licenciado Jiménez, le cruzó los brazos por delante, a la mitad del pecho—. Ande, no sea malito y véngase a bailar. ¿Verdad que usted no se enoja, señora? —Se dirigió a la esposa del gobernador.

El licenciado Jiménez, alto y medio calvo, condujo a mi suegra hacia un rincón, sin salir del reservado.

—Qué alegre anda doña Julietita —dijo con sonsonete la esposa de Bayano.

Al ruido de las risas que se escucharon, Rafaela volvió a inclinarse para comentarme.

—Qué vergüenza, hijo. Quiero irme.

—Señoras, señores —elevé el tono de voz—. Mi madre se retira.

Los señores nos levantamos. Busqué con la mirada a Pedro, nunca se retiraba demasiado. Le hice una seña.

—Pedro, mi madre se va —a los demás les dije—: Discúlpeme, voy a acompañarla. En un momento vuelvo.

—Quédese a cenar, están sirviendo —insistió Marisela.

—No me siento bien, gracias —y concluyó—: ¡Buenas noches!

Regresé a la mesa, al mismo tiempo que mi suegra y el gobernador, sólo que ellos por otro lado. Antes de soltarlo, doña Julieta le pidió a su esposa:

—Ay, qué maridito tan divino tienes, ¿me dejas darle un beso?

La señora no contestó. El beso se oyó fuerte, tronado.

—Mamá, siéntate —le ordenó Marisela—. Ya sirvieron.

—Ay, no m'hija, mejor me echo un vino —tomó el vaso que estaba a su alcance y

lo apuró de un trago—. Y me llevo a este señor —levantó al secretario del gobernador.

—No se apure, Mariselita —la confortó el licenciado Jiménez—. A cualquiera se nos suben las copitas.

—Todo está regio —piropeó a la cena, la mujer de la Changa—. Qué platillos tan exquisitos.

—Esto se rocía con un buen vino —sugirió el gobernador y empezó a derramar los vinos generosos sobre los guisos. Los demás lo imitamos.

Cenamos y bebimos. Traíamos los rostros colorados y la carcajada del tonto cuando apareció doña Julieta con la risa que le cascabeleaba en la garganta y las ropas en desorden.

—Este señor es a todo dar —se apoyó en la mesa—. Sigues tú —y se llevó a Joaquín.

Marisela me pidió con una dulcísima voz.

—Amor, están tocando la nuestra, ¿bailamos?

—Vamos a aprovechar —les advertí a los de la mesa de honor—, para brindar con los invitados y despedir a las personas que se están retirando. Con permiso.

—Aquí nos hallarán —tartamudeó el gobernador—. ¡Le cae de madre a quien se largue!

Celebramos mucho sus palabras.

—Haz algo —explotó Marisela en la pista—. Saca a mamá. Dile al chofer que se la lleve a casa.

—Tranquila —le dije calmado—. Todos conocen a tu mamá, además, al rato vamos a andar tan ahogados como ella y el gobernador.

Nos tardamos buen rato en las despedidas. Quedaban pocas personas; la mayoría de seguridad. Las otras, del medio. Íbamos llegando a la mesa de honor y le previne a Marisela:

—Esto va para largo. No tarda el gobernador en ordenar que se vayan las mujeres y que cierren el casino. No te pongas remilgosa y obedece. Carga con tu madre.

—A casa ni pienses que me voy a meter —me retó—. Nos iremos a otra parte.

—Como quieras, me vale.

Faltaba un trecho para llegar cuando oímos la voz del gobernador.

—¿Quién me lleva a hacer de la chis? —gritó.

—Yo, señor —se levantó la Changa.

No pudo con el peso; le ayudó el líder de los obreros. Se perdieron por un pasillo y la esposa del gobernador solicitó:

—Licenciado, ordene que nos lleven, las señoras nos retiramos.

Salieron escoltadas. No alcanzaron a oír al licenciado Jiménez:

—¡Cierren las pinches puertas, que ya traigo aviada! Y tú, pinche Changa, tráinos unos buenos culos.

—Están aquí afuerita, señor. Se los traje de importación.

Sólo nos quedamos los importantes. El cuerpo de seguridad salió a rodear el casino y las mujeres que le habían mandado a la Changa venían adentro del camión *Morelos*; el que utilizábamos en las campañas políticas. Comenzaron a aparecer desnudas. Los cuerpos perfectos desfilaron ante el Gobernador.

—Esto sí que es eficiencia, pinche Changa —lo felicitó.

—Siempre estoy prevenido para cualquier contingencia, señor.

—Y qué chulas nalgas —gritaba el viejo—. Y tráime más *ñoñac*, pinche Perro y, Viejas hijas de la chingada, fórmense que pa'todas tengo.

Cuando desperté, muy avanzado el día, estaba sentado sobre la taza del excusado. Lo último que recordé, fue que vi al gobernador orinarse en una maceta.

El tiempo y el automóvil de Manuel Herrera, caminan a la misma velocidad. Traspasa el espacio visible, se mueve inquieto en el asiento y percibe una agitación interna por el mero hecho de aproximarse a su destino.

¿Quién soy yo sobre esta carretera, donde sólo escucho el ruido del motor y contemplo al sol que se eleva encima de mí? —piensa—. Me parece que no soy uno, ni dos: ¡soy una multitud! Soy varios elementos que se contraponen, que chocan y producen un hombre diferente, con una variedad de contenido, pero siempre encasillado en algo así como un tablero de ajedrez, donde cada día aumenta la complejidad de las jugadas y mis lados de defensa se hallan más vulnerables, más sin equilibrio: sin saber por dónde vendrá el jaque mate decisivo, porque los otros, los que me dieron Arturo, Gloria, Magdalena... no pasaron de ser leves atentados que no lograron derribarme. Presiento uno más certero. Este silencio, esta soledad es la que rehuyo porque me habla a gritos de que mi paso por la vida ha sido puro ruido y nada de nueces; un lento rodar entre el estiércol de mi círculo político-gomero; un juego burdo, grotesco, donde poco a poco he descendido a la degradación. Y ahora la presión crece sin cesar y he venido desenterrando mi fondo y he visto salir los muchos que soy, compendiados en este cuerpo, que no obstante pertenecerme, no está a gusto conmigo. Lo sé porque con este levantar recuerdos lo único que he logrado es confundirme más; ya no estoy seguro de si lo que quiero es detenerme o continuar siendo este perro de caza que está a punto de aprehender la liebre, de llegarle a la Presidencia de la República. Si se me hace, tendré el estímulo que necesito para silenciar mi interior. El triunfo no lo tengo ganado, sin embargo; de todos los tiradores, el único que representa cierto peligro es Bayano. Aunque es obvio: Panchito se inclina más por mí que por él.

Oye campanadas de una iglesia y a corta distancia observa un caserío irregular. Estoy cerca de mi objetivo —piensa nervioso—. El pueblo es más grande de lo que imaginé.

Una avenida ancha, de pocos árboles, es la entrada a Santa Cruz de los Morados.

Pregunta aquí y allá para llegar al sitio de su destino y al fin lo encuentra. Estaciona el carro frente al domicilio de la curandera. Escucha a los perros; ladran ante un desconocido. Manipula la palanca de velocidades dejándola en neutral. El motor del carro encendido se mueve quedo, igual que él y, Es casi imposible soportar el calor allá afuera. Aquí, el aire acondicionado me protege del infierno exterior. Ojalá también me sacara del otro, el más desquiciante, el que me consume. Levanta los cristales de la portezuela.

El tiempo pasa y Manuel se halla tenso, con rigidez de pierna cansada, de espalda cansada; sin poder concentrarse. La mañana va caminando al mediodía con la misma prisa que el respirar en volutas del cigarro que sostiene entre sus dedos. En el cielo, las aves vuelan agotadas; uno, dos, mil giros. Forman círculos amplios y acarician el vacío caliente con el temblor cadencioso de sus alas grises. En el monte, los árboles están estáticos, no hay viento que ponga en actividad el velo ocre del campo.

Todavía no decide bajar: Primero debo poner orden en mis pensamientos. Analizar la manera más adecuada de exponerle, a la señora, el problema éste. Le hablaré sin rodeos de la situación por la que atravieso. En el fondo desapruebo mi proceder, pero de tanto oír a Marisela que las fuerzas del mal existen, que me embrujaron, que los hombres de éxito vivimos rodeados de envidias y que no hay otra respuesta: «¡Te hicieron un buen trabajo!», ¿qué más me queda? Si mis angustias, el insomnio, la mala digestión, el estreñimiento, las palpitaciones, el miedo de dormir y soñar la pesadilla, no pudieron quitármelo en las mejores clínicas del país y del extranjero; sólo ella es mi última alternativa.

Sorprendido, observa a través de la reja blanca, perfectamente trabajada, la elegante fortaleza moderna que tiene al frente. Desdobra el papel arrugado, húmedo, donde viene anotado el domicilio: Monte Celesta, número 34. Manuel no esperaba encontrarse tanto lujo, pero no había duda, ahí era. Buscó en el papel el nombre de a quién iba a dirigirse, no le halló. Marisela sólo escribió el nombre de la calle y el número; el de la curandera, no. Continúa revisando la casa.

La residencia grande, majestuosa, se halla rodeada por el verdor del zacate recién cortado, parejito. Manuel lo contempla: Se parece a la parte superior de la cabeza de Epifanio, me encantaba tocársela cuando se inclinaba para cargar las cajas con tomates. Y le recorre por las manos ese reguero de picazón, igual a las sensaciones pasadas.

Las piernas aún le duelen. Tiene que bajar y, ¿Qué me irá a hacer? ¿Será de las que pasan huevos por todo el cuerpo y luego, al partirlos, resultan podridos? ¿Golpeará mi espalda con ramas secas diciendo oraciones para ahuyentar a los malos espíritus? Sabrá Dios a dónde me voy a meter: ¡Al mal paso, darle prisa!

Apaga la máquina, baja el vidrio de la portezuela y el calor sofoca su rostro. Le parece que está en el vapor y que sólo le falta relajarse. Resuelto tira la colilla del

cigarro, se encamina a la entrada. Su mano no obedece a sus temores, se eleva, alcanza el timbre pequeño, como ombligo saltado y lo oprime. Espera rígido frente a la puerta de caoba. El aroma de las flores del jardín se mezcla con el de la madera y produce un olor exótico: marea. Oye pasos suaves, se acercan. Una mujer delante de él, lo interroga:

—¿Diga?

—Busco a la señora...

—¿De parte de quién?

—Del licenciado Manuel Vizcaíno.

—Espere un momento.

La mujer cierra la puerta y él repite para sus adentros: Manuel Vizcaíno; ese nombre utilizó Marisela para apartarme turno. Cuánto tarda, no esperaba tantas molestias. Por fin llega.

—Pase, la señora lo espera.

La sigue. Va mirando el movimiento de sus caderas al caminar. Avanzan por un largo y lujoso pasillo y llega a un recibidor. Hay sillones de piel, un escritorio de madera labrada y dos teléfonos. Atrás del escritorio una señorita joven le envía un gesto amable. Corresponde de la misma manera.

—Tome asiento, por favor.

Manuel Herrera se hunde en el sillón individual.

—¿Es la primera vez que viene a consulta?

—Sí.

—Antes de que la señora lo atienda, deberá llenar una tarjeta con sus datos —se pone de pie, Manuel admira las bellas formas de la niña-mujer que gira el kardex puesto sobre un esquinero. Saca de él un papel cuadrado y lo interroga:

—¿Nombre?

Anota Manuel Vizcaíno.

—¿Profesión?

—Licenciado —dice mientras manipula la cajetilla de Phillip Morris entre sus manos.

—¿Edad?

—Cuarenta y dos —dice quitándose cuatro.

—¿Quién lo recomendó?

Iba a pronunciar el nombre de su esposa. Prefiere decir:

—No recuerdo.

Escribe su domicilio y teléfono. Manuel no deja de ver sus labios delgados y sonrientes.

La secretaria toma la tarjeta y antes de salir le avisa:

—En unos minutos lo atenderá la señora.

Queda solo, cruza una pierna sobre la otra y, No debí venir vestido así, tan simple. Mi indumentaria es inapropiada frente a este lujo: ha de dejar el negocito, seguro la

curandera es de las buenas. Espero resultados positivos —empieza a aflojar su cuerpo—. Tengo que entrar a mi sexenio ecuánime, con la lucidez suficiente para tomar las riendas del país y para aplacar a tanto cabrón despedido.

Ve un periódico sobre la mesa central: *El Sol del Norte*. Lo hojea nervioso, sin prestar mucha atención a los encabezados. Uno le interesa:

Dictan formal prisión
al ingeniero Félix Díaz Méndez,
ex-director General de Petróleos.

Empieza a leer: «El ingeniero Félix Díaz Méndez, ex-director de Petróleos, es considerado presunto responsable de un fraude de diez mil millones de pesos a la Nación. Por lo cual quedó formalmente preso el día...»

Lo saca de su ensimismamiento el darse cuenta de que la secretaria le habla:

—Puede pasar.

Dobla el periódico, sin haber tenido tiempo suficiente para terminar de leer el artículo. Compadece a su amigo: Pobre Félix, siempre sí se lo chingaron.

Encamina sus pasos al cuarto contiguo, sobrio y lujoso desde la entrada. La luz pasa a borbotones a través de un ventanal. Ve, atrás de un escritorio, a Magdalena. Está sonriéndole.

La sorpresa de ver a Magdalena lo paraliza de momento; vacila ante lo imprevisto. Siente un temblor recorriéndole en fuertes sacudidas de incredulidad. No manifiesta su aturdimiento y, Es insólito. ¡Si Marisela hubiera sabido de quién se trataba! ¿O lo sabe? ¿Será tan desesperante mi caso? Debe haber un error, pero, no: a cuantas personas pregunté por la casa de la curandera de Santa Cruz de los Morados, me dieron estas señas. ¡Magdalena está aquí!, a unos metros de distancia. Cuándo iba a descubrir su paradero, si la mandé buscar en todas las ciudades más o menos grandes y, ahora, la encuentro rodeada de misterio, de algo que no me gusta, que no encaja. Manuel no aparta la mirada de la de ella, aunque la luz lo encandila. Avanza, hunde los pies en la alfombra y, paso a paso, se acerca al escritorio grande, elegante.

Magdalena continúa en la misma postura: sentada. Las manos le cuelgan de los brazos del sillón y, Está segura de sí. Es evidente, el triunfo la acompaña. Correrá a abrazarme a ¡Hola Manuel, qué gusto verte! Nada. Me molesta verla fría, distante. Ese gesto de grandeza es nuevo para mí. Su pasividad es ofensiva. Acorta los pasos, espera el estallido sentimental, el alarido de entusiasmo, de felicidad por verlo. Ella sigue igual; trae un aire parecido a las revelaciones que no interesan demasiado.

—¡Manuel! —le ofrece su mano sin levantarse. Él la estrecha, necesita inclinarse. Desde donde la ve, aprecia la cabellera todavía corta; no tanto como antes. El mechón cae sobre la frente enmarcando su rostro de pómulos altos.

—¡Cuántos años sin verte! —continúa Magdalena—. Te confieso que hace unos instantes, al revisar la ficha de tus datos personales, me asaltó la duda: ¿Manuel Vizcaíno? ¿El apellido de Rafaelita? ¿Calle Ciprés? ¿Colonia Americana? Acabé pensando en que eran coincidencias.

—También estoy sorprendido, Magda. Todo hubiera imaginado, menos encontrarte aquí. —No se atreve a rodear el escritorio para abrazarla. Lo cohíbe. Retiene sus manos y, Está muy bien, los años no parecen pasar por ella, sólo le acentuaron la profundidad de sus ojos.

—¿Piensas que lo creo? —retira la mano. Suspira—. Es absurdo que hayas apartado cita sin saber con quién. ¿O ya olvidaste mi nombre?

—No fui yo, otra persona lo hizo por mí.

—La costumbre, claro —le sostiene la mirada—. Eres tan importante que los demás también te programan tus idas al doctor. Sólo que esta vez tu sirviente se equivocó: primero va el Herrera, después el Vizcaíno. Perdón, ha de ser por lo de cuidar tu imagen, ¿verdad? Qué fastidio cuando se tiene que esconder hasta el nombre. Yo no me acostumbraría a eso —le señala un sillón—. Siéntate, por favor.

No desea estar tan retirado, ni le gusta asumir esa actitud de simples conocidos y, Ella es otra, su trato sarcástico, helado, no se lo conocía. Estamos juntos y a la vez más distantes que nunca. Cómo decirle que, justamente, al pasar por Nuevo Progreso, pensé en ella, en que los únicos momentos plenos de mi vida los pasé a su lado. ¿Qué sucede? ¡Ella fue la que me dejó!; no yo. Quién me iba a decir que la encontraría convertida en una curandera.

—Te noto impresionado —rompe el silencio que aturde a Manuel—. ¿De verdad no sabías...?

Piensa: traigo por dentro un puto desorden de los mil demonios. ¿Qué sucede conmigo? Está bien que se trata de Magdalena. Está bien que para ella guardo muchas consideraciones, pero esa mirada sólo se la tolero al señor Presidente.

—La persona que me animó a venir a consultarte, omitió tu nombre —endereza la espalda sobre el respaldo—. No sé si por desconocerlo o intencionalmente. Eso me hace pensar que hay algo más en todo esto.

—No cambias, Manuel —abandona sus manos encima del regazo—. Sigues igual de desconfiado. En realidad, a nuestros últimos encuentros les ha dado por ser inexplicables: habiendo tan buenos médicos en la capital, vienes a atenderte conmigo.

—No acudo a ti por tus conocimientos médicos, sino...

—Espera —levanta una mano, la mueve empujando el vacío—. Antes de entrar en consulta, ¿cómo está Rafaelita?

—Preocupada por tu silencio de tantos años.

—Tengo deseos de verla. —Toma una lapicera y golpea el escritorio con la punta, produce un ruidito casi imperceptible—. En la primera oportunidad, me doy un tiempo y voy a saludarla. Dile que estoy bien, que seguido me acuerdo de ella.

—Claro que sí. Le daré tus saludos.

—No cabe duda de que el tiempo pasa —reconoce—; los dos hemos envejecido. Estoy desconcertado, pero al mismo tiempo el hecho de tenerte sentada frente de mí, es algo que ya no esperaba y, de alguna manera, transforma mi mundo. No cabe duda, has cambiado, aunque pienso que todavía me quieres: yo también.

—¿Qué es de tu hijo?

—Estudia.

—¿Todavía?

—Me salió flojo para todo. Lo único que sabe hacer es divertirse. Acaba de empezar la carrera de Leyes, cuando la termine, trabajará conmigo, he planeado muchas cosas para él. Es inteligente, sólo que ahorita está en la edad difícil.

—Los problemas de la juventud, pasan. No tardará en corregirse.

—Ojalá.

—Tenle paciencia.

—¿Por qué me dejaste, Magda?

—Cuestiones de trabajo. ¿No te lo dijo tu mamá? —vuelve a golpear el escritorio—. No quiero hablar de eso.

—Dame una explicación...

—¡Cómo nos embroma la vida! Nos lleva y nos trae como guijarros del camino y, en el momento más inesperado, nos vuelve a poner de frente —recuesta la cabeza en el sillón giratorio. Se balancea.

Manuel se pone de pie y empieza a caminar por el consultorio y, ¿De dónde agarró Magda esta forma de hablar? Antes era sencilla, sin artificios verbales.

—Pues sí, todo es inesperado —Manuel enciende un cigarro—. Mamá se alegrará cuando le comente lo bien que te va. Aunque no me va a creer que has hecho a un lado la medicina para dedicarte a curandera.

—Vaya, las sorpresas no terminan —suelta una risa—. Cierto, a las gentes de por estos rumbos les ha dado por llamarme así. Les parece imposible que, en algunos casos, se alivien sin medicina, sólo platicándome sus problemas; no me molesta que me llamen curandera, pero no me digas que tú...

—No te burles, Magda...

—Fíjate bien lo que hablas; no me conoces de ahora.

—Estoy nervioso, confundido. ¿Por qué te estableciste aquí? —exhala el humo—. Hubieras tenido mejores oportunidades en México. ¿O saliste huyendo?

—¿De quién? ¿De mí?

—Piensa lo que quieras, no me interesa —apoya los codos sobre el escritorio—. La cabra siempre tira al monte, ¿no?

—¿Por eso me dejaste?

—Qué afán el tuyo de... —hace un ademán de cansancio. Adopta una pose muy profesional—. Aun sin ser curandera, supongo que tu visita obedece a problemas de salud.

—Así es. Luego hablaremos de eso. En verdad, ¿sabes que te extrañé mucho? De

haber conocido tu paradero, hubiera dejado todo con tal de no perderte...

—¿Será?

—Dame la oportunidad de demostrártelo.

Oleadas de perfume le llegan a Manuel de no sabe dónde. Detiene la mirada en los ojos de Magdalena y, a lo mejor hay en perspectiva un reencuentro amoroso. Nada me gustaría más que eso.

—¿Quieres tomar algo, Manuel?

La indiferencia, la solemnidad del trato, lo exaspera y, Magda parece jugar.

—Sí, gracias. Una limonada con mucho hielo —vuelve a su asiento.

—Permíteme —oprime el interfón. Le ordena a su secretaria—. Gaby, una limonada para el señor, café para mí.

—Sí, señora. Oiga, aquí hay una persona que quiere hablar con usted.

—¿Quién es?

—Se niega a dar su nombre, sólo insiste en verla.

—Pásamelo por la línea telefónica y trae lo que te pedí.

—Sí, señora.

El timbre del teléfono suena y Magdalena le dice a Manuel:

—Discúlpame —toma el auricular.

—Sí, señor. Dígame.

He conocido a Magda en la intimidad —reconoce—, en la perfección del amor, en la cama llena de susurros dulces, en su actividad cotidiana, no. Tiene estilo, personalidad.

—Sí, María Magdalena Adoración, a sus órdenes.

—...

—Ayer le pusimos sellos en su cantina porque hubo en ella un hecho de sangre.

—...

—¿Qué quiere decir con un arreglo? —sumamente alterada—. Me ofenden sus palabras. ¡No me levante la voz! He sido demasiado consecuente en atenderlo en mi casa. Búsqueme el lunes, en horas de oficina, pero le advierto, si va en ese tono, ¡no lo recibo!

Cuelga la bocina de golpe, al instante desaparece el gesto ceñudo y busca los ojos de Manuel. Le dice:

—Perdón, gajes del oficio.

—Por lo que pude escuchar, tienes un puesto público.

—Soy Regidora en el Ayuntamiento de este lugar y Recaudadora de Rentas en el poblado vecino. En cierto modo, Manuel, estos trabajos también son medicina social, ¿no crees?

Manuel calla. Le impide contestar la llegada de la niña-mujer que ahora sabe se llama Gabriela. Mantiene el cuerpo erguido, ve cómo la joven deposita sobre el escritorio el café y la limonada.

—Gracias, mi amor —le habla Magdalena. Se levanta, la toma del brazo, la

acerca a Manuel y los presenta.

—El señor, Gaby, es un viejo amigo de la infancia.

—Mucho gusto, señor. Los amigos de mamá son siempre bienvenidos a casa —termina muy formal—. Por favor, siéntese. Hoy me toca natación, mami. ¿Le puedo decir a Samuel que me lleve a la clase?

—Claro, mi amor. Si tienes algo pendiente, aprovéchalo. No lo voy a ocupar en la tarde.

—Está bien —se despide de mano de Manuel. Besa a Magdalena y en la puerta grita:

—¡Hasta el rato, mami! ¡Hasta luego, señor!

—Hasta luego —pronuncia Manuel. La voz le sale hueca, sin entonación y, ¿Una hija de Magdalena?

A Manuel Herrera le parece como si en algún momento de su vida anterior hubiera vivido eso y, Quién sabe, pero a la sorpresa del principio se añade otra mayor. ¿Cuándo conocí a Gaby? Su presencia me es familiar, no sé por qué percibo algo que me ata a ella. No logro reconocer ni recordar el papel de cada uno si ella era la víctima y yo el verdugo, o viceversa. También se me borra el final. De lo que sí estoy seguro es de haberla conocido antes, no sé dónde. ¿O tal vez lo soñé?

Magdalena chasquea los dedos a lo lejos. Pregunta.

—¿En qué te quedaste pensando?

—¿Quién es Samuel, Magda?

—Mi chofer —alza una mano y retira un poco los cabellos—. ¿Qué te pareció?

—Por supuesto que Gaby es tu hija adoptiva. De acuerdo a su edad, no es posible que la hayas tenido después de que te conocí. Antes tampoco —le sostiene la mirada—. Fui el primer hombre que te poseyó.

—Te equivocas —despacio camina hacia el sillón. Vuelve a sentarse—. En estas regiones es frecuente el rápido crecimiento de las niñas que, para los once años, alcanzan su total desarrollo.

—¿Cuántos años tiene? —ansioso tira la ceniza.

—Anda en los trece.

—¿Gaby es mi hija?

—No vayas tan lejos, Manuel. Durante nuestra relación siempre me cuidé —su tono de voz no acepta refutación. Prosigue—: Has insistido en que huí de ti y me parece presunción de tu parte pensar que podías retenerme. Necesitaba otros aires. Me cansó aquella relación sin perspectivas, sin futuro. Entonces acepté la plaza que me ofrecían, regresé a Nuevo Progreso por mis padres y vinimos a establecernos aquí donde me ha ido bien: me he realizado en todos sentidos.

—Basta de evasivas. ¿Es o no mi hija?

—No —contesta terminante—. Al poco tiempo de separarnos me casé.

Manuel se levanta, va hacia el ventanal, apoya la frente en el vidrio y saca su propio argumento:

—Puede que digas la verdad, pero esa niña tiene algo, su sonrisa, su cara, su edad. Y ese cuento con que me sales del cansancio, ¿piensas que voy a creerlo? ¡Por favor! Dime, en serio, la verdad.

—¿Qué quieres que haga para que me creas? ¿Te muestro el acta de mi matrimonio? ¿O la del nacimiento de Gabriela? —levanta los hombros.

—Los papeles no sirven, Magda.

—Los papeles hablan.

—¿Dónde está tu esposo?

—Murió.

—¿Y tus padres?

—También.

—¿Lo ves? —la mira pensativa—. ¿Cómo quieres que te crea?

—Es tu problema, no el mío.

Manuel Herrera no puede entender lo que pasa y, ¿Dónde se encuentra la realidad? Estoy aquí, sudo mucho. Mi calor, mi temblor es de adentro y Magdalena me observa, pero no sé qué me esconde su mirada.

—Ven —lo llama con los brazos extendidos—. Siéntate, toma tu limonada. Vamos viendo el asunto que te trajo.

La contempla y, Ahora su mirada es dulce, como la de Rafaela. Está inmóvil, lejos. Sus ojos me dicen montones de cosas, montones de promesas.

—Ven —la oye—. Aproxímate.

Todo cesa. Echa un vistazo al jardín que se ve a través del ventanal, enciende otro cigarro y se deja llevar por la invitación. Camina a su antiguo lugar.

—En cierto modo, Manuel —humedece los labios y atrás queda el trato helado, agresivo—, íbamos a hablar del asunto. Papá murió al mes de nuestra llegada. Mamá no le sobrevivió mucho tiempo.

—Lo siento. Ni siquiera te había preguntado por ellos.

—Papá me dejó una pequeña herencia y la casa de Nuevo Progreso, la cual vendí para edificar ésta que ves.

—No creo que con eso lo hayas logrado.

—No. Recién muerto papá, conocí a Felipe, un doctor viudo, rico. Mamá todavía vivía cuando nos casamos.

¿Magdalena de otro? —piensa—. ¿Mi amante Magdalena de amorosos arcos de su cuerpo, de ronroneo satisfecho, en otros brazos?

—Ah, sí, ¿y?

—Pues eso, me casé. Sólo que Felipe no vivió mucho, pero sí lo suficiente para embarazarme.

—Así que murió. ¡Pobre!

—Sí. Murió a los dos meses de que nació Gabriela. Me dejó una buena herencia.

Eso, más mi trabajo, me permiten darme uno que otro lujo.

—¿Uno que otro? —Manuel mira a su alrededor—. Vives a lo grande, me da gusto. Siempre supe que merecías un buen destino.

Magdalena lo contempla atenta. Va inventariando, pedazo a pedazo, su rostro. Suelta un comentario mordaz:

—¿Qué sucede contigo? Si no eres tan viejo...

—¿Por qué dices eso?

—Olvidado —sorbe un trago de café y prosigue—: Gabriela es mi todo, Manuel, y voy a lograr hacer de ella una mujer de carácter, de voluntad.

—O sea tu réplica, ¿Magda?

—Nadie puede vivir por nadie. El tiempo pasa, nosotros envejecemos. Ella apenas empieza...

—¿Me incluyes en el nosotros porque Gaby es mía?

—Nosotros, alguna vez, satisfacimos los instintos. Después nos llegó un vacío aterrador. No deseo eso para Gaby.

—Habla por ti, lo mío no fue puramente físico.

—¿Ah, no?

Magdalena calla. Inmovilización. Tregua necesaria en el casi ritual ceremonioso de identidades y, No sé qué me hace pensar en mis manos sobre la espalda de Magda, recorriéndola, gozándola, viviéndola. De nuevo experimento tantas satisfacciones que me llenaron. Siento que a ella le pasa lo mismo, aunque intuyo que en Magda son más accesibles los goces intelectuales.

—¿Quieres decir que Gaby llena todos los huecos de tu existencia? —Manuel pregunta insidioso.

—Los primordiales, sí. Los otros yo me encargo de llenarlos —muestra una seguridad maliciosa. Añade—: Hace años decidí mi vida y cada día me convenzo más de haber acertado.

—¿Porque Gabriela, según afirmas, es hija de matrimonio?

—Sí.

—Te casaste, ¿y qué? ¿Perseguías algún propósito?

—Uno sencillo, valioso: familia, casa.

—Nunca me lo pediste.

—¿Para qué? —suspira y continúa—: Cuando murió Felipe, primero consolidé mi actividad en el Ayuntamiento, después llegué a otros municipios. No creas que fue tarea fácil. Tú de alguna manera me ayudaste.

—¿Yo?

—Al conocerte a fondo, salí ganando.

—¿Bromeas? —Manuel cambia de postura—. ¿En que te ayudé?

—Sabes a lo que me refiero. Al molde tuyo, hecho de tenacidad para obtener todo lo que has querido sin importarte envilecer a los demás...

—¿Tú sabías?

—Tu amigo, uno al que apodaban la Changa, se encargó de confirmarme lo que siempre sospeché.

—¿La Changa?

—Un día fue a buscarte a mi departamento. Le dije que no estabas y me pidió que le permitiera hacer una llamada telefónica. Le ordenó, en presencia mía, a un capitán Murillo, jefe de la aduana, que hiciera llegar a una de tus bodegas la droga recibida.

—¡Magdalena! Me dejas desconcertado.

—Si te lo comento es porque me parece que tenía que decírtelo y nada más. Tú sabes lo que haces.

No hay rencor en la mirada de Magdalena. Las palabras salen directas, sin rebuscamiento ni condena. No incomodan a Manuel.

—¿Por eso me dejaste?

—En parte, sí. De cualquier manera Rafaelita se había sacrificado para darte un porvenir. Hubieras podido lograr tus fines de otra manera.

—¿Sigues pensando igual?

—No importa lo que piense. Es tu vida ¿no?

Cabrona Changa, hijo de puta —piensa—. ¿Por qué lo hizo? Sabía lo que Magdalena significaba para mí. Conocía su manera de ser y sabía que ella no lo iba a tolerar.

—Eso, Magda, terminó. Te lo juro.

—A mí no tienes que convencerme de nada, en todo caso, convéncete a ti mismo —inclina el cuerpo hacia atrás y vuelve a balancearse.

Manuel Herrera recuerda las veces que escuchó decir a Rafaela que nada hay oculto bajo la luz del sol y, Cuánta razón tiene, lo podrido se esconde, se entierra y, sin embargo, no lo hundí lo suficiente, la prueba está en que Magdalena lo supo. Me molesta que esté enterada de eso. Ojalá y nunca lo hubiera sabido; ahora es otro obstáculo entre nosotros, que siempre fuimos uno, aun separados. No es tanto su contacto físico el que me hace falta más bien es aquella sensación de comodidad, de complementación la que añoro. A lo mejor todavía es tiempo de...

—Me venía acordando de ti en el camino, Magda. ¿Tú nunca me recuerdas?

—Ocasionalmente —Magdalena habla con naturalidad—. No creo que hayas venido hasta aquí para enterarte de mi vida y decirme: ¡Hola! ¿Te acordabas de mí? Si te parece, vamos pasando al asunto que te trajo. A simple vista, además de cansado, te veo semblante enfermo.

Manuel Herrera Vizcaíno, el Ministro de Relaciones Exteriores, exhala el humo del cigarro. Se levanta, camina en todos sentidos por el consultorio y, ¡Vaya problema! ¿Ahora por dónde empiezo? ¿Qué me queda por hacer? Nada, sólo hablar sin rodeos.

—Me hicieron un trabajo de maldad, Magda.

—¿Qué? —se toca la frente con su mano—. ¿Luego era cierto que buscabas en mí a una curandera?

—Estoy desesperado, Magdalena —se para frente al escritorio—. Vivo en constante angustia padeciendo unos dolorones de cabeza que parecen taladrármela. Me llega un deseo casi irrefrenable de correr, de perderme, y en ocasiones me pregunto: ¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? Me enfurece no ubicarme y sentir que el desaliento me está ganando. He recibido curas de reposo en el país y en el extranjero que sólo me produjeron un bien momentáneo. Entonces empecé a creer en eso que a ti te parece risible; a mí ya no: me hechizaron.

Estos problemas se presentan en hombres de más años, pero dada la vida tan apresurada que has llevado, Manuel, lo que sientes es normal. Así como las mujeres padecemos de ciertos trastornos al acercarnos a la tercera edad, los hombres padecen el climaterio: un deseo de rectificar la vida. El anhelo de querer volver a ser jóvenes y la imposibilidad de conseguirlo, los trastorna. También el miedo a envejecer, a morir, los desquicia.

—No, Magda. Hay una serie de circunstancias raras —le da la espalda. Se detiene frente a un librero y pasa los dedos por encima de los lomos de cartón—. Antes me sentía mal, con una especie de cansancio crónico, pero hace días empezaron a aparecer montoncitos de semillas de mostaza y tierra fina a un lado de la puerta de mi casa. Al principio no le di importancia, sin embargo, a partir de eso me he ido sintiendo cada día más mal. Para colmo, hasta dormido sueño una maldita pesadilla. Si pudiera no dormir, lo haría. Esto está a punto de mandarme al colapso. ¿Climaterio dices? ¡Mira! —se acerca a Magdalena y le da un papel donde está escrito su domicilio—. No miento. Venía en busca de una curandera, que según me dijeron es muy acertada y, ¿qué me encuentro? ¡A ti! ¿Es eso lógico?

Magdalena desdobra el papel.

—Cierto, es mi domicilio, pero tranquilízate, debe haber una explicación. Mis pacientes de allá saben perfectamente cuál es mi profesión. Sólo a una persona de mucha confianza pudiste hacerle caso de este engaño, y me da que esa persona ha influido para que creas la ridícula idea de tu embrujo.

Cuando Marisela me mostró los montoncitos de tierra —recuerda—, también me dijo de otros casos como el mío y que aquí habían encontrado su recuperación. ¿Por qué? ¿Dónde está el engaño? ¿Marisela? ¿Magdalena? Huelo a peligro; mejor me voy.

—Tienes razón y espero que me comprendas. Si me dijeran que yendo al fin del mundo, vuelvo a ser el de antes, no vacilaría en ir. Y bueno, en vista del error, te dejo, regreso a México.

—El que no sea curandera no quiere decir que no te pueda ayudar —se pone de pie—. En fin, si tienes prisa en otra oportunidad te diré mi opinión médica porque ¿sabes?: no estás embrujado, ¡estás enfermo!

Se arrepiente de haber pensado mal de Magdalena y, Basta mirarle ese rostro

franco, amigable para darse uno cuenta de que ella no es capaz de ninguna maldad. Seguro mis nervios me hacen ver moros con tranchete. Si ya me encuentro aquí, vamos haciéndole la lucha.

—¿En verdad me puedes ayudar?

—Si tú quieres, sí.

—Te estoy quitando mucho tiempo —ve el reloj pulsera—. Tendrás otros pacientes.

—No, nadie más. Los sábados atiendo hasta el mediodía y tratándose de ti, con mucho gusto te dedico el tiempo que sea necesario —sonriendo se vuelve a sentar.

—Entonces, me pongo en tus manos.

—Empecemos por partes, la pesadilla ya me la contarás después. ¿Los doctores que te atendieron qué opinaron respecto a tus estados de ánimo?

—En general, diagnosticaron síntomas psicósomáticos, producidos por una neurosis.

Magdalena dobla los brazos, apoya los codos sobre el escritorio, enlaza las manos a la altura de la barbilla. Descansa el labio inferior encima de ellas. Medita unos segundos y, en forma profesional, opina:

—En síntesis: el diagnóstico clínico revela la ausencia de un posible mal físico. Esto implica un mal psicológico. En tu vida sexual, ¿cómo andas? ¿Puedes?

—Sí, aunque después del acto, pierdo el interés por la pareja.

—¿También sucede con tu esposa?

—Con Marisela más que con nadie.

Ella se levanta del sillón, se para a un lado de Manuel y descansa una mano encima de su hombro.

—Creo que tu caso es más grave de lo que supuse, Manuel. Te ofrezco una ayuda terapéutica.

—¿Es lo mismo que hacen los psicoanalistas? —Manuel alza la cara para ver el rostro de Magdalena—. Ya me han visto varios.

—Más o menos —le oprime el hombro—. El psicoanálisis realiza estudios más profundos. Mis conocimientos al respecto son lo que adquirí aquella vez que realicé un posgrado, ¿te acuerdas? Esto, Manuel, consiste en platicar, irte llevando hacia adentro de ti mismo. En charlar a fin de encontrar la raíz de tu problema.

—¡Por favor, Magdalena, sácame de esta angustia! Emplea el tratamiento que quieras, pero, ¡ayúdame!

—Serénate. Sé por dónde anda tu problema. Haré todo lo que esté de mi parte para que te recuperes. Sin embargo, tú también debes colaborar —no hay conmiseración en la mirada de ella, sólo se le percibe una gran humanidad.

—¿Empezamos, Magda?

—Han sido muchas emociones a un tiempo: el viaje, el cansancio, la sorpresa. ¿Qué te parece si primero comemos y continuamos la conversación al rato? Manda tus guardaespaldas por ahí, aquí estás seguro.

—Vine solo.

—Eso me agrada más. ¿Vamos?

La ve a los ojos y, Estoy ansioso por seguir, Magda. Hablar de los dos y agradecer al azar (tú no crees en eso) el encontrarte. No importan las sorpresas, te prefiero mil veces a ti y no a una desconocida. Junto a ti me siento seguro.

Manuel encuentra oportuna la proposición de Magdalena, le dice:

—Te invito a comer. Escoge el lugar.

—No, Manuel. Tu problema reviste absoluta seriedad. Aquí tomaremos una comida ligera. Aprovecharé el silencio para irte preparando. Así que, querido amigo —Magdalena se adelanta—, vayamos al comedor. Poco a poco me irás platicando cosas que recuerdes del pasado.

Manuel la sigue. El comedor es amplio. Ella decide llevarlo a la cocina. Hay un ventilador de aspas colgado al techo.

—Eres de confianza, aquí estaremos más cómodos.

Magdalena grita un nombre de mujer. Entra una joven delgada de pelo negro y le da algunas indicaciones.

—La cocinera prepara todo muy sabroso —le comenta a Manuel y señala a la joven.

—Qué bien. Tengo hambre, Magda.

Manuel observa el rostro de la cocinera y, ¿A quién se parece? —piensa—. Sus facciones me recuerdan a alguien.

—Pasa, siéntate —lo invita Magdalena.

El desayunador de la cocina es de bejuco. La mesa está dispuesta para dos personas y lo único comestible son unas rebanadas de pan de centeno, mantequilla, una salsera que contiene un líquido semiespeso y agua fresca dentro de una jarra de vidrio.

—Qué silencio, Magda. ¿Regresará Gaby a comer con nosotros?

—No lo creo, se va con las amigas: tiene muchas.

—Se ve desenvuelta, simpática, segura.

—Lo es.

—Tu hija me gusta para que sea mía.

—Pero no lo es. Me disculpas, Manuel. Te voy a dejar solo un rato. No tardo.

—¿A dónde vas?

—A ponerme una bata o algo cómodo —se marcha de prisa. A lo lejos grita—: No empieces sin mí, ¿eh?

Lo rodea la tranquilidad y le parece ser el único viviente en esa casa. Vierte de la jarra al vaso el líquido refrescante. Al paladearla se da cuenta de que es un preparado de guayaba a la que le falta azúcar y le agrada más su olor. Apura el contenido del vaso, siente, dentro de la boca, arena bailando: son las semillas de la fruta que no

detuvo el colador. Sirve otro vaso con agua de guayaba y al volver el rostro en todas direcciones, encuentra un ventanal grande, encandilador. Atrás de él hay un bello ámbito vegetal: plantas y olores creciendo. Oye el canto de un pájaro y, Parece que estoy en la casa del pueblo viendo las plantas de Rafaela, oyendo a sus pájaros y oliendo a los guayabos del huerto. Me gusta.

Ve, a través de la puerta de alambre que da al patio, a las moscas que vuelan en el exterior y, Magdalena se está tardando. Lo que más me fastidia es esperar, ¿dónde encontraré una distracción? Termina por contar los cuadros color paja y anaranjados del linóleo que cubre el piso. Encuentra que visibles son ochenta y cuatro cuadrados. Tiene un ardor en los ojos por el esfuerzo y no sabe qué hacer. Saca la estilográfica y dibuja líneas y círculos en una servilleta de papel. En un minuto no queda un espacio blanco para continuar rayando. Lo transforma en un ovillo y no se atreve a tirarlo al piso.

Oye pasos. Por un momento cree que es Magdalena. Se da cuenta de que no porque ella taconeaba con fuerza, con ritmo y los pasos de la persona que se acerca son ligeros, como de alguien que se rehúsa a lastimar el suelo. Pasa junto a Manuel, el volante de su delantal le roza el brazo desnudo. Vuelve la cara y ve a la joven delgada de pelo negro. Es la cocinera.

La mujer deposita, encima del pretil, las verduras y fruta. Le habla:

—Usted perdone la tardanza, señor. En un ratito les preparo la ensalada.

Habla muy rápido. Manuel quiere encontrar la mirada de sus ojos castaños, la desvía rehuyendo mirarlo de frente. No le da tiempo de asegurarle que no tiene importancia porque continúa:

—¿Tiene calor?

—Sí —Manuel limpia con su pañuelo la humedad que le resbala hasta el cuello.

Ella enciende el mecanismo del abanico. Empiezan a girar las aspas, primero muy lentamente y con mucho ruido; después, se deshacen en lluvia de aire fresco y las servilletas de papel colocadas sobre la mesa, se caen al piso.

—Así se le va a quitar el calor, señor.

—Sí. ¿Cómo te llamas?

—Rafaela, señor.

Las aspas del ventilador giran, giran. A cada segundo el aire es más helado y Manuel siente que un frío lo recorre por dentro. En ese momento ve la espalda de la cocinera. El pelo brillante le cae hasta la cintura y siente, entre sus manos, aún sin tocarlo, el lustre aterciopelado de la negra cabellera: ¿Cuándo la acaricié?

La mujer vuelve el rostro y su mirada temblorosa se detiene en los ojos de Manuel. Hay un instante indeciso y una emoción ya casi olvidada lo atemoriza. Manuel deja de verla y posa su vista en un rincón donde está un frutero artificial. Un rayo de luz lo ilumina, proyecta, abajo de él, borroneadas sombras negras, semejantes a la fisonomía de un rostro: ¡Que, por Dios, jamás he olvidado!; se parece mucho al de la cocinera.

Como una ráfaga, igual que el girar de las aspas del ventilador. Con esa rapidez de un instante, llegan a su mente, motivadas por imágenes, olores y cuadros vivenciales perdidos en los recovecos del pasado: tiempo atrás que se revierte.

Caminamos ella y yo (la que recuerdo) por una calle bulliciosa de mi infancia. Es tiempo de guayabas y su aroma se extiende por el aire. Me lleva jalando de la mano. Vamos saludando a las personas con quienes nos cruzamos en el camino. A ella, a veces, la detienen para comentarle algo.

—¿Ya sabes que Cuca González va a tener un hijo sin casarse?

—Le cuchichean y la malicia se ve en sus ojos. Sé que no le gustan ese tipo de comentarios. Se le nota el enojo en el color olivino de su mirada.

—La carne es débil y la naturaleza hace su función. Mejor vayan a cuidar a sus hijas que tienen tela de dónde cortar —contesta iracunda.

Llegamos a un parque a la orilla de la colonia. Frente a él hay una iglesia pequeña, con dos torres altas y puntiagudas. Al fondo, está un cerro mediano, desnudo; separa al río del pueblo. Entonces, cansados de caminar, nos sentamos en una banca del jardín. Ella acomoda las manos sobre el vientre. Abre la boca, respira fuerte y habla:

—¿A qué quieres jugar?

—No sé —contesto pensativo.

—Vamos jugando a qué nos gustaría ser —propone.

La oigo complacido. Me agradan sus juegos.

—Soy la tarde —empieza—. Estoy cansada y somnolienta. Fastidiada con el gallo inoportuno; su canto destemplado obliga a la brisa a parpadear y yo interrumpo el cabeceo cadencioso con que arrullo la armonía del paisaje. El gallo tiene la culpa...

Se detiene pensando más cosas imaginativas. Le ayudo recordándole:

—Eres la tarde...

—Sí —retoma el juego—. Estoy agobiada por el calor, me produce un letargo inexplicable...

—¿Qué quiere decir letargo inexplicable? —pregunto.

—Sueño que no tiene explicación. Ya me interrumpiste y ahora no sé dónde iba. ¡Ah, sí!, el calor me produce un sueño inexplicable. Lo raro es que siempre, después de las cuatro, logro deshacerme de él. Entonces, todo es diferente. Me llega una alegría que termina por desbordarse contagiando al río susurrante y a la loma de allá enfrente —la señala con su brazo.

—¿Qué quiere decir susurrante?

—Que canta —explica.

Yo veo el cerro y me imagino al río cantando atrás de él.

—Es tu turno —me pica el estómago con un codo—. ¿Tu qué quieres ser?

—Todavía no lo sé. Prefiero oírte. Sigue platicándome que eres la tarde —le acaricio el pelo negro para que continúe diciendo lo que me hace feliz—. Ándale, luego sigo yo.

—Bueno, soy la tarde y ahora me divierto introduciéndome en los huecos y reflejando sombras caprichosas. Lo más divertido es jugar con los techos rojos de las casas blancas, les proyecto sombras de muchas formas. Es lo último que veo cuando bajo para irme. Cuando estoy más alegre mi padre sol me ordena retirarme a dormir. Como soy obediente me voy. Mañana él me permitirá volver a retozar con el río, la loma, las calles...

Está de pie invitándome a regresar. Yo la sigo. No sé a qué lugar vamos.

Magdalena entra a la cocina.

—¿Qué piensas? —se dirige a Manuel. Él no la escuchó llegar.

—Perdón. Estaba distraído.

Manuel se levanta, retira la silla que está frente a la suya y de pasada echa un vistazo a las flores. Magdalena lo nota.

—¿Te gusta? —pregunta al momento de sentarse.

—¡Muy bonito jardín! —empuja la silla de Magdalena para acercarse a la mesa—. Se parece al de Rafaela.

—A las dos nos encantan las plantas. A veces pasábamos tardes enteras hablando de ellas, y a ella también le gusta, al comer, tenerlas enfrente. El panorama verde aminora las tensiones del día.

—¿Tú crees? —se encamina a su asiento.

—¡Claro! Si todas las personas viéramos, dos o tres veces al día, el verdor del campo o el azul del cielo, nadie tendría estrés, ni pálpitos, ni pensamientos extravagantes.

Continua viéndola y, No me mires así, no estoy inventando el hilo negro.

No es eso. Lo que pasa es que siento, abajo de la mesa, el hueco existente entre tus rodillas. El que conozco tan bien. En voz alta contesta:

—Muy interesante.

—Más que interesante, saludable —afirma Magdalena.

Pone atención a su atuendo y, Me agrada la sencillez de su bata vaporosa, se le pega al cuerpo. Magda no ha engordado, siempre cuidó de su figura. Se conserva maciza, apetecible. Así estamos más en la intimidad, más en confianza.

—Tardaste mucho.

—Me di un regaderazo —toca la humedad del pelo que cae sobre su cara—. Has de tener hambre.

Hace una seña a la cocinera para que les sirva y, Es curioso, me gusta más esta cocina que la de mi casa. También la compañía de Magda es más agradable que la de Marisela. Me encantaría volver a enamorarla, sentir mis manos hundidas en su pelo y el arquear quejumbroso de su cuerpo murmurando mi nombre. No debo de pensar eso, pero la verdad es que me encantaría volver a hacer el amor con ella.

—Desayuné temprano en Nuevo Progreso. Hace rato que me empezó a gruñir el

estómago.

—Pobrecito —revuelve los ingredientes de la comida—. Y yo tardándome. Tenía que prepararme.

—Estás muy guapa.

—Gracias. Pero mi arreglo no fue precisamente para agradarte. Sólo necesitaba ponerme cómoda a fin de que todo nos salga bien —toma el plato de Manuel y sirve.

—¿Pues de qué se trata?

—Nada, vas a irme platicando recuerdos. Yo dejaré mi memoria flotante, escucharé e iré reteniendo los puntos que considere claves. Después ambos los analizaremos.

El platillo está compuesto de hortalizas: lechuga, berros, apio, un revoltijo aderezado con limón y sal y adornado con rodajas de melón y carnes frías.

—¿Es todo? —dice Manuel.

—Lo tuyo es sencillo, hablar. Lo difícil me toca a mí, saber interpretar cuáles fueron los hechos que te ocasionaron el problema...

—Me refiero a la comida, Magda.

—¡Ah!, pensé que al tratamiento —Magdalena entrelaza las manos en su ademán característico—. Nos haría daño comer más; la digestión de una comida fuerte es pesada, entorpece la lucidez, da sueño.

—¿Daño? Más produce el hambre. En fin —Manuel busca con la mirada a la cocinera.

Magdalena se da cuenta de ello. Le informa:

—Ya se fue.

—¿De dónde es?

—De por aquí, de la región.

—Es impresionante el parecido que tiene con alguien.

—¿Con quién? —Magdalena levanta las cejas.

—No me acuerdo, pero es impresionante.

—Estás loco —se ríe—. No tienes por qué inventar eso. Mejor dime que Rafi te gustó. Ella es de San Juan de Salinas, ahí tengo una casa de campo. Te invito para un fin de semana, si quieres el próximo: encontrarás a Rafi.

—La mujer no es fea, sin embargo, te equivocas. No va por ahí la cosa. Es su pelo, su tipo lo que me recuerda a alguien.

—De cualquier manera, la invitación sigue en pie.

—No te prometo que el próximo, pero un fin de semana vengo. Yo te aviso.

—¿Te sirvo más? —Magdalena ve el plato limpio de Manuel.

—Un poco.

—Puedes comer lo que quieras.

—Con esto es suficiente, gracias. ¿Tienes café?

—Primero acaba. El café lo tomaremos platicando en la sala —acaricia la mano de Manuel—. Necesitas relajarte para poder empezar.

Esa voz cargada de ternura, de date prisa mi amor, apaga tu cigarro y ven... ven... ven...

—¿Tienes frío? Tiemblas. Si quieres apago el ventilador.

—No —y termina la ensalada.

Magdalena ve su reloj pulsera y dice:

—¿Listo?

—Sí.

—Entonces pasemos a la sala.

La sigue serio, con las manos entrelazadas atrás de la cintura. El ambiente de la estancia es tan acogedor como el resto de la casa. El cuarto tiene cortinas ahuladas que proporcionan una agradable semipenumbra refrescada por el aire acondicionado.

—Ven, siéntate —va a un mueble y enchufa una cafetera—. En un ratito estará y ahora sí, cafecito y cigarrito para platicar a gusto.

Manuel va girando la cabeza y donde quiera ve detalles decorativos que hablan de la personalidad de Magdalena. Contempla una réplica de la Piedra del Sol, el enorme calendario mexicano, hecho de cobre, que cuelga del muro principal. A un lado, los dibujos de hombres mayas pintados sobre cuero seco. En una vitrina hay caracoles y cosas del mar. Otra tiene ídolos aztecas.

—Por lo que veo, seguiste coleccionando cosas raras, Magda.

—Si te parece raro lo que nos antecedió, pues sí —sirve el café—. Nunca dejaré de hacerlo.

—¿Qué significa esa pintura, Magda? —señala el dibujo de los hombres mayas.

—Es un detalle de los frescos de Bonampak. Representa sacrificios de valientes guerreros que acabaron por ser aprehendidos, derrotados... ¡Muertos! —le extiende la taza con café—. Todos, alguna vez caemos prisioneros de otros o de nosotros mismos... Y ahí está el tiempo —señala la Piedra del Sol—. El mejor amigo, el que nunca se equivoca y siempre nos lo recuerda.

—¿No te sientas? —Manuel la ve retirarse a un extremo.

—Primero un poco de música —saca un disco y lo acomoda en la consola.

—¿Qué pusiste?

—*La Pasión según San Mateo*.

Ambos callan, meditan sobre lo que escuchan. Ella se sienta frente a él y las arias, a veces precedidas de breves recitativos, o intervenciones del coro, empiezan a elevar su sensibilidad.

—No entiendo, Magda, pero me parece sublime.

—Lo es.

—¿De qué se trata?

—Es una sosegada y tranquilizadora idea de la muerte. En esta parte, Bach personifica a la hija de Dión, quien insiste:

Vengan hermanos, únense a mi llanto

Mírenlo —¿cómo?— como a un cordero

—Me gusta, recuerdo a mamá Rafaela cuando me decía Corderito mío. Me gusta la potente sonoridad del órgano, buen bajo... Y ahora qué bella interpretación del grupo de sopranos.

—¿A qué hora empezamos, Magda?

—Hace rato que lo hicimos, Manuel. Nada como la música para desarrollar la sensibilidad. Recurrí a ella porque en los momentos de dolor, ansia, de duda, de temor, ella nos disipa todo y nos motiva a una reflexión profunda. Fíjate que —se levanta a apagar la consola—, siempre me da buenos resultados. Retira de tu persona todo lo que te incomode: anillos, reloj, cinturón... y baja el elástico de los calcetines.

Manuel obedece en silencio. Va depositando sus pertenencias en una mesa cercana. Magdalena se acerca, manipula una palanquita del sillón y éste se inclina hacia atrás.

—¿Estás cómodo, Manuel?

—Sí.

—Bueno, ahora pláticame lo que recuerdes que te haya impresionado.

Se sienta junto a él.

—Vamos a tomar café, a fumar y a platicar. Sólo eso, ¿sí?

—Está bien, pero mejor enderézame: necesito verte.

A Manuel Herrera lo envuelve un sentimiento desconocido; es una mezcla de desconcierto e idiotez: ¿Por dónde empiezo? ¿Qué digo, si nada se me viene a la mente?

Magdalena levanta una mano y se toca la barbilla, la acaricia despacio, suavemente. La escasa luz que entra choca contra sus caras avivando una lluvia de reminiscencias y negaciones y, No tengo ganas de hablar, sólo quiero seguir recostado en el sillón. ¿Cómo deshacerme de la pereza, de este aflojamiento de músculos y mente; de esta inmovilidad engañosa, donde un puño de preguntas bullen sin producir ruido?

—¿Qué pasa, Magda? No soy buen paciente, ¿verdad?

—Es complicado hablar de uno mismo, Manuel. Recordar la realidad pasada con exactitud es tarea difícil, y más exteriorizarla sin engañarnos. A veces no aceptamos el comportamiento de los demás, sobre todo de quienes amamos, y lo vamos guardando hasta que se convierte en algo molesto, opresivo. Guíate por las opiniones que alguna vez te formulaste acerca de los que te rodearon. Aun de pequeños logramos tener conceptos propios, aunque parezca imposible.

—No puedo, Magda.

—No llevamos prisa. Concéntrate, busca dentro de ti los momentos pasados y, cuando los encuentres, recuerda en voz alta. Haz de cuenta que estás solo y hablas

contigo mismo.

Siento calor, como si fuera un insecto volando alrededor de una lámpara. Me arde la cara. No quiero recordar, me produce sufrimiento revivir aquellos momentos, pensé que los había olvidado...

—Mamá —dice en voz alta.

—¿Qué hay con Rafaelita? ¿Cómo la recuerdas?

—Mamá es única para mí, Magda: una mujer extraordinaria.

—Lo sé. No me refiero a las cosas buenas, si la nombras es porque hay algo negativo. ¿Qué no te agrada de ella?

—Ahora nada. Antes su actitud dócil, sumisa, y a veces hasta denigrante frente a Arturo —enciende un cigarro—. Papá siempre abusó de su cariño.

—Concreta y habla en presente, como si lo que recuerdas estuviera pasando en este momento.

—Son recuerdos vagos, sin embargo, repetitivos. Estoy soñando un día de campo. Avanzo en la inconsciencia que es una complicación de caminos, una maraña de cruceros como un enredo sin principio ni fin. Hay mucho sol y árboles altos, frondosos. Vamos los tres: papá, mamá y yo. Estamos alegres, corriendo en círculos, sin ningún propósito, en una avenida abandonada del sueño. Nuestros cabellos están en desorden y tenemos risa en la mirada. Chocamos al descuido y nuestros cuerpos se rozan entre sí y producen chispas de contento. Mamá canta cosas evocadoras de la claridad de la mañana y dice que nosotros parecemos notas de felicidad secándose al sol. Mamá era medio poeta, ¿te acuerdas?

—Rafaelita es una mujer sensible, tú también. Estás empleando un vocabulario poético.

—¿Crees? —Manuel busca el cigarro; se consumió en el cenicero. Saca la cajetilla.

—Espera —Magdalena toma dos cigarros y los enciende. Le entrega uno a Manuel.

—¿Fumas?

—Lo hago poco. Ahora quiero acompañarte. ¿Qué pasa luego?

—Ocurre lo inesperado: la vegetación se hace más nutrida, no deja pasar la luz del sol. La oscuridad no nos detiene e iniciamos una desbocada persecución lineal. A la cabeza va papá, en seguida mamá y al final yo. No se cómo, pero sorteamos los obstáculos del camino sin dificultad. ¡No podemos detenernos! Una fuerza superior nos obliga a seguir adelante... adelante... adelante. La distancia entre ellos y yo se agranda. Hago un esfuerzo sobrehumano y acelero la carrera. Siento mi corazón: palpita mucho. Ya casi no los veo y me asalta el deseo de perderlos de vista —hace un silencio.

—¿Lo logras, Manuel?

Niega con la cabeza. Continúa hablando:

—Freno de golpe y de pronto la marcha cesa. Sólo pienso en caminar hacia atrás.

En el inicio del retroceso, los oigo: «¡Manuel!, ¡Manuel!», gritan Arturo y Rafaela. Quedo unos segundos indeciso: ¿Para atrás o hacia adelante? Resuelvo acudir a su auxilio, pero sin prisa, hundo los pies en la hojarasca olorosa a laurel y resina y camino despacio hasta la orilla del río. Ellos se arrojaron incapaces de detener su loca carrera. Los cuerpos son como de trapo, desaparecen y vuelven a aparecer, mecidos por la corriente. Ellos manotean el agua que se escurre, desciende de los brazos; poco a poco los va cubriendo.

—Tranquilo, Manuel. Si quieres hablamos de otra cosa.

—Después se me olvida, mejor termino —da una fumada—. Veo sus miradas de pánico y lo juro, Magda: quiero rescatarlos. Se vuelven a hundir más y más. Alcanzo a asir un brazo de Arturo, lo jalo con una fuerza desconocida y me quedo con él entre mis manos. Espantado lo arrojo lejos y apresurado tomo el otro: sucede lo mismo. Estoy desesperado, viendo cómo se siguen hundiendo y yo no puedo hacer nada.

—¿Y Rafaelita? ¿Dónde está Rafaelita?

—¡De mamá sólo salen los dedos cubiertos de lodo! y se mueven de manera extraña, como si bailaran rítmicamente al compás del viento. Me inclino, logro tomar uno y ella presiona hacia atrás. Caigo sobre la tierra con el dedo en mi regazo: ¡parece una víbora enana recién nacida!

—¿Tienes miedo, Manuel?

—Sí. Todo está oscuro.

—No de tu sueño, sino de lo que estás recordando.

—Aún no termino, me despiertan los gritos de papá: «No me interesas como mujer. A mí, las viejas me sobran. Eres un lastre para mí...», le grita a Rafaela. Me levanto a espiar, la oscuridad me ayuda y me siento en el suelo. Mamá le dice que no grite, que está borracho y que me va a despertar. Y él vocifera más alto. Entonces, a Rafaela no le importa que la humille; lo besa, lo acaricia, lo apapacha. El frío me produce deseos de orinar y muevo mis nalgas como si oscilara entre la necesidad fisiológica y mi repudio. Entonces pienso que todos somos como el péndulo del reloj de la sala, que le dan cuerda y se mece sin saber por qué.

Transcurren algunos instantes en silencio. Manuel deja el cigarro en el cenicero e introduce las manos sudorosas en los bolsillos del pantalón; las limpia frotándolas contra la tela del forro.

—¿Qué pasa después? —Magdalena lo invita a continuar.

—Papá no se calla, sigue peleando. Mamá lo desnuda y lo tira en la cama. Yo me acostumbro a la oscuridad, pero no los veo, quedan arriba de mi mirada, sólo oigo un sonido, algo así como jadear y gemir. No aguanto el dolor de estómago, me voy al baño. Al terminar me acuerdo de que mamá siempre me obliga a lavarme las manos antes de salir. Dejo el baño riéndome, sin haber tocado el agua fría. Regreso sin miedo, asomo la cabeza. Papá tiene la cara colorada, los ojos cerrados. El peinado de mamá está deshecho, el pelo le cae sobre el rostro. Regreso a mi cama, ya no tengo interés de ver ni de oír y no puedo evitar sentir mucho coraje: me volvieron a

despertar a mitad de la noche.

—¿Nada más tienes coraje, Manuel?

—No, también aburrimiento, fastidio.

—¿Sólo porque te despertaron?

—Rafaela no me gusta así, mañana veré a mamá de otra manera.

—¿Cómo?

—Bonita, con su pelo arreglado como si colgara de su cabeza un pedazo de terciopelo negro. Huele a todas las flores del jardín. No me importa marearme cuando me abraza fuerte y siento sus senos blanditos, cálidos. ¿Te acuerdas de mamá, Magda?

—Sí.

—Nos lleva al colegio. A mí agarrado de una mano; a ti, de la otra. Nos platica que las estrellas son tan grandes y tan brillantes, que a pesar de estar tan lejanas las alcanzamos a ver. Mamá habla muy bonito, la quiero mucho. Me baña y me hace galletitas de nata. No la quiero cuando llora por todos los rincones de la casa, pendiente sólo de las cosas de papá. ¿Por qué llora tanto?

—Lo ama, Manuel.

—¿A él? Siempre ceñudo, dando órdenes, repitiéndome a toda hora que debo ser el mejor en todo. Exigiéndome mi boleta de primer grado. Si le muestro un nueve de calificación se enoja y me regaña. Cuando con mucho trabajo logro un diez, dice sin emoción que está bien. ¿Por qué no habrá onces para darle gusto? ¿Por qué mamá lo prefiere a él y no a mí?

—Eres injusto. Rafaelita vive entregada a ti.

—Claro, si él la deja, la opción soy yo.

—¿Qué sucede después? —lo vuelve a lo anterior.

—Me molesta la humedad de la almohada; ni cuenta me di en qué momento empecé a llorar. La volteo al revés y luego siento que mamá me despierta: «Mi niño, mi niño. Ya es hora, si te paras pronto, volveremos a jugar a que soy la tarde.»

Manuel se incorpora de un brinco.

—¿Qué pasa?

—Es curioso, Magda. Viendo a tu cocinera recordé ese juego, pero no pude descubrir con quién lo jugaba y es que, ¡fíjate bien! La mujer se parece a Rafaela cuando ella era joven: la misma estatura, delgada, el pelo largo y negro, el encaje de cara...

—No lo había notado, pero ahora que lo mencionas, sí, creo que le da un aire a Rafaelita.

—Y qué coincidencia, Magda; tienen el mismo nombre.

Transcurre un lapso donde Manuel tiene la mandíbula crispada y los ojos parpadeantes, un lapso de violento desbarajuste mental. Sus dedos buscan, a ritmo de

respiración acelerada, el reloj del borde de la mesa. Se inclina y con una lentitud cansada lo coloca en la muñeca. Magdalena silenciosa lo observa. Él se adentra en su túnel de preguntas y, ¿Los recordé porque Magda sensibilizó mis sentidos, o siempre los he llevado conmigo sin querer sacarlos a flote? ¿Cómo Rafaela y Arturo pudieron vivir juntos sin tener nada en común? ¿Somos Marisela y yo? ¿Es una repetición que va formando espiral sin puntas? Necesito estar solo.

—Tengo sed, Magda.

—¿Quieres otro café?

—Mejor agua de guayaba. Por favor.

—Bueno.

Magdalena sale, deja semiabierta la puerta que da al vestíbulo y, Levanté como Dios en el Valle de Josefat, ejércitos de muertos (eso me platicaba Rafaela), sin embargo éstos son muertos recuerdos de mi infancia y la imagen de mamá Rafaela se rompe como un cristal bajo el cuerpo que la aprisiona fuerte y no se cansa de maltratarla. Ojalá la mate... ojalá. Eso no se lo dije a Magda. Tampoco que no me gustó recordar todo eso porque ahora ¿de qué podré presumir? Sería intesante confesarle que frente a ella sí resalta mi humanidad de gusano reptando en el lodo del cual nunca he salido. Aunque, no, eso jamás lo haré. ¿Por qué nunca me animé a dejar a Marisela si con Magda encuentro comprensión, tranquilidad? ¡Qué imbécil!

Magdalena regresa, se encamina a encender la luz del candil, la lámpara apenas los alumbra. Manuel la detiene.

—Déjalo. Quiero seguir así.

—Como quieras —le entrega el vaso con agua fresca.

Se callan. Manuel siente en la penumbra la proximidad de Magdalena, su mirada atenta y, A lo mejor sabe que estoy gritando por dentro. No acabo de entenderme, las complicaciones están aquí, en mi mente. No me permiten ordenar mis pensamientos. Lo único que deseo es patear algo o a alguien.

—Deberás tomar un relajante —prescribe Magdalena.

—Imposible. Con eso me duermo en el camino.

—Es peligroso que te vayas. Está oscureciendo, necesitas descansar.

—Dejé dicho que regresaba hoy.

—Mañana es domingo, no creo que represente un problema. Si de verdad quieres aliviarte, tendrás que cooperar. Yéndote limitas mi acción de ayuda, una conversación no es suficiente. Necesitamos una serie de sesiones para sacar un diagnóstico definitivo. Estoy segura de poder hacer mucho por tu salud si me das la oportunidad.

—No puedo. Siempre debo estar por si el señor Presidente me llama.

—Bueno —cruza una pierna sobre la otra y las aberturas laterales de su bata se amplían—. ¡Qué lástima! Esta primera conversación ha sido un éxito, sin embargo, requerimos de más tiempo, pero en fin, si te importa más una llamada a estar sano, allá tú.

Manuel detiene la mirada en la curva soberbia del muslo descubierto y, A lo

mejor debo quedarme. Sé que Panchito los domingos descansa y mi ausencia de este día ya está justificada. Ojalá no se presente un imprevisto.

—¿Eso me llevaría mucho tiempo?

—Si lo sabemos aprovechar, no. Yo creo que para ti es más complicado venir con cierta regularidad, que quedarte uno o dos días de terapias continuas. Es más, te ofrezco mi casa, vete el lunes. Cerca de aquí está el campo de aviación *Sarabia*, manda traer tu avión y sales temprano; en media hora estarás en México, descansado y probablemente mucho mejor.

—No sé.

—Piénsalo —le sonrío—. Te ofrezco mi casa de corazón.

Eso me evitaría la manejada del regreso —calcula—. Total, le aviso a Joaquín y después mando a alguien por el carro. Quiero conocer más a fondo a Gaby y quizá hasta tenga un acostón con Magda.

—Tienes razón, mejor me quedo.

—¡Qué bien! —Magdalena ve el reloj—. Aún es temprano, si quieres avisar por teléfono, voy a buscarte la pastilla.

El aparato se encuentra en un extremo de la mesa central. Manuel marca los números y no aparta la mirada del suelo esperando que contesten hasta que:

—¿No hay novedad?... Bueno... Pues nada, que me quedo. Mándame el avión mañana a primera hora. Explícale al piloto que me espere en el *Sarabia*: lo quiero listo para cualquier eventualidad. El lunes salgo a las siete de la mañana, envía gente a recogerme al aeropuerto. Si algo se ofrece me llamas de inmediato... No, estoy bien... Luego te cuento. Oye, avísale a Marisela y mucho ojo por si el Presidente me busca.

Una luminosidad entra junto con Magdalena a la habitación.

—¿Ya estuvo? —se dirige a Manuel cuando está colgando el auricular.

—Sí.

—Bueno —le da la pastilla—. Te hará bien.

—Como tú digas, Magda. Pero dime, ¿a todos tus pacientes los tratas tan bien y les dedicas tanto tiempo?

—No, sólo a los especiales. Tú eres uno de ellos —le sonrío.

Magdalena se sienta en un sofá. Apoya la cabeza en el cojín forrado de seda. Acomoda una mano en la cadera y la otra bajo la nuca.

—Manuel —le dice. Y él siente la ternura de su mirada—. En ocasiones tomamos actitudes determinadas a partir de ciertos momentos, pero en esta conversación no cabrá la indiferencia ni el engaño. Necesito que me digas las impresiones que experimentaste al ir recordando. No las de entonces, sino las de hoy.

Manuel Herrera se remolinea y, El sillón es demasiado estrecho, limita mi acción de movimiento. También la de ordenar mis respuestas. Se incorpora, estira las piernas y las soba, acomoda los pliegues del pantalón. Da algunas vueltas alrededor de la estancia y se detiene frente a la ventana. Está de espaldas a Magdalena, adelante tiene

el jardín. Contempla las hormigas; suben y bajan por los troncos de los hules que resguardan los muros de la casa.

—Se me han presentado muchos recuerdos: agradables y desagradables. La verdad, algunos psicoanalistas trataron de sacármelos sin lograrlo. Sí, me acordaba de ti, de nuestra fiesta de fin de año, cuando terminamos la primaria. De atrás muy poco: Petra, Epifanio... En fin, aquella vida. A lo mejor los escondí porque no me gustan, aunque no creo que lo que recordé sea el motivo de mis alteraciones presentes. ¡Sucedió hace tanto tiempo!, que sí, seguro me afectó, pero lo que yo siento es una especie de desazón, es como un querer reorganizar mi vida y no saber cómo. No sé de qué manera hablar para que me entiendas, Magda —y le da el frente.

—Lo comprendo —ella palmea el sillón. Lo invita a sentarse a su lado—. No concibes que algo tan lejano ocasione tu actual estado de ánimo. Sin embargo, esos episodios por alguna razón se te vinieron a la mente.

—Existen una serie de circunstancias más desagradables —enciende un cigarro.

—No nos vamos a meter en otro terreno, primero agotaremos éste. Sígueme contando recuerdos, no te preocupes si no tienen coherencia, lo importante es la espontaneidad con que aparezcan.

—Nuevo Progreso —Manuel apoya la cabeza en el respaldo—. Despertar cada mañana renovado, con un gozo infinito, amando cada rincón del pueblo: las calles, el monte, el río, la quietud. Yo no quería salir de allí; era mi mundo, tú lo sabes: desconocía lo que había fuera de él, es más, no me interesaba. Todo cambió cuando llegó Gloria.

—¿Por qué te callas?

—No tiene caso hablar de lo que a ti y a mí nos tocó vivir juntos. Esta historia la conoces.

—A distancia, sí, pero lo que ocurrió en tu interior, no. Si quieres, pláticámelo.

—Me duele hablar de la maldad más grande que me hicieron, Magda.

—Continuaremos mañana —sugiere Magdalena—. Te veo fatigado.

—¡Fíjate qué cosas! Me encantó la visita de Gloria, sus ojos, su cariño fingido, toda ella me gustaba. Me acuerdo que iba de un lugar a otro del comedor para verla desde cualquier ángulo y cuando enredó a papá y se lo llevó, pensé que Rafaela no iba a sobrevivir. Me equivoqué, mamá demostró una fuerza de carácter extraordinaria. Jamás la escuché renegar, ni siquiera el día que nos fueron a informar que deberíamos desocupar la casa: Arturo la había vendido.

—Rafaelita es una buena mujer, Manuel.

—¿Y de qué le valió? —siente que los ojos se le cierran—. Se quedó sin nada y sin nadie.

—¿Luego tú?

—Maldito el caso que me hizo, si yo le rogué mucho que no nos fuéramos, que no habíamos sido nosotros los que nos habíamos portado mal, que había mucha gente que nos ayudaría a salir adelante, que yo trabajaría para los dos ¿y sabes con lo que

me salió?

—No, Manuel.

—«No, hijo, no nos podemos quedar. Vivir aquí me da vergüenza.» ¿Te das cuenta? De tan buena se avergonzaba de la conducta de los demás y ¿qué? Acabó vendiendo sus muebles, malbaratando sus alhajas y monedas antiguas y yo renegando de ser niño, de no tener mando para ordenar cómo debían hacerse las cosas. Sí, muy buena, pero ¡friégate, Manuel!, que los tórtolos amantes vivan a gusto sin problemas, tú y yo hijo, nos vamos al carajo.

—Ven —dice Magdalena y le extiende un brazo—. Vamos a acostarte. La pastilla te está haciendo efecto.

—¿Te parece justo lo que hizo Rafaela?

—¿Tú que hubieras hecho, Manuel?

—Los hubiera matado.

—Ven —le extiende los brazos—. Sostente en mi hombro, mañana seguiremos hablando.

Manuel se apoya en el cuerpo de Magdalena. Se dirigen a la habitación contigua al consultorio.

—Magda —dice Manuel viéndola destender la cama—. Antes de quedarme dormido quiero pedirte que mañana me despiertes a las cuatro y media: a esa hora no soporto mi pesadilla.

—Sí, Manuel.

—Me gusta verte. Magda. Ojalá volvamos a vivir juntos.

—Ojalá.

Lo acuesta, le desata las cintas de los zapatos. Manuel alcanza a ver la silueta de Gaby recostada en el muro de la puerta, pero no la oye.

—Ya vine, mami. ¿Siempre se queda tu invitado?

Domingo 7

«... Lo propio de la realidad humana es que no tiene excusa.»

JEAN PAUL SARTRE

La mujer lo ve de reojo. Camina de puntas, trata de no hacer ruido. Lleva un bulto entre las manos. Manuel la ve.

—¿Quién es usted? —se endereza sobre el lecho.

—¡Ay, señor! Me asustó.

—¿Quién es usted? —repite.

—La señora Magdalena me mandó a que viniera a dejar esta ropa —extiende los brazos mostrándosela.

—Está bien.

—Señor —la mujer deja la carga encima de un sillón—. Se puede bañar, ya puse toallas limpias. La señora Magdalena lo espera para almorzar.

No contesta, la observa. Pasa frente a él acomodándose sobre el pecho una de sus trenzas, delgada, canosa.

—Señor —habla la mujer a un lado de la puerta de salida—, si algo se ofrece, usted nomás grite: ¡Doña Petra! y aquí afuerita voy a estar.

—Sí, gracias.

La mujer se va, Manuel retira la sábana, se levanta y lanza una mirada de curiosidad a la habitación. Ningún detalle pasado por alto. Sobre el buró está la cajetilla de Philip Morris, extendida en el sillón la ropa necesaria para un cambio veraniego: todo a su completo gusto. Acomodadas en un extremo de la mesa hay publicaciones con las noticias más relevantes. Toma la primera plana de uno de los periódicos. No puede concentrarse en su lectura y, ¡No tuve la pesadilla! Esto va muy bien, aunque no sé, en momentos me parece que las palabras, las posturas de Magda no checan. Es como una sospecha de ya haber vivido. Qué viaje he hecho para que en unas cuantas horas haya llegado a un lugar donde hay una Rafaela, una Petra... ¡Y Gaby! ¿A quién se parece esa muchacha? Es como si me presentaran el pasado en el presente, ¿o será que siempre las cosas se repiten? ¡Vaya, qué pensamientos! Lo importante es que me siento bien. Un mechón de pelo le cae a la cara. Lo deja quieto en su lugar, pero la idea de que resbala de nuevo lo hace repetir la acción varias veces y, Vamos viendo a dónde va a parar todo esto.

Después de bañarse, vestirse y ver su imagen reflejada en el espejo, sale. Familiarizado con los objetos y distribución de la casa de Magdalena, la encuentra en el camino y, Ahora la mañana me parece más mañana, más luminosa, más cerca de mí. Las cosas en este maldito carro, al que no sé ni cómo me subí, marchan mejor al lado de Magda.

La ve ataviada con una ligera bata de fondo claro con estampados parecidos a los pastizales y aberturas a los lados. Está echándole agua a las macetas del jardín interior.

—¡Buenos días, Magda!

Ella vuelve la cara limpia y deja la tarea de regar las plantas para ir a su encuentro.

—¡Hola dormilón! ¡Qué buen semblante traes! —lo agarra de un brazo y lo

adentra en la cocina—. Me da gusto verte tan bien, tan diferente a ayer cuando llegaste.

—¿Qué me hiciste? —le aprieta la mano pegada a su brazo—. Palabra, hace tiempo que no dormía tan a gusto, sin pesadillas, sin sobresaltos. En verdad estoy sorprendido.

—¿Lo ves? Si te aconsejé que te quedaras era por tu bien. Esto es un buen indicio de recuperación. Pronto estarás totalmente curado.

—Ojalá.

—Hombre de poca fe —ella ríe y le señala una silla—. ¿Qué quieres desayunar?

—No me digas que vas a cocinar tú.

—Es domingo, la servidumbre no trabaja. Sólo se queda Petra y después de recoger las habitaciones, se va.

—¿Y Gaby?

—Fue a pasar el día a San Juan de Salinas con sus compañeros de colegio. Está en la edad de la diversión, la vida le parece un dulce que por más que se come, no empalaga.

—¿Pasaremos el día solos?

—Sí. Es mejor trabajar sin interrupciones.

Se sienta y, Qué sutilmente pronunció la palabra trabajo, como para quitar del pensamiento la desperdigada idea amorosa que estoy concibiendo.

—Me hubiera gustado tratar más a tu hija. Esa muchacha me simpatiza. Sigo pensando que es mía.

—Si quieres te preparo los huevos rancheros como los hacía Rafaelita.

—Estupendo, hace años que no los pruebo, justo el tiempo que desapareciste.

—Ahora —se inclina a servirle el jugo de naranja. El escote de su bata se cuelga y él contempla el nacimiento de los senos—, otra vez voy a cocinar para ti y comprobarás que lo sigo haciendo como antes.

La grasa de la cazuela chilla y, Me sonrío igual que cuando vivíamos juntos. Viéndola me estoy rehabitando a sus ademanes, a su andar seguro. Las aberturas de la bata no están quietas, me dejan ver unas buenas piernas. Me gusta que me mire así, parece que con amor, con afecto, aunque no dice nada de lo que deseo, pero vamos adelantando en el acercamiento. ¿También seguirá haciendo el amor como antes? Sería interesante investigarlo.

Ella acerca los panes, la leche, la mermelada, sirve el café, le pone el desayuno enfrente y se sienta junto a él.

—Anoche me quedé pensando en lo de la curandera y lo del embrujo —dice Magdalena—. No me cabe en la cabeza que tú lo hayas creído. ¿Quién te insistió en eso?

—Marisela.

—¿Marisela?

—Ella es dada a esas cosas. Cuando se propone algo nos da las buenas y las

malas a ti y a mí juntos con tal de lograrlo.

—¿Tanto así? —Magdalena se burla.

—No bromeo, Magda. Sé lo que digo, a Marisela nunca se le debe subestimar.

—Mis comentarios no llevan la intención de molestarte, más bien veo la conveniencia de relajarnos, de no tomar las cosas demasiado en serio para poder desentrañar todo lo que guardas aquí —señala la cabeza de Manuel—, y aquí —le toca el pecho—. No entiendo por qué abordé ese tema si hay un mundo de conversaciones placenteras.

—Por ejemplo...

—Bueno, gozar las palabras, pronunciar las que más nos gusten y rezagar las duras, ásperas. Si sólo sacáramos las suaves, ligeras, de seguro tendríamos una charla amena, una conversación que nos haría felices.

—Tu manera de hablar se parece a la de Rafaela. Me gusta, Magda. Mamá hablaba de la tarde como si fuera una niña juguetona y personificaba al sol, al río, al paisaje. Yo no podría hacerlo porque para mí, las cosas son o no son y se acabó. Pero el que yo no pueda, no quiere decir que me desagrade.

—¿Por qué dices era?

—Ahora mamá sólo vegeta en el interior de su cueva y percibe el mundo exterior a través de las sombras que ve desde su ventana: no es lo que era. Ya se le murió su capacidad afectiva, de asombro, o al menos no las exterioriza.

—Tu apreciación es errónea, Manuel. Te sorprendería saber que Rafaelita tiene un motivo sentimental, humano, para apegarse a la vida. Puedes ser tú, su nieto o ella misma. ¡Quién sabe!

—Mamá es fuerte, la he visto tambalear, pero nunca desplomarse. Sufre, pero no se da, sabe soportar la alegría y el dolor de la misma manera. La he visto reír y llorar con diferencia de tiempos, por Arturo, por Petra, por ti, por mí, nunca por ella misma. Recibe el dolor con una sencillez heroica entregada a sus creencias religiosas y haciendo penitencia por las faltas de los demás sin exageraciones.

—Rafaelita posee el arte de saber vivir. Aun cuando todos la abandonamos, y te incluyo a ti, tiene necesidad de alguien junto a ella. Alguien con quien reír, pelear, recordar y eso, que a ti te parece indiferencia, se llama soledad.

—Lo tiene todo, Magda.

—Menos compañía.

—La visito a menudo.

Magdalena calla. Toma una rebanada de pan tostado, le unta mantequilla, mermelada y se la lleva a la boca. Con la otra mano tamborilea la mesa.

—Lo entiendes, Manuel, sólo que te obstinas en eludir el punto central. El problema está en que no le perdonas las debilidades que le conociste, las mismas que tenemos todos los seres humanos. Exiges perfección en los demás y sin embargo, tú careces de ella; eres digno de compasión.

Manuel respira fuerte, cruza los brazos sobre el pecho y, ¿Cómo vencer este

sentimiento de desdén por lo que opina Magda? Si soy fuerza, poder, riqueza. ¿Compasión a mí? ¡Por favor!

—¿Desayunaste a gusto, Manuel? Si quieres platicamos otro rato antes de continuar con la terapia de ayuda.

—¡Ah! ¿Qué no empezamos ya?

—Sé que te molestó lo que te dije, a lo mejor te cambia la cara la noticia que voy a darte. ¿Sabes? Epifanio vive aquí.

—¿Epifanio?

Y Manuel detiene en el aire la taza con café.

—¿Dónde está? ¡Quiero verlo!

—Cálmate. Déjame ponerte al tanto —limpia las manos con una servilleta y continúa—. Casi recién de que nos vinimos y en una de mis idas a Nuevo Progreso, Muñeca, ¿te acuerdas de Muñeca?

—Perfectamente.

—Por ella supe que Epifanio había llegado al desequilibrio total. Lo busqué, me lo traje y le compré una casita aquí cerca. Le pago a una persona para que lo atienda. Él no sabe ni recuerda nada: su locura es senil.

—Vamos por partes, Magda —Manuel se remueve en el asiento—. ¿Dices que ibas a Nuevo Progreso?

—Sí, con cierta frecuencia.

Manuel se pone de pie, recarga un codo sobre el pretil y siente las rendijas de luz como cuchillos que le lastiman.

—¿Quién miente, Magda? ¿Y por qué?

—No sé a qué te refieres.

—Mandé investigadores profesionales, junto con algunos muchachos que me cuidan, a buscarte. Les proporcioné domicilios de tus familiares, de nuestros amigos y me reportaron que nadie sabía nada de ti.

—Te engañaron. Y sí, ahora que lo mencionas, Muñeca me dijo que en el pueblo había quien preguntaba por mí. Incluso, me confesó que les había dado mi domicilio y eso la tenía intranquila porque no sabía si había hecho lo correcto.

—Esto es absurdo. A mí me informaron que ella desconocía tu paradero.

—No veo el motivo por el cual tratas de cambiar el pasado —entrelaza las manos—. No me afecta, Manuel, hace años que asimilé esa realidad, así que sé honesto y acepta, que aun sabiendo donde estaba, no te interesó buscarme.

—Lo hice, Magda. No sólo en Nuevo Progreso, también en las ciudades más o menos grandes de la República.

—Jamás me he escondido, no tenía por qué hacerlo. Si corté la correspondencia con Rafaelita fue por honestidad; no era justo que ella, sin saber nada, me tratara igual.

—Está bien, Magdalena —se apoya en una pierna, palmea con sus manos abiertas el vacío y añade—: ¡Lo voy a solucionar a mi regreso!

Esa comisión no se la di a Joaquín —recuerda—, fue a Solís a quien le encomendé encontrarla y decididamente la actitud de ella no tiene vuelta de hoja, es Solís el que tendrá que explicarme muchas cosas.

—Pensé que querías saber más sobre Epifanio.

—Sí, pero por el momento consígueme el número telefónico del *Sarabia*. Necesito saber si ya llegó mi avión.

—¿Te vas a ir sin ver a Epifanio?

—No. Sólo quiero confirmar que todo esté en orden.

—Bueno, voy por el directorio.

La ve salir y, Son demasiados sucesos juntos y no acabo de entender qué terreno piso. Me estoy dejando llevar por los acontecimientos, pero huelo algo extraño en todo esto, algo no me late. Apenas salgo de una impresión, cuando ya se añadió otra, y yo, que necesito de lo concreto, me encuentro incapacitado para descifrar esto. Si pudiera entregarme a los hechos, a la alegría de saber de Epifanio, de estar con Magda, de poder tocar el pasado, y sin embargo, me siento harto de sensaciones, hubiera querido una por una y no todas a un tiempo. Este silencio pesa sobre mí, me oprime, me asfixia tanta tranquilidad.

—Ya está —dice Magdalena entrando a la cocina con el directorio telefónico entre sus manos—. Puedes hacer la llamada desde aquí. O si lo prefieres en privado.

—No, mujer. En un momento me desocupo y seguirás hablándome de Chiloso.

Mientras Manuel entabla la comunicación, Magdalena empieza a recoger la loza sucia y, en efecto, la conversación es muy breve.

—Listo. No hay problema. Llévame a verlo, Magda.

—En este momento no lo encontraríamos —se sienta frente a él.

—¿Por qué?

—Voy a empezar desde el principio para que me entiendas. Sucede que se ha convertido en un viejecito frágil y abandonado a su demencia tranquila, apacible. Se encerró en un autismo desgarrador y ahí está, a cualquier hora del día o de la noche, con una lata de cerveza vacía, la juega entre las manos, duerme con ella y...

—Llévame a verlo, Magda.

—A esta hora no está, se sale a vagabundear con el botecito en las manos, lo lanza hacia arriba y lo vuelve a asir. La gente ya se acostumbró, lo llaman el Loco del Bote. No se pierde, quien lo cuida lo va guiando. Se deja llevar. No oye, no habla, pero el día que le quiten su bote, seguro se muere. Al rato, después de la comida, vamos a buscarlo. No sientas pena por él, vive más feliz así que cuerdo. Es más, no tiene caso que lo veas, mejor sigue recordándolo como era antes.

—Quiero verlo.

—Nos daremos una vuelta entre las cinco y las seis de la tarde.

Ambos se observan en silencio y, ¿Qué carajos siento?, ¡me llevan los veinte mil demonios! Quisiera permanecer aquí, en medio de estas cosas simples; el café, el pan y Magda perturbándome. Sé que se hace tarde, discutimos y acordamos, ella es ella y

yo soy yo y algo común nos agita, nos imanta aunque sin perder nuestra individualidad. Un día más, siete de agosto o el que sea, qué importa si el tiempo se detiene ahora y ¡hasta con Epifanio!

—¿Es normal encontrarte aquí? —Manuel levanta la voz—. ¿Es normal que tu cocinera Rafi sea igual a Rafaela cuando era joven? ¿Es normal que tu recamarera se llame Petra como mi nana? ¿Es normal venir a saber de Epifanio, alguien tan unido a mí en el pasado? ¿Es normal la certeza que albergo de haber conocido a tu hija desde antes? —golpea la mesa—. ¿Qué hay atrás de todo esto, Magda? Exijo que me hables con la verdad, porque incluso, hasta tu invitación a quedarme, es un signo más de sospecha.

—Te invité a quedarte pensando en tu salud, Manuel. Pero te puedes ir a la hora que te plazca. Nada de lo que dices tiene sentido. Ni te mandé llamar, ni te traje hasta aquí, fuiste tú solo el que llegó solicitándome ayuda. El que las mujeres que trabajan en esta casa se asemejen o llamen igual a las personas que te rodearon en alguna época de tu vida, no es mi culpa y óyeme bien, recogí a Epifanio porque era mi deber. En todo caso eres tú el que se obstina en ver en todo alguna confabulación en tu contra —su voz es segura y resentida—. ¿No será parte de tu enfermedad? O tal vez tu manera de actuar te haga pensar que todo mundo procede igual que tú, siempre perjudicando al prójimo. Esa duda habla mucho de tu inseguridad.

—Mira, Magda...

—Es hora de continuar con el tratamiento. Digo, si es que quieres.

—Está bien, ¿qué vamos a hacer?

—Seguiremos con la conversación de ayer. Si lo deseas podemos tomar un poco de sol en el jardín, o nos vamos a la sala.

—Prefiero el jardín.

—¿Quieres tomar algo?

—Una cerveza, si tienes.

—Tómalas del refrigerador —Magdalena abre un cajón, saca servilletas de papel y una libreta pequeña que guarda en el bolsillo de su bata.

Salen. El sol los deslumbra un poco. Ella escoge un rincón cerca de las araucarias. Se sientan sobre el césped recién regado.

—Ayer hablaste de Nuevo Progreso, Rafaelita y la relación de tu padre con Gloria —Magdalena empieza.

—No quiero recordar eso —Manuel destapa las cervezas—. Ahora te hablaré de Epifanio. Mi buen Epifanio, llevándome a nadar al río y platicándome acerca de la finalidad de cada quién. Tuvieron que pasar muchos años para poder comprenderlo un poco. Fue hasta la preparatoria, allá en mis años desordenados, cuando el maestro de Filosofía me obligó a leer a Schopenhauer, donde lo volví a encontrar. Sé que Epifanio nunca lo leyó, pero al igual que el filósofo afirmaba que jamás hay límites para el dolor. Entonces, elevé a Epifanio a la categoría de hombre inteligente, porque es el genio el que más padece. Lo entendí, ¿comprendes?

—Claro, Manuel.

—Yo —se recuesta sobre el zacate, pone uno de sus brazos en la nuca—, comprendí que la vida está llena de obstáculos, pero desde entonces me propuse brincar las trancas.

—¿Lo has logrado?

—Hasta hace unos meses, sí. Ahora, con mi problema, no sé cómo desaparecer la pesadilla, me cuesta trabajo llevar mi vida de siempre. Tolero a las personas sólo como parte de mi actividad política.

—No será que temes el aislamiento, y la presencia de los demás te da seguridad.

—Soy lo bastante poderoso como para andar mendigando la compañía de alguien. He cosechado muchísimos triunfos más, desde la última vez que nos vimos.

—Lo sé —ella pellizca un poco de hierba—. No hay día en que no salga tu fotografía en los diarios, o algo referente a ti. Sé que eres Ministro de Relaciones Exteriores.

—Y sólo a ti te lo digo —Manuel se sienta, sus ojos brillan—. ¡Soy presidenciable!

—¿Y? —Magdalena habla sin inmutarse—. ¿Por eso esperabas que te recibiera con reverencias y genuflexiones? Olvídate de eso. Aquí eres sólo un paciente más; alguien que necesita ayuda. Un simple mortal que hace ostentación de poder porque carece de satisfacciones internas.

—Eres dura, Magda.

—Soy sincera, que es otra cosa. Me alegro que estés aquí, eso dice mucho a tu favor. Sólo en las plantas y en los animales inferiores no se encuentra el remordimiento.

—¿Remordimiento? ¿De qué, Magda?

—De llevar dentro de ti ese aguijón impulsándote tras el poder. Lo has logrado y te has entregado al mundo imaginario, donde los demás te han hecho creer que eres más que Dios. Ellos te comercializan, te manipulan para sus propios fines. Ésa es tu verdadera tragedia.

—Me estás llamando ingenuo —grita Manuel.

—Sí. Después de todo, ¿qué has logrado? Muchos millones en bancos extranjeros que no te llevarás cuando te mueras. Ése es otro punto que te preocupa: la vejez y la muerte.

—¡No voy a permitir que continúes! —Manuel se endereza.

—Ni te enojés, de igual manera no me voy a callar —Magdalena levanta los hombros y habla tranquila—. Sigues dominado por la violencia y los apetitos materiales; quisiste gozarlo todo y ¡tras!, tus satisfacciones sólo fueron aparentes, de ahí esa angustia, esos cambios de carácter.

La ve y, Sigue, ponte más porque yo sé que tú no tuviste un precio, pero con toda seguridad que nunca te ofrecieron poder.

—... Lo único que hace más llevadero tu padecimiento es el testimonio de tu

poder. Ahora te dan relativa calma varias cosas, por ejemplo, el halago de las personas, pero en el futuro, sólo te lo proporcionará el espectáculo del dolor ajeno. Quizá quieras pagar con mal el mal que recibiste en tu infancia...

—¿Qué me dejas entonces si no puedo sacar mis cargos para demostrarte que he triunfado?

—... Aún tienes sensibilidad, Manuel, para comprender que el mal no se lo haces a los demás, te lo haces a ti mismo —saca del bolso de su vestido la libreta pequeña y un lápiz.

—¿Qué te supones que debí haber hecho? ¿Dejar de adorar a los dioses de la tierra? ¡Qué locura! En el mundo, Magda, vas logrando posiciones con sólo levantar altares a quienes el momento te va colocando. De un momento a otro se te puede caer el teatrillo y ¡paff!, valiste madre. Si a mí no se me ha caído, es porque he invertido mucho tiempo y dinero. Soy como todo el mundo: me encanta mover los hilos para adecuar situaciones a mi provecho. Estoy adentro y adentro me quedo por mi puro gusto.

—¿Será? —abre la libreta.

—Sí.

—Titubeaste al contestar —anota algo.

—Algunas cosas me molestan poco.

—¿Qué en concreto? ¿Las drogas, por ejemplo?

—Algún tiempo consideré mala mi actitud. Creíble, dada mi edad de entonces.

—¿Ya no lo consideras?

—Sólo es un modo más de abrirte camino.

—¿Para llegar a dónde?

—A esto —Manuel se está cansando del juego.

—¿Al conflicto que te produce una pesadilla, alteraciones y dualidad de tu personalidad?

—Da risa que te expreses de esa manera; cualquier hombre envidiaría mi posición, mis triunfos, mi poder.

—Hay seres que lo tienen todo, menos ideales de vida superior, Manuel.

—Han de ser unos canallas.

—¿Cuáles son los tuyos?

—¿Los míos, qué?

—Tus ideales.

—Lo que tengo.

—Son pertenencias, no ideales —sigue cortando zacate—. Me da que no los tienes.

—¡Oye...!

—No hay coherencia entre tus actitudes utilitarias con las que me has platicado de Rafaelita y Epifanio.

—¿Qué tienen que ver ellos en esto?

—Quién sabe cuándo ni dónde, pero ellos fijaron algunos compromisos morales en tu formación. De ahí tu malestar al sentirte obligado a ejecutar ciertos actos; de sentirte culpable por haberlos realizado.

—No, Magda, no es por ahí. Nunca me he arrepentido por lo que he hecho.

—Te programas para así creerlo, en el fondo sientes indignación porque al final de cuentas nadie te obligó, de manera física o violenta, a eso. Ahora te enjuicias y las conclusiones alteran tu estado emocional.

—Nunca pienso en eso —Manuel enciende otro cigarro.

—¿Nunca piensas en los cientos o miles de jóvenes que han muerto a causa del vicio?

—Si tratas de decirme que soy el causante de la muerte de esos viciosos, estás en un error —exhala el humo con fuerza—. Esos muchachos resolvieron por sí mismos hacerse adictos: jamás inicié a nadie.

—Esas personas, casi niños, carecen de un carácter definitorio y son presa fácil de las influencias nocivas. ¿Por qué insistes en quedar exento de responsabilidad?

—No especules, Magda. He reflexionado lo suficiente sobre este asunto y...

—¡Ah! —lo interrumpe—. Creí haber escuchado que nunca piensas en eso.

—Está bien. Lo he hecho y te diré cuál es el problema: los padres. Cualquier chico carente de estímulos, afecto, vigilancia, comprensión, es seguro prospecto de vicioso.

—Qué cómoda salida para justificarte y cuánta necesidad hay en ti de creerlo.

—No por el hecho de que yo hubiera decidido meterme en esto, el problema no existiría. Sería el mismo, sólo que yo no hubiera salido de jodido.

—Ya —Magdalena vuelve a mirarlo—. Dijiste justo la palabra clave: salir de jodidos. Lo que viene a ser lo mismo que salir del fondo donde otros te habían colocado a ti y a Rafaelita. ¿O no pensaste en ella?

—Claro que sí —tira la ceniza del cigarro en la tierra húmeda—. Lo que más deseaba era sacar a Rafaela de ese mundo sórdido en el cual habíamos caído.

—¿Cuál mundo sórdido?

Me mira extrañada, hay razón. Nunca le comenté por todo lo que tuve que pasar. Cuando ella llegó a México, ya habían ocurrido muchas cosas; también le oculté otras.

—Si estás acostumbrada a la amplitud, comodidad, belleza y de pronto te meten a una palomera oscura, terregosa, ¿no te parecería sórdido?

—No es para tanto.

—No lo has vivido —tuvieron que recorrerse, el sol se robó la sombra que los cubría—. Cuando llegamos a México, para mí se presentó de golpe lo bajo, lo vil, lo ruin; hasta el Segundo me lo parecía. Después me fui adaptando.

—¿Cómo empezaste con el asunto de las drogas?

—En la facultad. El Segundo, otros amigos y yo formamos el Comité Socialista, nuestro centro de operaciones.

Magdalena opta por sentarse doblando las piernas por delante como las posturas de los yoguis. Atenta escucha el relato. Manuel habla y habla. Ella ocasionalmente interrumpe para decirle que ¡ah!, que qué barbaridad, o dibujar en la mirada un asombro patético. Mantiene la postura yogui hasta que Manuel llega a cómo conoció a Fernando Leyva y a su hija Marisela. Después, Magdalena se desanuda para acostarse boca abajo sobre el zacate.

—Lo demás, para mi gusto, es muy tedioso —Manuel se limpia el sudor.

—No importa, cuéntamelo.

Vuelve a ensartar los recuerdos del pedazo donde se había quedado y le dice a Magdalena que Marisela y el aburrimiento son la misma cosa. Ella lo mira en línea oblicua como no creyéndole. No es muy explícito en esta parte del relato; no hay mucho que contar. Manuel ajusta, con dos o tres pinceladas verbales, para describir su vida al lado de Marisela.

—Además de la sociedad mercantil indisoluble que formamos —le explica—, también nos une José Manuel.

—¿Él sabe de tu enfermedad?

—Bien a bien, no. Una o dos veces me visitó en el sanatorio en una de mis crisis, pero no hizo comentarios al respecto.

—¿Está preocupado?

—No lo sé, José Manuel no es dado a exteriorizar sus emociones.

—¿Marisela está preocupada?

—Supongo que sí; me animó a consultarte, ¿no?

—¿Querías venir?

—Al principio, no. Después de oírla veinte mil veces que tú eras mi última esperanza, decidí hacerle caso.

—¿Convencido o sólo para no escucharla?

La pregunta de Magdalena le parece redundante. Levanta la mano para retirarse el pelo de la cara, ve que el sol está bajando y piensa en que ha transcurrido mucho tiempo en puro hablar del pasado y en que tiene hambre.

—Supongo que por las dos cosas —contesta Manuel.

—Saca otras cervezas, ¿sí? —dice Magdalena mientras retira del horno un molde con carne. Manuel está sentado alrededor de la mesa de la cocina, gira el cuerpo y queda frente al jardín interior. Mira el verdor desparramado: sube sobre el ocre muro del fondo. Abre el refrigerador y extrae las latas heladas, sudorosas.

—Te debiste volver a casar, Magda. La mujer necesita un hombre.

—Te diré que es más lo que estorban que lo que hacen falta.

Los dos se ríen. Él destapa las latas. Ella se detiene un momento y pasa una inspección a la mesa, se agacha sobre un cajón del mueble y saca de ahí cucharas y tenedores.

—Tú y yo, Magda, debimos de habernos casado.

—Sí, debimos... —le sonríe. Deja encima de la mesa, y en viajes sucesivos: la charola con carne, los platos, los cubiertos y la sopa. Empiezan a comer.

Manuel saborea la carne y le va platicando su correría por el pasillo cubierto de espejos de su pesadilla. Le insiste acerca del olor desagradable, los días que se burlan, la niebla espesa y las figuras deformadas en los cristales. No puede evitar agitarse al querer transmitirle la absoluta sensación de desamparo que experimenta adentro del cajón de muerto.

—Tranquilo, tranquilo —le recomienda Magdalena y palmea una parte de su brazo desnudo.

Sigue con lo del altar mayor: grande, majestuoso, inconcebible. Sin ningún Cristo crucificado; sin ninguna María ni Magdalena, toda ojos de piedad; sin ningún santo semicalvo.

—En lugar de imágenes religiosas, Magda, una figura de reptil-mujer y las campanadas doblan al ritmo de su mirada. Es un espectáculo de luz y sonido aterrador. No puedo —insiste—, no puedo salir de mi propio cuerpo. Es una lucha angustiante donde voy perdiendo fuerzas, y ya a merced de lo que ignoro, siempre suena el reloj despertador que me rescata de esa lucha incomprensible.

—Vamos, vamos —Magdalena le señala el plato—. Dejaste de comer y se te enfría la sopa. Termina primero y luego continuamos.

Ella le sirve más carne de la charola, vierte más cerveza en los vasos y se hace patente la seriedad de su rostro. Queda en silencio llevándose el tenedor con el alimento a la boca. Manuel la observa y piensa que a lo mejor ya se cansó de todo lo que le está platicando. O que tal vez está pensando en ello.

Magdalena retira el plato a medio consumir, saca la pequeña libreta y el lápiz, se acaba la cerveza y limpia la humedad de las manos con una servilleta. Él sigue todos sus movimientos. La ve hacer líneas verticales en el papel blanco; unas más pequeñas que las otras y escribe abajo de la hoja: estructuras.

Él termina, a propósito hace ruido, acomoda su plato encima de otro, retira la silla, cruza las piernas y enciende un cigarro. Tanto ruido, no logra distraer la escritura de Magdalena que ahora anota: nivel superior, nivel inferior y cruza el primero.

Magdalena guarda la libreta, lo ve y entrelaza las manos.

—¿Y después qué, Manuel?

—¿Qué de qué?

—De tu pesadilla.

—Se acaba y ya.

—¿Siempre en el mismo punto?

—Sí.

—¿Es frecuente?

—Diaria.

—Bien —Magdalena se para—. No sé si quieres descansar un momento o ir a ver a Epifanio. ¿O prefieres que te dé a conocer las conclusiones de nuestras pláticas? Debemos analizarlas entre los dos.

—No, estoy cansado —Manuel mira el reloj—. Son las cinco y media. ¿Lo encontraremos?

—A esta hora sí, aunque te repito: no es nada agradable contemplar su desequilibrio.

—Quiero verlo.

—Bueno —se levanta y camina adelante de Manuel.

El sol desciende en el horizonte, camina despacio para ir a hundirse atrás de los cerros recostados al final del paisaje y, Cómo estará atardeciendo en México, porque aquí es inmejorable. Lo caliente del suelo, pasa a través de las suelas de mis zapatos y siento las plantas de los pies tibias, me pican igual que todo el cuerpo. Los rayos del sol son los mismos del mediodía: fuertes, se clavan en la piel y lastiman. Allá no puede uno bañarse de sol, sólo de puro aire viciado, ruido y desesperación.

Van por la calle asfaltada con jardineras que salpican la franja negra y ondulante por donde las personas sudorosas ríen o conversan al ritmo de su andar.

—Hay mucha gente, Magda.

—Es domingo.

Ningún viento mueve las hojas de los arbustos. Manuel lleva del brazo a Magdalena y va observando a la gente.

—Hace mucho calor.

—Estamos en plena canícula, Manuel. Justo cuando el sol ataranta.

Él se siente arrastrado como vara en la corriente de un río y le gusta estar ahí. No quiere alejarse de Magdalena y se imagina que es igual que cuando regresaban del colegio y le cargaba sus libros y le daba raspado de tamarindo y, A lo mejor me siento tan pleno por la novedad: para un día bueno, muchos, quién sabe.

—Debimos venir en el carro.

—Son tres cuadras. ¡Aguántate!

Todos saludan a Magdalena, se ve que la quieren, que la conocen bien. Ella les sonrío, les habla con familiaridad. A Manuel le agrada llevarla apoyada en su brazo. Piensa que él ya no patea las piedras del camino, ni ella roza con sus manos las rejas de las casas y se pregunta: ¿Cuándo envejecimos?

—¿Falta mucho para llegar?

—Poco. En la próxima esquina damos vuelta —Magdalena señala a la derecha—. La tercera casa es.

Manuel la observa y repasa algunas escenas de su vida: Muchas veces caminé a tu lado y creí no fijarme en los detalles de tu ropa. Fue hasta después que me dejaste cuando recordé lo bien que te quedaban los colores claros, igual al color del vestido

que ahora llevas. Lo mismo me sucedió con las pláticas de Epifanio, no les presté mucha atención en el momento, sin embargo, a través del tiempo me parece que lo escucho. Sobre todo cuando estoy solo y su recuerdo llena el hueco de mi soledad. Alguna vez pensé en buscarlo, nunca pude. Qué bueno que hoy lo voy a ver.

—Aquí es.

La casa es pequeña y pintada de blanco. Magdalena se adelanta, sube dos escalones y toca la puerta. Sale una mujer.

—¡Hola Sofía!

—¡Señora Magdalena! ¡Qué gusto! Estábamos extrañando su visita.

—Hoy no pude venir temprano. ¿Cómo sigue Epifanio? ¿Comió bien?

—Pase, señora —la mujer ve a Manuel y se hace a un lado.

—Viene conmigo, Sofía. Conoció a Epifanio hace muchos años. ¿Dónde está?

—En la habitación, señora. Caminó bastante.

Magdalena empuja a Manuel a la sala donde hay unos cómodos sillones, mucha luz y ventilación.

—No tienes por qué asustarte, Manuel. Si quieres, nos vamos.

—No.

—Entonces, sígueme por el pasillo.

El pasillo atraviesa toda la casa, es estrecho y está adornado con pinturas en las paredes.

—¿Por qué te paras? —dice Magdalena.

Manuel no contesta, la sigue despacio. Se detiene. En el hueco de la puerta se recorta la figura de un hombre, se encuentra sentado sobre el piso, en el centro de la habitación. Se balancea, se inclina para adelante, para atrás y lanza hacia arriba, sucesivamente, el bote y lo vuelve a agarrar. Quiere dar media vuelta y echarse a correr y, ¡No es posible que sea Epifanio! Ve que sus ojos son los mismos del pasado sólo que no parpadean y los tiene hundidos entre arrugas. Su pelo tan negro y abundante es ya una cinta blanca alrededor de su cabeza calva.

—Pasa, Manuel, siéntate. Él ni siquiera se da cuenta de que estamos aquí. Puedes tocarlo, volverlo, cargarlo y no suelta el bote. No le tengas repugnancia, en este tiempo Sofía lo baña varias veces al día.

Manuel se sienta encima de la cama y ve el rostro inexpresivo de Epifanio.

—¿Cómo fue, Magda?

—Cuando Muñeca me lo dijo, pensé que se trataba de un trastorno leve. Nunca imaginé el total abandono en el cual lo encontraría: sucio, con una anemia peligrosa, sin rumbo, sin casa, sin nada y además se deja llevar sin ninguna protesta. Pude dejarlo en un hospital: no tuve corazón. Epifanio nos regaló muchos ratos agradables de nuestra existencia. ¡Pobre! Se cansó su mente, su impotencia y nos largó a todos.

—¿Así se pasa el día?

—No, ve —Magdalena lo jala suave y Epifanio se pone de pie. Empieza a caminar en círculos por el cuarto—. Para detenerlo, basta volverlo a tomar y sentarlo.

—¿Se puede curar, Magda?

—No sé.

—Quiero llevármelo. Que lo vean los mejores especialistas de México. A lo mejor lo alivian.

—¿Como a ti, Manuel? No, Epifanio lo único que necesita es amor, compañía. Sólo deseo que nadie lo maltrate físicamente, ni tenga hambre, ni frío.

—Pero, ¿por qué, Magda? ¿Por qué acabó así?

—La mente es inexplicable —Magdalena toma al enfermo del brazo y lo sienta de nuevo—. Epifanio vivió su vida y tomó partido según su formación. Pero fíjate cuántos muchachos hay, en plena juventud, que se destruyen con la droga. Y no les importa nada. Saben que pueden terminar como Epifanio, en el mejor de los casos, porque casi siempre su locura es violenta, triste. Y sin embargo, pierden las proporciones de la vida, la voluntad y el vicio los embrutece. Para ellos sí sería mejor la muerte.

—Ya veo, vas a seguir con lo mismo —Manuel se levanta y rodea a Epifanio. Gira alrededor de él.

—No. Viene al caso y bueno, las comparaciones nos ayudan a reflexionar.

—Cuando ya transitaste un camino, Magda, no te puedes echar atrás, sólo seguir adelante. Más cuando estoy a un paso de llegar a la punta de la cumbre.

—¿Porque eres presidenciable?

—Voy a ser el próximo, te lo aseguro.

—Hasta ahora no he sabido de un solo ministro que no crea lo mismo.

—Vivo consciente de mis posibilidades y éstas son inmejorables: amarré muy bien mi turno —Manuel se recarga en la puerta y ve hacia el sol—. Mira, Magda, vinimos a ver a Epifanio y sacas otro tema.

Magdalena se sienta en el suelo, frente a Epifanio, y se mueve al mismo ritmo que él.

—Tienes razón, Manuel. Sólo quiero preguntarte una cosa más: ¿los demás prospectos a presidentes, tienen que ver con las drogas?

No contesta, pierde la mirada en la huerta y luego de mucho rato habla:

—A ti te lo puedo decir —entrecierra los ojos—: casi todos están adentro, el ejército, la marina... en fin, la mayoría de los de arriba nos dedicamos al negocio más productivo, sin pagar impuestos ni divisas.

—¡Ah! —pronuncia Magdalena, toca las rodillas de Epifanio y se pierde un buen tiempo en el mismo balanceo.

Manuel contempla a Epifanio y piensa en quién le iba a decir que al cabo de tantos años lo encontraría tan niño, tan sin mentalidad para entender que se equivocó aquel día cuando los despidió en la Central de Camiones y lo sentenció: «¡La Capital te va a quedar grande, Manuel!»

—¿Quieres cenar? —le propone Magdalena al regreso, cuando están entrando a su casa.

—No tengo hambre, se me antoja más un trago.

Desde el vestíbulo se siente el ambiente fresco que proporciona el aire acondicionado. Magdalena camina adelante y lo conduce a una estancia en la cual no habían estado.

—¿Qué quieres tomar?

—Vodka con quina, si vienes.

—Voy a la cocina por la libreta y en seguida te lo preparo. Siéntate, has de estar cansado: caminamos mucho.

—Me gustó andar por las calles del pueblo y sentarnos en la plaza de armas. Me borró un poco la triste impresión de ver a Epifanio y recordé nuestras vidas en Nuevo Progreso —Manuel ve en todas direcciones. El resto de la casa está a oscuras, en silencio—. ¿No habrá llegado Gaby? Me agradaría platicar con ella.

—No, estaría la música puesta; Gabriela es fanática del ruido. —Magdalena se va a la cocina.

Manuel reconoce que las horas se le han ido en dormir, comer, platicar. De lo otro, ¡nada! y, Es interesante descubrir que en esta sala, Magda tiene pinturas que me llenan más.

Manuel se encamina a la pintura que cuelga del muro central y está observándola cuando llega Magdalena.

—¿Te gusta?

—Sí. Es impresionista, ¿verdad?

—*Una salida de sol*, de Monet —Magdalena se acerca a la barra-bar, pregunta—: ¿Me pediste vodka con quina?

—Sí.

Pues este Monet impresionista —piensa Manuel—, es como un respirar fuerte, como un olvido al acoso de las presiones últimas, como un olvido de sí mismo. Epifanio ha de ver esto en su introspección.

—¿No te preocupa que Gaby ande tan noche fuera de casa, Magda?

—Aquí es igual que en Nuevo Progreso: todo mundo nos conoce. Han de venir entreteniéndose en saludar a los amigos. Lo bueno es que Samuel hace entregadero de muchachas y en paz —agarra un removedor y agita el contenido del vaso—. Vamos aprovechando el tiempo que resta para sacar conclusiones de estos dos días.

—Está bien —Manuel acepta la bebida e inclina la cabeza.

Se sientan en diferentes sillones. Magda cruza una pierna sobre la otra y empieza:

—Será una plática informal, Manuel. Diré mi apreciación en cuanto a las conversaciones que hemos sostenido. Sé que no vas a estar de acuerdo con algunas de mis opiniones. Tendrás tiempo para analizarlas y si quieres, puedes refutarme lo que

no te parezca.

—Bueno —Manuel bebe del vodka. El vaso, helado al tacto, suda los vapores del hielo.

—Los asuntos no resueltos desde tu infancia, Manuel, te han ocasionado una serie de transposiciones inconscientes en algunos de tus niveles.

—¿De qué niveles hablas?

—Primero te hablaré del inferior; el de los impulsos, el que reconoce como principio fundamental el placer. Tú le has rendido culto, sin haber recibido la gracia de sentirlo en forma plena. No quiero ser tan terminante. Lo habrás sentido, sí, pero le rehuyes, porque en ti, a semejanza de demonios y dioses, hay dos imágenes femeninas: Rafaela y Gloria. A mí me comparaste, en su momento, con Rafaela. A Marisela con Gloria... siempre.

—Oye...

—Espera, aún no termino —hace una pausa—. No sabría decirte a cuál de las dos odias más: ambas son responsables, en tu psique, del viraje que tomó tu existencia. A Rafaela la destruyes en cada relación sexual por esconder eso, digámosle animalidad o nivel inferior del que Gloria hizo desplante. Al final de la contienda venció lo torcido, lo maligno: la pasión por sobre la respetabilidad de un ser que no tuvo voluntad mientras, afectivamente, perteneció a otro, pero estaba, de igual manera, dominada por el instinto; el instinto refrenado por vergüenza.

Magdalena lo ve. Manuel arquea una ceja, da otro trago a la bebida y lento expone:

—Sí, te escucho, ¿qué más? —Cambia de posición en el asiento.

—Tú... —Magdalena agita el vaso a la altura de sus ojos y pierde la mirada en los hielos que se mueven—. Tú no querías volver la espalda a tu realidad hasta cierto punto normal. Estabas dispuesto a enfrentarla y tal vez, hasta a cambiarla, mas no te lo permitió Rafaela. En ese momento aceptaste la realidad de los otros como tuya por imposición, pero en lo sucesivo ibas a terminar, a cada rato, con quien fuera; al fin que al que destruías era a ti mismo, pues no tuviste valor de imponer a los demás la clase de vida que querías. Desde entonces viene la manipulación...

—Vivo como quiero.

—¿Llevándote entre las patas a todo el que puedes? —lo ve a los ojos. No olvides, yo fui una de tus víctimas.

—Pensé que era cosa del pasado: olvidada. Tú le das el giro que te viene en gana. Después de dejarme, te haces la que yo terminé aquello.

—Así fue.

Manuel descubre una mirada de resentimiento en Magdalena y, Entonces, sí pensó que dejaría a Marisela, pero ¡si era imposible hacerlo!

—Yo no te dejé, Magda, fuiste tú quien desapareció.

—Adelanté el desenlace.

—Yo...

—No quiero —se adelanta tranquila—. No quiero hablar más sobre eso.

—Bueno, volvamos al tema anterior. ¿Tratas de decirme que en mí el placer es irrealizable porque veo en cada mujer a Rafaela o a Gloria y que en cada hombre que he mandado matar me mato a mí mismo?

—No levantes la voz. No trato, te lo estoy diciendo.

—Cuánta razón tuviste en adelantarme que no iba a estar de acuerdo. No me convences, pero en fin... —emplea un tono de voz benevolente—. ¿Y el otro nivel?

—El segundo. Jamás viste a Rafaelita tan desamparada o tan llena de sufrimiento como cuando perdió al hombre amado o a su amor: esto inculcó tu capacidad amorosa, pero agigantó tu deseo de poder y fuerza.

—No, fíjate que no. Si alguien me hubiera dicho, el día que salimos de Nuevo Progreso, no que iba a llegar a secretario de Estado, sino a simple gobernador, me hubiera reído.

—Entonces ni siquiera lo soñabas. Pero, ¿cuántas veces lo soñaste ya adentro del narcotráfico? No te importó ni vidas ajenas, ni idiotizar jóvenes.

—Había que hacerlo; o ellos o yo.

—¿Siempre vas a estar justificándote? Si matas a un ser humano, y hay miles de formas de matar, el resultado de tu acción, en el mundo, es la sustitución de ese ser humano por un cadáver, ¿o no?

Manuel no halla qué contestar. Luego dice:

—¿Me sirves otro? —le ofrece el vaso a Magdalena.

Ella se va a la barra-bar y él piensa que esa conversación es absurda y que quiere regresar a México.

—Se ha tardado demasiado —comenta Magdalena desde la barra.

—¿Quién?

—Gabriela.

—¿Estás preocupada?

—No mucho.

Manuel la ve venir. Taconeando al ritmo del movimiento de sus caderas firmes, bien hechas y, sigue gustándome su cuerpo ondulante, más maduro, más de mujer.

—Discúlpame —le entrega la bebida—. Voy a hacer una llamada a ver si ya salieron de San Juan.

Manuel escucha murmullos. Enciende un cigarro.

—Asunto arreglado —grita colocando la bocina—. Samuel las traerá mañana a buena hora.

—¡Pero Magda!, es casi medianoche y no te había avisado nada.

—Llamó cuando andábamos en la calle.

Magdalena se vuelve a sentar. Se ven, se acarician con la mirada, suspiran y después de un rato, Manuel retoma la conversación.

—Es un mal necesario, Magda.

—¿Qué cosa?

—Matar.

—¡Ah! Será desde tu punto de vista.

—Hubiera preferido no hacerlo nunca. O más bien no mandarlo hacer, pero en esto, tarde o temprano se convierte en un acto tan normal como enviar un telegrama o dar cualquier orden. A veces por la seguridad del sistema; a veces por intereses personales.

—¿Normal? Claro, en lugar de castigo reciben una mejor posición como premio. Quizá pronto las cosas cambien.

—¿A qué te refieres?

—A nada en particular —ve su reloj—. Sólo que tú reflejas a un hombre que no está en posesión de sí mismo; fuera de autenticidad.

—¿Que yo qué?

—Que tuviste alternativas de existencia, pero escogiste la que ahora te molesta y vives justificándote.

Manuel no contesta a eso, lo intranquiliza la última actitud de Magdalena, obsesiva ve a cada segundo la hora.

—¿Esperas a alguien?

—No. A quién tan noche.

—Entiendo, es tarde. Es tiempo de irnos a dormir.

—Espera, Manuel. Otro vodka y a la cama.

—¿A la misma?

—Por qué no. Es cuestión de reconsiderarlo —al tomar el vaso de Manuel, dice desde su altura—. Yo tenía un pendiente no resuelto, que empezaba a molestarme, pero está a punto de quedar solucionado.

—¿Se puede saber cuál?

—No —Magdalena se aleja—. Es un asunto personal, sin importancia.

—Todo lo tuyo es importante para mí.

—Entonces, permíteme que prepare los tragos y en seguida te lo confieso.

La ve irse y, Tanto hablar y hablar para caer en la cama: lo que ella y yo estamos deseando desde el primer momento de volver a vernos.

Manuel oye unos golpes en la puerta. Fuertes; lo sobresaltan.

—Están tocando, Magda.

—¡A esta hora! Qué raro.

Suspende la ocupación y se encamina a la puerta, Manuel va detrás de ella. Los golpes crecen en intensidad y rapidez.

—¿Quién? —grita Magdalena temerosa de abrir.

—Buscamos al licenciado Herrera, señora —se escucha una voz masculina. Vigorosa, angustiante.

Magdalena le señala un visillo por donde se ve al exterior.

—Abre —ordena Manuel—. ¡Es el comandante Argüelles!

—¿Qué haces aquí? —Manuel mira sorprendido la agitada irrupción de Joaquín

Argüelles.

—Urge que nos vayamos, Manuel: ha sucedido una terrible desgracia.

—¿Qué? —exige alarmado. Piensa en Rafaela.

—Tu hijo, Manuel —le notifica apesadumbrado—. José Manuel ha sufrido un lamentable accidente.

Lunes 8

*Lleno de mí, sitiado en mi epidermis
por un dios invisible que me ahoga
mentido acaso
por su radiante atmósfera de luces
que oculta mi conciencia derramada,
mis alas rotas en esquinas de aire,
mi torpe andar a tientas por el lodo;
lleno de mí —ahíto— me descubro
en la imagen atónita del agua,
que tan sólo es un tumbo inmarcesible,
un desplome de ángeles caídos...*

JOSÉ GOROSTIZA

Está ahí, en el centro de la consternación. Frío, gris, con las empuñaduras de plata; asideros helados que emergen del féretro como decreto irrevocable de la muerte. Está ahí, adentro del cajón, preso de la nada. Rafaela lo ve como dormido, perdido en un sosegado silencio. Dormido (semejante al artificioso sueño de los fakires de las ferias). La noche se encuentra a mitad de su carrera bajo otro velo oscuro, transitorio, y las gentes sentadas; muchas personas en todas partes. Charlan del tiempo, del futbol, o del triste final de José Manuel. Algunos comentan que fue una vida joven segada en plenitud. Los pasos, se oyen los pasos; unos se alejan, otros son nítido taconeo golpeador del mármol. Retumban en el recinto extenso y lujoso de la funeraria. Caminan, hablan, beben té, café, encadenados a su naturaleza; a la muerte inevitable que entre sorbo y plática los hace reflexionar un poco, y de lejos, en la interminable sucesión de difuntos como si nunca, a nadie, le fuera a tocar un día estar en el lugar de José Manuel que lleva en su vestido fúnebre a la humanidad sin memoria. La cabeza hermosa, cuidadosamente maquillada, sobre la seda blanca henchida de blandura, y Rafaela reza:

—*Señor Dios que nos dejaste las señales santas de tu pasión bendita...*

Marisela los mira desde atrás de los cristales ahumados, clava la mirada en los trajes negros que van y vienen de los cuatro extremos del espacio oloroso a muerte. Los concurrentes la abrazan, la aprietan, la estrechan, y ella deja caer un suspiro en cada solapa de pésame.

—... *Cuando por José fuiste bajado de la cruz, concédenos señor ¡oh! piadosísimo Señor...* —Rafaela está seca, intentando quebrar en el centro de sí misma el deseo de ser Dios para devolverle la vida a su nieto, y ni siquiera tiene el consuelo de la tierra fértil; ya no puede ser fecundada. Es tierra árida, seca hasta para llorar. Muerta, más muerta que el cadáver de su nieto, pero oye las risas ahogadas, los falsos llantos, las palabras convencionales, esparcidas a uno y otro lado, las que salpican la función luctuosa y la hacen típica, verdadera.

El Segundo hace su entrada al velatorio y las gentes, gentes al fin, se entrecruzan, chocan entre sí, se convierten en un manojito de delirio colectivo y él espanta a la gente, la empuja tratando de llegar al cajón, mientras se va diciendo que todos son unos cabrones, hijos de su chingada madre que no se mueven. Saluda a los muertos, más muertos que su ahijado; igual de muertos que él. Chaparro, encanijado, el pelo le empieza a canear y el débil tórax se enjuta hasta las manos peludas del Segundo.

—Señor Ministro, ¡qué lamentable desgracia! —el Segundo oye la frase correcta, atiplada y dicha con propiedad de algún reportero de la prensa.

—La familia política del país —contesta el Segundo— nos solidarizamos al dolor que embarga a nuestro compañero y, en particular, amigo personal desde la infancia, el señor licenciado Manuel Herrera, Ministro de Relaciones Exteriores. —Y sigue empujando a la bestia de estrato inferior que asnadamente le abre paso.

Marisela espera al licenciado Ramón Alfaro para dejar caer otro suspiro y piensa en que por qué no llega Manuel. Y Manuel ya próximo a llegar. La avioneta vuela

casi a la altura de los rascacielos, abriendo los labios de esa noche más larga que la tierra, más ancha que el mar. Oye el ruido de los motores y aprieta más y más sus manos. Se imagina que es el grito agónico del Segundo y recuerda que le había dicho que era un pinche cabrón hijo de su puta madre, cuando Joaquín Argüelles, todo apesadumbrado y con ese aire de quien no quiere dar la noticia porque ésta es demasiado triste, le dijo:

—Tu hijo murió de una sobredosis: Ramón Alfaro tenía tiempo alivianándolo y estaba junto a él cuando murió.

Manuel destraba las manos y coloca una, húmeda, pegajosa, sobre el cinturón de seguridad y aprieta fuerte, con ademán brusco. El hombre vestido de militar ya se había cansado de escuchar durante todo el trayecto: «Es un crimen, Joaquín: Ramón mató a mi hijo.»

—Entiéndelo, Manuel —le dijo por enésima vez—. Las disposiciones del señor Presidente, en cuanto a la normalidad que deben aparentar Ramón y tú, son para protegernos. Sería un golpe tremendo para el sistema: los dos forman parte de su gabinete y, ¿te imaginas?: El hijo de un Ministro muere a causa de la sobredosis que le administró un colega de su padre. Esto, Manuel, puede ser una hebra peligrosa que desenrede la madeja del narcotráfico.

El ministro de Relaciones Exteriores lo sabe, pero no quiere aceptarlo. Tampoco logra asimilar que la muerte de José Manuel haya ocurrido en su casa de Ixtapa y que nada menos fue su amigo Ramón quien hundió a su hijo en el *viaje* del cual ya no regresó y piensa que cómo serán las cosas, que él tan tranquilo, tan campante, tendrá que saludar a Ramón y recibir el pésame hipócrita, falso, de ese hijo de puta. El aparato bimotor da varios tumbos antes de tomar tierra. Ven la luz; viene del hangar presidencial. Muchos guachos alumbran la pista, corren en todos sentidos.

—Manuel —dice Joaquín Argüelles. Un hombre grande y peludo. Usa un tono de voz confidencial, pero cavernoso—. Saliendo de aquí es tu pedo. Allá afuera hay un chingo de reporteros. Ya sabes, los medios de difusión están bien controlados y la versión oficial es que tu hijo se ahogó en la alberca de tu residencia. Fuera de eso no sabes nada. Ahora, si quieres mi opinión te diré que si la haces de tos, también me chingas a mí. Tu suerte es la mía, ni ahora ni nunca te dejaría solo. Contigo me hice y contigo acabo. Pian-pia-ni-to, pian-pia-ni-to; algún día será... Algún día —le está hablando demasiado cerca del oído y aun así, se acerca más—, nos chingamos al culero del Segundo, pero sin comprometernos, ¿eh?

El avión frena, frena. El Perro también frena el avance de la cólera que le estalla por dentro, sin hacer ruido. Rechina los dientes al tiempo que se imagina sentir entre sus manos el cuello del Segundo como si tuviera un hilacho que grazna al estrangularlo y, No puede ser. José Manuel, no. Me callaré, pero ya caerás, puto Segundo.

Y el Segundo olfatea la cera quemada de los cuatro cirios. Está apretado a la Changa y al pelón Bayano, a un lado del féretro. Tan apretados se hallan que ni el aire

puede pasar entre ellos, sin embargo eso a él no le importa ni hace caso de la multitud que a cada instante llega como río que desbordara hombres. Él sólo insiste en que se lo dijo: «Te vas a matar, ya no Pepe. ¿Viste a dónde llegaste, pendejo? —ve la cara muerta del cuerpo sin vida y aun así lo imagina aspirando el *talco* con esa nariz próxima a carcomerse—: ¡A la muerte!» Yo ya no quería darte, pero a ti ya no te importaba nada, sólo disfrutar de tu maldito vicio. ¿Y eso cómo se lo digo a tu padre? Cómo le digo que nada te interesaba más que aspirar el *polvo* como los chuchos en celo que olisquean el culo de las perras: desesperados.

La primera vez que Ramón Alfaro vio desesperado a José Manuel, estaba sentado a su lado en la avioneta de dos motores y ocho plazas. Fue una de aquellas ocasiones cuando juntos pasaron un fin de semana en Ixtapa y él se dio cuenta de muchas cosas desagradables. La casa se hallaba construida en una playa desierta aunque contaba con todos los adelantos de la vida moderna (incluyendo aeropuerto y servidumbre).

—Mira, Pepe —trató de calmarlo señalándole la franja de arena que bordeaba el pedazo del paisaje que aparecía por el hueco de la ventanilla—. ¡Qué bonito se ve desde aquí!

—Ajá —ni intento hizo por asomarse.

Y entonces, el Segundo se preocupó porque no le gustó su semblante, parecía enfermo, las manos le temblaban y sudaba mucho más de lo normal. Calculó que no le costaría trabajo lograr que le contara el motivo por el cual andaba así: abatido, triste.

—¿Qué pasa contigo, hijo?

—Nada, estoy aburrido —el muchacho cerró los ojos y levantó los hombros queriendo escapar al interrogatorio.

—Otro pleito con tu padre, ¿eh? —habló Ramón—. Vamos, no te pongas así. Entiéndelo, Manuel sólo quiere que rectifiques esa vida tan sin provecho; la estás desperdiciando a lo tonto.

Los dos callaron y Alfaro iba a continuar hablando, pero prefirió no exteriorizar su pensamiento a ver si el joven argumentaba algo a su favor. José Manuel únicamente se removió en el asiento.

—¿Te metiste en algo gordo, Pepe?

La avioneta descendía acercándose a una mancha gris. Ramón se puso los lentes oscuros para enfrentarse al intenso sol del mediodía y, ante el silencio de su acompañante, repitió la misma pregunta. Él, molesto por la insistencia, vaciló antes de contestar:

—¿Problema gordo? No, hombre. Y si así fuera, ¿dónde está la preocupación?: papá siempre lo resuelve todo. Además, no te hagas, bien sabes lo que me pasa. Tú tienes experiencia en esto.

El Segundo no entendió, sólo trató de animarlo. Su actitud era amistosa.

—¿Cómo lo voy a saber, si no me lo has dicho? Anda, cuéntamelo. Al fin y al cabo, no nada más soy tu padrino, también tu amigo, ¿o no?

—Conste, tú tocaste el tema. Después no te vayas a hacer el occiso —perdió la mirada en el azul del cielo, aclaró la voz y continuó—. Se les olvidó, a ti y a mi padre, ponerme al tanto de lo de las drogas.

—¿Qué? —Ramón pegó un respingo.

El muchacho le revisó todas las reacciones y al cabo de un instante, ahondó en el tema.

—Eso, lo del narcotráfico. No sé por qué me lo ocultaron —e indiferente varió la plática—. Abróchate el cinturón. Vamos a aterrizar.

La avioneta tomó tierra golpeándose contra la pista y los tumbos les produjeron un brusco traqueteo. Los dos oscilaron sobre el asiento. José Manuel vio su reloj pulsera y comentó:

—Hicimos buen tiempo.

El Segundo asintió con la cabeza y, Tarde o temprano se iba a dar cuenta. Se lo dije muchas veces al Perro, pero siempre dijo que él no, que a su hijo no lo metería en esto. Yo creo que por eso aceptaba los viajes de Pepe. Pobre muchacho, yo que lo conozco tan bien, tan dado al rate y a las pendejadas, no quiero ni imaginarme lo que habrá sentido cuando lo supo, menos mal que cuenta conmigo. ¿Quién se lo diría?

José Manuel buscó el broche del cinturón y, Querías saberlo, ¿no? Pues ya está. ¡Qué mirada tan estúpida estás haciendo! Seguramente esa misma expresión puse cuando me lo dijo Bayano. Él me despertó de mi sueño y, en verdad, hubiera preferido saberlo desde siempre. Ahora, ninguno estaremos libres un instante. No tenemos derecho a estarlo porque hay cosas que nos hacen sabernos despreciables. Sin embargo, aun cuando nos torturan, no nos atrevemos a renunciar a ellas. Ustedes, papá y tú, son prisioneros de su poder; yo de mi vicio: ¿Cuál será más desquiciante?

Cesó el movimiento y sólo percibieron un ligero ruido de las turbinas que luego desapareció. Se desabrocharon los cinturones y hasta ese momento escucharon el mar: chocaba contra los arrecifes como si quisiera salirse a invadir la playa. A partir del arribo, se dedicaron a estirar las piernas y a dar órdenes al piloto y a los criados que los esperaban. Descendieron de la avioneta y se echaron a caminar hacia la playa. El sol brillaba como nunca y la brisa húmeda, adherente, envolvió sus cuerpos. A José Manuel le gustó el silencio, la soledad.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Ramón.

José Manuel lo vio y, Me cuestiona como si temiera que me haya relacionado con gente indeseable, sucia: qué risa, ¿igual a ellos? A lo mejor empieza a justificarse como sucedería con papá.

—No recuerdo —dijo José Manuel y se agachó a arremangarse el pantalón—. Quiero entender qué clase de protección pensaron darme al ocultármelo. Te aseguro que si desde niño hubiera estado relacionado con esto, lo vería normal y mi manera de ser sería distinta. Ahora, nada tiene remedio.

Ramón Alfaro también estaba nervioso y ya no veía la hora de salir de ese asunto. Reconoció que, después de todo, José Manuel tenía derecho a la desesperación porque había recibido un golpe mal intencionado y, Ojalá se encontrara aquí el Perro, así entre los dos se lo explicaríamos. ¿Lo entendería? ¡Vaya chingadera!

—Está bien, Pepe. En el estudio hablaremos —estaban entrando a la sala de la casa.

—Nada tienes que explicarme, padrino. Más bien soy yo el que debe ponerte al tanto —sacó un paquete de una cómoda y se dejó caer en un sillón—. Llevo varios días enjaulado y ya no aguanto más —excitado empezó a desenvolver el envoltorio—. Me gustaría que nos drogáramos juntos. Qué prefieres, ¿ponerte alto o bajo?

Ramón trató de arrebatarle el bulto.

—¿Qué te pasa, viejo? No me digas que tú no le entras. Ándale, ¡es padrísimo! Cada viaje te saca de esta cabrona vida. No sé por qué el último ondón es mejor que el anterior.

Alfaro le suplicó que no lo hiciera, que no agravara más las cosas, que él se lo diría a su padre y entre todos le ayudarían a rehabilitarse.

—¿Y quién te dijo que me interesa cambiar, viejo? ¡No! si esto es fantástico, y no se te ocurra decírselo a papá, viejito, porque entonces le diré que tú me iniciaste en el vicio. ¿Qué te parece? —se sentó en un rincón dándole la espalda y aun así, continuó hablando—. ¿De verdad no quieres? Tengo ácido, hashish, heroína, coca... Lo que quieras, hombre. No hay fijón, al fin y al cabo mi proveedor trabaja con ustedes. Me parece que en lo sucesivo me la vas a tener que regalar.

Y de pronto ocurrió un cambio sorpresivo: empezó a brincar alocadamente. Gritó y gesticuló durante mucho rato. Después se sentó en el suelo. Tranquilo, sin expresión, estuvo varias horas examinándose, alternadamente, las manos.

El licenciado Ramón Alfaro detiene la mirada en las manos del cadáver y, Se lo debí de haber dicho a Manuel porque tú, qué a gusto, nomás te moriste y ya, pero yo sigo aquí donde me dejaste: bailando en la cuerda floja. ¿Qué necesidad tenía de seguirte el juego? No sé si fue el miedo al Perro o tú, a insiste e insiste y ándale y ándale. ¿Y ahora qué va a pasar? Sólo estoy esperando que me llame el secretario del secretario; de seguro, mínimo me mandan de embajador a sabrá Dios dónde. Lejos, lo más lejos posible, sin ninguna posibilidad de llegarle, junto con el Perro a la Grande, porque por más que les diga la verdad, que lo hacía por compasión, nadie me creerá cómo te hincabas llorando, desgastándote la vida en cada grito de «otro poquito, por favor; la última Segundito, por favor, la última». Y ahí te arrastrabas enredando piernas y brazos hasta que parecías una culebra retorciéndote. ¡A mí que no me salga tu padre con que no lo sabía!, si ya eras los puros huesos forrados. Vuelve a ver el cadáver y mueve la cabeza a los lados como diciendo que no.

—*Señor Dios que nos dejaste las señales santas de tu pasión bendita...* —reza

Rafaela. Sigue postrada en el mismo sitio del principio, con los brazos en cruz y gimiendo. Está erguida como tronco de árbol viejo, plagado de cicatrices, pero no se dobla. Sus dedos artríticos han recorrido la redondez de cada cuenta del rosario infinidad de veces. La voz cascada no se cansa de resbalar, balbuceante, por los poros salitrosos de su piel surcada por el tiempo. Nada le dice ese sonido de palabras, sonido que se confunde con el murmullo persistente de los demás. Palabras frágiles como la esencia de quienes las pronuncian tan distantes: de una manera tan ajena a su dolor. Nada le dice el rozar mecánico de canica tras canica hilvanadas en la hilera inacabable de Ave Marías. Siente los abalorios firmes, separados por una hondura de abismo entre cuenta y cuenta por donde se cae el mar de los naufragios y cambia, sin fijarse, de un misterio a otro repitiendo lo de *Señor Dios que nos dejaste las señales santas de tu pasión bendita...* Continúa sobándolas, pasa los dedos torpes y deformes por cada curvatura metálica e imagina acariciar la frente de José Manuel, la helada frente que nunca calentó un mimo de su mano y el sufrimiento, por ser tanto, se queda sin caberle. El cuerpo pequeño de Rafaela no hace más bulto que una sombra sentada en una esquina del sillón grande, negro, donde se encuentra casi sin peso ni voluntad. La sombra de mujer es un montón de años que mira, con obstinación, un punto opaco en el marmóreo suelo y en forma patética mueve labios, manos y trata de desaparecer el oscuro Génesis que la etiquetó como producto de segunda clase. Clama por inercia a un Dios que desde el principio de la creación la subordinó a la costilla de Adán y si bien recita las palabras, por dentro su pena se está transformando en una cólera callada y, Cualquier herida, Señor, cualquier maldad, cualquier desgracia, pero no de parte de mi propia descendencia. ¡Oh Dios! Eres un adversario sin piedad, Señor, en ti hay veneno de serpiente. Blanco de tu ira somos y tu furia, furia de enemigo, es peor que la de la bestia. ¡Qué bien siento tu juicio sobre mis canas! Juicio de milenios. Tienes una medida grande y otra pequeña para sancionarnos. Para mí es la más grande porque soy mujer y madre. Suspira angustiada y limpia en la mejilla un sollozo invisible; olvidó que sus ojos están viudos de lágrimas. Ve la cauda de hombres bien vestidos que desfilan, con el morbo en la mirada, ante el ataúd de su nieto y continúa recordando la rebelión de Job: «Los malvados remueven los mojones, roban el rebaño y su pastor. Se llevan el asno de los pobres, toman en prenda el buey de la viuda ¡y sigue Dios sordo a las súplicas!» y, Tú, José Manuel, fuiste una víctima más del hedor humano y ahora estás ahí durmiendo el sueño de la nada. Después de todo: el duelo por tu muerte durará nueve días; yo sufrí demasiados doliéndome de tu vida. Encoge los hombros y vuelve a aferrarse a las cuentas duras del rosario; murmura las jaculatorias de su propia muerte.

Marisela gime desesperanzadamente y tiene, en el rostro pálido, una expresión desvalida, un aire de trágica resignación. Sentada a su lado se halla su madre. Doña Julieta ve la caja y, Muerto, José Manuel está muerto. Y qué le vamos a hacer... si al chico se le educó como a un rey, si estuvo siempre rodeado por su madre, por mí, y

acabó ahogándose. Cómo Dios permitió que le pasara esto a nuestro muchacho si era tan joven, tan guapo, tan inteligente. Y Marisela, ¡pobrecita! Cómo ha podido soportar tanto dolor. Con razón se le ve muy desmejorada, da lástima. ¿Cómo pudo sucedernos esto? ¡Ay Fernando!, si al menos vivieras nos darías el consuelo que tanto necesitamos. Pero, no. Qué bueno que te moriste. Ni siquiera tú hubieras podido comprender cómo pudo pasarnos esta desgracia —se vuelve a ver a Rafaela—. Ahí está la vieja, la madre de la cochinateda de hombre que es Manuel, y está haciendo teatro. Seguro quiere que la vean afligida, que la compadezcan. Me molesta ver cómo llora. ¿Cómo va a sufrir si casi no convivió con él? En cambio nosotras... está mucho más avejentada que yo y vamos en edades. Siente frío porque empieza a refrescar. Va a ordenar que pongan más aparatos en funcionamiento y vuelve a suspirar. Marisela también exhala un suspiro más sobre el hombro de la Changa que le dice que la acompaña en su sentimiento, señora. Ella contesta que gracias y lo ve alejarse. La Changa camina como los depredadores al acecho de su presa y se detiene hasta tomar de nuevo su lugar a un lado de los de su misma especie, Al cadáver le habían pintado rubor en las mejillas y lo habían vestido con una camisa blanca, muy bonita. De tan bien arreglado y joven, parecía un niño durmiendo. La Changa no siente remordimiento alguno al verlo muerto. Intercambia una mirada con el Pelón Bayano. Se están diciendo que les salió a toda madre.

—Esta madre es estupenda —dijo José Manuel y se le alegró el rostro cuando vio la *hierba* que le había ido a entregar la Changa.

Estaban en el lujoso departamento de la capital, el que le compró Manuel y, Sólo a ti te la traigo personalmente, pero, ¡diablos!, en el futuro valdrá la pena tantas molestias que me estoy tomando.

—Es estupenda —repitió José Manuel—. Se le nota la pureza a kilómetros.

La Changa no soltó la droga. Nada más le permitió olerla de pasada.

—Ya sabes que para ti aparto de la mejor —y la guardó en el portafolios.

—Oye pero... —el muchacho intentó reclamarle.

La Changa se hizo el sordo y se hallaba como de costumbre: afectuoso, natural. Se tiró en un sillón como lo haría en su propia casa y empezó:

—Voy a pedirte un favor, hijo, y espero que lo entiendas. No es de ninguna manera una condición para darte esto —golpeó la carpeta—, pero una vez que me hagas ese favorcito, la droga es tuya.

José Manuel levantó los brazos en un ademán desesperado y se fue a sentar encima de unos almohadones que había regado por el suelo.

—¿Qué quieres? —lo miró impaciente.

—Se trata de que al señor Presidente le está preocupando la enfermedad de tu señor padre —la Changa recogió las piernas y ladeó la cabeza.

José Manuel se alisa el pelo y, Acaba de una vez, maldito viejo. Bien sabes que

haré lo que me pidas; mi cuerpo ya hace rato que empezó a pedírmela.

—En el medio —prosiguió la Changa— se especula sobre Manuel. Se dice que en caso de ser el candidato a la presidencia de la República, no aguantará la campaña; de que si dirá los discursos con la suficiente vitalidad para convencer; de que si el pueblo le dará su voto a un hombre con semblante enfermo...

—Abrevia, ¿sí? —lo interrumpió el joven.

—Para nosotros, los del equipo, sería muy desafortunado que Manuel no llegara a ser el próximo...

Continúa alisándose el pelo y, A otro perro con ese hueso. Todos andan de lameculos con tal de que se les haga.

—... Por lo tanto y movidos por esa preocupación dimos con una persona capaz de aliviarlo. Sólo que no podemos aconsejarle que vaya a verla; ni caso nos haría.

José Manuel se apoyó en la mesa de centro de estilo oriental y con adornos de oro. Dijo irritado:

—Ya sé por dónde vas, Changuita, pero qué lástima; a mí también me manda a la chingada.

—Lo sabemos, hijo. Tenemos planeada una cadena. Tú convences a tu mamá de que Manuel ha de ir con esa mujer y a la vez tu mamá terminará convenciéndolo a él.

—¿Cuál mujer?

—Una curandera.

—¿Curandera? Ni lo sueñes —las manos le temblaban y las quiso esconder entre las piernas—. Papá no es de esa onda.

—Sabemos que costará trabajo, hijo, pero aquí está la recompensa —sobó el portafolios.

—Mira, Changuita —José Manuel se recostó en los cojines y se puso a tronarse los dedos—. No sé que chingados pretenden, pero no cuenten conmigo. Si es por eso —señaló la cartera—, la puedo conseguir por otro lado. Así que ahueca y punto.

—Bueno —la Changa se levantó—. Nada más quiero recordarte que desde siempre yo te surto. A lo mejor no sabes que nadie se atrevería a vendértela. Anda —le señaló el teléfono—, inténtalo. Habla a los proveedores que conozcas, si es que conoces a alguno, a ver qué te dicen.

José Manuel dobló las piernas y hundió la cabeza entre ellas. Estaba desesperado y comenzó a sollozar.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué yo?

—Es por el bien de todos —la Changa se acercó y le acarició la cabeza—. En realidad, la señora no es curandera; es doctora y psicoterapeuta. Sin embargo, Manuel ha consultado tantos especialistas que si le hablamos de otro, nos manda al carajo. En concreto, si tú logras que Manuel vaya a Santa Cruz de los Morados a verla, nunca te faltarán *torpedos*.

—¡Ah!, y ahora hasta Santa Cruz de los Morados. ¿Por qué mejor no traen la doctora a México? —José Manuel lo vio hosco.

—Lo intentamos —la Changa empezó a caminar alrededor del vicioso sobándose la barbilla—, pero esta persona es muy profesional; no quiso dejar a sus enfermos. Te lo aseguro, hijo. Es muy acertada y tu padre acabará queriendo verla si tu madre le insiste. Entiéndelo, no hay nada malo en esto, sólo queremos el bienestar de todos.

Callaron. El muchacho alzó el rostro. La mirada perdida le dio vueltas a la estancia y, Quiero decir que no. Quiero mandarlos a la chingada y quedarme aquí entre estas paredes de vidrio. Quiero que me vuelva a gustar oír, desde esta altura, los rumores de la ciudad y ver su iluminación. Quién sabe desde cuándo me repito esto. Quién sabe desde cuándo no puedo disfrutar, en mi sano juicio, de las luces, la música...; pero hubo una época en que eso me sacudía de emoción con la misma intensidad con que ahora mi cerebro reclama la droga.

—Por fin, ¿curandera o doctora? ¿Por qué mientes, Changa?

—Lo que pasa es que queremos ayudarlo y está bien, te voy a hablar sin tapujos —se acercó a él y le tocó un hombro—. Tu padre conoce a esa mujer desde la infancia; tuvieron una larga relación amorosa, aunque ella terminó por dejarlo y ¡las pendejadas que le vimos hacer a Manuel a raíz de eso! ¿Crearías si te digo que desde que perdió a la amante, anda mal? Bueno, tú lo has visto. Sé que es ridículo, infantil, pero no hay peor lucha que la que no se hace. Necesitamos a Manuel con todo su antiguo equilibrio para ahora que se aproxima el destape y estamos seguros de que si logramos que Magdalena y él se vean... —cerró un ojo en forma picaresca—, a tu padre se le vuelve a levantar el ánimo —sin pausas, sin dejar de ver el rostro como ausente que lo estaba escuchando, insistió—: ¿Lo ves?, no hay nada malo en esto.

José Manuel hundió los codos en los cojines y, No acabo de darme cuenta bien a bien de tu propósito. No te creo ni media palabra, pero me siento incapaz de pensar en nada.

—Si el único afán es que continúe esa conmovedora historia de amor, ¿cuál es el problema? Dile a mi papá dónde encontrarla y si a él le interesa, te aseguro que la busca.

La Changa se puso de pie y, Muchacho imbécil, si de eso se tratara, malajos si íbamos a andar de alcahuetes. Le explicó:

—Cuando se está en el lugar en que está tu padre, no se pierde el tiempo en andar encontrando antiguas amantes: ni siquiera se ha dado cuenta que esa mujer le hace falta.

José Manuel se dobló con las manos en el estómago, empezó a gemir y a medio lloriquear con unos sonidos guturales y gritó:

—O-ofrécele di-di-nero a esa pu-puta y ¡ya! Por favor Changa, ¡me muero! —y se puso a gritar y a escupir sobre la alfombra. Después se arrastró hasta el sillón donde se encontraba el portafolios y quiso abrirlo. No pudo, tenía combinación. Entonces, lo arañó mientras lloraba.

—Calma, muchacho, calma —la Changa sacó una jeringa y tomó el brazo derecho de José Manuel—. Te voy a inyectar un poco del rápido, sólo lo necesario

para poder terminar esta conversación.

Al momento, José Manuel dejó de parecer un ratoncito arrinconado y exigía:

—¡Más, cabrona Changa, más!

—Toda la que quieras angelito, pero hasta que se haga lo que te pedimos. Así que ¡carajos!, termina de llorar y contrólate. Óyeme bien: el trabajo está adelantado. Alguien lleva tiempo poniendo, en la puerta de tu casa, de esas supercherías que usan en los embrujos con el fin de sugestionar a Manuel. Se las mostrarás a Marisela y empezará a decirle que a tu padre le hicieron un trabajo de éstos. Le hablarás de casos iguales, y que la curandera los alivió...

—No me creerá —le refutó José Manuel.

—Repíteselo a diario y verás si no. Además debe estar solucionado a más tardar en un mes —sacó unos papeles y los arrojó sobre la mesa—. Ahí vienen las historias y los números telefónicos de las personas curadas. Insístele que les hable, ellos se encargarán del resto. ¿Lo ves?, tu única molestia será mencionarlo, lo demás ya está hecho.

La Changa tomó el portafolios y se dirigió a la puerta de salida, desde donde dijo:

—Ya sabes, soy como las campanas, pero en lugar de din-don-dan, mi sonido es: dan-doy. Ayúdame y esto —bajó la vista a la cartera donde había guardado la droga — nunca te faltará. Si te decides, angelito, me hablas, ¿eh?

La Changa está frente al cajón, entreabre las piernas y, Fue un buen trabajo: matamos dos pájaros de una pedrada porque a ti, angelito, no me costó ningún trabajo enviarte, y con esto, restamos dos nombres a la lista: el del Segundo y el de tu padre. Ahora sí caerán de la gracia del señor Presidente y por supuesto que del partido. Siente un júbilo grande, enorme y le viene un acceso irrefrenable de risa. Corre al sanitario, se encierra en un cubículo y sentado sobre el excusado ahoga la alegría en estertores grotescos. Al ver, el Pelón Bayano, la veloz huida de la Changa, no se mueve de su sitio, pero se pregunta preocupado que a ese animal qué le picó y, Pinche Changa, no la vayas a regar.

—Señor Ministro —le hablan a Ramón Alfaro—. El licenciado Herrera, ¿a qué hora llega?

El aludido vuelve el rostro y ve que tiene ante sí los micrófonos y las cámaras de la Televisión. Pronto arregla la corbata, contrae el gesto, entristece la voz y contesta:

—No tarda. De un momento a otro el helicóptero aterrizará en la azotea del edificio. Sabemos que ya llegó al aeropuerto; viene en camino.

—Gracias señor Ministro.

El joven reportero hace intentos de retirarse. No puede; arbitrario y sin decoro, el Segundo lo detiene y añade:

—Es un momento doloroso, dolorosísimo para la familia y amigos del licenciado Herrera. Mi ahijado, una vida joven, prometedora, que apenas despuntaba, pero

llevaba la simiente de lo bien nacido —ve en dirección a la cámara—. Una vida truncada por los designios del Señor.

El licenciado Ramón Alfaro no puede continuar, saca un pañuelo blanco de seda. El licenciado Bayano se apodera del micrófono.

—Quiero agregar a las sentidas palabras del licenciado Alfaro, que este lamentable accidente nos tiene total y definitivamente consternados...

Definitivamente —piensa Manuel Herrera al bajar del avión. Se ve más viejo, más acabado—, esto estuvo planeado desde hace tiempo. Debí hacer caso a mi desasosiego y regresar ayer, pero Magdalena tuvo la culpa de que no llegara a tiempo para impedir la tragedia. ¿Por qué terminaría así? La culpa es de Marisela, ¡sabrás Dios lo que aprendería en tantos viajes! Y ella siempre con la fijación del extranjero, con la necedad de darle todo, de solaparle la pereza, la irresponsabilidad. Yo, hasta donde pude, traté de darle lo mejor y ni siquiera permití meterlo en esto. Dios mío, ¿qué he hecho para que me mandes esta pena tan grande? Si el muchacho era de otra manera: sano, bueno, alegre. ¿Quién me lo echaría a perder? ¿Cómo pudo disimular su vicio?

—Qué bien simulan los cabrones, ¿ves? —dice Joaquín Argüelles que camina a un lado del Perro. No se ha apartado de él y le muestra, a señas, la infinidad de reporteros que emergen de la oscuridad como sombras de la noche. Continúa—: Si parecen la pura verdad: tristecitos, cabizbajos. Mira, unos hasta usan ropa negra. ¡Maldición! —dobla el cuerpo hacia adelante y murmura—: Me encabrona pensar en todas las ganancias que van a tener todos estos pinches putos con tu tragedia.

El licenciado Herrera sigue de frente y un tormento grande lo está abrasando. Amansa la llama de su cólera y anda impávido ante los representantes de los diferentes medios de comunicación. Los hombres del comandante Argüelles le retiran a los periodistas que pretenden acercársele y las voces suenan sin tener sentido; ningún reportero logra detenerlo. Camina lento, despacio. Se deja fotografiar y los flash de las cámaras lo encandilan. Sin embargo, avanza erguido, con paso firme y recio gesto, hasta el helicóptero que se halla a un lado de la pista. Lo rodean muchas personas; una décima parte de la Guardia Presidencial.

—Por aquí, señor Ministro —Joaquín Argüelles vuelve al trato ceremonioso que le da delante de los demás. Lo toma por un codo, lo empuja. Manuel se deja llevar, siente el aire potente que producen las aspas en movimiento del aparato. Su conductor sólo espera que él suba para elevarlo. Argüelles lo introduce sin dificultad a un lado del piloto.

—Déjeme aquí, comandante —dice el Ministro de Relaciones Exteriores y tiene la vista clavada en una raya blanca de la pista—. Es muy incómoda la parte posterior.

—De ninguna manera, señor Ministro. Yo a usted no lo dejo solo ni un instante —Argüelles cierra la puerta y se acomoda.

En lo alto, el piloto le dice que atrás hay un bulto con un traje negro que, se lo dieron en su casa, señor Ministro y que es adecuado para el funeral. Sin decir nada,

Joaquín Argüelles le pasa el portatraje y descansa su mano en el hombro de Manuel Herrera quien acepta abatido que no cabía duda, que todo estaba perfectamente organizado. Desabotona la camisa veraniega y a través del cristal ve que la noche es un negro mar de oleaje impetuoso. Se le viene a la mente la imagen del hijo malogrado, del hijo muerto y sus pensamientos se agitan tanto como sus temores: ¿Quién estará atrás de todo esto? ¿Qué persiguen? ¿Por qué él? Es obvio que yo no debía estar en México. ¿Lo sabía Magdalena? ¿Lo sabía Marisela? Afligido, desesperado, lleva las manos al rostro y por primera vez, desde que supo la muerte de su hijo, estalla en un sollozo ahogado como queja de animal maltrecho, embravecido ante el dolor que carga sin saber por qué.

Marisela también gime, alterna los gemidos con un hondo suspirar intermitente y en ocasiones pone al descubierto lo que está pasando en su interior y le salen frases entrecortadas por un hipo inoportuno. En ese momento piensa que qué efímera es la vida y vuelve a perderse atrás de los cristales ahumados ajena a los rezos, voces, risas, bostezos... No es capaz de sentir la magnitud de su tragedia y confusa, con una vaguedad errabunda piensa que a qué hora amanecerá. El humo de los cigarros se disuelve con el aromático vaho de los cafés y el ligero olor a la muerte que fulgura en la cera quemada de los cuatro cirios gordos, grandes, derritiéndose como los presentes, sobre la base artesanal dorada de sus patas. En el recinto ya no caben hombres ni ofrendas florales, ni olores ni ruidos. Ni tampoco la pena honda, sonámbula de Rafaela que sigue repitiendo lo de *Señor Dios que nos dejaste las señales santas de tu pasión bendita...* En eso, sin esperarlo, doña Julieta se pone enferma y por varios segundos, nadie es capaz de reaccionar, sólo observar cómo el cuerpo robusto de la mujer se convulsiona antes de caer ruidosamente sobre un sillón. Entonces, hay un instante de agitación y ni siquiera Marisela cree en el repentino desmayo de su madre, y a poco, la confusión va aminorando. En el sanitario, la Changa no alcanza a escuchar el alboroto. Está limpiando las lágrimas de su risa, acomoda su indumentaria frente al gran espejo y, Muchacho baboso, querías morirme, ¿verdad? Pues lo conseguiste; yo nada más te proporcioné los medios. Se puede decir que lo planeamos entre los dos. Tú manejaste a tu mamá para esfumar al Perro del panorama: ¡estabas tan desesperado! A mí no me dio ningún trabajo convencer a Magdalena para que lo retuviera y hasta de a gratis, ni un centavo aceptó...

¿Aceptará? Pensó La Changa cuando se encontraba de pie en el recibidor del consultorio de la doctora María Magdalena Adoración —observó tranquilo el cuarto—, se ve luego la abundancia de dinero. A lo mejor me manda por un tubo. Si pega, bueno. Si no, despegado estaba. En fin, si no cuaja, ya encontraremos otra manera de desacreditarlo. Aunque el pinche Perro en todo está y ni se diga del Segundo, ése desconfía hasta de su sombra. Todo va a estar en que la señora nos dé una manita. Quién sabe hasta dónde logramos atizar su resentimiento; con eso de que Manuel

nunca la halló... Tampoco sabemos si nos resulta escrupulosa. Mi especialidad no es precisamente convencer a amantes contrariadas, al menos a ésta le voy a ofrecer una oportunidad de desquitarse. Pelón quiere resultados, seguro mañana me llama a la oficina...

Y antes de darse cuenta la puerta se abrió. En el hueco se recostó la figura de Magdalena y la Changa avanzó como si viera a una persona con la que hubiera llevado una entrañable amistad. Alzó los brazos al frente y su gesto de saludo fue de lo más emotivo:

—¡Magdalena! Qué bien estás mujer. Luces de lo mejor.

Ella lo miró sorprendida y en un brusco silencio de sorpresa se dejó abrazar, palmear la espalda mientras se preguntaba que de dónde había salido ese loco.

—Es usted muy amable, señor. Pero hágame el favor de soltarme —y lo empujó hacia atrás.

—¡Magdalena, soy yo! —dijo la Changa apartándose. Agregó—: ¿No te acuerdas de mí?

Ella lo revisó en silencio, retrocedió un paso y, Dios mío, ¿quién es? ¿Dónde lo he visto? Sí, lo conozco. ¿Cómo se llama? Creyó en la obligación de fingir y tuvo la esperanza de que quizá en un rato más su mente anublada se despejaría. Entonces le sonrió, lo trató con familiaridad, lo pasó al consultorio y empezó a bombardearlo con preguntas y después del:

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Qué andas haciendo?

—Visitándote.

... le llegó la desesperación porque por más que trató, no pudo ubicar el rostro en su memoria. Todos los esfuerzos la dejaron indiferente y siguió: Dios mío... Dios mío... Dios mío... Hasta:

—Siéntate y cuéntame qué ha sido de tu vida —lo miró cordial, amigable, se sintió mal y, Basta darme cuenta de su contundente felicidad por verme y ¡yo que no logro reconocerlo!

—Me ha ido muy bien, Magdalena —se calló.

—Bueno, hombre, sé más explícito.

—Pues eso, todo marcha de maravilla.

Ella continuó regalándole el gesto afable y ordenó que les sirvieran té helado.

—Este acontecimiento es para celebrarlo —dijo Magdalena.

Si me saludó tan efusivamente, con tanto cariño y confianza, seguro que viene de Nuevo Progreso. De mucha gente de allá no me acuerdo bien, bien; ellos sí.

—¿Y cómo dejaste el pueblo? —preguntó Magdalena y se mojó los labios con la bebida refrescante.

—¡Ah! —dijo la Changa—. Me estás confundiendo y eso no te lo perdono.

Magdalena se echó un poco atrás, frotó las manos contra la falda del vestido y,

Esta situación es muy incómoda. Basta de hacer el ridículo. Sólo recuerdo que Gaby habló de un licenciado.

—Mire licenciado, me da mucha pena, pero la verdad es que no logro recor...

Esa manera irónica de mirarme, ese gesto burlón en la cara. ¡Vaya, cómo pude olvidarlo!: Fue en México y éste buscando a Manuel en mi departamento. Qué desfachatez de tipo. ¿Qué traerá entre manos? ¿Lo mandaría Manuel? Magdalena se sentó, se acarició el pelo en forma distraída y casi inmóvil, distante, lo miró fijamente.

—Bien, licenciado, ya me di cuenta de mi error. Dígame en qué puedo servirle. No dispongo de mucho tiempo.

La Changa contempló con postura impertinente el cambio de actitud de Magdalena y, Esto me va a resultar más fácil de lo que pensé: la vieja todavía está herida.

—Pero, Magdita, ¿qué te pasa? Uno que viene con todos sus años a verte y mira tú: primero titubeas, después, aunque sólo de mentiritas, todo iba bien. Pero que me hagas esa cara, no, ¡por favor! —contrajo las facciones compungiendo el rostro—. ¡No hay justicia para el hombre honrado! —soltó la risa divertido.

—Licenciado —dijo molesta Magdalena—, si lo envió Manuel, para lo que sea, no me interesa.

—No te ofusques, Magda. Manuel ni idea tiene de que me encuentro aquí.

—¿Ah, no? Entonces no hay una explicación lógica de su presencia en mi casa. Usted y yo nunca simpatizamos. ¿Qué pretende al ocultar que lo envió Manuel?

—En realidad, él ni siquiera se ha interesado en saber si vives o mueres. El asunto que me trajo es personal aunque directamente ligado a Manuel. Por cierto que es bastante molesto el motivo que me orilló a buscarte: Manuel me hizo una mala jugada, de las que él acostumbra, y sigue como siempre abusando del poder que le da la mafia y su puesto y pues, como contigo también se portó mal, pensé que a lo mejor entre los dos podríamos darle un dolor de cabeza, de los fuertes —inclinó el cuerpo en un intento de ponerse de pie.

—Espere —Magdalena se acarició por segunda vez el pelo—. ¿Qué le hizo a usted?

—Es imposible explicártelo en tres minutos, sólo te puedo decir que a mí también me desconoció pese a mi lealtad y fiel servicio de tantos años a su persona. Por eso, porque me parece injusto que haga y deshaga y tan tranquilo, me atreví a buscarte —se levantó—. Bueno, me equivoqué. Ya veo que no te resulta fascinante devolverle ojo por ojo, diente por diente. Ni modo, de cualquier manera me dio gusto verte.

Magdalena extendió un brazo diciéndole:

—Tengo curiosidad. ¿Podrías explicarme lo que te propones?

La Changa se regresó a su asiento y le dijo que casi nada, que se había enterado de que el señor Presidente iba a requerir la presencia de Manuel para el domingo 7 de agosto y si lograban que Manuel estuviera fuera de la ciudad de México, tendría

puntos malos para sus planes políticos a futuro y:

—Únicamente quiero acabar con él. Claro, sin matarlo físicamente. Sólo me refiero a su muerte política; la que en verdad le dolería y para eso necesitamos que el Perro permanezca dos días fuera de la Capital y ha de estar contigo por la relación que tuvieron. Algo así como desacreditarlo ante el señor Presidente por desatender los asuntos oficiales y andar enredado en cuestiones sentimentales, ¿entiendes?

—Sí, pero el problema es quién lo hará venir.

—Eso ya está resuelto. Si tú me ayudas, él llegará el sábado 6. Yo te lo aseguro.

—Puede ser —dijo Magdalena golpeando el escritorio con una lapicera—. Tengo un pendiente y me seduce la idea de... Pero quizá... Está bien, Changa, ¿qué debo hacer? —y le sonrió.

La Changa le sonrío al espejo que está en el sanitario de la funeraria y, Me salió con que tenía un asunto no resuelto y era justo resolverlo. Siempre supimos dónde estaba porque era la debilidad del Perro y la guardamos como nuestra mejor carta; sabíamos que tarde o temprano la íbamos a necesitar. Así de sencillo. ¿Lo ves muchacho baboso? Tú ya no servías para maldita la cosa: te habías muerto desde el primer instante en que te dijimos lo narco de tu papá. Me acuerdo que lloraste, ¡pobre pendejo sensiblero!; este mundo no era para ti, estás mejor allá, y yo, si el Pelón llega, llegamos los dos. ¡Ya la hicimos mi hermano, ya nos los chingamos! Sale a reunirse con la multitud muerta: sorda, muda, sin capacidad alguna de sentimientos. Con la muerte dibujada en los rostros todos tan iguales, tan inexpresivos. Con ojos pero carentes de mirada, de dignidad, de vida. Se revuelve entre ellos, soba espaldas, humedece manos y ante los más muertos hace reverencias, genuflexiones, como los micos amaestrados. El Segundo lo ve de lejos, desde un lado del féretro donde hace guardia, también ve que el Pelón Bayano se acerca misterioso a decir algo junto al oído de la Changa. Agita las manos como dándole una orden a su subalterno. Al Segundo le parece sospechosa la actitud de los dos y piensa que ahí había gato encerrado, que esos animales algo se traían, que no le acababa de convencer la llamada telefónica que recibió indicándole en dónde y en qué condiciones estaba José Manuel intoxicado, que alguien les había movido el tapete y que qué se le hacía... Vuelve, con sus ojos de lince, a observarlos. Continúan cuchicheando, pero la actitud de la Changa ya no es tan servil ante el hombre, políticamente, más muerto que él; ahora es de igual a igual:

—Primero tú —exige la Changa—, después yo.

Y afuera las nubes de tormenta vuelan como zopilotes, en armonía artificial, prestos a encontrar carroña para disputársela. ¿A dónde se fueron? La mirada del Segundo busca a la Changa y al Pelón Bayano que en un abrir y cerrar de ojos, desaparecieron de su vista. Está inquieto, piensa que algo tramán. Preocupado cambia de postura y ve el reloj: va para las cuatro de la mañana, no tarda en llegar el Perro.

Es necesario que le hable yo primero; no se me vayan a adelantar estos cabrones. Siento miedo —toma con una mano la muñeca de la otra—. Le tengo pánico a mi compadre.

Y a Manuel Herrera le parece que el movimiento de las hélices del helicóptero sacude las nubes de tormenta como si fueran cuervos que vuelan en círculos grandes, pequeños, interminables. La explosión de un lamento ahogado sigue estrujándolo en leves impulsos de su cuerpo, en deslizamientos continuos de su humanidad y tremola por el dolor insufrible de la negación de su descendencia. Recapacita más a fondo y no acepta la negación de la negación por sí misma.

—Señor Ministro —lo zarandea su acompañante—, por la radio. ¡El señor Presidente quiere hablar con usted!

Toma el aparato metálico que gravita, junto con él en el espacio y vuelve a la realidad.

—Señor licenciado —escucha la voz muy estudiada y precisa del Presidente—. Sentimos mucho la pérdida de su hijo —la voz le suena sarcástica—, pero más sentimos las condiciones en que sucedió —dureza en la voz—. Es probable que esta contrariedad esté orquestada por *espejos externos*, pero aun así, *los emisarios del pasado*, después de esto, no pueden respaldarlo. Se han gastado millones de dólares para comprar a los de las *cámaras ocultas* pero nadie nos asegura que no estemos expuestos a que uno de ellos no se dé por satisfecho y decida *alianzas vergonzantes*. Por lo pronto reciba mis condolencias y a las siete estaré en la funeraria. Encárguese de propagar la hora de mi llegada. Debemos deshacer rumores y cuidado con su actitud con el licenciado Alfaro. Después de la inhumación hable con el secretario «C», él le dirá dónde lo espero; tenemos que hablar. Fuera y cambio.

—Sí, señor Presidente —oye su propia voz acabada, muerta y, Tanto misterio sólo para decirme que me chingarón, que lo hablado entre él y yo ya no funciona, que se han venido abajo mis posibilidades de llegar al mando. A lo mejor él lo planeó todo.

El helicóptero desciende, mueve el aire en bocanadas de arena sobre el desierto corazón de Manuel. Va bien ataviado: vestiduras negras, lentes oscuros y las hélices giran lentas, más despacio; levantan un viento de huracán interno con el bramido insultante, necio, que le desmenuza, poco a poco, su dolor profundo. Oye que el piloto le comunica que ya llegaron y no sabe por qué contesta que ya está amaneciendo.

Marisela en la funeraria mentalmente repite que a qué hora amanecerá, sin darse cuenta que para ella no habrá amaneceres, ni hermosura de cielo, ni esplendor de arco iris, ni fiesta de luna nueva, porque se precipitó al abismo fulminada por el rayo indefinible de su naturaleza intrínseca. Recuerda que Rafaela le dijo que hablara con Manuel porque José Manuel los necesitaba, que estaba enfermo. No quiso, no pudo mostrar ante el padre de su hijo la vida parasitaria del difunto porque de nada valió su elegancia, su riqueza material ante el juicio verdadero de qué ha sido de tu hijo. La respuesta está ahí, adentro de la caja gris con empuñaduras de plata, está ahí como

escarcha invernal que se deshace en agua inútil, en agua que la tierra absorbe sin provecho. No se ha atrevido a verlo, ni una sola vez se ha acercado al féretro. Un miedo inconfesable le ha paralizado las piernas; teme un signo de reproche en la cara yerta, pero aun así no pide piedad por ella; la pide por el cadáver. Da un trago del líquido caliente que sostiene entre sus manos y siente el viento que le hiela las piernas.

También el Ministro de Relaciones Exteriores siente el aire que le azota el rostro al descender del aparato y pisar la azotea escamosa del edificio. Muchas personas lo esperan, políticos y aprendices de políticos se abalanzan sobre él. Los acoge a todos, para todos tiene una palabra adecuada y se va adicionando de una comitiva numerosa. Baja las escaleras entre frases relacionadas con el suceso trágico de la muerte de su hijo. Las palabras le suenan igual que el doblar triste, lejano de un campanario que anuncia ruidos de mucha ausencia. Entra al recinto donde velan los restos de José Manuel y su entrada es espectacular. Los murmullos cambian, como cambian de ritmo los sonidos de un salterio, sin que se modifique por eso su tonalidad. Perfila su figura avejentada en el marco de la puerta y Marisela al verlo dice:

—¡Se nos fue, Manuel. Nuestro hijo se nos fue!

Él ofrece su pecho como refugio y ahí Marisela no deja caer suspiros; deja caer lágrimas silenciosas y estremecedoras como las cargas eléctricas de la tormenta que amenaza en el firmamento. Las cámaras fotográficas tienen la oportunidad de retratar la desesperanza de dos cuerpos que gimen anudados, casi inmóviles. Marisela repite que se les fue, que José Manuel se les fue y Manuel la abraza por los hombros y esconde la cabeza entre el pelo desordenado de su mujer. Y el ataúd frío, gris, está ahí, en el centro de la consternación.

El licenciado Ramón Alfaro vuelve el rostro y decide ir al encuentro del peligro. Siente temblar su pequeño, encanijado cuerpo, pero sigue de frente, avanza. Lleva a cuestas todo el peso de su problema que no sabe cómo va a resolver. Piensa temeroso que conoce bien la violencia del Perro y que capaz de que ahí mismo arme borlote. Pero no, por ahora sabrá dominarse; después ¡quién sabe! Levanta la espalda enjorobada y, a distancia, encuentra la mirada del Ministro de Relaciones Exteriores. Los ojos de Manuel, pequeños, negros, están imperturbables, tienen toda una retórica mortal sin escapatoria. El Segundo duda. Por unos instantes acorta el paso, y, abatido, agacha la cabeza. Lo abandona la confianza que tenía de llegarle al amigo. Olvida las palabras que había seleccionado para disculpar su presencia en el lugar de los hechos. Pensaba decirle que te busqué, compadre; nadie sabía dónde estabas. Que fui a ayudarlo, mi hermano, pero ya era demasiado tarde. No, jamás le diría como veía a José Manuel drogarse en un estúpido afán de evadirse, de morir. Camina atontado por el terror. Él, por su cuenta, ya hubiera puesto distancia de por medio. Sin embargo, las órdenes que recibió fueron terminantes, sin dar lugar a ninguna objeción:

—Apechuga, mi lic —le dijo el comandante Argüelles cuando después de muchas horas de la muerte de José Manuel, lograron reunirse—. Las disposiciones de arriba

son de que permanezcas todo el tiempo en el funeral. En el medio se conoce tu entrañable amistad con el padre del finado y el sistema no está para propiciar conjeturas, basta que la muerte del muchacho fue en tu presencia, ¿entiendes?

Lo único que entiendo —piensa al recordar— es que ya me llevó la chingada. Vislumbra un relámpago a través de la espaciosa ventana que da al cielo abismal, oscuro, y el brillo que cuartea la noche le parece un látigo que no es capaz de domeñar la tormenta; sabe que él tampoco podrá dominar el torrente de furia que ve en los ojos del Perro y, Él se considera sin ninguna culpa de la muerte de Pepe, me culpará a mí o a quien sea. Por lo tanto, la semana que entra o el mes venidero o dentro de un año me matará o nos mataremos. Antes me chingo a la Changa y al pinche Pelón. Lo juro.

El licenciado Ramón Alfaro hace una seña y uno de los hombres que lo custodian se le acerca rápido. Él le ordena que no le pierda de vista a la Changa y al Pelón y que hasta donde pueda, se entere de lo que hablan. El hombre sin facciones, hueca la mirada y una raya dibujándole la boca, se aleja aprisa. Los encuentra apartados de la multitud, camino a un corredor sombrío, oloroso a humedad. El espía vomita un ruido gutural y los dos se detienen, agudizan la mirada.

—¿Qué te tráis? —amenaza la Changa al darse cuenta de la observación a sus personas.

—Nada, señor —habla el hombre—. Aquí nomás conociendo el edificio y una revisión basta para conocerse.

—¿Cuánto? —propone Bayano.

—Ochocientos mil —contesta el hombre.

Así, sin regateo, tasa su fidelidad, desembucha quién lo mandó y se va. El Pelón Bayano dice que aguas con el pinche Segundo. La Changa asiente con la cabeza y a ambos los acompaña la obsesiva locura del triunfo.

La locura también está aposentada en el velatorio donde los más y los menos quieren mostrar su apesadumbramiento al padre del difunto. Los concurrentes abandonan el cuerpo que reposa adentro de la caja fúnebre, lo dejan solo y Rafaela sigue sentada en un rincón. Escucha los pasos encarrerados, se alejan aprisa y, No tarda el tumulto. En cuanto mi hijo se acerque, invadirán esta área. Vieja, torpe, se levanta con dificultad. Tiene una vaga intención: caminar y rezar al mismo tiempo. Los rezos se le olvidan y al aproximarse a la caja, siente el aire delgado, comparable a su vida, que paso a paso se le comprime y los años, los meses, los días pasados se enflaquecen para caberle todos en la memoria confundiéndola y, No es posible —piensa Rafaela y acaricia con la mirada el rostro de su nieto—. No creí que fuera a aceptar tu muerte con este sentimiento de rebelión. Después lo ve como un proyecto de otros, un ser-en-el-mundo que pasó a la nada, a la oscuridad. Rafaela busca la claridad de su pensamiento; el ámbito iluminado la distrae del propósito. Le molesta en los ojos la luz mortecina como si fuera un sol de atardecer.

El sol encegueció a Rafaela cuando inesperadamente levantó la vista. Había estado regando los helechos de la terraza que daba a la entrada de su residencia y de pronto, el ruido de varios automóviles acercándose le movió la curiosidad hasta el punto del sobresalto; se imaginó que algo muy grave debía de haber pasado para que vinieran a visitarla y frente al barandal, no le quedó más remedio que hacerle gestos al sol del atardecer para tratar de distinguir a las personas que estaban llegando. El de adelante era un carro grande, lujoso y su conductor, vestido de uniforme, se bajó para abrir la portezuela posterior y descendió Marisela; toda de negro y atrás de unos cristales para apuros. Venía pensando en cómo darle la noticia a doña Rafaela. «Ella que tiene diabetes y padece de la presión, a lo mejor se pone mala y ¡yo sin Manuel! Sagrado Corazón de Jesús, cómo le voy a decir que se ahogó, que traen el cuerpo de José Manuel y vengo por ella para irnos al velatorio.» Y aceptó el brazo que el chofer le ofreció porque tuvo la sensación de caer.

Rafaela al verla se espantó más y dedujo que iban a darle una mala noticia, sólo una desgracia los haría venir. Tiró la regadera y de inmediato se encaminó al encuentro. Dejó los años a un lado, adquirió la agilidad de una mujer joven y casi corriendo bajó las escaleras.

—¿Qué pasó, mi hijita? —le dijo mirándola con ansiedad y retirando al chofer para sostenerla.

Marisela no pudo contestar. Se le llenaron los ojos de dolor y las lágrimas empezaron a rodar incontrolables. Rafaela no insistió, sólo se le quedó mirando con toda su agitación y toda su tristeza. Después volvió el rostro a los guardaespaldas y les ordenó:

—Espérenos aquí.

—Ya, ya, ya —le dijo a Marisela abrazándola por los hombros y conduciéndola hacia el interior de la casa. La fue llevando despacio hasta un sillón donde la sentó. Rafaela respetó el llanto de su nuera, pidió que le trajeran té de pasiflora y ninguna de las dos se miró entre sí hasta que Marisela se serenó. Entonces, Rafaela se apartó de su lado y caminó hacia una cómoda donde fingió buscar algo. Luego habló de espaldas y su voz sonó como un alarido:

—José Manuel se mató, ¿verdad?

—¿Cómo lo supo? —Marisela se enderezó y de golpe cesó el llanto.

Rafaela le dio el rostro de frente y en su mirada había un mudo reproche de Te lo dije, te lo provine. Ahora ¿para qué son tantos espavientos? Ya no hay remedio. Y empezó a encogerse. A Marisela le pareció imposible que, en cuestión de instantes, su suegra se achicara de esa manera. Era ya casi nada cuando se derrumbó en un sillón cercano y su hondo sufrimiento continuó siendo callado. Ni una lágrima, ni un gemido, ninguna mueca y, ¡Oh, Dios mío!, no excluyas a José Manuel del número de tus hijos y ten piedad de él. También ten piedad de nosotros. Son tan pocos mis años frente a tu eternidad, Señor, y aun así te lo suplico: ¡Sálvalo, por tu amor!

—¿Cómo fue? —Rafaela acomodó las manos en el regazo y serena, atenta,

escuchó.

Entonces, Marisela le explicó que la tragedia había ocurrido en las primeras horas del día, que José Manuel se había ahogado en la alberca de la casa de Ixtapa, pero inexplicablemente, la desgracia se pudo saber muchas horas más tarde.

—... y a su hijo, doña Rafaela, no lo hemos podido localizar. Desde antes de las seis de la tarde estamos llamando al teléfono donde se hospeda y no contesta nadie. El comandante Argüelles se ha encargado de todo. Es un buen amigo, no quería apartarse de mí, pero ante el caso rarísimo de no establecer comunicación con Manuel —se limpió las lágrimas que volvieron a salir—, dio las disposiciones para ir a buscarlo. Ahorita se están haciendo los arreglos necesarios; me dijo que más o menos a una hora de donde fue su hijo, hay un campo de aterrizaje, así que se fue porque no sé qué problemas tenían con las avionetas o con los pilotos. Usted comprende, es domingo.

—¿Quiere decir que hasta este momento no sabe nada mi hijo?

—No, doña Rafaela —y agudizó el llanto.

—Mi niño —pronunció Rafaela distante—. Pobrecito de mi niño, con tanto poder y tan indefenso ante la muerte.

Marisela regresó al llanto incontenible y rato después, Rafaela le apretó una mano. Le dijo:

—Bueno, entonces voy a vestirme de negro, no tardo —y encorvada subió las escaleras.

Rafaela frente a la caja, perdida la mirada en el chisporrotear de un cirio encendido y, Es como la luz de ayer. Como el sol molesto que me daba de frente cuando Marisela llegó y me imaginé la mala noticia que iba a darme y por más que quise envolver mi memoria con tu rostro, no pude. No se perfiló tu imagen, no resonó tu voz, ni tu risa, ni tu llanto, ni tu olor, porque nunca los tuve para mí. Mecánicamente empieza de nuevo a rezar y las oraciones también se le extravían: las mezcla, las alarga. Hace una alteración de plegarias y de todas, nace una nueva, incoherente, larga, sin fin y acaba pidiendo por Manuel, su hijo. Y Manuel Herrera lleva mucho tiempo en la funeraria. Está con los otros, con los más muertos.

—Un accidente —afirma terminante en la entrevista—. Un lamentable accidente del que nadie es culpable —aparta al individuo que lo cuestiona, le muestra la hilera formada de colegas que esperan su turno para presentarle sus condolencias, le dice que comprenda y el Ministro de Relaciones Exteriores, serio, circunspecto, empieza a tocar un sinnúmero de manos aguadas, carne de molusco. A su lado Marisela lo apoya con una mansedumbre incomparable. El Segundo llega. El Perro depone su actitud distante.

—Hermano —dice el licenciado Ramón Alfaro y Manuel Herrera se deja abrazar de él—. Lo siento —no dice más.

—Lo sé —el licenciado Herrera se inclina para ser estrechado y habla fuerte, quiere que todos lo escuchen—: Sé que si en ti hubiera estado, habrías hecho hasta lo imposible por salvarlo, porque querías a José Manuel como a tu propio hijo o quizá más, como a ti mismo —volvieron a estrecharse.

Mientras tanto a Rafaela ya se le había borrado la cara de José Manuel, ahora, en lugar del muerto, ve el rostro de Manuel, su hijo, que reposa en la hinchida blandura del cojín de seda y Rafaela deja escapar apenas un esbozo de sonrisa y, Mi niño, mi muchachito, mi corderito —dice en voz muy baja y acciona las manos como si tuviera entre ellas la cabeza de un bebé.

El licenciado Bayano se inclina al momento de ofrecer su pésame:

—Señor licenciado, estamos con usted, cualquier cosa no dude en llamarme. Para eso somos los amigos, para estar unidos y ayudarnos en los momentos más dolorosos.

El Ministro de Relaciones Exteriores recibe altivo las palabras, no contesta. Hace una inclinación del cuerpo con lo cual le da a entender que está bien, que gracias y trata de retardar el acercamiento al ataúd. No quiere enfrentarse a la realidad. Piensa que es preferible tener un recuerdo de cuando estaba vivo y no ahí, adentro de la caja. La verdad: tiene miedo. Todos se disgregan al llegar la fila a su término.

—Vamos —le dice desolada Marisela. Él le ofrece su brazo. Rafaela los ve venir hacia ella y prudente, muy discreta, vuelve a arrinconarse. Llegan a donde se encuentra el ataúd cuando ya es de día; hacía rato que el amanecer anunció otro tiempo.

Manuel Herrera dura mucho tiempo en la misma postura: las piernas entreabiertas y los brazos entrelazados al frente. Así suspende la mirada en las manos pálidas, huesudas de su hijo que aprisiona un crucifijo y no se atreve a subirla: del cuello de la camisa bonita a las manos y viceversa, durante muchos minutos. Marisela está a punto de desmayarse y doña Julieta la recuesta en un sillón, le fricciona con alcohol la nuca, los brazos, la frente...

Se hace la guardia al féretro con el Ministro de Relaciones Exteriores al frente. El Perro no quiere pensar en nada; por eso se pone a contar números con la mente hasta que percibe un ligero olor a descomposición orgánica y un estremecimiento le recorre desde los huesos hasta la raíz del cabello cuando involuntariamente lo ve: por la boca del cadáver sale un líquido espeso, espumoso, blanco, que revela el proceso de la putrefacción.

—¡Pronto —grita espantado—, llamen a alguien de la funeraria, José Manuel arroja espuma por la boca!

Algunos corren, otros lo ven imperturbables y hay quien se burla del escándalo que está haciendo por algo tan natural. Un empleado largo y oscuro, levanta, sin inmutarse, el vidrio de la caja fúnebre y con una lentitud pasmosa, en medio de un olor más penetrante, limpia, con un lienzo blanco, el espumarajo que resbala por el mentón y ensucia la camisa tan bonita. Después saca, de uno de sus bolsillos, un poco de algodón y con mucho esfuerzo taponea el vertedero efervescente.

—Listo —dice y vuelve a cerrar la tapa.

A Manuel se le olvida el señor Presidente, el Segundo, Magdalena, el Pelón Bayano... Por unos instantes se avergüenza de haber gritado ¡a José Manuel! Como si todavía fuera un ser humano, como si todavía fuera el joven sencillo que ponía todo su espíritu limpio en las manos tan largas, tan perfectas, para interpretar en el piano las hermosas melodías de Mozart, Chopin, o Liszt y, ¿qué tal, Gordo, te gustó? Como si todavía fuera el chamaco que hablaba varios idiomas con una fluidez admirable, como si todavía fuera el niño ingenuo y gracioso que le pidiera un caballo color vaca. Recuerda todo esto y no puede evitar un llanto suave, igual de verdadero que sus propios errores, igual de verdadero que la tragedia de sus decepciones; las ilusiones pisoteadas por sus yerros y el dolor creciendo, hasta ese momento haciendo crisis. Crece tanto o más que su impotencia por volver a empezar y, Lo juro, ¡me voy a chingar a quien haya sido responsable de tu muerte! Mientras tanto, Rafaela sigue recordando la rebelión de Job adherida a las cuentas de un rosario ampliamente manoseado y dicho hasta la saciedad, tanto que iba perdiendo sentido.

—Señor Ministro —ante Manuel está un hombre de aspecto grave que le extiende la mano—. Agustín Miranda, servidor de usted y propietario de esta funeraria. Vengo a presentarle mis condolencias y a ultimar con usted los detalles de la inhumación. ¿Tiene la amabilidad de seguirme?

Va tras él por un pasillo estrecho, oscuro, con paredes de vidrio polarizado donde apenas su figura y las de los guardaespaldas que los preceden, los que mandó el comandante Argüelles para su seguridad, se delinean entre las sombras. Va evadiendo las ofrendas florales depositadas en todas partes; las que despiden un olor penetrante, molesto. Así camina hasta llegar a una oficina grande, lujosa.

—Tenga la amabilidad —le dice el señor Miranda y se hace a un lado para que pase. A un ademán del señor Ministro, los guaruras hacen alto en el pasillo y él entra solo al recinto.

—Tenga la amabilidad —repite el dueño de la funeraria y le señala un sillón moderno, confortable. Al sentarse escucha un lejano doblar de campanas y fija la mirada en una pieza artesanal autóctona: es una diosa-serpiente. La toma entre sus manos, y el señor Miranda habla por decir algo:

—Es un calendario.

El Ministro de Relaciones Exteriores dice que sí y ve la fecha: lunes ocho de agosto.

—Otra vez lunes —pronuncia Manuel indiferente. Va a continuar hablando cuando un alboroto en sordina se lo impide.

—¡Ya llegó el señor Presidente! —dice el propietario del velatorio y se encamina a la puerta.

—Sí —repite tonta y huecamente el Perro—: Otra vez lunes.



MARÍA DE JESÚS BARRERA VÁZQUEZ. Nacida en Nueva Rosita, Coahuila, María de Jesús Barrera es normalista y licenciada en pedagogía. Es miembro fundador del Centro Literario Rosario Castellanos y de la revista *Perfiles*, con la que a la fecha colabora. Publicó, en 1984, la antología *De color barrovin*o. Actualmente radica en Guadalajara.